



Vidas en
Peligro

Autora #1 en ventas del *NY Times*

RACHEL VAN DYKEN

Vidas en peligro

AUTORA BEST SELLER DEL NY TIMES Y USA TODAY
RACHEL VAN DYKEN

Vidas en peligro por Rachel Van Dyken

Copyright © 2019 RACHEL VAN DYKEN

Vidas en peligro

Título original en inglés: Toxic

Diseño de Portada: Jena Brignola

Traducción: Daisy Services for Authors

Esta es una obra de ficción. Los nombres, lugares, personajes y eventos son ficticios en todos los aspectos. Cualquier similitud con eventos y personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia. Se asume que todas las marcas comerciales, marcas de servicio, nombres de productos o características nombradas son propiedad de sus respectivos dueños, y se usan solo como referencia. No hay respaldo implícito si se utiliza alguno de estos términos. Excepto para fines de reseña, la reproducción total o parcial de este libro, de forma electrónica o física, constituye una violación de los derechos de autor.

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Epílogo](#)

[Muy pronto](#)

[Agradecimientos](#)

Prólogo

Final del semestre de primavera

La habría seguido a todas partes.

Es gracioso, ¿no? Las personas afirman saber qué es el amor, pero en el momento en que se les da la oportunidad de demostrarlo, salen corriendo.

Ojalá yo también hubiera salido corriendo. Desearía haberme alejado hace cuatro años. Entonces tal vez tendría la fuerza para hacerlo ahora. Para mirarla a los ojos y decirle—: Perdóname, pero no puedo hacer esto otra vez.

La gente rara vez quiere decir lo que dice. Para mí, perdón es sólo otra palabra en español que la gente usa mal, al igual que la palabra amor.

Me encanta el helado, me encantan los panqueques, *amo* el color azul—mierda. Porque cuando digo amor, quiero decir que derramaré hasta la última gota de sangre por ti. Cuando la palabra amor realmente sale de mis labios, la digo porque la siento hasta en el tuétano. Estoy fortaleciendo mi alma, porque la estoy uniendo a la tuya.

Siempre había escuchado sobre la famosa encrucijada, cómo se les da a las personas opciones en sus vidas, elecciones que las toman o las dejan pasar. Nunca me di cuenta de que me darían esa segunda oportunidad; nunca me di cuenta de que no la tomé a tiempo.

Me ruega con la mirada. Mi corazón se rompe en mi pecho, mis labios se mueven para hablar, para decir algo para que ella entienda la inmensidad de lo que estoy sintiendo, pero sé que en el momento en que le diga cómo me siento, todo habrá terminado.

Mi corazón, mi alma, no podrían sobrevivir si algo le sucediera a ella. Si ella no está en mi mundo, mi corazón se detendría. Sé que esto la está matando, porque me está destruyendo a mí también.

Pero volver esa vida.

Incluso por ella

Está fuera de la ecuación.

Enamorarme, entrar en la relación con todo, incluso sabiendo muy bien que ella me atraparía. No era una opción. Porque todos lo saben, cuando se trata de amor, no es enamorarse lo que duele, es tener que olvidarse de ese amor. Y sé que es solo cuestión de tiempo antes de que ella también se rinda conmigo y yo siga mi vida con el alma rota.

Porque al final eso es todo lo que soy, una persona rota. Un caparazón de un humano vacío.

—¿No entiendo! —Grita mientras me pega en el pecho con los puños—. ¡Me lo prometiste! ¡Me prometiste que nunca te irías! —Lágrimas corren por su rostro, el rostro de la chica a la que amo. Cierro los ojos y luego miro detrás de mí mientras Saylor aprieta las llaves en su mano, esperando mi decisión.

Estoy en una encrucijada, de acuerdo. Un camino conduce a mi futuro, el otro a mi pasado y a la autodestrucción.

No puedo mirarla. Ignoro cada hilo de sentimiento y disfruto el dolor de mi corazón rompiéndose en un millón de pedazos mientras extiendo mi mano frente a mí.

—Tienes razón, lo prometí.

—¿Gabe! —Grita Saylor detrás de mí—. No tiene por qué ser así.

—¿No lo ves? —Digo en voz baja sin darme la vuelta—. Siempre ha sido así, siempre va a

ser así. Bien lo sabes, te lo dije.

—Pero...

—¡Ya basta! —Grito, las lágrimas amenazan con correr por mi rostro—. He escuchado suficiente. Tienes que irte.

Detrás de mí, la puerta se cierra de golpe.

—Está bien —dice ella, ahuecando mi cara—. ¡Al final todo va a estar bien, vas a ver!

—Muy bien, Princesa. —Me atraganto con la palabra—. Está bien.

Aprieto la bufanda rosa alrededor de su cuello y la rodeo con el brazo.

—Gracias. —Ella suspira alegremente—. Siempre prometiste que me cuidarías. No puedes irte, no puedes.

—No lo haré. —Juro, porque era mi culpa. Como todo lo demás.

—¿Podemos ir a jugar ahora, Gabe?

—Sí, cariño, podemos. —Doblo la cobija alrededor de sus piernas y empujo su silla de ruedas fuera de la habitación, sabiendo muy bien que estoy eligiendo el camino equivocado, con cada paso que doy.

Capítulo 1

*¿Por qué no tienen compasión de esta alma solitaria? Que consigan un cuarto, por Dios.
Gabe H*

Gabe

Mitad del semestre de primavera

—Concéntrate, Kiersten. —Chasqueo los dedos frente a su cara—. Dime las etapas de la mitosis. Ya mismo.

Hemos estado sentados en el Starbucks toda la mañana. El olor a café molido está empezando a revolverme el estómago. No tengo a nadie a quien echarle la culpa excepto a mí mismo. Apparently, el café molido huele igual que un libro nuevo. Así que sigo leyendo el mío.

La mirada de Kiersten se dirige al libro que tengo en las manos. Lo aparto y espero pacientemente, cruzando las manos sobre la mesa.

Su boca se abre para responder, una mirada en blanco la sigue y luego un gemido. —G-a-a-a-be, dice sonriendo—. ¿No podemos darnos un descanso para tomar un café, por favor?

—No hagas pucheros.

Lo hace de todos modos.

—Kiersten... —le advierto.

—¡Por favor! —Agarra mis manos entre las suyas y hace otro puchero.

Me rindo con un profundo suspiro, ya sabes, para demostrar que no estoy contento de ceder a sus demandas, aunque siempre ha sido así con nuestra amistad. Ella dice saltar y yo digo dónde, qué tan alto, cuántas veces.

—Está bien, descansemos un rato y pidamos un café.

—¡Sí! —Cierra el libro de golpe—. Ahora yo invito.

Su sonrisa ridículamente linda me hace reír. Demonios, ella siempre me hace reír y necesito reírme en este momento. Además, si no me río, estoy bastante seguro de que voy a romperme y empezar a llorar. Lo último que necesita el mundo es que de repente se enteren todos de que un corazón late dentro de mi pecho.

Mierda, ni siquiera me atrevo a admitirlo en voz alta.

—No —le digo y luego tengo que frenarla físicamente para que no salte hacia el mostrador—. Yo invito. Además, Wes me mataría si supiera que te hice pagar por tu café.

—Ustedes me miman demasiado. —Se recuesta contra la silla y se cruza de brazos.

Sonrío otra vez.

—Vas a tener que dejarme ir pronto, Gabe. Tanto tú como mi lobo feroz —dice, llamando a Wes por su apodo—. No puedo vivir en tu burbuja protectora para siempre.

Bosteza y accidentalmente golpea su mano en la pared a su lado.

—Aw, corderita —bromeo, llamándole de la manera en que Wes lo hace—. ¿Te saldrá un boo-boo?

—Cállate.

—Voy por el café.

—Apúrate, tortuga. —Sus ojos se entrecierran, fingiendo ser un ama despiadada.

Si ella fuera un chico, la habría mandado a comer mierda. En cambio, me río y me alejo.

Me he estado burlando de los apodos que los tortolitos se han puesto, a cambio me pusieron mi propio mote porque a la pendeja de mi prima Lisa, se le ocurrió la brillante idea de contarles la historia de que cuando era pequeño tuve de mascota a una tortuga y lloré cuando murió.

¡Pero vamos, esa tortuga era la mejor!

Chillé como una magdalena y hasta le hice su propio funeral.

No es que me sienta orgulloso, a esta edad, digo.

—¿Lo de siempre? —Le pregunto.

Cruza las manos frente a ella como si estuviera rezando y grita—: ¡Por favor!

Con una sonrisa, me doy la vuelta y me pongo en la fila, tratando de parecer casual, tranquilo, normal. Es curioso cómo finjo ser normal.

Me miro en el espejo y me recuerdo que debo relajarme, hasta mi rostro se ve tenso, ni hablar de mi espalda. Tengo que seguir bien metido en mi papel porque las cosas han estado bastante mal desde hace tiempo y, aparentemente, tengo una cierta forma de caminar que hace que la gente me reconozca. Quién lo iba a decir, en cualquier caso, yo soy un malvado maestro del disfraz, no sólo mi vida depende de ello, sino también la de ella.

Tal vez es por la graduación, pero desde el comienzo de este último semestre me siento nervioso, irritado, como si fuera un pendejo sentado afuera esperando a que llegue la tormenta. No tengo ninguna razón para sentirme de esa manera, pero me pasa y siendo honesto me asusta un poco. Espero que sea un efecto secundario de no dormir con todas las chicas del campus. Tal vez es consecuencia de no tener sexo, les pasa a todos, nos pone nerviosos e irritables.

—¿Qué deseas ordenar? —Pregunta la barista, su actitud fría, distante.

Me inclino hacia delante y sonrío brillantemente.

—Eso depende, ¿qué estás ofreciéndome?

—Maldición. —Ella chasquea los dedos—. Te estás equivocando, la tienda para adultos está en la otra cuadra—. Con un guiño, se inclina hacia delante y susurra—: Aquí servimos café.

—Es una verdadera... —lamo mis labios lentamente, el tigre cambia el pelo pero no sus rayas—. Pena.

Mi corazón comienza a acelerarse mientras escudriño con avidez su pequeño cuerpo delgado, apenas escondido por el delantal verde. En esto soy bueno. Lo único que me adormece mi pasado, de todo. No me tengas lástima. Disfruto cada minuto, porque es todo lo que dura, un par de minutos en el éxtasis y entonces todo vuelve.

El pasado, el pasado, el pasado. Ah, ahí está, la razón por la que sigo manteniéndolo en mis pantalones ahora. Mi promesa que le hice a Wes, y peor, la promesa que me hice a mí mismo. Ella no querría que fuera así, estoy dividido entre sentirme culpable por cómo me he portado y sentirme aliviado de que al menos todavía hay algo que aleja la tristeza de mi existencia.

—Suele pasar —responde casi sin aliento, con los ojos muy abiertos mientras mira mi cuerpo. Estoy acostumbrado a ello. Vivo para ello. Sobrevivo con eso.

Y luego, ella juega con su cabello.

Un olor a perfume me golpea en la cara, llevándose la lujuria consigo.

Mierda. Es el mismo perfume.

Temblando, retrocedo forzando una risa débil.

—Dame dos frapuccinos de caramelo con crema batida extra en uno. Grandes.

—Oh. —La cara de la chica se pone completamente roja mientras teclea la orden y sacude la cabeza—. ¿Eso es todo?

Suena lastimosamente esperanzada.

Pero yo me he decidido.

O tal vez fue mi cuerpo el que se decidió primero y luego le pasó el memo a mi cabeza. De cualquier manera, me dieron ganas de vomitar, de salir pitando y no parar hasta estar en mi estudio o en mi Harley.

—Ajá. —Le entrego mi tarjeta de crédito, mis dedos se tensan alrededor de los bordes afilados del plástico—. Eso es todo.

Desliza la tarjeta, me la devuelve murmurando que soy un gilipollas, camino para esperar las bebidas y asegurarme de que no escupa nada antes de que nuestro café llegue a mis manos.

En cuestión de minutos tomo nuestros cafés y vuelvo a sentarme alrededor de la mesa.

—Entonces —Kiersten toma un sorbo lento—. ¿Cómo te ha ido?

Pongo los ojos en blanco.

—Ya vas a empezar otra vez.

—¿A empezar con qué? —Se encoge de hombros, fingiendo demencia, que otro le compre el teatrillo.

—Todo el tiempo me preguntas cómo me está yendo una y otra vez, sé que estás pidiéndole a Dios que finalmente me desmorone, o peor aún, que comience a llorar y a confesarte todos los pecados que he cometido toda mi vida —me inclino y luego un poco más—. Mis secretos.

—Ni me mires así, que conmigo no funciona —dice Kiersten, su voz suena hasta aburrida.

Me encojo de hombros impotente y tomo un largo sorbo de café.

—Valía la pena intentarlo.

—¿Vale la pena que te dejen como un eunuco? —Kiersten corrige—. Porque eso es lo que sucedería. Wes te cortaría los huevos.

—Wes detesta la violencia —me defiendo.

—No, eso no es cierto. —Kiersten se echa a reír y mira hacia la puerta—. Oh, Dios mío, ¿es ella?

—¿Ella quién? —Kiersten sabe que no recuerdo nombres; rara vez reconozco a las chicas con las que dormía a menos que se me acerquen con las camisas levantadas sobre la cabeza. Está bien, es tan grave, sólo lo suficiente. Juro que es más fácil distinguir a las personas de esa manera.

—Raylynn. —Kiersten baja la voz—. ¡Es ella!

—No la llames —murmuro entre dientes. Esa vieja es una psicópata. Me acosté con ella una vez.

¡Una vez!

Y me estuvo acosando durante tres meses.

A Kiersten le cae muy bien y siempre me dijo que se le hace bonita; Por lo tanto, mi opinión dejó de ser relevante. Y nada haría más feliz a Kiersten que verme asentado y sin andar correteando cualquier escoba con faldas. Algo así me ha dicho desde que nos hicimos amigos. Poco sabe ella que han pasado meses, que parecen años, décadas. Oh, demonios. A quién intento engañar, se siente como si fuera en mi vida pasada.

—¡Oh mira, está mirando para acá! —Kiersten dice felizmente.

—Me pregunto si es porque estás saludando.

—Acomodándome en la silla nada más.

—Saludándola.

—¡Raylynn! —Kiersten la llama a gritos, como si estuviera animando a su equipo favorito en pleno partido—. ¿Cómo has estado?

—Bien.

Todos los ojos se voltean hacia mí.

Me quedo mirando mi café. Kiersten me patea debajo de la mesa. Murmurando una

maldición, levanto la mirada y la saludo—: ¿Ey?

—¿Ey? —Kiersten articula fulminándome con la mirada.

—Esto, hola. —Raylynn se sonroja.

Mierda.

Su tez pálida se sonroja, la pobre no puede hacer nada por evitarlo, así que lo intento de nuevo.

—¿Cómo has estado?

—Ocupada. —Se aclara la garganta, sus ojos se mueven entre mí y mi café como si esperara que le pidiera que se sentara o, peor aún, que la invite a salir otra vez.

Y el silencio cae como una pesada lápida, otra vez. Si es que resulta hasta vergonzoso, más con tanta gente mirando.

—Bueno. —Kiersten se aclara la garganta ruidosamente y luego me pateo debajo de la mesa—. Me dio mucho gusto verte.

—Igualmente. —Raylynn me mira por última vez y luego, con los hombros caídos, se aleja.

—¡Idiota! —Kiersten me pateo la espinilla de nuevo—. Qué onda, fue todo lo que se te ocurrió decirle. Dios mío. No me importa si te secuestran y la única forma de que te suelten es que digas *ey* o que te arranques el brazo. Pues te arrancas el brazo, Gabe. No lo repitas, nunca más.

—¿Quién dijo *ey*? —una voz masculina interrumpe el regaño.

—Ah, el lobo feroz. —Bromeo, feliz de no estar solo con los ojos de Kiersten y su interrogatorio.

—Tortuga —responde.

—Gabe dijo *ey*.

—¿En voz alta? —Wes casi grita—. ¿Está tratando de que lo muelan a palos?

Esto no tiene arreglo, un quejido sale de mi garganta, con eso espero que noten que aquí sigo y dejen de hablar de mí.

Esto es lo que siempre pasa. Las conversaciones más absurdas, comenzaría a decir está preocupada por mí, entonces Wes le preguntaría si es que no he estado comiendo bien y yo terminaría respondiendo—: Eso no es cierto, el chico se comió un burrito hace un rato.

—Chicos —digo bruscamente, dejando caer las manos sobre la mesa—. Estoy bien, todo está bien. Dije *ey*, soy un delincuente, tendrán que lidiar con eso.

Ambos me miran como si acabara de anunciar que me voy a dedicar a la política.

—Escuché algo esta mañana. —Wes toma el café de Kiersten, toma un largo sorbo y luego se recuesta contra la silla. Si yo no fuera su mejor amigo, lo odiaría. Es el chico ideal, la estrella de fútbol americano. El mariscal de campo, cabello rubio oscuro, ojos azules, educado y bien vestido, fácil de tratar. Sí, maldita sea, lo odio.

—¿Oh sí? —Mis ojos se entrecierran antes de tomar un largo sorbo de café—. Dime, *Gossip Girl*, ¿qué escuchaste?

—Que andas seco.

Escupo el café sobre la mesa, pues casi me ahogo. No puede ser, puta madre, si es que mi prima es una chismosa.

—No tengo idea de a qué te refieres.

—Claro. —Wes se lame los labios, pero lo deja ir. Se inclina y besa a Kiersten en la parte superior de su cabeza, luego aprieta su sedosa bufanda alrededor de su cuello.

Ese simple movimiento, casi me desmorona.

Apretar una bufanda hace que quiera colgarme con ella. Si la gente supiera, si pudiera confiar en la gente lo suficiente como para contar, explicar, lo destrozado que estoy por dentro.

Pero no. Estoy interpretando un papel. *Yo soy Gabe.* Nunca volvería a ser quien fui, nunca volvería a ser mi pasado.

Kiersten se ríe y besa la nariz de Wes.

Es demasiado. Todo es repentinamente demasiado, y en ese momento lo sé. Fue demasiado hace cuatro años, se me acabó el tiempo. Se acercaba la nube de tormenta.

—Miren chicos, tengo que irme.

—Bien. —Kiersten apenas aparta la vista de Wes—. ¿Vamos a ir a comer tacos el martes?

—Sip. —No me doy la vuelta. No me despido. Agarro mis cosas y salgo corriendo por la puerta como si los caballos del apocalipsis me vinieran persiguiendo.

Porque por primera vez en cuatro años, la bomba de tiempo está a punto de explotar y no estoy tan seguro de cómo voy a manejar todo.

Mi teléfono anunciando la llegada de un mensaje de texto.

Enfermera: *Ella te necesita. ¿Puedes llamar y cantarle?
¿O tal vez enviarle un mensaje de texto?*

Oh, mira, la bomba ya está haciendo tictac.

Yo: *Si. Llamaré en unos minutos.*

Capítulo 2

La gente puede pasar gran parte de su vida justificando una decisión que ha tomado, peleando por las razones equivocadas, hasta que finalmente se encuentren de frente con el motivo correcto.

Ahí es cuando las elecciones comienzan a importar. Porque al final, eres una criatura de hábito. Por lo tanto, es posible que, aunque quieras elegir lo correcto, al final elijas mal, porque se está habituado a ello, muy habituado. Es trágico, pero así es la vida, ¿no te parece?
Wes M.

Gabe

—Creo que esto de no acostarte con nadie te está afectando —Lisa me toca la frente como si tuviera la peste.

Alejo su mano y ruedo los ojos.

—No me está afectando si ha sido por decisión propia —me quejo—. Y por cierto, gracias por decírselo a Wes.

Después de salir de la cafetería vine directamente al dormitorio de Lisa con la esperanza de hablar con ella, de todo. En cambio, me ha abierto la puerta, con su dulce sonrisa que me transmite, incluso sin palabras, que siempre estará allí para mí y que siempre lo entendería.

Excepto esta vez, me he negado a decirle que me pasa.

La miro otra vez, aunque han pasado varios días después de tomar esa decisión, me doy cuenta de que así ha sido nuestra relación. Te cuento mis penas, tú me cuentas las tuyas. Y estoy harto de eso. Odio que ella sea parte de esto, odio que, por primera vez en cuatro años, finalmente he decidido sacar los huevos y demostrar que puedo con esto solo.

Y, sin embargo, aquí sigo.

—Y de mal humor. —Se deja caer en el sofá y me revuelve el pelo con las manos—. Necesitas salir más.

—Pregunta. —Pongo la TV en silencio y la aparto de mí—. ¿No me estabas diciendo hace unas semanas que iba a morir solo o a causa de una enfermedad de transmisión sexual?

Sus ojos azules brillan divertidos mientras agarra el control remoto y vuelve a subir el volumen.

—No seas dramático. Dije que ibas a morir solo y con una venérea. —Se echa el pelo ondulado oscuro sobre el hombro y se echa a reír.

—Cierto. Gran diferencia, gran ánimo. Eres la ganadora del concurso *La prima del año*.

Gruño y me recuesto contra el sofá. Me estoy poniendo cómodo cuando un cojín me golpea en la cara.

Maldiciendo, me pongo de pie de un salto.

Wes se acomoda con el cojín e inclina la cabeza.

—¿Mañana complicada, a dónde fuiste?

—Amigo. —Gruño y sacudo la cabeza. Aquí vamos otra vez, ¿por qué nadie se da cuenta de que estoy al borde del precipicio?

La puerta del dormitorio se abre, revelando una Kiersten exhausta. Está sudando como loca, así que solo puedo suponer que Wes la hizo entrenar con él después de nuestra reunión para estudiar. Lo juro, hacen todo juntos, prácticamente viven juntos desde que se comprometieron. No

me importa, corrección no me importa mucho, pero tanto arrumaco aburre.

Siendo más conciso, hoy en la cafetería probablemente escapé justo antes de que se la tragara entera.

—Pareces como si alguien acabara de morir —bromeo, Kiersten acercándose a Wes e inclinándose contra él.

Maldición. Pareja de aspecto perfecto. Van a tener unos hijos muy bonitos.

Mierda, ahora sí que me he vuelto loco. Ya estoy pensando en sus hijos y lo peor es que hasta estoy emocionado. Definitivamente necesito salir a que me dé el aire.

—¡Ja! —Mis ojos se entrecierran—. Todavía es muy pronto.

—Qué cosa con ustedes, dejen de hablar de ese tema —Wes se echa a reír y jala a Kiersten sudorosa a sus brazos, atacando su boca con tanta fuerza que yo, Gabe Hyde—el sinvergüenza del año—me sonrojo.

—Chicos, nada de eso encima de la comida. —Señalo la fruta que está sobre la mesa—. Qué asco.

—¿Qué traes? —Wes se aparta de Kiersten—. En serio, Gabe, ¿qué te está pasando? Estás de un humor de los mil demonios

La sala queda en silencio. Excelente. Perfecto. Me encojo de hombros y finjo una sonrisa.

—Oh, ya sabes, mi prima dice que es porque necesito echar un polvo.

—Cierto. —Wes chasquea los dedos—. Casi me olvido de ese insignificante detalle.

—¡Por última vez! —Grito—. ¡No es un período de sequía si es por elección!

Raramente grito. Todos me miran como si acabara de volverme loco. Yo soy un amante, no un guerrero. El coqueto cachondo que duerme con todo lo que puede. El tipo que puede encantar los pantalones de un juez federal. ¿Gritando? ¿Enojado? Sí, me muerdo el labio inferior y frunzo el ceño al suelo. *Tick-tock, tick-tock*. Realmente lo estoy perdiendo.

—Cierto. —Los ojos de Wes se entrecierran—. Oye, Gabe, necesito ayuda con algo. ¿Puedes venir conmigo a mi habitación bien rápido?

—Claro —digo lentamente, mis ojos se mueven entre él y Kiersten. Quien finge ser totalmente ajena a la tensión entre Wes y yo.

—Nos vemos en la cena, Wes. —Ella besa su mejilla y se mete a su habitación cerrando la puerta detrás de ella.

—Usen protección. —Lisa nos grita, una vez que llegamos a la puerta.

—¡Divertidísimo! —le contesto mientras la escucho carcajearse.

Caminamos en silencio a la habitación de Wes. ¿Por qué de repente siento que como si estuviera esperando que mi padre me regañara?

Si estoy hasta sudando.

No decimos ni media palabra mientras vamos en el ascensor hasta el sexto piso. Se puede escuchar caer un alfiler. Sigo a Wes por el pasillo y finalmente hasta su habitación.

A pesar de que ha pasado por tratamientos contra el cáncer a principios del año pasado, todavía le permiten seguir como Asesor Residente, por lo que al menos sé que no tendremos compañeros de habitación que nos ataquen mientras él me regaña por levantar la voz alrededor de las chicas.

Una vez que estamos adentro, cierra la puerta y me avienta uno de sus balones directo a la cabeza.

—¿Qué haces? —Me agacho. Lanza otra. Apenas la atrapo antes de que se estrelle contra mi nariz—. ¿Te volviste loco o qué?

—¡Finalmente! —Casi grita—. Una reacción. Eres como un maldito zombi. ¿Qué pasa? Y no

me digas mentiras. Kiersten dijo que estabas actuando raro esta mañana también.

Bostezo, intentando parecer aburrido, a pesar de hasta las manos me están sudando.

—Nada, hombre, cosas de la escuela.

—¿Cosas de la escuela? —Wes repite—. ¿Es la mejor excusa que te puedes inventar?

—¿Drogas? —Ahí está, una buena opción.

—Sí, claro. —Resopla incrédulo.

—Idiota.

—Imbécil.

—Wes.

—¿Qué? —Se sienta sobre su escritorio y se cruza de brazos—. ¿Qué está pasando?

Que ni crea que le voy a soltar toda la sopa. Sé que estoy en deuda con él, me salvó la vida cuando estuvo a punto de perder la suya. Devolviéndome las ganas de vivir. Es como la fuerza de gravedad, empujando a todos dentro de un radio de cincuenta kilómetros hacia el centro. No puedo evitar querer ser mejor cuando estoy cerca de él, y ese es el problema.

—Estoy envejeciendo, ambos sabemos que el cáncer puede reaparecer en cualquier momento.

—Ya ponte serio —Le arrojo el balón a la cara—. A eso mismo me refiero.

—¿Qué? —Agarra el balón y lo hace girar en el aire—. Habla, no puedo oírte.

Gruño entre mis manos.

—Eres tan perfecto. Tanto que es exasperante.

—Gracias. —Esboza una sonrisa.

—Lo digo en serio.

—Lo sé.

Gruño de nuevo.

—Gabe.

Meto la mano en el bolsillo, sintiendo el frío metal del relicario con mis dedos.

—¿Alguna vez te has arrepentido tanto de algo que?

—¿Qué?

Aparto la mirada.

—Lo que quiero decir es que eres mi mejor amigo, no me malinterpretes, pero siento que nunca haces nada mal. Eres más inteligente que la mayoría de los terapeutas, eres más rico que Creso, eres como un maldito dios por estos lares. Ah, sí, y un milagro andante. Parece que lo tienes todo. Sé que la vida no ha sido fácil para ti, pero nunca te equivocas, avanzas a pesar de las dificultades y sigues adelante. Me gustaría saber cómo hacer eso.

Wes se ríe a carcajadas.

—Wow, estoy un poco asustado de que tu opinión sobre mí sea tan alta. ¿Realmente necesito hacer una lista de todas las veces que me he equivocado en la vida?

—Ayudaría —me quejo, cruzando los brazos.

Pasan unos segundos de completo y absoluto silencio. Aunque no me importa. Así nos llevamos Wes y yo. No siempre tenemos que hablar, discutir o reír. A veces el silencio es lo que más necesito y él lo sabe. Sabe más que nadie, incluso Lisa. Y tengo la sospecha de que sabe que todo esto es parte de un teatro muy bien armado.

—¿Qué está pasando de verdad?

—El peso. —Maldigo—. Está envuelto alrededor de mis piernas, empujándome hacia las profundidades más oscuras del océano y por una vez, quiero dejarlo.

—¿Por qué?

Mi cabeza se levanta de golpe. En la mirada de mi amigo no veo reflejado el juicio, sólo la preocupación.

—Porque merezco hundirme.

—¿No lo merecemos, todos?

—No, no lo entiendes. —Me levanto y comienzo a caminar—. ¿Te acuerdas de esos momentos en que sentiste que nadie te entendía, recuerdas cuando dijiste que tomarías café del malo por el resto de tu vida si con eso comprabas más tiempo, recuerdas todas esas charlas sobre personas caminando por la vida sin una maldita pista sobre tu dolor, tu travesía?

Wes asiente con la cabeza.

Empiezo sudar. Agarro el relicario con más fuerza hasta que tenga que dejar una huella en la punta de mis dedos.

—¿Cómo sabes si una persona merece vivir?

—Pregunta capciosa —responde Wes suavemente—. No lo sabemos.

Mi teléfono vibra y al mismo tiempo comienza a sonar en mi bolsillo, interrumpiendo nuestra conversación. Es el tono de llamada de mi madre: ha llamado al menos cinco veces en la última hora. Sé que probablemente debería hablar con ella, pero me trae demasiados malos recuerdos. Y ya voy bastante tarde a clase.

Aprieto el botón de ignorar y le hago una mueca a Wes.

—Escucha, me tengo que ir. ¿Podemos hablar después?

Wes la deja pasar, al menos por ahora.

—Por supuesto, nada más no saltes de ningún balcón o duermas con todo el equipo de natación otra vez y estaremos bien.

Pongo los ojos en blanco ante sus palabras.

—Nos vemos más tarde.

—¡Y no te olvides que el martes vamos a ir a comer tacos! —lo escucho gritar cuando la puerta se cierra de golpe detrás de mí.

Capítulo 3

*Mi reflejo se ve extraño. Ni siquiera me reconozco o al hombre que fui.
He estado viviendo con esta maldita máscara durante tanto tiempo que me he olvidado de quien
alguna vez fui.
Gracias a Dios.
Gabe H.*

Gabe

Me dirijo a clase. Tengo que caminar un largo trecho. La universidad de Washington es enorme y cualquier otro día probablemente hubiera montado en mi Harley, pero necesito caminar, espero que esto me aclare la cabeza.

Cuando cruzo la calle, algo me envuelve y me abrume. Dejo de caminar hacia el edificio de la escuela de negocios y miro detrás de mí. Nada. Sólo gente caminando de un lado a otro, hablando, fumando, riendo, cada uno de ellos en su mundo. Me gusta de esa manera. De verdad. Me he dado unos buenos sustos en el transcurso de los últimos años, ahora que me estoy graduando en unos pocos meses, estoy casi libre y de vuelta en casa.

Quería ir a la escuela, necesitaba llevar una vida normal más de lo que necesitaba dinero, emoción, cualquier otra cosa. A mis padres eso no les cabía en la cabeza. Por otra parte, nunca entendieron nada que no tuviera que ver con la idea de lo que ellos planearon para mi vida.

¿Cómo podrían no entender que la razón por la que casi muero y arruino mi vida es porque querían que fuera alguien quien en realidad no soy?

Me río a carcajadas y meto mis manos en los bolsillos de mis jeans para acariciar el relicario de metal. Cada año vuelvo a Los Ángeles con un tatuaje diferente. Uno más irreverente que el anterior. Cuando me perforé la nariz, creo que mi madre tuvo un ataque al corazón. Mi padre casi me desconoce cómo su hijo.

Lástima. Eso me habría encantado.

Lisa siempre me ha advertido que no los presione demasiado, por temor a que sus juicios sean cada vez peores. Ella también sabe lo que sucedería si a mi padre se le llegara a ocurrir revelar lo que he hecho con mi vida en los medios.

¿Los secretos?

¿Mi pasado?

Noticias de portada.

¿La vida que he construido?

Se esfumaría para siempre

Me trago el miedo y sigo caminando hacia el edificio. Dos meses hasta que termine la escuela, luego podré comenzar mi propia vida, lejos de mi familia, lejos de los recuerdos dolorosos y lejos del hombre que solía ser.

Me siento mejor una vez que entro en el viejo edificio. La tarea es algo en lo que puedo concentrarme. Puedo parecer que soy parte de una banda de rock pesado, pero tengo buenas calificaciones por una razón. Necesito tener éxito para salirme de la sombra que representa mi familia. Casi puedo sentir sus manos envolviéndose alrededor de mi cuello, ahogándome la vida como antes.

Salto cuando mi teléfono suena en mi bolsillo. Respondo rápidamente y me apoyo contra la

pared, cerrando los ojos mientras mi corazón golpea contra mi pecho.

Necesito arreglarlo, rápido.

—Oye —Lisa dice desde la otra línea—. ¿Qué estás haciendo?

—Voy a clase como un buen chico. ¿Por qué, te has metido en problemas?

Lisa rara vez me llama durante el día a menos que necesite un aventón, comida o bueno, la verdad es que me llama todo el tiempo. Simplemente me siento mal porque es una de mis únicas amigas.

—Nah. —Se aclara la garganta—. Yo, esto, pensé que deberías escucharlo de mi boca.

—¿Escucharlo? —Lo repito—. ¿Escuchar qué cosa?

—Mi mamá llamó. —Hace una pausa.

—Lisa, deja de darle vueltas, sólo suéltalo —gruño, tratando de sonar molesto, cuando realmente me cago de pensar que Lisa me suelte malas noticias.

Odio el miedo. Me hace sentir débil.

Y la debilidad ocupa el segundo lugar en la lista de cosas que nunca quiero volver a sentir.

—Tu padre, él —Respira hondo y termina apurada—. Se ha metido en algunos problemas financieros, nada grave. Quiero decir, no puede tocar tu dinero, pero bueno, mi madre habló con la tuya y le preocupa que pueda vender tu historia a los medios para darse un respiro.

Mi corazón late con fuerza, tanto que es todo lo que puedo escuchar, la adrenalina sube por mi cuerpo mientras miro salvajemente a mi alrededor buscándolo a él, las cámaras, los periodistas. Mierda, me siento hasta mareado. Mi mano comienza a temblar tanto que el teléfono choca con mi cabeza. Todo mi cuerpo se enfría. Temblando, escaneo el área nuevamente y salgo a la sombra del edificio.

—Lo siento, Lisa. Gracias por avisarme, pero tengo que irme. —Cuelgo y comienzo a correr. Ni siquiera estoy seguro en qué dirección voy. Puedo haber golpeado un árbol por todo lo que me importa. Mis piernas bombean cada vez más fuerte cuando el aire frío golpea mi cara. Todavía puedo sentirlos persiguiéndome. Puedo saborear la sangre en mi boca al mordirme la lengua.

—*¿Fue un accidente? —preguntó el periodista—. Tienes más de dieciocho años. ¿Crees que serás llevado a juicio?*

El tipo levantó el micrófono casi metiéndomelo en la cara y esperó por mi respuesta.

Miré a mi alrededor en busca de ayuda.

Nadie.

¿A quién estaba bromeando? Nadie me iba a ayudar. Ella se había ido.

—*Um, no, sin comentarios —tartamudeé.*

—*¿Esa es tu respuesta para todo? —otro periodista soltó.*

Miré sus fríos ojos negros y asentí.

—*Por ahora, así es.*

—*¡Mierda, mierda, mierda! —Me paso las manos por el pelo y disminuyo la velocidad mientras vuelvo a los dormitorios.*

¿Qué demonios podría darle para evitar que vaya a la prensa?

Tengo dinero, pero no puedo acceder a todo hasta que tenga veintidós años, que es hasta dentro de cuatro meses. Recibo la cantidad de cinco mil dólares al mes. Podría sacar mi dinero de todas mis inversiones, pero no creo que eso resuelva mucho. No va a detenerse hasta que me exprima al máximo. Podría darle todo lo que tengo, que es aproximadamente diez millones y probablemente todavía encontraría la forma de gastarlo todo y venir por más. No es el dinero. No soy estúpido. Si bien soy su cajero automático, la cosa es que él todavía está resentido porque lo desafié al irme. Se trata del control.

Gracioso. Mi padre no está molesto porque mi imagen limpia y reluciente había sido destruida por el uso de drogas, el alcohol y el horror que siguió después de todo eso. Estaba enojado porque había huido, por haber renunciado a lo que, en su opinión, era una mina de oro.

Corro más allá de mi dormitorio.

Y me subo a mi vieja Harley. Necesito salir, un escape. Las drogas están fuera de discusión, lo que deja solo una cosa.

Voy tan rápido como puedo hacia el edificio de música. Mi motocicleta casi se cae cuando la estaciono y corro escaleras arriba hacia uno de los salones privados. Una vez dentro, cierro la puerta detrás de mí, bajo las persianas y me siento al piano.

Mi corazón late con fuerza en mi pecho cuando las teclas de marfil me devuelven la mirada y me llaman.

Mi adicción.

Cuatro años.

Me he alejado del piano por cuatro malditos años.

No puedo más.

La bomba ha explotado, la alarma ha sonado, mis manos acarician el piano. Gimo en voz alta y me desplomo en el banco de madera, mi cuerpo toma su posición natural sobre el instrumento.

Ni siquiera estoy seguro si sé cómo tocar, cómo cantar, cómo comunicar lo que me está comiendo el alma, envenenándome lentamente.

Pero tengo que intentarlo.

En el momento en que presiono las teclas, la necesidad se derrama hasta que mis manos temblorosas se ciernen sobre el piano y antes de poder detenerme, comienzo a tocar. Toco las canciones de mi adolescencia, y finalmente, como si mis manos no pudieran evitar tocar la melodía, toco su canción.

Una extraña locura se apodera de mí mientras golpeo más y más fuerte. Tal vez si juego lo suficiente, ella volverá a mí, tal vez me daría una oportunidad de repetir y los últimos cuatro años no serían más que una horrible pesadilla.

Lucho contra las lágrimas y luego golpeo mis manos sobre el piano tan fuerte como puedo. Maldiciendo el pasado que finalmente me está alcanzando.

Tick-Tock. Tick-Tock, con cada golpe de mis dedos la cadencia en mi pecho se acelera.

Estoy tan acabado.

Una parte de mí sabe que no puede durar tanto.

Demonios, para empezar, fue un milagro haber podido hacer un espectáculo así; de nuevo, era un actor increíble. Debería haber ganado un Oscar.

Mi vida es una comedia de dimensiones épicas.

Finalmente, como una pieza de acero defectuosa y doblada, me rompo. Una lágrima rueda por mi cara y cae sobre el piano.

Mi dedo índice se desliza sobre la lágrima mientras la limpio de las teclas de marfil. Las lágrimas nunca me habían ayudado.

¿Pero el sexo?

Mierda, sí, ese es mi escape. Con la chica correcta, me vuelvo loco. La mayoría de las veces con las equivocadas también. Y cada conquista me ha hecho sentir más cerca del cielo, impenetrable, más fuerte, capaz de soportar todo. Excepto que en realidad había estado construyendo una fortaleza a mi alrededor. Pero en este momento, podría ser todo lo que alguna vez le prometí a esas chicas, a ella, que nunca sería realmente. Podía guardar las piezas fracturadas de mi corazón y fingir que el pasado no importaba, sólo el momento. Así que

aproveché cada momento con cada chica para lo que era, una oportunidad para convertirme en lo que años atrás hubiera sido mi peor pesadilla.

Por un tiempo funcionó.

Porque por un segundo pude creer que nunca había sido él para empezar. Yo era Gabe.

¿El problema?

Ese no es siquiera mi nombre real.

Capítulo 4

Estoy bastante segura de que usar baquetas para tocar el piano no es una buena idea.
Saylor

Saylor

Es mi última sesión de práctica antes de mi cambio de horario. Odio esa estúpida materia, y tengo que encontrar la manera de aprobar.

¡En este momento es la ruina de mi existencia!

La única forma en que puedo mantener mi beca es teniendo un alto promedio de calificaciones y esa es la única clase en la que he estado aflojando, pero sólo porque no toman asistencia, lo que significa que generalmente me la salto para ganar más tiempo para practicar.

Desafortunadamente, también significa que no tengo idea de lo que está pasando y generalmente paso volando para tomar mi lugar. Digamos que el profesor está menos que impresionado con mi incapacidad para poner mi trasero en una silla, incluso cuando le digo que es porque estoy trabajando duro en mis clases principales.

Ugh camino por el pasillo y me detengo. La sala de ensayos que suelo usar está ocupada. No es gran cosa, pero hay una especie de regla tácita entre los estudiantes de música, si estás allí todos los días durante un año y practicas a la misma hora, está reservado para ti. Cualquier otra persona que llegue a ganarte el turno, es un intruso.

Bien, entonces ya tengo las garras listas, no mucho, pero si alguien quiere guerra... Quiero decir, quien está tocando tiene algunos problemas serios, la fuerza con la que lo hace es un indicio de ello. Con suerte, no romperá el piano en el proceso de autodescubrimiento. Sin embargo, probablemente no ha elegido la música de Ashton Hyde para hacer dicho descubrimiento. Tal vez hace ocho años, pero no tanto en este momento.

Caray, esa música trajo demasiados recuerdos que prefiero olvidar, noches de skate y fiestas de secundaria. Todas las cosas que preferiría no guardar en mi cabeza, teniendo en cuenta que siempre he sido una empollona con eso de la música.

Suspiro y voy a la sala de ensayo de enfrente de dónde viene la música, cuando de repente las notas dan un giro drástico.

Una melodía inquietante flota en el aire seguida de una sarta de groserías y más golpes sobre las teclas del piano. Doy unos pasos hacia la habitación. Las persianas han sido cerradas. Los golpes continúan, así como también las malas palabras. En serio, el tipo necesita controlar su ira. Me debato entre dos ideas, la primera es si debería ir y hablar con el jefe del departamento acerca de cómo alguien literalmente está desbaratando uno de sus más caros pianos, la otra es que no debería meterme en lo que no me importa.

La respuesta llega cuando la puerta se abre de golpe. Estoy tan sorprendida que caigo hacia atrás directamente sobre mi trasero.

Lo que me faltaba.

Ahora, el maltratador de pianos va a tener ventaja sobre mí, no porque pudiera suponer que le estaba espiando, sino porque estoy en el piso.

—Lo siento —digo en voz baja, tratando de ponerme de pie.

—¿Por? —el chico pregunta. Su voz es profunda y suave.

Miro hacia arriba.

Está sonriendo.

¿Me sonrío a mí?

¿Por qué?

Oh. Probablemente intenta no burlarse abiertamente. Pero bueno, es momento de plantar cara, así que le devuelvo una débil sonrisa.

—No era mi intención, este... —señalo la puerta y me encojo de hombros. Todavía estoy sentada en el suelo, al estilo indio, piernas cruzadas y todo.

—¿Espíarme? —Sus ojos se entrecierran, pero su sonrisa ahí sigue. Es guapísimo. Con cabello castaño oscuro que cae justo debajo de sus orejas. Su camiseta blanca está estirada sobre un pecho ancho y musculoso. Los tatuajes cubren cada centímetro cuadrado de piel en ambos brazos.

—Sí —gruño, casi ahogándome con esa sola palabra cuando siento un sonrojo ardiente extenderse por mi cuerpo. Tiro de las esquinas de mi sudadera y maldigo el hecho de haberme puesto botas esta mañana.

Ay Dios, qué calor.

—No hay problema. —Extiende su mano. Confundida acerca de por qué está siendo tan amable cuando hace unos cinco segundos su manera de tocar parecía que se estaba preparando para cometer algún delito, examino su mano antes de tomarla. Tatuajes y alguna inscripción extraña cubren algunos de sus dedos. Con un suspiro frustrado, agarro su mano y dejo que me ayude a ponerme de pie.

Sus ojos azules son tan brillantes y delineados por pestañas oscuras. Juro que casi parece que usa delineador de ojos, pero sé que no. Sus ojos son tan hermosos. Nunca antes había visto a alguien tan guapo de cerca.

Cuanto más lo miro, menos sentido tiene todo esto.

A primera vista, todo lo que veo son tatuajes que cubren sus brazos.

¿Ahora? Desearía haber mirado hacia otro lado, porque en este momento, no puedo. Sus ojos me atraviesan, clavando mi cuerpo en la pared, manteniéndome cautiva hasta que siento que no puedo respirar. Son el tipo de ojos que te hacen querer confesar tus pecados o ceder ante ellos. Parpadeo un par de veces, con la esperanza de romper la conexión que lentamente está robando cada onza de auto-conservación que tengo. Qué alivio cuando por fin puedo mirar hacia otro lado.

—Gracias por ayudarme a levantarme, y de nuevo, disculpa todo esto... —Agito la mano en el aire y camino hacia el otro lado del pasillo hasta mi propia sala de ensayo y lejos del tipo tatuado peligrosamente guapo y dueño de esos ojazos tan azules.

—¿Tocas? —pregunta mientras mi mano roza la puerta de la otra sala de ensayo.

—Piano. —Me niego a darle la vuelta y quedar atrapada en su mirada de nuevo. Como está, mi mano tiembla sobre la perilla. Dame cinco minutos más y mis rodillas también estarían temblando.

Dios bendito. Necesito salir más.

—¿Estás bien? —Su voz es suave, clara. Mi lado musical surge de inmediato con curiosidad.

¿Canta otros géneros?

¿Ópera o tal vez cantos gregorianos?

¿Es un maestro nuevo o algo así?

Su voz es extremadamente suave. Me ha dicho menos de diez palabras y todavía estoy pensando en el tono de su voz. La forma en que mi cuerpo se enciende desde adentro hacia afuera, sí, necesito dormir mejor, porque en este momento estoy lista para desmayarme, ese es el poder que sus ojos y su voz tiene sobre mí.

Mis dedos tocan el pomo de la puerta mientras pienso en mi respuesta.

—¿Te comieron la lengua los ratones?

—Sí —espeto un poco bruscamente y me doy la vuelta, tratando de darle mi mejor mirada cuando realmente el efecto que todavía tengo en mí es francamente irritante—. Justo eso.

Se carcajea, echa la cabeza hacia atrás mientras el sonido hace eco en el pasillo vacío.

—La señorita tiene su genio. Es bueno saberlo.

Mis ojos se entrecierran. Abro la boca para hablar, pero él me interrumpe.

—No arruines mi diversión defendiéndote. ¿Eres una fan de esas locas?

—Una fan loca —repito. ¿De dónde se le ocurrió eso? ¿Una máquina del tiempo me transportó de regreso a la escuela secundaria o algo así? ¿Quién incluso dice eso?

Él asiente con la cabeza hacia mi sudadera.

Miro hacia abajo Efectivamente, es una vieja sudadera de la banda de la escuela secundaria. ¿De verdad, Saylor? Llevo la sudadera gris más fea que poseo. Y mátame ahora.

—Seguro —digo—. Quiero decir, solía ser, pero...

—Eso pensé. —Asiente—. ¿Quieres saber cómo lo adiviné?

—Necesito ensayar. —Cambio de tema y apunto a la sala. Estoy a unos diez segundos de gritar a toda velocidad. Aunque no estoy segura de si es por terror u otra cosa, algo que hace que mi corazón lata un poco más rápido y mis palmas comiencen a sudar.

Se acerca hacia mí hasta que está a centímetros de mi cara.

—Gritas inocencia. Apuesto veinte dólares a que dicen que practicas al menos seis horas al día, te acuestas a las nueve de la noche y realmente crees que puedes triunfar en el gran mundo si te especializas en piano.

Sus labios se curvan en una sonrisa burlona.

—Tu padre te compró todo lo que pudiste haber querido, incluido el poni rosado que probablemente todavía tienes en tu habitación. Los trofeos se alinean en tus libreros y la última vez que usaste un color tan escandaloso como el rojo fue cuando estabas sola en tu habitación intentando ver cómo se vería en tu piel bronceada. Crees que los tipos como yo son problemáticos y por lo que parece, tanto como quieres alejarme, quieres más. —Baja la voz a un tono seductor y me encuentro inclinándome hacia él para poder escuchar—. Anhelas más.

Sin palabras, no se si reír, llorar o tumbarle esos dientes tan derechos.

¿Habla en serio?

¿Quién se cree que es para decirme todas esas cosas? Si es que somos unos desconocidos, ¿qué sabe él de mí o de mi vida?

De verdad él necesita comprarse un mapa y ubicarse, estoy por soltarle unas cuantas frescas, de verdad que sí.

Si hubiera sabido que cualquier contacto de este hermoso desconocido me cambiaría para siempre, me marcaría por el resto de mi vida, me destrozaría de adentro hacia afuera, me rompería por completo hasta que ya no fuera más que un recuerdo de quien solía ser.

Todavía habría hecho la misma elección.

Es curioso, cómo la gente siempre dice que quieren segundas oportunidades, aunque me hubieran dado una. Hubiera recorrido el mismo camino.

Hubiera repetido cada uno de los mismos pasos.

Su boca se estrella contra la mía antes de que pueda hacer algo para evitarlo. Los labios calientes se presionan, se sellan en mi memoria hasta que todo lo que puedo pensar es en lo húmeda y resbaladiza que es su boca y cómo cada centímetro de mi piel se siente como si estuviera ardiendo por sus caricias.

Me empuja contra la pared, apoyándose con las manos a cada lado de mi cabeza. Me han besado antes, claro que sí, pero no de la manera en que este desconocido lo hace. No sé dónde poner mis manos. Presiono contra su pecho, lo que parece animarlo más porque lengua se mete en mi boca.

Empujo más fuerte contra él. Sus manos se hunden en mi cabello.

Gimo cuando sus manos se mueven sobre mis hombros, sus palmas queman un agujero no solo a través de mis defensas, sino también de mis excusas para alejarlo.

Su boca está caliente mientras aprieta más fuerte, su lengua hace cosas que no sabía que se podían hacer. Todo lo que me queda por hacer es sentirlo, por todas partes. Cuando su pecho toca el mío, mi piel arde. Un fuerte estallido clama en mis oídos.

El hermoso desconocido me mira y en sus ojos todo lo que veo es resplandecer la furia. Si antes tenía miedo, ahora estoy petrificada. Parece que quiere matarme y no estoy bromeando, ni exagerando. En realidad, estoy asustada. Bueno, estoy asustada y extremadamente excitada, digamos que es un empate.

En un instante su mirada oscura desaparece como si acabara de ponerse una máscara de Halloween y una sonrisa regresa a su hermoso rostro. Con una sonrisa, habla en voz baja, burlonamente.

—De nada.

Estoy bastante segura de que parece que estoy a punto de apuñalarlo con algo afilado porque se ríe más fuerte y retrocede a su lado del pasillo.

—Vaya, si tienes más garra de lo que esperaba, y sí, la respuesta que esperaba es ‘gracias’.
—Hace una pequeña reverencia. Santo cielo, voy a matarlo con mis propias manos.

—¿Por atacarme? —Grito—. ¿Quieres que te agradezca por agredirme?

Dios, si hasta me guiña el ojo, el sinvergüenza.

—No es asalto si ruegas por ello.

—¿Rogar? —Repito acercándome hasta donde está, empujándolo su pecho—. Estás chiflado, yo no te rogué que me asaltaras sexualmente. Dime, ¿fue la fan loca que llevas dentro lo que hizo que te emocionaras o el hecho de que sabes que con sólo mirarme que tengo un poni rosado escondido en mi habitación? —Pongo los ojos en blanco y retrocedo—. Te equivocaste, lo sabes.

—¿Acerca de? —susurra, sus ojos brillantes vuelven a la oscuridad.

—El poni. —Miro hacia atrás y levanto la barbilla—. Era morado y no está en mi casa.

—¿Oh? —Sus cejas se alzan.

—Sí. —Estrecho mis ojos e imagino tropezarlo bajando las escaleras—. Está en mi dormitorio, idiota.

Con una última mirada que me da escalofríos, asiente y camina por el pasillo.

—Hasta luego, poni.

—Adiós, idiota —respondo—. Y gracias.

Se queda quietecito.

Debería haber dejado de hablar. Normalmente hubiera dejado de hablar. ¡Mierda! Nunca hablo fuera de turno o respondo. Pero algo sobre él saca lo peor de mí, supongo.

—Siempre quise saber cómo sería besar a un tipo arrogante y tatuado, ahora ya puedo agregarlo a mi lista de deseos cumplidos.

Sus hombros tiemblan. Se da la vuelta, una mirada de completa diversión cubre sus rasgos.

—Cuidado.

—¿Con qué, me vas a acuchillar o qué?

—Ambos sabemos que no necesitaría usar la violencia para que respondas, cariño. —Tuerce

el gesto mientras se limpia la boca con la mano—. Y tú, pequeña, mejor ten cuidado. Estás peligrosamente cerca de hacer que me enamore de ti y yo no soy de ese tipo de hombre, yo no me enamoro, yo hago que ellas se enamoran. Llámame si alguna vez todo lo que quieres es pasar un buen rato. Estoy seguro de que puedo hacer que ese poni púrpura se sonroje si tengo la oportunidad.

—¡Me das asco! —Grito mientras se aleja.

Vaya, buena te la aventaste, Saylor, hay que agregar un tartamudeo para que se dé cuenta el poder que tiene sobre ti.

—¡De nada! —me contesta, agitando su mano en el aire y bajando lentamente las escaleras.

Temblando, abro rápidamente la puerta de la sala de ensayo y luego la cierro de golpe. Con un suspiro, me toco los labios con la punta de los dedos y me apoyo contra la pared, luego lentamente me hundo en el suelo.

¿Qué diablos pasó aquí?

Capítulo 5

¿Qué tenía en la cabeza cuando decidí acosar a una chica perfectamente inocente en el pasillo?

Ah, claro, mi pasado limpio y reluciente había vuelto para perseguirme, qué belleza.
Gabe H.

Gabe

Mis labios siguen ardiendo.

Me estoy volviendo loco.

La vergüenza no es realmente una emoción que estoy acostumbrado a sentir, pero allí está, brillante como un anuncio de neón, arruinando la escena que cuidadosamente me he encargado de montar.

Me estremezco ante mi incapacidad de siquiera hilar una buena metáfora en mi cabeza. La música tiene una forma de chuparme todo, toda mi ira, dolor, frustración, tristeza, impotencia. ¡Y allí estaba ella, parada allí solo escuchando!

Y sus ojos.

Demonios, esos ojos.

Conozco esos ojos, esos son los verdaderos ojos de un músico. Había quedado impresionada, aturdida y un poco preocupada por mí. Podía verlo todo, podía calcular lo que estaba sucediendo en ese pequeño cerebro inocente suyo. Tiene curiosidad por mí, curiosidad por la música y, gracias a Dios, no me había reconocido.

¿Pero la peor parte?

Su rostro me recuerda a los miles que me siguieron alguna vez. Los que decepcioné, los que dejé. La gente que dependía de mí, que me admiraba y que, sin saber que me estaban preparando para el fracaso, me puso en el pedestal más alto que pudieron encontrar.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo. Ignorándolo, continúo con rápido paso hacia mi motocicleta.

Kim me había mirado así, con esos ojos.

—¿Por qué ahora? —Digo en voz alta—. ¿Por qué demonios está pasando esto ahora?

De todos los tiempos. Por qué. Ahora. En serio siento que Dios me ha abandonado. Estoy solo, atrapado en un pozo de nada, indefenso, un pato sentado, revolcándome en el vacío.

Mi cerebro elige ese momento para recordarme el perfume que olí esa mañana en la barista. Acelero el paso.

Se me encoge el estómago. O iba a enfermarme o tengo que dar un largo paseo a algún lugar para aclararme no solo la cabeza sino del perfume. Es como si el aroma tuviera vida propia, girando alrededor de mi mente, consumiendo cada parte de mí hasta que no estuviera separado, sino fuera parte de mi alma. Sus tentáculos se envuelven alrededor de mi corazón, y como cualquier hombre con arrepentimiento, siento que me aprietan tanto que mi primera respuesta es arremeter y luego retroceder.

El perfume de esta mañana, la llamada telefónica de Lisa, la chica de la sala de piano... mierda. Lo peor de todo, ella había escuchado la canción. La que yo había escrito.

El peor momento del mundo, porque eso me puso de inmediato en marcha. ¿Cómo se atrevía a escuchar algo tan privado?

No había planeado besarla, pero estaba enojado y pensé que si la asustaba, se asustaría o me abofetearía, al menos entonces sentiría algo, ¿verdad?

Incorrecto.

Ella me devolvió el beso.

Movimiento incorrecto, considerando todo el período de sequía y todo, su pequeño cuerpo había encajado exactamente en el contorno del mío.

No puedo culparla, no tenía forma de saber que la última chica que se sentía tan perfecta en mis brazos ... ya no estaba presente. Así que realmente no era con ella con quien estoy enojado. Tal vez es conmigo mismo.

—*¡Vamos, Kim!*— *Tomé su mano y besé cada dedo, sumergiéndolos en mi boca mientras mi lengua giraba alrededor de su piel caliente. Maldición, ella estaba caliente. Con una risita se apartó y se tambaleó sobre sus pies. La agarré para no caerme.*

—*¡Cariño!* —*Ella se rió de nuevo. Claramente no estaba acostumbrada a manejar marihuana y alcohol al mismo tiempo—. ¡Está helando fuera!*

—*Pero estarás conmigo, vamos.* —*La tomé entre mis brazos—. Una carrerita y luego podemos ir a la fiesta.*

Kim entrecerró los ojos y volvió a reír.

—*Cierto, pero te estás olvidando, estamos un poco borrachos y no estoy tan segura de que sea seguro.*

—*De nuevo —suspiré y señalé fuera de la ventana. El paisaje nevado no fue tocado por nada—. Estarás conmigo, y no iremos por una carrera difícil, lo prometo. ¡Vamos!*—

La besé en la frente.

—*¡No es que vaya a pasar nada! ¡Ni siquiera hay nadie ahí fuera! Mira...*— *Me acerqué a la ventana y corrí las cortinas todo lo que pudieron—. Es increíble. No obtienes este tipo de polvo en California, solo Whistler. Vamos.*

—*¡Bien!* —*Kim sacudió la cabeza y caminó hacia la habitación—. Déjame poner mis cosas muy rápido, ¿de acuerdo? No me importa lo que digas, hace mucho frío afuera.*

Cinco minutos se convirtieron en treinta para cuando Kim estuvo lista. Agarré la llave de nuestra habitación de hotel y corrí por el pasillo con ella a cuestas.

A los dieciséis años parecía un poco prohibido que pudiéramos quedarnos en la misma suite, pero mi agente había dicho que era una gran publicidad. Básicamente éramos la próxima pareja adolescente y todos querían vernos juntos.

Lo que realmente no era un problema, teniendo en cuenta que estaba locamente obsesionado con la chica. Su vida, su sonrisa. Infierno. Me casaría con ella a los dieciséis años y ella lo sabía.

—*¿Lista?* —*Pregunté una vez que estuvimos afuera. No había nubes en el cielo, solo estrellas. Le guiñé un ojo a Kim. Ella sacudió la cabeza y se echó a reír, mirando hacia otro lado como si estuviera avergonzada. Maldición, tuve suerte.*

—*Lista.*

—*Uno, dos.*

—*¡Espera!* —*Kim me tocó la cabeza—. Se me olvidó mi casco.*

—*Una carrera.* —*Intenté no sonar irritado. Ya íbamos a llegar tarde a la fiesta—. No te va a pasar nada. Lo juro.*

Kim parecía insegura. ¿No confiaba en mí para protegerla?

—*Bueno está bien.* —*Apuntó sus esquís colina abajo.*

—*Uno, dos.*

—¡Tres! —Ella chilló y salió volando por la carrera, dejándome ahí arriba. Riendo, fui tras ella. Podía escuchar cada golpe de sus esquís y de repente escuché un grito.

Entonces nada.

—¿Kim? —grité— ¿Estás bien?

No iba a lograrlo.

Corro hacia mi motocicleta y vomito al otro lado, limpiándome la cara con el dorso de la mano. No importa lo que hizo mi padre, no importa quién descubrió mi verdadera identidad, una cosa siempre permanecería. Fue mi culpa, mi cruz que soportar, y no había suficientes oraciones que pudieran salvar mi alma de arder en el infierno por lo que había hecho. Por lo que seguía haciendo.

Una vez que vomito todas mis tripas, incluyendo mi desayuno de Capitán Crunch, me siento en mi moto. Visiones de la pianista caliente pasan por mi cabeza. Debería haberme disculpado en lugar de ser un imbécil. ¿Periodo de sequía? Sí, culpemos a eso.

¿Cómo porque era mi culpa? ¿Que ella me hubiera estado espiando? O que ella es sexy como el infierno. ¿Ella es nueva? Sacudo mi cabeza. Probablemente no. La Universidad de Washington es una escuela muy grande y no es como si yo estuviera estudiando música o algo así; está demasiado cerca de mi pasado, tengo que estar lejos de cualquier pista del tipo que solía ser, el tipo del que estaba huyendo.

Maldiciendo, pateo la rueda trasera de mi moto. El aire primaveral crujiente tiene una pizca de humedad, lo que provoca un escalofrío involuntario que causa estragos en mi cuerpo. Saco mi teléfono y marco el número de Wes. Necesitamos terminar esa conversación. Porque si hay alguien que puede ayudarme, es él. Wes y yo somos exactamente opuestos. Él representa todo de lo que me estoy escapando, pero es diferente. Un milagro. Eso es él. Había conquistado el cáncer este último año. También es hijo de uno de los hombres más ricos de los EE. UU., Aunque nunca lo sabrías si sales con él.

Lo conocí este año pasado y le prometí, maldita sea, prometí que me esforzaría más por ser una mejor persona y simplemente había jodido esa promesa. No había dormido por semanas desde su cirugía. Aclararme la cabeza parecía una buena idea, y no podía hacerlo mientras me siguiera acostando con todas las chicas dentro de un radio de veinte millas.

Para ser honesto, no había sido tentado.

No hasta esta tarde.

Preciosa, prohibida. Esas dos palabras me vienen a la mente. El largo cabello castaño con mechones rubios le caen alrededor de la cara en ondas, sus grandes ojos azules casi parecen morados y esa piel bronceada.

Odio admitirlo, pero ella es como una versión más sexy de Miley Cyrus, ya sabes, antes de ponerse rubia y lococona.

—Mierda. —Presiono el nombre de Wes y espero.

Suena y luego recibo su correo de voz.

—Voy en camino. —Eso es todo lo que digo. Espero que este allí y que solo no contestó su teléfono. Es un AR en el dormitorio de Lisa y, por lo general, pasa ahí el mayor tiempo posible, considerando que su *prometida* y el amor de su vida es la compañera de cuarto de mi prima. Afortunadamente, yo estoy rodeado de una felicidad totalmente estadounidense, y todo lo que quiero hacer es drogarme y demostrar que no soy como ellos.

Enciendo mi motocicleta y cruzo el campus. Cuando me detengo, he hecho una lista de cientos de cosas diferentes que preferiría estar haciendo: cosas proactivas como llamar a mi abogado costoso y ponerlo a trabajar en mi padre para que nada suceda.

Pero, en cambio, de hacer cualquiera de esas cosas, me detengo. Lo estoy haciendo mucho últimamente, dudando cuando sé que debo tomar precauciones. Lo había hecho con Kiersten, la novia de Wes. Tenía tantas ganas de ser ese chico para ella. El que trae flores y se seca las lágrimas, y cuando llega el momento de poner eso en práctica, mi vacilación lo dijo todo. Estaba destinada a algo más grande, porque al final, siempre decepciono a la gente. Yo podría ser su amigo. Podría ser amigo de Wes. Demonios, incluso podría ser un buen primo para Lisa, pero nunca terminaría con nadie. ¿Mi alma gemela? Ya la conocí.

Y no importó. Nada lo hizo.

Apago mi motocicleta mientras mi teléfono suena en mis manos.

—Hola, Martha. —Me muerdo el labio. No necesito esto, no ahora.

—Parker, me alegro de que podamos...

—Es Gabe.

—Correcto —dice rápidamente—. Lo siento, es solo que ella solo te llama Parker, así que tiendo a olvidar.

—Martha, estoy un poco ocupado, ¿de qué se trata? —Cambio mi peso al otro pie y espero.

—Ella está preguntando por ti.

Me río amargamente.

—Ella siempre pregunta por mí. Todos lo hacen.

—Sí, lo sé, pero, Parker, quiero decir *Gabe*... —Puedo escuchar la tristeza en su voz—. Es malo esta vez. ¿Podrías pasar por aquí, tal vez traer tu guitarra o algo? Sé que le encanta eso. O colores, ha estado pasando por esa extraña fase de colorear. ¡Tiene a todos haciendo lo mismo!

Su entusiasmo debería haber desaparecido, pero en cambio, todo lo que quiero hacer es drogarme. Yo quiero un escape.

Pero no me merezco uno. Tal vez ese es el problema.

—Sí. —Me limpio la cara con las manos—. Puedo hacer eso. Dame quince minutos.

—Gracias, Gabe.

—No hay de qué, Martha. Cuídate.

Cuelgo y miro el dormitorio. Wes es un maldito hacedor de milagros, no es broma, como una versión masculina andante de la Madre Teresa.

Mierda. Bien podría ser el diablo.

Capítulo 6

*Él sabía a canela, lástima que soy alérgica a la canela.
Es bueno que no haya entrado en shock anafiláctico por el beso.
Imagínense la vergüenza.
Saylor*

Saylor

No estoy segura de cuánto tiempo me he quedado viendo el piano antes de que mi cerebro otra vez hiciera conexión con mi cuerpo, como para tocar. Cada vez que trato de levantar mis manos, todo lo que puedo imaginar son las suyas. Él tiene notas musicales en cada nudillo.

Por qué recuerdo un detalle tan ridículo, no tengo la menor idea. Pero parece extraño que un tipo que parece así fuera capaz de tocar la música que había escuchado salir de la sala de ensayos. Lo que salió de su boca cuando se cerró la puerta fue completamente lo opuesto a cómo se veía y cómo había actuado cuando estaba escuchando.

Quizás fue mi culpa. Después de todo, había estado salivando sobre la música como un perro en celo. Fue mi debilidad, mi caída. No había escuchado esas canciones en mucho tiempo, provocaron en mí una reacción muy profunda, como un fantasma que anhelaba desatar, pero tenía demasiado miedo de hacerlo. Es curioso, porque no tenía nada que ver con la canción real, sino con la forma en que se tocó, con tanta pasión y abandono que inmediatamente me sentí celosa.

Es por eso por lo que mi especialidad musical no es en interpretación, como había creído inicialmente. Es teoría de la música. Yo quiero ser profesora. Tener algo seguro. Eso me aseguraría un trabajo, con el que podría hacerme cargo de pagar los préstamos estudiantiles, y en el que además, podía hacer una carrera.

Es todo lo que tengo. Porque cuando te arriesgas, sales lastimado y ya estoy bastante cansada de tener que recoger mis ilusiones rotas. La mayoría de las personas van a la universidad con la esperanza de una aventura, yo me conformo con tener mi título y una taza de mi alma mater. Nada es más importante para mí que no tener que preocuparme.

Típico de alguien que ha estado cuidando a su familia durante los últimos años. Soy todo lo que les queda a mi hermano menor y a mi madre. Cuentan conmigo para hacer algo de mí misma para poder, a su vez, mantenerlos.

No es como que les importe mucho. Solo quieren que me gradúe y encuentre un trabajo que genere el suficiente dinero para que no tengamos que vivir contando los centavos entre quincena y quincena.

Sacudo mi cabeza. Recordándome que debo ser práctica. Mi madre. Eric. Esas dos razones, no un malcriado y tatuado al que le gusta atacar a chicas inocentes en salas de música.

Qué belleza. Soy una novela romántica ambulante.

Cierro los ojos y pongo mis manos sobre las teclas blancas y así comienzo mi sesión de práctica de dos horas.

Capítulo 7

Tengo una foto de nosotros entre mi funda de la almohada como el demente que soy. La había tenido guardada en su bolsillo el día del accidente. La quería lo más cerca posible de mí cuando dormía todas las noches. Porque todas las noches me voy a la cama esperando que todo fuera una pesadilla y cada mañana me despierto con la aterradora realidad de que no lo es. Uno pensaría que dejaría de esperar pero nunca me detendría. Nunca dejaría de rezar para que Dios se la llevara.

Gabe H.

Gabe

Salgo por la interestatal 405 con rumbo al sur y tomo la salida hacia el otro lado de Seattle. ¿Cuántas veces he conducido esta misma ruta a lo largo de los años? A través de la lluvia, nieve, aguanieve, granizo. Mierda, es como un perro con un rastro en el patio trasero de su dueño. Predecible hasta el extremo. Así esté en la escuela o en la casa, siempre es igual. Aumento la velocidad, esperando que disminuya el dolor que se aprieta en mi pecho. Estoy arruinándolo todo simplemente con respirar, es demasiado tentador. Acabar con todo. Poner fin a la miseria de todos.

Casi tan tentador como dejar caer toda la tontería feliz y, de hecho, expresar mis sentimientos a cualquiera. Demonios, incluso se los entregaría a Lisa en este punto, pero ella está demasiado cerca de la situación. Solo la haría llorar, y odio ver llorar a esa chica. Corrección, odio ver llorar a cualquier chica. La última vez que Kiersten lloró, quería hacer un trasplante de corazón para que no me doliera más. Me hubiera encantado tomar su dolor. Después de todo, ¿qué era un corazón roto más cuando el tuyo estaba en un estado constante de ser destrozado?

El aire húmedo muerde mi chaqueta de cuero cuando me acerco al agua. Disminuyo la velocidad una vez que me detengo en Albergue del Pacífico—una casa que provee atención especializada para quienes lo necesitan—y pongo mi motocicleta en su lugar habitual.

El edificio en su momento fue un hospital, pero a finales de los años cincuenta fue convertida en un albergue para adultos mayores. Más tarde fue remodelada para incluir un centro de tratamiento de vanguardia para personas con lesiones cerebrales. Cada vez que aparco en este lugar, los mismos sentimientos me inundan. Miedo, angustia, confusión, culpa.

La construcción es bastante bonita, tipo cabaña, con vigas de madera y paredes blancas, lo que lo hace ver más como un complejo habitacional, que lo que realmente es.

Por alguna razón estoy retrasando lo inevitable. Mientras camino hacia la entrada principal siento como si llevara zapatos con suela de plomo. Ha sido diferente desde la cirugía de Wes. O tal vez yo he cambiado. Fuera lo que fuese, esto me está volviendo mierda.

Camino hacia el edificio principal, el centro de tratamiento y me preparo para el impacto. Los primeros pasos hacia la entrada siempre son los más difíciles.

—¡Gabe! —Martha agarra un portapapeles contra su pecho y deja escapar un suspiro de alivio—. Sé que no es tu día normal, pero...

—Está bien —Le dedico una sonrisa cuando todo lo que quiero hacer es dar la vuelta y subirme a la moto para después echarme a llorar. Estoy aquí cinco días a la semana. Cualquiera pensaría que es suficiente. Pero últimamente, incluso estar aquí veinticuatro horas los siete días de la semana no lo es. Ella se está apagando. Y es mi culpa.

Martha me da una palmada de simpatía en la mano.

Aw, lástima. Encantador. Me aclaro la garganta y plasto una sonrisa en mi rostro.

—Te ves genial. ¿Has perdido peso?

Buena frase, Gabe. Ahora ve y dale unas cuantas cachetaditas a los otros ancianos.

—Qué caballero. —Ella me da un codazo en las costillas mientras la envuelvo con mi brazo izquierdo, atrayéndola para un abrazo—. Todavía no entiendo por qué no encuentras una chica de tu edad de la que enamorarte.

Todo mi cuerpo se tensa.

¿Es que no se ha enterado?

Entregarle el corazón a alguien sería como darle en la cabeza al último clavo de mi ataúd.

Enamorarme y, finalmente, olvidar.

—Sí, bueno. —Me río de eso—. La mayoría de las chicas de mi edad no pueden seguirme el ritmo. Me gustan las mujeres mayores. ¿Conoces alguna enfermera que quiera quitarse su uniforme y hacerme un striptease?

—Oh tú. —Me pega con el portapapeles—. Puedo ser tu abuela y lo sabes.

—¿Entonces lo pensarás? —Beso su mejilla, ambos sabemos que es una broma y lo disfrutamos.

—Oh, nunca dije que no lo haría. —Guiña un ojo—. Ahora, ella está allí. Las enfermeras finalmente la calmaron un poco con un juego de damas.

—Déjame adivinar, les está ganando a todos.

—Fue la única manera que encontramos de calmarla, algo de competencia. —Martha se encoge de hombros y me entrega el portapapeles—. Solo asegúrate de firmar cuando te vayas.

Tomo el portapapeles.

—No hay problema.

Las enfermeras y el personal me conocen bien, cada uno de ellos se apresura en diferentes direcciones, preparando las cosas para el día. Martha regresa al escritorio principal mientras yo camino por el largo pasillo hacia la sala de juegos, pasando al equipo de seguridad en el camino. Los dos hombres asienten en mi dirección, como deberían, considerando que pago por que estén aquí y abren la puerta de la habitación.

Las risas llenan el espacio.

Su risa.

Sonrío a pesar de mi actitud de mierda y el hecho de que estoy sudando. ¿Cuándo he dudado alguna vez en visitarla? ¿O alguno de los pacientes? Sacudo ese pensamiento, cuando la gran puerta de metal se cierra detrás de mí.

—Gabe —El viejo Henry se vuelve hacia mí y me tiende la mano—. ¡No sabía que nos honrarías con tu presencia hoy!

—Hoy es su día de suerte. —Tomo su mano y busco en mi bolsillo para sacar un pedazo de caramelo—. Calla, no le digas a Martha.

—Esa mujer fue sargento instructor en otra vida. —Henry niega con la cabeza—. La última vez que me atrapó estaba en el baño comiéndome una gelatina, en mi condición —Señala sus piernas. Están atadas a la silla para que no pierda el equilibrio y se caiga. Un accidente en una granja casi lo mata, pero no le impidió ofrecer su tiempo como voluntario. Una vez que su esposa murió, decidió mudarse a la casa de retiro de al lado; desafortunadamente, Martha es la jefa de enfermeras de ambos edificios y los cocineros le cuentan todo, lo que significa que nunca come nada dulce.

Pobre hombre.

—¡Hola, Gabe! —Sarah prácticamente tropieza con la silla de Henry para saltar a mis brazos. Tiene mi edad, pero debido a un accidente tiene problemas de memoria. Sin embargo, por alguna razón, recuerda mi nombre. Probablemente porque yo soy la única cosa constante en su vida.

Me duele un poco el corazón cuando la pongo de pie y beso su mejilla.

—Date la vuelta, Sarah. Quiero ver cómo te queda ese vestido.

Se ríe y hace un giro y luego va a sentarse a la mesa del fondo. Donde sé que me esperan pacientemente.

—Henry. —Lo saludo y camino hacia la mesa.

—Parker. —Una voz apagada se levanta de la mesa, casi poniéndome de rodillas. Me digo que soy fuerte, pero es muy duro y cada vez más difícil. Ella me recuerda cada error que he cometido, cada mal camino que he recorrido.

Parece más delgada que cuando la vi la semana pasada. Lleva el pelo rubio recogido en un moño rosa, su color favorito y lleva su sudadera favorita de los Patos de Oregón.

Otra muy mala señal.

Ella solo usa la sudadera en los días malos.

Ha tenido días malos durante las últimas dos semanas.

Y cada vez que intento preguntarles a los médicos qué está pasando, menean la cabeza y dicen que la condición humana es un misterio. Su salud está deteriorándose y no tienen idea de por qué. Ha sufrido dos episodios de neumonía durante los cuales la tuvieron que sedar y amarrar a la cama para que pudieran ponerle un tubo en su garganta para ayudarla a respirar.

La segunda vez gritó mi nombre una y otra vez. Me quedé toda la noche y recé para que Dios se la llevara. Aunque eso me mataría de dolor, quería que Él se la llevara.

Verla sufrir es como acostarse y rezar para que cuando despiertes las cosas sean mejor. Me lo han dicho toda mi vida, solo dormir sobre cosas y siempre se ven mejor por la mañana.

Ya no funciona.

Porque ahora cuando me despierto, las cosas siempre se ven peor.

—¿Princesa? —Me arrodillo junto a su silla de ruedas y tomo su mano en la mía. Está paralizada del cuello para abajo, por lo que le es imposible sentir el calor de mi piel, pero aun así tomo su mano de todos modos.

Una vez olvidé sostenerla y pensó que estaba enojado con ella. Cuando le pregunté cómo podía sentir mi mano en primer lugar, dijo que no podía, pero todavía tenía dos ojos. Me reí y agarré su mano, prometiendo nunca dejarla ir.

—No habías venido, Park. —Su labio inferior sobresale cuando su boca se abre un poco. Entonces ella está haciendo pucheros. Fantástico.

Y esto es de lo que estoy hablando. He cumplido con mi deber diario presentándome por lo menos de media hora a una hora todos los días. Pero aun así no es suficiente. Siempre se le olvida, lo que significa que también tengo que empezar a llamar por la noche. Eso comenzó hace un mes, y las cosas todavía no han mejorado.

—Estos meses he tenido mucho que hacer en la escuela, con las clases y todo eso. —Miento, pensando que es más fácil ignorarlo que explicarle que, de hecho, he estado a su lado como una maldita sanguijuela durante los últimos cuatro años y que me estoy sofocando lentamente. No lo entendería. Le dolería y ya la he lastimado lo suficiente.

—Oh. —Sus ojos azules vacíos parecen tomar la información como la verdad—. Bueno, ya que estás aquí, ¿podemos jugar un rato?

El vacío desaparece cuando la emoción cruza por su rostro.

—Seguro. —Me siento a su lado y miro la mesa—. ¿Cuáles son nuestras opciones?

—Déjame pensar —Su sonrisa es brillante y ansiosa—. ¿Qué tal adivina quién?

—Genial. —Saco el tablero de juego justo cuando mi teléfono suena.

Sin pensarlo, voy a contestar, olvidando momentáneamente cuánto odia Princesa las interrupciones.

—¡Sin teléfonos, Park! ¡SIN TELÉFONOS! —Ella gime sacudiendo su cabeza de un lado a otro—. ¡Lo prometiste, PARKER, me lo prometiste!

Unos sollozos se escapan de su boca cuando unas enfermeras llegan corriendo.

Pues mierda.

—Lo siento mucho, K, se me olvidó.

—Yo no me llamo así —grita—. ¡Mi nombre es Princesa!

—Tienes razón —suspiro, alcanzando mi guitarra y haciendo un gesto a las enfermeras para que dejen de correr. Harían más daño que bien—. ¿Qué tal si te toco una canción?

Ella deja de gritar, pero sus labios tiemblan.

—Toca nuestra canción, Park. Por favor.

—Por supuesto, Princesa. Tocaré nuestra canción.

Estoy a cinco segundos de mandarlo todo a la mierda. Toco algunos acordes y comienzo a cantar. Mi Princesa se ríe y comienza a cantar conmigo.

Hace tiempo ella tenía una voz hermosa. Pero su voz, como todo lo demás, se le ha ido apagando. Por la misma persona que prometió que jamás dejaría que le pasara algo.

Se me encoge el estómago. No estoy seguro de cuánto tiempo más podré hacerlo. Pero tengo que intentarlo, por ella tengo que hacerlo, porque he roto todas las demás promesas que le he hecho. Le prometí protegerla, salvarla, es una mierda que la única persona que te promete darte todo en la vida te lleve a las puertas de la muerte.

Capítulo 8

No podía sacarlo de mi mente. Lo cual era tan estúpido si me lo preguntabas. Soñé con sus estúpidos tatuajes de notas musicales y ese beso ridículo. Necesitaba salir más o algo así si estaba soñando con el diablo y realmente esperaba conciliar el sueño para poder soñar con él nuevamente.

Saylor

Saylor

Han pasado dos días desde mi encuentro con ojitos azules, también conocido como el idiota. Estoy empezando a pensar que no fue real. Quiero decir, tocaba el piano como si hubiera salido de un sueño, pero no es alumno del programa de música, para nada. No es que descaradamente buscara alguna señal de él en todas mis clases.

O en Facebook.

O al decano de la facultad.

Pura curiosidad. Eso es todo.

Además, fue un espejismo.

Y yo sí que soy muy real y paso mucho tiempo en la facultad.

Lo que me faltaba, ¿ahora tengo alucinaciones inducidas por tanto ensayar?

Sacudo mi cabeza mientras camino por el pasillo hacia la sala de ensayo.

¿Y si él está otra vez ahí?

¿Por qué estoy tan esperanzada en escucharlo tocar otra vez?

No me jodas, es mi horario de ensayo, el único que estaba libre y que pude acomodar entre mis clases.

Ese hombre podría ser el mismo diablo y probablemente lo es si su comportamiento es un indicio, todo lo que se necesita es una canción para volverme arcilla entre sus dedos. Por eso los músicos son un peligro ambulante, hacen que te enamores de ellos en un instante. La esencia de quién eres puede perderse fácilmente en la música. Son nuestras sirenas modernas, empuñando el poder de la persuasión con su don. Y el resto de la población humana no tiene más remedio que quedar atrapado en la trampa. Es peor para un compañero músico porque realmente pueden apreciar el talento y la habilidad en bruto. Está más allá de que algo suene bien, se trata de que la vida mejora durante unos breves segundos mientras las notas se mezclan.

La piel se me pone de gallina.

Me pregunto si alguien se ha tomado el tiempo de decirle lo increíble que es en el piano. Cómo mataría por ostentar tal talento. Mi codicioso corazón de músico quiere sentarse en la misma sala de ensayo que él y simplemente saborear el momento.

—Caray, Saylor —me reprendo—. Contrólate. Concéntrate. Se práctica. Gradúate.

Reafirmo mi mantra con un movimiento de cabeza mientras me lo repito una y otra vez.

Y entonces escucho a alguien cantando.

La melodía es familiar. La escucho más de cerca. La canción habla de equivocarse, de ser la razón de tus propios errores y luego alejarte de alguien que amas. Se me corta la respiración cuando la canta perfectamente. *Parachute* siempre ha sido una de mis bandas favoritas.

Mi corazón comienza a golpear contra mi pecho mientras camino lentamente hacia la sala de ensayos.

Está en el piano, sus manos vuelan sobre las teclas de marfil como si fuera el hijo perdido de Mozart. Su voz no se parece en nada a algo que haya escuchado antes. Tan honesta, tan cruda, tanto dolor sale de esa boca que por alguna razón tengo ganas de llorar.

Jadeo cuando deja de tocar y luego con un grito golpea el piano con las manos, una y otra vez como si quisiera lastimarse, como si la canción lo estuviera cabreando, junto con todo lo demás en el mundo.

Sin pensar, abro la puerta.

—Probablemente no deberías destruir la propiedad de la escuela así. —Tierra trágame, ahora sí que me he convertido en una peste. La puerta se cierra detrás de mí y de repente han sacado el oxígeno de la sala.

Sus manos se congelan en el aire, con una maldición se voltea y me mira. Sus ojos azules están fríos. Lentamente, se pone de pie y camina hacia mí.

—¿Qué vas a hacer al respecto, pequeña? ¿Ir a chismosear?

—Claro —digo con voz confiada—. Si quieres comenzar una pelea, al menos elige un oponente de tu tamaño.

Mierda, ¿por qué mejor no compro un bosque y me pierdo? Voy de mal en peor.

—Tal vez me gusta cuando la gente no se defiende —espeto.

—Si estás tan enojado, lo último que necesitas es meterte en problemas. Es como una avalancha.

—Dice la señorita perfecta —gruño—. Dime, ¿es curiosidad o es que no puedes evitar pensar en lo que te ofrecí el otro día?

—¿De qué estás hablando?

Se inclina hacia mí y me ofrece una media sonrisa.

—Hacer que tu poni se sonroje.

Siento mis mejillas arder mientras miro el suelo alfombrado.

—Oh, entonces estás aceptando mi oferta. —Él sonríe y me atrapa contra la puerta—. Tal vez ayude a tu música.

—No necesito ayuda —murmuro, aún sin levantar la vista.

—Pasión. —Me ignora, inclinándose para que casi pueda saborearlo—. La música y la pasión son una. Y nunca he visto a alguien tan carente de eso en toda mi vida.

Me estremezco como si me hubiera dado una bofetada en la cara. Con un gruñido, trato de alejarlo de mí, pero no se mueve.

—Soy un gran *maestro*.

—No lo dudo. Pero no estoy interesada en una aventura de una noche.

—Lo que tú digas. —Su mano se mueve por mi brazo. Me estremezco—. Pero tu cuerpo dice algo completamente distinto. —Sus labios rozan mi oreja y luego mi cuello. Me arqueo, sin darme cuenta de que estoy presionada completamente contra él hasta que es demasiado tarde. Su cálida risa debería haberme enfurecido. En cambio, me hace querer extender la mano, devolver el contacto.

Te lo dije, él es como el flautista de Hamelín.

Su boca encuentra la mía y yo estoy perdida.

Engatúsame una vez, la culpa es tuya, engatúsame dos veces, ya sabemos la respuesta.

Nunca he sido una de esas chicas. La chica que besa a extraños al azar. Lo digo en serio. Y es cierto, tengo un poni morado en mi habitación.

Su lengua encuentra la mía. Gimo cuando sus manos tiran de mi blusa. Huele a jabón y cuero. Envuelvo mis brazos alrededor de su cuello.

Con un gruñido se echa hacia atrás, con los ojos brillantes.

—¿Estamos haciendo esto aquí?

—¿Qué? —Mis ojos recorren la habitación con confusión. ¿De qué está hablando? Con las palmas sudorosas, las limpio en mis jeans y doy un paso vacilante lejos de su musculoso cuerpo.

Su risa burlona vibra en las paredes de la habitación.

—Entonces, ¿quieres que lo hagamos aquí o has fantaseado con que nuestra primera vez sea en un lugar especial? Quiero decir, normalmente no hago casos de caridad, pero por ti haré una excepción.

Retrocedo, las lágrimas arden en el fondo de mi garganta. Agarra mi mano en el aire.

—Tranquila, Dios, y luego dicen que soy yo el que necesita controlar la ira. —Guiña un ojo—. Encantado de jugar contigo, estudiante de primer año, pero si no quieres jugar, estás perdiendo el tiempo y realmente cuida cómo paso mi tiempo.

Su mirada se oscurece, se ve más guapo, más peligroso.

—Me caes tan mal —le digo.

—El odio es un sentimiento poderoso. —Finalmente me suelta—. Llena tu corazón de odio, entonces tal vez no duela tanto. Eso es lo que siempre digo. —Su sonrisa es triste cuando se aleja tranquilamente—. Usa ese odio.

—¿Qué? —Mi cabeza sigue dando vueltas.

—El odio. Úsalo mientras tocas.

Abro la boca para responder, pero ya está a mitad de camino por el pasillo cuando puedo pensar en algo inteligente en respuesta.

Una vez que llega al final del pasillo, voltea para decirme—: Interrumpe mi sesión privada nuevamente y lo tomaré como una invitación. Créeme, no quieres experimentar eso, especialmente porque no te caigo bien.

Cuando desaparece a la vuelta de la esquina, dejo escapar el aliento que he estado conteniendo. Claramente, me he vuelto loca, tiene que ser eso. Mis labios zumban por el beso que nos dimos. Debería haber salido pitando de aquí. Debería haberlo abofeteado, en cambio, dejé que jugara conmigo otra vez.

Estresada. Eso es todo. Estoy estresada y con exceso de trabajo y no ayuda el que cuando le rogué al maestro que extendiera mi fecha de entrega para esa estúpida materia que tengo que tomar, el imbécil me amenazó. De nuevo.

Tengo que comenzar a practicar a altas horas de la noche si tengo alguna esperanza de impresionar a los profesores en el recital de fin de año. Mi beca depende de mi desempeño.

De mi habilidad para hacer creer a los profesores que vale la pena el paseo gratis que me han dado en esta escuela.

Tengo que olvidarme de ese chico de ojos azules, tengo que hacerlo, decido quedarme en el mismo salón de ensayo del que salió hace rato. Después de todo, ya estaba allí y no es como si fuera a volver.

Tal vez algo de su talento se me contagiaría.

Pero es en vano, no tengo el don.

No es algo natural en mí.

Es practicado.

¿Estar fuera de control como él estaba? Dejar que la música decidiera qué iba a hacer y cuándo, no tengo eso. Me falta el departamento de pasión.

Todos mis profesores dijeron que mi música es perfecta, pero fría.

Si yo soy fría, él estaba en llamas.

Dos horas. Tengo dos horas para practicar antes de reunirme con mi compañero de clase y repasar los planes para nuestro proyecto.

Pongo mis notas y música en el piano y me concentro en las teclas. Mis dedos hormiguean cuando toco el marfil; hormiguean cuando pienso en sus manos.

Por una vez en mi vida, quiero saber cómo se siente ser libre.

Pero algo me dice que el tipo que acababa de salir de este mismo salón es todo menos libre, está atrapado, y por la convicción en la canción que estaba cantando, todo fue obra suya.

Capítulo 9

La música es vida, tal vez por eso la abandoné durante tanto tiempo.

No sentía que mereciera la vida, ya no.

Gabe H.

Gabe

Me apoyo contra la pared mientras la música de la sala de ensayo se filtra débilmente en el pasillo.

Es perfecta

Su sincronización.

La forma en que las notas fluyen juntas.

Pero no siento nada.

Finalmente ha llegado el momento, el momento en que la música ya no me hace sentir nada. Quiero odiarla por irrumpirme, por corregirme, por ser tan molesta y bonita al mismo tiempo.

Por ser una de esas chicas que realmente me fascinan.

Ella sabía bien. Besarla fue un error enorme porque por alguna razón, sabía que sus labios me perseguirían, como sentía su boca contra la mía.

La última vez que sentí algo mientras besaba a alguien fue hace cuatro años y eso no había terminado bien.

Su coraje me recordó a Kiersten.

Genial, eso es justo lo que necesito andar deseando a la prometida de uno de mis mejores amigos.

Me quedo en el pasillo durante una hora. Escucho mientras ella cambia de pieza en pieza, cada una de ellas perfectamente perfecta, pero sin emoción.

Por alguna razón, me pone triste.

La música no es realmente música a menos que tu alma esté expuesta, a menos que tu corazón explote o se rompa.

Y la suya no está haciendo nada.

Por otra parte, ¿quién soy yo para juzgar? Hubiera usado el piano para encenderme si ella no me hubiera molestado.

Con un suspiro, me recuesto contra la pared y cierro los ojos. Y sí. Maldición, odio esas dos palabras.

—¿Estás perdido? —Pregunta una voz femenina.

Abro los ojos, una niña del tamaño de un estudiante de secundaria me mira como si fuera el fantasma del pasado navideño. Sus ojos se agrandan mientras mira mi cuello y luego bajan. Sí, realmente no encajo en la parte de estudiante de interpretación musical.

—No —digo secamente, cerrando los ojos de nuevo.

—Me parece familiar.

Mis ojos se abren, y luego la comprensión parece aparecer en esa pequeña cabeza inteligente.

—Adiós. —Me aparto de la pared.

—Espera, ¿alguien te ha dicho alguna vez que te parece mucho a...

—¿Adam Levine? —La interrumpo—. Todo el tiempo. Nos vemos luego.

Estuvo cerca, estuvo cerca. Salgo corriendo del edificio, deteniéndome sólo para mirar mi reflejo en la ventana.

Maldición.

Mi cabello comienza a aclararse nuevamente. ¿Cómo no me había dado cuenta de eso? Estoy empezando a ser descuidado, perezoso.

Y toda mi existencia depende de ocultarle mi secreto al mundo entero.

Tengo que ir a la farmacia y comprar varias cajas del tinte para pelo que he estado usando.

El tipo con el cabello castaño arenoso y los ojos sonrientes se ha ido, y lo ha reemplazado un impostor, una imagen de lo que siento por dentro.

Oscuridad.

Vacío.

Capítulo 10

Ashton Hyde, ¡cómo te odio! Mi compañera de cuarto se enteró de mi obsesión y llenó mis paredes con su sexy rostro.

Supongo que había cosas peores para mirar. Malditos sean sus ojos azules.
Saylor

Saylor

Para cuando llega el martes, estoy arrastrando los pies. Todas las prácticas nocturnas me están afectando y todavía no puedo sacar al Sexy Extraño de mi cabeza. Sí, he recurrido oficialmente a llamarlo Sexy Extraño.

Ugh.

Regreso a los dormitorios. Le prometí a mi compañera de estudio que pasaría y repasaría nuestros planes para nuestro proyecto de final de semestre. Solo la he visto una vez, pero parece realmente agradable. Punto extra, no parece el tipo de chica que hace que la otra persona haga todo el trabajo.

Mantengo la cabeza baja mientras la gente pasa a mi lado. Ser una chica de esas que es amiga de todo el mundo nunca ha estado en mi lista de prioridades. Además, nunca sé qué hacer cuando la gente me mira.

¿Se supone que debo sonreír?

¿Saludar?

Siempre me he sentido extraña e incómoda y luego está todo ese largo escenario de pasillo. En serio. ¿Qué se supone que debes hacer cuando tú y otra persona están en los extremos opuestos del pasillo caminando uno junto al otro? Cinco minutos después de caminar y es como, está bien, reconozcamos que cada uno de nosotros está tratando de prestar atención a todo menos el uno al otro y luego, boom, en el último segundo.

—Oh, oye, no te vi, ¿qué pasó?

Alcanzo la puerta del edificio y tropiezo hacia atrás con algo duro.

—Quieta ahí —dice una voz divertida detrás de mí, apoyando mis hombros—. ¿Todo bien?

Asiento y me volteo para enfrentar a quien me salvó de una conmoción cerebral. Por supuesto, por suerte, el Dios del fútbol, también conocido como el gran Wes Michels, es mi salvador.

Naturalmente, porque la vida es así de cruel. Y, *claramente*, no he tenido suficientes momentos embarazosos en los últimos tres días para durarme toda la vida.

Incapaz de encontrar mi voz, levanto mis manos hacia mis sienes, finjo estar mareada y me gano el tiempo suficiente para decir con una voz que suena como un niño de tres años.

—Gracias.

—De nada. —Se encoge de hombros y luego me abre la puerta. Paso junto a él, directamente hacia el ascensor.

Hace lo mismo.

Presiono el botón.

Entra conmigo.

Me traslado a la esquina más alejada de la pequeña caja y espero a que el piso se abra. En el momento en que se abren las puertas, casi choco con otra persona que entra, pero pude esquivar al

estudiante que está escondido detrás de una carga de libros de texto y me dirijo a la habitación dos veintiséis.

Balanceando mi bolso en un brazo, levanto la mano para tocar cuando esa misma voz dice detrás de mí.

—¿Eres amiga de Gabe?

—¿Quién? —Me doy la vuelta—. ¿Es él quien vive aquí?

Con manos temblorosas, agarro el papel con la dirección que Lisa me envió hace unos días.

—En realidad estoy buscando a Lisa. Estamos en la misma clase de negocios y estamos haciendo un proyecto juntas, pero puedo ser muy olvidadiza, así que le enviaré un mensaje de texto para ver si escribí el número equivocado.

—Espera. —Weston levanta las manos—. Definitivamente no era mi intención asustarte Lisa vive aquí, y probablemente no te escuche tocar porque los martes de tacos pone música mexicana tan fuerte que el resto del edificio se queja.

—¿Martes de tacos? —Repito.

—Ya verás. —Suspira y busca detrás de mí, abriendo la puerta—. ¡Lisa!

Grita como un jugador de fútbol. Hace una mueca cuando mis oídos comienzan a rechinar.

—¿Qué! —Lisa grita desde algún lugar del apartamento.

Y tiene razón, la música está a todo volumen. Ni siquiera puedo oírme pensar, gracias a las notas de mariachi y al hecho de que Weston acaba de gritar en mi oído derecho.

—¿Alguien está aquí buscándote! —le grita justo cuando una chica sale de una de las habitaciones. La reconozco de inmediato. Kiersten, la prometida del Dios del fútbol. Tendrías que estar viviendo en un planeta diferente para no conocer su historia.

Él y su lucha contra el cáncer, ella y su lucha por él. Ellos luchando juntos, él le pide matrimonio durante el partido de fútbol y ¿sabes qué es lo mejor de todo? ¡Se ha sanado milagrosamente! Son una película de Hallmark andante.

—Oooo, ¿eres amiga de Gabe? —Los ojos de Kiersten se abren con diversión mientras se acerca a los brazos de Weston. La besa en la cabeza y comienza a jugar con un mechón de su cabello rojo oscuro.

—¿Quién es Gabe? —Digo por segunda vez.

—¡Estúpida sequía! —Lisa grita de nuevo desde algún lugar de la cocina. En este punto todavía no la he visto.

—¿Me estoy perdiendo de algo? —Digo tan fuerte como mi voz es capaz de ir, que no es muy fuerte.

—¿Es una maldita elección! —Una voz masculina aún más fuerte dice detrás de mí. Podría haber jurado que el pelo de mis brazos se eriza mientras lentamente me giro para mirar al dueño de la voz, esperando, rezando por estar equivocado.

—¡Tú! —Gritamos al unísono. Dejo caer mi bolso al suelo y mantengo mis manos en el aire como si acabara de ser asaltada y estuviera a punto de darle una paliza, cuando realmente cada vez que nos hemos encontrado las cosas han sido muy, muy diferentes.

Gabe agarra mis muñecas y sonrío.

—Volviste por más.

La oscuridad se ha ido.

¿Quién es este impostor? Parece hasta feliz. Pero cada vez que lo he visto, también podría estar usando un letrero que dice: Chip en el hombro, ten cuidado.

Confundida, sacudo la cabeza. Su sonrisa crece cuando sus dedos tocan juguetonamente mis muñecas.

—¡Gabe! —Grita Lisa—. ¡Suelta ya mismo a mi compañera o les voy a echar Pepto a tus tacos!

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta Weston detrás de mí.

La música está baja y luego Lisa me está apartando de Gabe.

—Entonces... —La sonrisa de Lisa crece a proporciones épicas, ya que sus ojos parecen calcular nuestra relación—. Supongo que se conocen.

—¡Él me atacó! —Grito

Al mismo tiempo, Gabe guiña un ojo y responde—: ¡Es una maldita espía!

—Olvídate de la película —dice Wes con voz divertida—. ¿Gabe-novela? Esto es mucho mejor.

Toma asiento en un brazo del sofá y sonrío.

Mis ojos se estrechan en rendijas mientras mis manos se mueven a mi lado. Alguien necesita comprarle un mapa a este chico para ubicarlo en el planeta. Esta vez Lisa pone una mano tranquilizadora en mi brazo, mientras Gabe echa la cabeza hacia atrás y se carcajea.

¿Otra vez con la risa?

¿Tiene el trastorno de personalidad múltiple?

¿Saben que es mentalmente inestable?

Y si no lo saben, ¿es mi deber decir algo?

¿Entonces no los acuchilló mientras dormían cuando decidió tomar el tren de tierra feliz de regreso al infierno?

—Clásico —dice, sus pestañas estúpidamente largas burlándose de mí con cada maldito parpadeo—. ¿También eres la nueva compañera de Lisa? Dime, estrella del piano, ¿alguna vez el mundo se cansa de tus costumbres de monja de clausura?

Ah, ahí está. Para ser honesta, me había estado preocupando un poco.

—Eso es. —Lisa agarra a Gabe por la oreja y tira de él.

—¡Qué demonios, Lisa! —Gabe se queja cuando tropieza hacia su pequeño cuerpo.

Ella suelta su oreja y le pisotea el pie.

—Pasar la página. Dijiste que dejarías de comportarte como un gilipollas, ¿recuerdas?

—Nunca fue realmente un gilipollas —dice Kiersten saliendo en su defensa.

Giro la cabeza lentamente para captar su expresión. Pero ella parece completamente seria como si él no fuera un completo y total perdedor. Es talentoso y atractivo, pero sigue siendo un perdedor. Bien, entonces él tiene habilidades, pero ... Wow, necesito dejar de discutir en mi cabeza antes de que me duela la cabeza.

Gabe forma sus manos en un corazón y lo presiona contra su pecho.

—Te amo, Kiersten.

—Deja en paz a mi novia —responde Wes.

—¿Dónde está la cámara escondida? —Alzo las manos en el aire—. Todos ustedes están locos. Lo saben, ¿verdad? Estoy aquí por Lisa, no por Gabe. Apenas lo conozco fuera de las salas de ensayo.

—¡Oh, Dios mío! ¿Estás practicando para el musical de primavera? —Kiersten pregunta.

—Esto... —Gabe se lame los labios.

—Espera, sala de ensayos —repite Lisa—. ¿Gabe, estás tocando otra vez?

—¿Otra vez? —Kiersten los mira a los dos—. ¿Qué quieres decir con eso de otra vez?

—Wow, gracias, fan loca, en serio. Impresionante. Supongo que tenía razón antes. Eres una chismosa. Oh, mira la hora —dice, mirando su reloj—. Mejor apúrate a casa para que puedas acostarte antes de las siete y que tu compañera te trencé el cabello. Ah y no te olvides de

cepillarte los dientes y decir tus oraciones.

—¿No tienes una enfermedad de esas de transmisión sexual que propagar por el mundo? —
Ladeo la cabeza con fría indiferencia.

Se aparta de la pared.

—¿Por qué, estas abierta para la oportunidad?

—¡Tortuga! —Lisa grita y pisotea su pie.

Todos nos quedamos callados.

Me echo a reír a carcajadas.

—¿Tortuga, es en serio?

Gabe pone los ojos en blanco y se pellizca el puente de la nariz como si cada palabra que sale de mi boca le estuviera haciendo palpar la cabeza.

—Lo siento, Gabe —susurra Lisa y se limpia las manos en su delantal con un jalapeño pintado—. Me tomé una margarita virgen.

—El azúcar te vuelve loca —dice Gabe, cruzando los brazos sobre el pecho—. Y sí, es mi apodo. ¿Por qué, acaso te gustan los apodos y los juegos de roles, mierdas como esas te ponen a mil?

—Asco, Gabe. —Kiersten se acerca a nosotros y levanta las manos en el aire. —Voy a detenerte ahora antes de que ambos pies terminen en tu boca y pierdas la capacidad de caminar. Repite después de mí—. Hola, ¿cómo te llamas?

—Saylor.

—Hola, Saylor. Encantado de conocerte. Soy Gabe, y prometo que no soy tan imbécil como crees que soy. Prometo mantener todas mis partes en mis pantalones y juro que, si ataco una vez más, Kiersten está autorizada para castrarme mientras duermo.

Gabe la fulmina con la mirada, pero me tiende la mano.

—Saylor, es un placer conocerte. —Sus dientes están tan apretados que su mandíbula se flexiona. Jamás había visto a un chico con tantos tatuajes y piercings, nunca en mi vida imaginé que alguien así se vería tan sexy, pero él sí. Y quiero odiarlo por eso.

Porque lo contrario significara que me gusta.

Su rostro tiene la sombra de esa barbita naciente, justo lo suficiente para ser peligroso para cualquier mujer con un par de buenos ojos. Su cabello oscuro como el pecado le cuelga casi hasta la barbilla, pero tiene un ligero rizo, haciéndolo parecer un pirata. Un tatuaje serpentea alrededor de su cuello, se sumerge en la parte delantera de su camiseta y los músculos de sus brazos parecen hincharse mientras observo tímidamente el remolino de tatuajes que casi parecen moverse por su antebrazo. Está cubierto de lo que parecen letras en su brazo derecho, y en su izquierda, tiene algunos pájaros, más notas musicales y una cruz, todo está unido. Debería parecer estúpido. Pero en lugar de eso, como si él fuera una especie de niño de primer grado que no sabe combinar, en él se ve sexy.

Maldición, maldición, maldición.

No suelo decir groserías, pero Gabe me hace querer estar a la altura de las circunstancias. ¿Decir más groserías que un camionero? Sí, eso mismo.

—Entonces... —Gabe me mira de arriba abajo.

Retrocedo hasta que mis piernas tocan el sofá.

—¿Vas a quedarte allí todo el día mirándome o tú y Lisa van a hacer la tarea?

—Tarea. —Un brazo se enrosca dentro del mío, y miro a la mirada divertida de Lisa—. ¡Pero primero hay que comer!

—¡Sí! —Wes aplaude y golpea a Kiersten en el culo, mientras que Lisa mantiene su brazo

firmemente sujeto al mío.

Gabe continúa mirándome, como si estuviéramos en una competencia de miradas, en la que si yo la retiro primero, sería la perdedora y tendría que hacer algo realmente vergonzoso, como admitir que él tiene un efecto físico en mi cuerpo.

—Tranquila —dice Lisa en voz baja—. Sin movimientos bruscos. Lo tomaré como un desafío y comenzará a perseguirte.

—Creo que ella quiere ser perseguida. —Gabe se lame los labios.

Pongo los ojos en blanco.

—Sí, bueno, creo que la tinta de tu cuerpo ha comenzado a filtrarse en ese cerebro tuyo. Dime, ¿disfrutas acosar a mujeres jóvenes para llevarlas a la cama contigo?

Gabe inclina la cabeza pensando, luego levanta una ceja como si el pensamiento realmente tuviera mérito.

—Venga. —Lisa tira de mi brazo—. Puedes ayudarme a poner la mesa. Espero que no te importe que comamos primero. Es mi turno de cocinar y si me tardo, Gabe se enoja.

—¿Le gusta su comida? —Pregunto, siguiéndola a la cocina.

—No. —Lisa saca algunos tacos—. Es realmente obsesivo con seguir la hora de la cena.

—Extraño —admito.

—Gracias. —El aliento de Gabe está en mi cuello cuando respondo y luego me da un paso al costado y comienzo a sacar la salsa y la crema agria del refrigerador—. Ser llamado extraño es casi tan bueno como ser llamado sexy.

—¿Por qué lo dices? —Bufo, tratando de ignorar lo que su cercanía le está haciendo a mi cuerpo en ese momento. Me quedo sin aliento cuando otra ola de deseo me golpea. Juro, es como si él estuviera físicamente dispuesto a estar cerca de mí sin siquiera tocarme.

La mano de Gabe se detiene en la salsa de tomate cuando sale de detrás de la puerta del refrigerador y se burla de mí; su boca se curva sedosamente alrededor de sus dientes blancos, enviando un estremecimiento involuntario a través de mí.

—Extraño puede significar cualquier cantidad de cosas. —Cierra la puerta.

No hay nada que pueda poner entre nosotros, sin mostrador, sin salsa de tomate, nada.

—Extraño significa que me destaco. Es una forma poco inteligente de decir que soy único, diferente, especial, único en su clase. Extraño significa que, en una alineación de veinte hombres, tus ojos aún encontrarían los míos. —Golpea el bloque de queso sobre el mostrador—. Cada. —Seguido con un frasco de tomates picados—. Maldita. —Y luego la salsa—. Hora. —Luego se vuelve para mirarme, con una sonrisa en su rostro tan arrogante que quiero lanzarme hacia él—. Entonces, ¿lo tomo como un cumplido que me llames extraño? Claro que sí, lo hago. Significa que esta noche, cuando cierres los ojos, no pensarás en todos esos tipos lindos americanos totalmente limpios con piel de bebé y ojos azules. Pero estarás pensando en mí.

Su sonrisa se vuelve depredadora.

—Todo de mí. Y eso... —Da dos pasos más hacia mí. No puedo retroceder. Es imposible moverse—. Me hace más feliz de lo que te puedas imaginar.

Mi respiración es irregular. Yo soy una idiota, así de simple. Estoy permitiendo que el chico malo sin futuro juegue con mis sentimientos, pero no es intencional. Todo sobre mi reacción hacia él es incontrolable. No puedo evitar sentirme atraída, no puedo evitar sentirme irritada y no puedo evitar que me toque una vez más, a pesar de que me molesta tanto como me excita.

—Muévete —susurra.

—¿Eh? —Sacudo las telarañas de lujuria de mi cabeza.

Me toca el hombro y me empuja suavemente hacia un lado.

—Tengo que poner la mesa. No estoy tratando de ser grosero. Ah, cierra la boca. Pasmada te hace ver desesperada.

Salgo del camino, básicamente golpeando mi cuerpo contra el horno lo suficientemente fuerte como para causar un moretón permanente en mi cadera.

—No le hagas caso —dice Lisa detrás de mí—. Un día de estos, alguien lo va a poner en su lugar.

—No te preocupes. —Gabe asoma la cabeza por la esquina y guiña un ojo—. Ya lo tengo.

Desaparece y luego regresa justo cuando abro la boca para hablar.

—Ah, y, por cierto, fue increíble.

—Cerdo —murmura Lisa.

—Ay, prima. —Gabe lanza un beso y esta vez se va.

No me doy cuenta de que estoy aguantando la respiración hasta que Lisa me toca en el hombro, casi haciéndome ahogar.

—Lo siento por él. A veces me pregunto si de verdad somos de la misma familia. —Sus ojos azules centellean brevemente antes de encogerse de hombros y regresar al armario para sacar los platos—. Trae la salsa y pongamos los tacos sobre la mesa. La tarea en segundo lugar, la comida primero.

Por alguna razón, siento la necesidad de hacerlo, tal vez es por Gabe, o tal vez es por mí. Sí, pensándolo bien, es por mí, porque él me hizo sentir fuera de control.

Capítulo 11

*Es una idiotez esto del martes de tacos y todo lo que representa.
Prefiero conducir hasta México, comprar algunas drogas y arriesgarme a la posibilidad de ser
atrapado en la frontera de Tijuana por perros rastreadores en lugar de sentarme a cenar a
gusto mientras todos fingen que la vida es perfecta.
Gabe H.*

Gabe

—¿Te quedas a cenar? —Tomo un trago de agua y me siento a la mesa. Wes se sienta enfrente y se echa a reír, buscando su propia agua y dándome esa mirada que los chicos se dan unos a otros cuando disfrutan demasiado de la miseria del otro.

—Pensé que lo haría. —La sonrisa de Wes se hace más amplia—. Ya sabes, ya que las cosas se pusieron tan interesantes.

—Deberías irte.

—Creo que prefiero quedarme y ver el drama del martes de tacos.

—Yo apoyo eso. —Kiersten se sienta y me da una palmada en la espalda—. ¿Sí?

—Um, no, y por favor quita tu mano. —La fulmino con la mirada.

Ella inclina la cabeza. Ah, la mirada de lástima. Fantástico. Su mano se mueve de mi hombro hacia mi brazo mientras aprieta.

¡Excelente!

Maravilloso.

Me acaban de dar el apretón amistoso de apoyo sobre todo lo demás.

Estoy que brinco en una pata de alegría.

No me gusta que la gente me toque. Quiero decir, hablo mucho y seguro que me encanta tontear, pero eso de que la gente me ponga las manos encima. No, no es lo mío. Me recuerda demasiado a ellos, a las personas del hospicio, a sus caricias, a sus caras tristes cada maldito día de la semana.

Odio cuando la gente siente pena por mí, o lo que es peor, cuando me siento culpable de estar agradecido de estar en esa posición, agradecido de que la persona que más deseaba vivir en realidad estaba muriendo.

—¿Cuál crees que le gustaría, Park? —Su madre me toca el brazo brevemente antes de volver a poner su mano sobre sus labios mientras tiemblan.

—Um —gruñí. Apenas podía mantener mis ojos abiertos más. Había llorado tanto que dejaron de producir lágrimas. En cambio, me ardían como si tuviera ácido en ellos hasta que los cerré.

¿El único problema con cerrarlos?

La veía.

Veía la maldita bufanda.

Y veía toda la sangre.

—Ese —susurré roncamente—. Siempre le gustó el rosa.

La señora Unifelt sonrió con tristeza.

—Quizás no tengamos que usarlo.

No supe que decir. Quiero decir, ¿qué se debe contestar en esos casos?

¿Espero que tu hija no se levante de la mesa?

Espero que muera en una cirugía porque realmente no puedo vivir en un mundo en el que me recuerden a ella todos los días, pero en realidad nunca vuelva a estar con ella.

—Rosa será. —La directora del funeral puso un recibo grande sobre el cajón y me sonrió de la misma manera que lo había estado haciendo desde que llegamos ahí.

No estaba seguro de si estaba demasiado insensible para reaccionar o simplemente demasiado enojado.

¿Una casilla de verificación?

¿Eso era todo lo que valía su vida?

¿Un pedazo de papel reciclado con pequeñas casillas para llenar?

Las lágrimas ardían en el fondo de mi garganta.

—Por supuesto, ella puede superar la cirugía. Siempre tenemos esperanza. Después de todo, los médicos confían en que pueden detener la hemorragia en su cerebro, aunque están seguros de que nunca más volverá a ser nuestra pequeña Princesa.

No pude soportarlo más. La presa se rompió y las lágrimas inundaron mis ojos y se derramaron mientras miraba el ataúd rosa.

¿Qué clase de tortura era esa?

¿Elegir el ataúd de tu novia?

¿De la misma manera que voy y escojo una corbata para el estreno de una película?

Esto es humillante y horripilante.

Hasta la iluminación de la funeraria.

—La idea de que hicieron miles de dólares con algo que no me iba a hacer sentir mejor a mí ni a nadie. Ella iba a morir. Y si ella vivía... Maldición. Si ella viviera, desearía que no lo hubiera hecho.

Y eso me convirtió en el peor ser humano sobre la tierra.

Porque cualquiera debería desear vida en lugar de muerte. Cualquiera persona cuerda elegiría la vida. ¿Pero yo, si yo estuviera en sus zapatos? Yo elegiría la muerte. En lo que a mí respecta, el amor de mi vida ya había muerto, todo lo que esperaba era que su cuerpo físico siguiera el mismo camino. Su personalidad, todo lo que la había convertido en quien era, había desaparecido.

La señora Unifelt volvió a alcanzar mi brazo, esta vez agarrándolo como un salvavidas.

—¿Y has decidido quién dará el discurso en la ceremonia?

Todos los ojos se volvieron hacia mí. Un peso cayó sobre mis hombros cuando bajé la cabeza y asentí levemente.

—Yo.

—Es lo mejor —agregó la Sra. Unifelt.

—Por supuesto —dijo el director de la funeraria rápidamente—. Es lo mejor.

—¿A dónde tienes la cabeza, Gabe? —Kiersten chasquea los dedos delante de mí.

Todos están sentados a la mesa mirándome como si acabara de salirme un tercer ojo y exigiera que me llamaran Kanye.

—Esto... —Me rasco la parte posterior de mi cabeza y suelto una risita nerviosa—. Lo siento, no dormí nada anoche.

—Ya me imagino —murmura Wes mientras sus mirada rebota entre Saylor y yo—. Considerando todo.

Decido ignorar su desaire ante mi incapacidad para dormir con cualquier mujer desde su operación, lo miro y comienzo a llenar mi plato con tacos.

—Entonces —Kiersten se roba una tortilla de mi plato y comienza a hacerse un taco.

Irritado, la fulmino con la mirada y finjo no estar interesado en sus bromitas y chismes.

—¿Cuéntame sobre este proyecto que ustedes tienen que hacer? —Ella termina.

—Sí, cuéntenos. Estamos aquí aguantándonos la respiración —le digo secamente, molesto porque tengo que sentarme a cenar con la chica que, hasta hace un rato era una sexy desconocida, y que no puedo sacarme de la cabeza.

Alguien me pateo debajo de la mesa. Hago una mueca, pero por lo demás no digo nada.

—Bueno —dice Saylor preparándose su taco.

Se lo quito antes de que ella pueda agarrarlo, fingiendo no verla. Así que ahora tengo como tres tacos en mi plato, todo porque tengo los modales de un alumno de quinto grado y quiero sacarle la lengua, o tal vez metérsela hasta la garganta. No dije que no estuviera confundido sobre lo que siento por ella.

—El proyecto se trata de escribir sobre algo que sea importante para nosotros. Dado que Lisa realmente no sabe en qué concentrarse...

—Y dado que lo más importante para Lisa es la cantidad de zapatos que tiene en su armario —canto, burlándome de ella abiertamente.

—Gracias, Gabe.

Asiento con la cabeza, antes de ponerle más salsa al taco, odiando que me sometan a la tortura de ver a Saylor mordisquear un maldito totopo como un conejito que no puede decidir si le gusta la comida.

—Como sea, —Saylor se mete el totopo en su boca. *Gracias a Dios*. Luego toma otro, maldita sea mi suerte—. Decidí que podríamos trabajar en mi idea juntas. El profesor había organizado los otros grupos, así que quedábamos las dos al final.

—Qué deprimente y yo pensando que soy alguien importante y de valor fundamental —bromea Lisa.

Saylor sonrío y tengo que apartar la mirada. Si tan solo tuviera pintalabios en los dientes o un maldito totopo pegado en alguna parte. En cambio, a ella se le ilumina el rostro, resplandece al sonreír. Y ese es mi trabajo, fingir que brillo y resplandezco y todas esas idioteces, pero no tengo que disfrutarlo.

Ser feliz simplemente parece fácil para ella, siendo honesto, me recuerda a una versión femenina de Wes. Genial, ahora hay dos en el mundo y ambos estacionados en mi vida indefinidamente.

Puedo manejar la sabiduría de Wes en pequeñas dosis; de lo contrario, creo que ya le habría retorcido el cogote o le habría tumbado los dientes. No me malinterpretes. Lo quiero como a un hermano, pero cuando una persona está tan atrapada en su mundo oscuro, duele mucho cuando alguien trae algo de luz y puedes ver los fantasmas. Tus ojos tienen que adaptarse y digamos que no es una experiencia agradable. Es por eso que la gente se queda allí, huyendo del dolor. Es por eso que muchos de nosotros, y me refiero a *muchos de nosotros*, elegimos la fachada en lugar de enfrentar la realidad en la que vivimos. Demonios, he estado viviendo en mi agujero oscuro durante tanto tiempo, he establecido un campamento y lo he hecho mi casa.

La luz me recuerda su sonrisa, lo que yo había tomado y lo que nunca me volvería a merecer. Me recuerda al dolor del luto y odio que me recuerden eso. Al menos en mi oscuridad estoy cómodo. No tengo que pensar en la luz porque es una rareza que a veces olvido como se siente.

—Deja de sonreír —espeto.

Todas las cabezas se voltean en mi dirección.

—¿Qué, yo? —Saylor, todavía sonriente, se señala a sí misma.

—Sí, tienes un cilantro atorado en tus dientes o algo así —me quejo—. No quiero que te avergüences frente a extraños.

Por Dios, ya estoy desvariando.

Sus ojos se entrecierran.

—Listo, sin cilantro —anuncia Kiersten después de una mirada de dos segundos a la boca de Saylor—. ¿Entonces, de qué va a ser el proyecto?

Genial, así que todos vuelven a ignorarme. Yo puedo manejar eso. Tomo un gran bocado de mi taco y espero.

—Una de las casas grupales locales. La que está cerca de la bahía.

Escupo mi taco en mi plato y comienzo a ahogarme.

La cara de Lisa se pone pálida y con manos temblorosas alcanza su agua.

—¿Oh, por alguna razón pensé que habías dicho algo sobre casa de retiro en mañana?

—Oh, eso fue lo que dije. —Saylor sonrío—. La cosa es que no estaba segura de que nos dejaran entrar en las instalaciones. Por alguna razón, la seguridad es bastante estricta allí. De todos modos, mi hermano mayor hizo una pasantía allí durante un año antes de la escuela de medicina y me lo recomendó mucho.

—¿Por qué demonios elegirías ese lugar? —Suelto, con voz ronca después de casi asfixiarme con el taco.

—¡Gabe! —Kiersten me golpea en el brazo—. ¿Qué te pasa esta noche?

Me encojo de hombros, sin saber cuánto tiempo puedo llevar la conversación.

—Debo agregar —dice Saylor con voz tensa—. Mi hermano menor tiene síndrome de Down. Tuvo que ir a un albergue cuando era muy pequeño porque mis padres tenían muchos problemas con él. No comía, gritaba todo el tiempo, hasta que finalmente supimos cómo cuidarlo de la manera en que él lo necesitaba. Tiene un problema de audición que lo hace más sensible que el resto de nosotros —La voz de Saylor se apaga.

—¿Y? —Le pregunto.

—Y no es asunto tuyo. —Y ahí está esa maldita sonrisa de nuevo.

—Genial, así que está decidido. —Lisa asiente torpemente—. ¿Supongo que iremos a este lugar este fin de semana?

—Tendré que llamar para arreglarlo todo. Ellos organizan una noche de juegos los viernes por la noche. Mejor ve el sábado por la tarde. —Con eso me aparto de la mesa. Mi silla cae al suelo mientras salgo del dormitorio y bajo por el pasillo. Presiono el botón del elevador con tanta fuerza que se atora mi dedo.

—¿Se lo vas a decir? —Escucho decir a Wes a mi espalda.

—¡Mierda! —Golpeo mi mano contra la puerta del ascensor, rezando para que se abran pronto y así pueda escapar—. ¿Decirle qué?

—¿Sobre el hecho de que básicamente visitas esa mismo lugar al menos cuatro veces por semana?

Obviamente Wes me ha estado siguiendo.

—¿Tienes seguridad detrás mí o qué, hombre? —Trato de reír, pero la risa queda atrapada en mi garganta.

—Algo así —responde Wes suavemente—. Sabes que puedes contar conmigo.

—¿Decirte? —Grazno, casi atorándome con las palabras—. ¿Qué sabes? Quiero decir, qué demonios Wes, no hay nada más que pueda agregar. Parece que lo sabes todo.

El ascensor suena y me apresuro a presionar el botón del lobby.

—Si te sirve de consuelo — Wes traga saliva y miró hacia otro lado—. Lo sé desde hace

meses.

Maldigo y cierro los ojos.

—No le digas a nadie —suplico mientras las puertas del elevador se cierran.

Capítulo 12

¿Gritarle a mi mejor amigo?

¿Hacer una escena frente a quienes son importantes para mí?

Hecho y hecho. Me estaba perdiendo, otra vez.

Y esta vez no estaba seguro de sobrevivir.

Después de todo, perderse una vez es un accidente, pero si sucede dos veces, ¿tres veces?

Un chico tiene que preguntarse si está en su destino que nunca lo encuentren.

Gabe H.

Gabe

Maldiciendo pateo una y otra vez la puerta del ascensor, listo para romperla en pedazos.

Para cuando estoy en el vestíbulo, estoy listo para buscar la manera de huir; cualquier serviría a estas alturas del partido.

Suena mi teléfono. Meto la mano en el bolsillo y maldigo cuando veo el número.

—¿Hola?

—¿Gabe?

—¿Sí?

—Ella está teniendo otra noche complicada, tratamos de calmarla, pero quiere que le cantes, ¿crees que podrías venir?

—Seguro que sí. —Mi garganta se contrae con lágrimas—. Por supuesto, ponme en altavoz como de costumbre.

El teléfono hace un ruido estático y luego escucho a mi Princesa gritar—: ¡Park, Parkerrr! ¡Canta nuestra canción, cántala! ¡Aquí ellos no la cantan bien!

—Ay, Princesa, eso es porque no son yo.

Escucho risitas en el otro lado de la línea.

—Está bien, Park, estoy en la cama.

—¿Feliz como una lombriz?

—¡Feliz!— grita con esa voz aguda a la que me he acostumbrado. Ha cambiado desde el accidente, se ha vuelto más infantil, más pretenciosa.

Miro alrededor del vestíbulo y me escondo detrás de una de las columnas. Nadie está cerca de mí. No hay nadie con la cámara en mano listo para grabar mi pequeña actuación y subirla en YouTube.

—Amo a mi Princesa, mi chica favorita. Cada vez que la escucho reír, quiero salvar al mundo, porque ella es mí, mi, mi chica.

La Princesa comienza a cantar conmigo.

—Mi chica, mi chica, ella siempre será mi chica. Y cuando las lágrimas caigan de sus ojos, juraré que nunca la dejaré llorar, nunca sola, nunca sin mí, nunca sin nosotros juntos. Mi chica, ella y yo juntos por siempre. Mi chica. Ella siempre será mi chica.

—Gracias, Parker —dice con voz alegre.

Los recuerdos vuelven a inundarme.

—¡Estás loco! —Kimmy se rio mientras la hacía girar alrededor de la pequeña habitación —. ¡Bájame!

—¡Nunca! —le prometí y luego la besé con fuerza en la boca—. Si te suelto, tendré que

recogerte de nuevo y eso parece una tontería ya que te quiero en mis brazos para siempre.

—Poniéndote romántico, Parker. —Sus ojos brillaron.

—Te encanta.

Ella asintió y volvió a reír.

—Eres tú. Te amo.

—Yo también te amo.

—Gracias por la canción —dijo ella con voz entrecortada—. Me encanta.

—Todas las noches. —Le prometí otra vez—. Deberías dormirte escuchándola todas las noches. Así cuando te duermas pensarás en mí y cuando te despiertes, seré lo primero en tu cabeza, quiero que pienses en nosotros. Siempre.

—Me gusta eso. —Ella besó mi mejilla.

La puse de pie y acuné su rostro.

—Kimmy, siempre estaré ahí para ti. Necesitas saber eso.

Ella asintió, con los ojos llenos de lágrimas.

—Me temo que no tenemos suficiente tiempo, como si algo fuera a suceder.

—No digas eso —La atraje para besarla—. Independientemente de lo que pase, somos tú y yo. Dime que me crees. ¿Abandonarte? Nunca haría algo así.

—Gracias Park.

—Cualquier cosa por ti, Princesa, cualquier cosa por ti.

El susurro y la estática me dicen que me están quitando del altavoz del teléfono. El aireado eco desaparece y la conexión es sólida nuevamente.

—Gracias de nuevo, Gabe. Sabes lo difícil que es para ella cuando no duerme.

—Sabes que me pueden llamar cuando sea. —Mi voz se quiebra—. Después de todo, hice una promesa.

Prometí nunca abandonarla.

Eso fue todo.

No puedo soportarlo más.

Había una razón por la que me perdía en las mujeres, una razón por la que no me abro con nadie, una razón por la que me cerré del mundo.

Porque en el momento en que dejas entrar a alguien o se mueren, o los matas, literalmente. Esa ha sido mi verdad. Mi vida.

Una niña baja del ascensor vestida para matar. Su cabello rubio está recogido sobre su cabeza, su maquillaje tan oscuro que parece una prostituta.

—Oye —lamo mis labios mientras la cabeza de la chica se levanta—. ¿A dónde vas?

—Por ahí.

Asiento y doy un paso hacia ella cuando las puertas del ascensor se abren al vestíbulo.

—Por ahí funciona para mí.

—Está bien —Sus pestañas bajan—. Gabe, ¿verdad?

—Así es. —No me sorprende, tengo cierta reputación.

—Entonces —dice, mientras un sonrojo se extiende por sus mejillas—, puedes venirte conmigo si quieres.

Mí cuerpo tiembla, estoy listo para vomitar de nuevo. Quiero correr, ni siquiera sé a dónde quiero correr, pero correr nunca me lleva a ningún lado. Correr todavía lo hace doler.

Quería perderme a mí mismo.

—¿Qué te parece —Agarro su mano—. Si pasamos un rato y luego decidimos qué hacer?

Sus ojos se abren brevemente y luego su boca se abre cuando un silbido de aire escapa.

—Suena bien. Muy bien.

El club está lleno de cuerpos sudorosos que se agitan entre unos y otros. Puede parecer que es mi escenario habitual, pero lo que realmente me gusta es el rock clásico, por lo que escuchar a un chico cantar me hace estremecer, pero trato de aparentar que me gusta.

Suena un tema techno, las luces verdes comienzan a parpadear con la música palpitante.

—¿Quieres tomar algo? —Me pregunta Cee-Cee.

Oye, al menos me acuerdo de su nombre.

Incluso si la besé primero y luego se lo pregunté.

No es que le importara mucho. Ya tenía las piernas abiertas cuando entré en el auto con ella, no la acepté con esa oferta en particular, al menos todavía no. Todavía no estaba lo suficientemente borracho, ni lo suficientemente enojado.

—Tequila. —Me lamo los labios—. Quiero tequila.

Ella se encoge de hombros y se acerca al barman mientras yo me quedo allí y veo a la gente reír y divertirse.

Solía gustarme ir de fiesta así.

Demonios, solía reírme.

Pero después de la cirugía de Wes, las cosas han cambiado. He estado viviendo una mentira la mitad de mi vida; siento que me he quedado sin fuerzas al pretender ser quien los demás esperan que sea. Es como si fuera un actor que ha dado todo de su talento, solo que no es una película. Es mi realidad.

—Salud. —Cee-Cee guiña un ojo, sus pestañas oscuras se abren contra sus mejillas mientras cada uno toma tres tragos sin ahogarse. Debe estar acostumbrada. La mayoría de las chicas tomarían de esos cocteles de colores y preguntarían cuantas calorías están tragándose con cada uno de ellos.

—¿Quieres bailar? —Se inclina tan cerca que puedo oler el perfume de vainilla que lleva. Lucho contra el impulso de empujarla.

—No estoy de humor para bailar. —En lugar de empujarla, la jalo contra mí, listo para perderme.

—¿Cuál es tu historia? —pregunta por encima de la ruidosa música.

—No hago toda la conversación emocional profunda y derramo mis tripas en el piso. Así que si eso es lo que quieres, puedes irte a la mierda —espeto.

—Bien. —Ella asiente con aprobación mientras empuja sus manos por la parte delantera de mis jeans frente a todos—. Estamos de acuerdo.

Mi cuerpo cobra vida y me odio por ello.

Sin decir una palabra, la arrastro hacia la parte trasera del club.

—Espera. —Ella me guiña un ojo y luego saca un porro de su bolso negro—. ¿Quieres?

—Ay, cariño, ¿crees que me gusta esa mierda? Voy a lo grande o me voy a casa.

—Puedo imaginarme. —Me mira de arriba abajo, sus ojos se posan en mi excitación antes de alcanzar su bolso y sacar una bolsa de plástico llena de polvo blanco y un espejo—. ¿Esto es lo que quieres?

—Por supuesto —miento y aparto la vista. Sé cómo se desarrollará esta escena. Lo sé cómo conozco la palma de mi mano.

La llevaría sigilosamente al baño, alinearía la coca para que yo resoplara, nos drogaríamos, beberíamos, me aprovecharía de ella, olería a perfume barato. Su sudor estaría sobre mí y estaría

atrapado en la misma maldita trampa en la que me he visto desde hace años.

¿La única diferencia ahora?

Ahora, estoy demasiado insensible, demasiado indiferente para preocuparme.

Sabes que estás en una mierda profunda cuando consumir drogas no te hace sentir, no siento nada. Estoy vacío. Me falta la energía para fingir.

Me he perdido a mí mismo.

Mi identidad había sido la música, luego ella, después estuve contento siendo Gabe, el sinvergüenza con un corazón de oro.

Estoy tan cansado de todo.

Las cejas de Cee-Cee se levantan, preguntándome en silencio por lo que voy a hacer.

—¿Entonces qué? —Levanta la bolsa e inclina la cabeza.

—Yo paso, pero diviértete acostándote con un completo extraño. Me voy de aquí.

—Pensé que querías celebrar —dice con una voz condescendiente cuando comienzo a alejarme.

Con un resoplido me volteo y la fulmino con la mirada.

—Cariño, uno de mis mejores amigos murió de una sobredosis de heroína, un amigo de la familia me compró drogas cuando tenía trece años, perdí mi virginidad con una actriz de Hollywood del doble de mi edad. Créeme cuando digo que no hay absolutamente nada que puedas hacer que me sorprenda o me haga sentir cualquier cosa menos estar muerto por dentro.

Su boca se cierra cuando sus dientes se aprietan. Con un tirón se aleja, sus caderas se balancean mientras se abre paso entre la multitud.

Quiero despertarme borracho.

No, tacha eso. Quiero despertarme y sentir algo, cualquier cosa menos la forma en que me siento, yendo con la corriente, sonriendo y bromeando como si realmente tuviera algo por lo que vivir.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo.

Miro el texto.

Mamá: Si él llama, no le contestes.

Quiere dinero.

Te amo. Mamá.

—Lo que me faltaba —murmuro por lo bajo mientras guardo mi teléfono en mi bolsillo y me acerco a la barra.

—¿Qué puedo ofrecerte? —pregunta el barman mientras empuja mecánicamente bebidas en la cara de las personas y pone propinas en el frasco frente a él.

—Whisky. —Me siento y tamborileo con los dedos contra la encimera—. Y no pares de traerlos.

Diez. La cantidad de veces que me coquetearon mientras me emborracho.

Tres. El número de veces que una mujer se rozó contra mí, tratando de llamar mi atención.

Dos. Las horas que paso torturándome con recuerdos de su risa, su perfume, la forma en que siempre parecía hacerme sentir que podía hacer cualquier cosa en el mundo.

Uno. Los minutos que habría necesitado para volver y agarrar su casco.

Asombroso. Cómo un minuto puede definir el resto de tu vida.

Sí, claramente todavía no estaba lo suficientemente borracho.

Levanto la mano, pero el cantinero sacude la cabeza.

—Has bebido demasiado. No te serviré más.

—Idiota —murmuro por lo bajo.

Ni siquiera responde.

Me pongo de pie y salgo a la calle. El aire fresco y primaveral no me tranquiliza. En todo caso, me hace sentir náuseas.

Mierda. Había venido en el carro de Cee-Cee. Maldiciendo, saco mi teléfono y llamo a Lisa.

Su vergüenza es mía.

Nuestra vergüenza es la misma.

Nuestro pasado se alinea de una manera que me disgusta y nos obliga el uno al otro.

No responde.

Intento con Lisa nuevamente.

Y luego llega la desesperación. Tengo frío, mi borrachera comienza a hacerme tambalear más y una pequeña voz dentro de mí dice que si intento caminar de regreso al campus probablemente termine flotando boca abajo en la bahía, con una barriga llena de agua.

Mierda, estoy en un lugar oscuro.

Marco el número de Wes.

Responde al primer timbre.

—¿Gabe?

—Necesito un aventón. —Lucho para no arrastrar las palabras.

Con un profundo suspiro, responde—: ¿Dónde estás?

—En el club por la escuela, uhh —comienzo a reír histéricamente—. Mierda, no sé, ¿por qué no le preguntas a quien tengas vigilándome? Eres el gran Wes Michels. Joder, no te necesito.

Finalizo la llamada y tropiezo hacia la acera y caigo sobre mi trasero, apoyando mi cabeza sobre mis rodillas.

Las imágenes siguen parpadeando. Primero la sangre, luego las cámaras y los reporteros. Dios, los reporteros. Me habían asustado. Perdí el control frente a ellos.

Pasan los minutos, tal vez una hora, quién sabe, luego escucho un claxon y veo luces en mi cara.

Levanto mi mano para bloquear la luz, pero no sirve de nada.

Se acercan pasos. Aún no puedo ver.

Y entonces un puño llega volando hacia mi mandíbula. Golpeo el pavimento tan fuerte que puedo jurar que uno de mis dientes se me cae de la boca.

—Levántate, idiota.

—¿Wes, me acabas de pegar en la cara y me has dicho idiota? —Trato de reír, pero me duele la mandíbula demasiado.

—Dije — Wes me agarra por la camisa y levanta mi cuerpo flácido del suelo. —Levántate. Idiota—. Llega otro golpe y luego, afortunadamente, me desmayo.

Tal vez debería quedarme aquí en la oscuridad rezando. Quizás entonces mis pecados serían perdonados.

Capítulo 13

El tipo era hostil, como si estuviera enojado porque yo estaba sentada en su mesa y más que eso, respirando su mismo aire. ¿Qué le pasa?

Mi mejor apuesta es que los piercings han dañado sus neuronas, es decir, si es que alguna de ellas todavía hace sinapsis.

Saylor

Saylor

—Entonces, está —Asiento y luego aparto la vista brevemente para no parecer interesada, curiosa o espeluznante—. ¿Complicado?

Lisa y yo habíamos ido a su habitación y estamos resolviendo cómo sería el horario para el resto de las semanas que tenemos que trabajar en el lugar que hemos elegido durante al menos sesenta horas para obtener una buena calificación.

—Ese es Gabe. —Ella se ríe—. Pero te juro que es inofensivo.

—¿Inofensivo?— Repito con voz burlona.

Cierto, porque todos esos tatuajes y piercings combinados con esos ojos asesinos realmente gritan inofensivos.

Lisa cierra su cuaderno y se encoge de hombros.

—Juro que no es tan malo como parece. Él es diferente, eso es todo. Tuvo una vida difícil y todo.

—Por favor. —Bufo, esperando no sonar como si estuviera buscando más información.

La cara de Lisa cae como si la hubiera abofeteado.

—Lo siento —digo rápidamente—. No quiero ser crítica, pero, es solo que la vida no es tan difícil, ¿sabes? Es lo que tú haces de ella.

La expresión de Lisa se convierte en algo que he visto toda mi vida. Lástima. Alcanza mi brazo y pone su mano sobre ella.

—Entiendo lo que dices, pero prométeme que no harás esos juicios bruscos cuando ni siquiera sabes por lo que está pasando. Me ha protegido toda mi vida. Haría cualquier cosa por él y él haría cualquier cosa por mí.

—Está bien. —Me aparto de su agarre—. No es como si tuvieras que convencerme de que me agrade. Quiero decir, en su mayor parte haremos nuestro trabajo en el hogar.

Me lamo los labios y comienzo a recoger mis cosas y ponerlas en mi bolso.

—Y estoy segura de que tienes razón. Siento haber dicho eso sobre él.

—Está bien —dice Lisa con una sonrisa demasiado rápida y un gesto de su mano—. Entonces, ¿tú eliges los viernes y yo empezaré este sábado?

—Seguro. —Entro en la sala de estar y busco a Wes y Kiersten. Han estado viendo una película, pero debieron haberse ido a acostar o algo así.

—Adiós, Saylor. —Lisa llama.

—Adiós —le digo sin mirar atrás y abro la puerta saliendo al pasillo. Probablemente no debería haber abierto mi bocota, otro de mis malos hábitos. ¿Pero por qué ella defiende a un tipo así, un tipo que justifica sus acciones diciendo que ha tenido una vida dura?

Me fastidia.

Odio cuando la gente usa excusas para sus acciones como si fuera una justificación para ser

un completo y total idiota.

Esa es la salida fácil. La estúpida salida. Lo que significaba solo una cosa, necesito mantenerme alejada de Gabe: él se convertiría en un peligro para mi vida. Y mis planes.

La puerta del ascensor se abre y sale un chico. Pero es lo que veo detrás de él lo que me hace ahogarme.

Wes está agarrando a Gabe.

Y Gabe tiene toda la camisa llena de sangre. Su mandíbula se está volviendo azul por los golpes y el olor a whisky flota el aire.

¿Cómo es posible que durante la última semana lo haya visto tantas veces?

Juro que me está persiguiendo, aunque en este momento todo sobre él me hace retroceder con disgusto. Tropieza contra Wes nuevamente, sus palabras arrastradas por todo el lugar.

Sí, ahí tenemos a un verdadero ícono.

Pobre de mí, mi vida es tan triste y desordenada que tengo que consumir drogas.

La gente como él me disgusta. Me hacen querer gritar, gritar, patear algo.

¿Qué derecho tiene él para arruinar su vida cuando la mayoría de nosotros ni siquiera tenemos una oportunidad de una vida normal?

Mi garganta comienza a cerrarse mientras mis pensamientos van de inmediato a Eric. Normal nunca va a ser su realidad. Mataría porque él pudiera hacer cosas que hacen los niños normales de su edad, aunque en su opinión no tenía absolutamente ninguna limitación.

¿Gente como Gabe? Escupen ante esta oportunidad.

Con un suspiro gigante, me meto en el ascensor. Es mejor subirme en el que tener que esperar a que bajara desocupado.

—¿Has tenido una buena noche? —Wes pregunta, rompiendo el silencio como si su mejor amigo no estuviera sangrando sobre él.

—Sí, fui a una fiesta, me estuve drogando, perdí mi virginidad. —Asiento con la cabeza—. Una gran noche. La mejor diversión. No puedo esperar para arruinar mi vida de nuevo mañana.

Wes hace una mueca.

—No es su culpa, es complicado.

—¿Sabes qué? —Yo lo interrumpo—. No me importa. Está bien. Ni siquiera lo conozco. No te conozco. Ustedes son extraños para mí, ¿de acuerdo? Defiéndelo todo lo que quieras, de todos modos, no es asunto mío. No es ni siquiera un amigo. Soy sólo una persona que intenta graduarse sin volverse loca en el intento.

Wes parece querer decir algo. En cambio, maldice y arrastra a Gabe fuera del ascensor. Justo cuando las puertas se cierran, susurra—: Solo porque su forma de intentar es diferente, no te hace mejor que él.

Capítulo 14

*Estaba muerto. No en serio. Había vomitado tanto que mi cuerpo estaba empezando a colapsar.
¡Quería la luz, maldita sea! ¿Dónde demonios estaba la luz al final del túnel?
Podría haber jurado que alguien dijo que la muerte se sentía mucho mejor que esto.
Gabe H.*

Gabe

Gimiendo, me giro sobre mi estómago y busco mi celular. Mi mano golpea una lámpara en su lugar.

Intento abrir los ojos, mi celular está en el suelo, haciendo un suave golpe contra una alfombra roja que sabía que no pertenecía a mi habitación.

Me froto los ojos. Los colores se borran o se mezclan. No puedo ver nada con claridad. Cierro mis ojos nuevamente y los froto por unos segundos. Cuando los abro por segunda vez, deseo haberlos mantenido cerrados.

Máquinas del tiempo. Alguien realmente necesitaba estar al tanto de eso.

—¿Cómo te sientes? —Wes pregunta, sonando tan fresco como una lechuga. Está sentado directamente frente a mí. Brazos cruzados y se ve muy encabronado.

¿Cómo podía verse tranquilo y enojado al mismo tiempo?

¿Tiene algún síndrome de esos de múltiple personalidad que sólo se manifiesta cuando alguien lo empuja al límite?

Nunca había visto esa expresión en su rostro. Lo odio. Y me odio a mí mismo también.

—Realmente desearía que me hubieras acabado anoche —me quejo.

—Créeme. —Su mandíbula se flexiona—. Quería hacerlo. Entonces me di cuenta de que eso era exactamente lo que querías, así que decidí no golpearte el trasero y me quedé despierto toda la noche contigo mientras alucinabas sobre Bambi, me contabas historias sobre el comienzo de las drogas a los ocho y, finalmente, cuando pensé que ibas a desmayarte, vomitaste por todo mi baño, y encima de mí. Es seguro decir que ya no tenemos secretos después de ducharnos juntos, y si alguna vez, y quiero decir alguna vez, me tocas allí de nuevo, te tuerzo el cogote. ¿Entendido?

Gruño y asiento, luego hago una mueca porque me duele tanto que pensé que iba a vomitar de nuevo.

—¿Algo que quieras decirme?

—Sin ofender, Wes, pero realmente no quiero hablar en este momento.

—Es curioso, porque realmente no quería ver a mi mejor amigo intentar suicidarse anoche, sin embargo, aquí estamos.

—Estás enojado. —Tengo ganas de arrastrarme por un agujero oscuro y quedarme allí. Decepcionar a Wes es una verdadera agonía. Él es la única persona que admiro. Y le he fallado.

—Encabronado, para ser más exactos —dijo Wes con voz mortal—. ¿Cómo llegamos aquí? Hace unos meses querías una nueva vida, ya no estabas sumido en esa maldita depresión. ¿Qué pasó? Sé que lo último que quieres hacer es hablar de tus sentimientos, pero mierda, hombre. No solo te caíste del carro. Te aventaste deliberadamente y volteaste el mundo en el proceso.

Trago saliva mientras las lágrimas amenazan con derramarse por mi cara. La sensación de asfixia regresa, la misma sensación que tengo cuando la culpa me envuelve. Es como una manta vieja, mi comodidad, cada vez que me la quito, estoy tan asustado que me la vuelvo a poner de

todos modos.

—Nada. —Me encojo de hombros—. Viejos hábitos, supongo.

—No has consumido drogas en años.

—Las cosas cambian. —No menciono que, de hecho, no había tomado ninguna droga, aunque estuve tentado por unos breves segundos.

—No has bebido en años. Te has mantenido sobrio.

—Cierto.

—¿Puedo preguntarte algo?

—No. Pero de todos modos lo harás.

Wes suspira, su rostro se pone un poco pálido mientras se inclina sobre sus rodillas y susurra —: ¿Te quieres morir?

No puedo responder. Solo puedo asentir.

—¿Por qué?

—Porque ella no lo hizo y es mi culpa. Todo es mi culpa. —No pude aguantar más. Me echo a llorar y luego meto la mano en el bolsillo y agarro el relicario, tirándolo por la habitación, rezando para que se rompa.

Rezar por el control que tenía en mi corazón terminara.

Nada de eso sucedió.

Me caigo de la cama de rodillas y me balanceo de un lado a otro, las lágrimas se secan, siempre lo hacen.

—Gabe —Wes me agarra por los hombros—. Necesitas hablar con alguien, necesitas ayuda.

Sacudo mi cabeza. Lo que necesito es música. Lo que necesito es...

—Guitarra —digo con voz extraña—. Agarra mi guitarra.

Cualquier otra persona me habría cuestionado. Wes no lo hace.

En cuestión de minutos está de vuelta en la habitación, guitarra en mano.

No digo nada. Me siento en el suelo, pongo la guitarra en mi regazo y comienzo a cantar.

Segundos después estoy concentrado, tranquilo.

Mi terapia es la música.

Pero había eliminado la música de mi vida, porque era otro recordatorio de mis pecados, mis remordimientos, así que me sentía culpable cuando lo necesitaba, porque ¿qué tenía ella?

Nada. Absolutamente nada.

Yo no merecía ese consuelo.

Dos horas después de tocar me duelen los dedos; no estaban tan insensibles como creí.

Bajo la guitarra y miro al suelo.

Wes se sienta a mi lado. Ambos miramos la pared.

—Gabe.

—¿Sí?

—Háblame de Ashton Hyde.

Me congelo y luego hago algo que nunca pensé que le haría a mi mejor amigo. Miento y digo —: No tengo idea de lo que estás hablando.

Capítulo 15

*¿Ver a mi mejor amigo revolcarse en el pozo del infierno?
No es mi forma favorita de pasar un miércoles por la mañana.
¿La verdad sobre tocar fondo? A veces tienes que golpear tu cabeza contra el suelo antes de
que finalmente te des cuenta de que el camino no está abajo sino arriba.*
Wes M.

Saylor

—Tendrás que firmar cuando llegues y cuando te vayas. —Echo un vistazo a su gafete: *Martha Hall*. Me habían dicho que la Sra. Hall sería el enlace entre la escuela y yo durante el tiempo que haga mi servicio en el Albergue del Pacífico. Señala a los dos guardias de seguridad en la puerta —: Todas las noches se revisará tu bolsa al salir y tendrás que dejar tu celular en la recepción.

—¿Mi celular? —pregunto—. ¿Por qué?

—Reglas. —La sonrisa de la señora Hall es algo forzada. Su cabello con mechones plateados está tan recogido hacia atrás que me pregunto si estaría más feliz si lo soltara un poco y dejara que su rostro se pudiera mover. Excelente—. Y nuestros huéspedes merecen su privacidad, además, estás aquí para trabajar, no para enviar mensajes de texto a tu novio.

Uh Bueno.

—Entendido.

Ella se limpia la nariz.

—Obviamente, esto no es una pasantía remunerada, así que haz lo mejor que puedas para hacer tus horas cada semana. Si te mantienes en el camino, terminarás al final del semestre. —La señora Hall sonríe radiante. Tiene gafas negras como de búho y una sonrisa amplia y apretada, aunque después de fijarme mejor, un poco de lápiz labial se ha colado hasta sus dientes blanco nuclear, ese color no puede ser normal. Entonces, tal vez no sería tan mala si solo sonriera más.

—Excelente. —Trago saliva y miro a mi alrededor. La casa me recuerda mucho al lugar donde Eric había vivido cuando era pequeño. Incluso olía igual, como comida caliente, café y gente. En ese momento, odiaba que Eric tuviera que estar allí, pero pronto se sintió como nuestro hogar también. La gente había sido muy amable y él estaba feliz. Quizás este lugar era lo mismo.

—Ahora. —La señora Hall se aclara la garganta y me entrega una lista de verificación—. Si revisas todos los nombres de la lista aquí. Estos son los que registramos para tu clase de música. Sigue el pasillo hasta el final, las dos puertas dobles te llevarán a la sala de ensayo donde hay un piano esperándote. Diviértete, cariño.

Con manos temblorosas tomo el portapapeles y rápidamente cuento los nombres. Veinte personas. Veinte se habían inscrito en mi clase. Se suponía que sería divertido, ya sabes, enseñarles a todos una canción, darles un instrumento como una campana de vaca y luego seguir mi camino.

¿Pero veinte?

Sería mucho más difícil de lo que pensaba.

Sigo el pasillo hasta el final, abro las puertas y respiro suavemente antes de entrar en la habitación.

El olor a galletas de chispas de chocolate llena el aire, haciéndome sentir menos miedo. La comida siempre hacía eso, había cierta comodidad que la acompañaba. Las galletas me hicieron

pensar en mi hogar; en casa, en mi madre y en Eric, y pensar en ellas me hizo sentir segura, protegida y fuerte. Podría ser fuerte ahora, tal como mamá había sido fuerte para nosotros.

Varios de los pacientes ya están sentados en sillas. Algunos estaban en sillas de ruedas. Mi corazón se rompe al verlos.

—Um, hola —digo en voz baja—. Voy a ser su maestra del taller de música.

—¡Habla alto! —grita un anciano—. ¡No puedo escucharte!

Pero si está en la primera fila.

Aclarándome la garganta, vuelvo a hablar.

—Mi nombre es Saylor y...

—¿Navegas?— Una chica en el frente aplaude y luego se pone de pie de un salto y se da la vuelta para mirar a los pacientes. Dios, si tuviera un dólar por cada vez que la gente se ha burlado de mi nombre, ahora sería una mujer rica. Sí, mi nombre significa marinero en inglés. —Me encanta salir a navegar, ¿verdad que nos encanta navegar?

Nadie dice nada.

Con un suspiro feliz, se vuelve a sentar y comienza a hablar sola.

—Navega, navega, navega. ¡Cómo desearía poder navegar! ¡Encantada de conocerte, Saylor!

Dice mi nombre tan fuerte que, si el anciano no lo ha escuchado esta vez, realmente no hay ninguna esperanza para él.

—Como dije —Le ofrezco una débil sonrisa—. Soy Saylor/

Los estaba perdiendo.

Ya los ojos estaban vidriosos. Sabía que algunos de los pacientes tenían problemas de memoria, otros luchaban con discapacidades mentales y los estaba aburriendo hasta las lágrimas.

Vamos a darlo todo. Levanto la mano.

—¿Quién quiere hacer ruido?

—¡Yo, yo, yo! —La chica del frente salta y comienza a bailar mientras los vítores estallan a su alrededor.

—Maravilloso. —Sonrío y comienzo a repartir los diferentes instrumentos. Tienen grabadoras, ya sabes, como las flautas de plástico que obtienes en la clase de música de quinto grado, un cencerro como los de las vacas, un piano en miniatura, una armónica y tres tambores.

Sí, lo sé, no vamos a ganar ningún premio por aquí, pero habría tratado de elegir instrumentos que sabía que a Eric le gustarían y aunque odia los ruidos fuertes, le encanta cuando él es el perpetrador.

El año pasado, mamá le compró una batería.

Mis oídos necesitaron meses y meses para recuperarse después de eso.

—¡Quiero tocar la batería! —El viejo se levanta de su asiento, cojea hacia mí, me quita las baquetas de las manos y vuelve a colocar el pequeño tambor en su asiento, sonriendo todo el tiempo como si acabara de darle un nuevo aparato auditivo.

La chica a la que le gusta navegar se apodera de una de las grabadoras.

Me toma quince minutos sacar todos los instrumentos, principalmente porque cada vez que ofrecía uno, alguien más decía que lo quería. Tuve que organizarlos por grupos. Las grabadoras se sientan en una sección, los tambores en otra, y así sucesivamente.

—¿Qué hay de la Princesa? —pregunta una voz.

Me doy la vuelta y escaneo la habitación, entrecerrando los ojos mientras trato de identificar a la persona que había hablado.

—Por aquí —dice suavemente, su voz es aguda pero realmente bonita y clara, casi infantil.

Giro a mi derecha y veo a una chica en silla de ruedas sentada en la esquina. Tiene el pelo

rubio muy largo recogido en un moño y lleva una sudadera de los patos de Oregón.

Su sonrisa me recuerda a Eric, inocente y esperanzada. Sus manos están extendidas frente a ella, sin vida, y hay un parachoques a cada lado de su cabeza, manteniéndola, mirando hacia adelante.

—¿Qué te gustaría tocar? —Doy unos pasos hacia ella—. Me quedan tambores, pero si tienes alguna idea, puedo conseguirte algo más.

—Guitarra. —Su boca se abre un poco, como si no pudiera controlarlo, y luego su sonrisa regresa—. Quiero tocar la guitarra como mi Parker.

—¿Parker? —Repito, mi sonrisa se ensancha—. ¿Y quién es Parker?

—Oh. —Sus ojos brillan, pero hay círculos oscuros debajo de ellos como si no hubiera descansado mucho en la última década—. Él es mi mejor amigo.

—Los mejores amigos son lo mejor —digo suavemente, las palabras me tapan la garganta mientras veo su boca abrirse y luego cerrarse. Sus ojos luchan por concentrarse en mí y luego parpadea un par de veces, como si estuviera limpiando telarañas.

—Guitarra. —Ella tose suavemente—. Quiero tocar la guitarra de Parker.

—Guitarra será. —Bajo la vista a sus manos. No se mueven; ella tiene que estar paralizada. ¿Cómo diablos iba a hacerla tocar la guitarra si no puede mover las manos?

—Pregúntale a la señorita Janice, ella se hará cargo.

—Señorita Janice... — Me pongo de pie, llevándome las manos a la cadera, busco alrededor de la habitación, leyendo cada etiqueta con el nombre mientras avanzo.

—Sombrero rojo. —Dice la chica—. Tiene un gran sombrero rojo.

—¿Eh?

Mis ojos se posan en un sombrero rojo, luego en la etiqueta con el nombre. Janice.

—Vuelvo enseguida.

Corro hacia allá.

—Hola, soy Saylor, estudiante de primer año en la Universidad de Washington. Enseño en el taller de música y esa chica de allí dijo algo sobre una guitarra.

La sonrisa de la mujer cae cuando sus labios se presionan en una delgada línea.

—Sí, bueno, ella no puede tocarla. No es suya.

—Pero ella dijo algo sobre un Parker. ¿Tú crees que le importaría si la tomamos prestada por un rato?

Los ojos de Janice se suavizan.

—Cariño, esa chica es muy especial para Parker. No toma mucho para que ella reaccione y cuando lo haga recordará que no puede tocar la guitarra ni siquiera mover las manos, va a ponerse mal. Es casi imposible calmarla.

—Pero tal vez si traigo la guitarra.

—Lo siento, no. —La mujer ofrece una sonrisa triste antes de alejarse.

Bueno, jodidos estamos.

Con las manos vacías vuelvo con la chica.

—¿Cómo te llamas?

—Princesa. —Ella se ríe y luego tose un poco, su rostro lucha por sacar la tos. Como si su cuerpo no fuera lo suficientemente fuerte como para usar los músculos necesarios para una acción tan extenuante.

—Está bien, Princesa. —Me inclino para que estemos cara a cara—. Martha está malhumorada hoy.

Ella se ríe más.

—Entonces tenemos que hacer algo ilegal.

Sus ojos se abren como platos.

—¿Qué vamos a hacer?

—Nosotras...—Bajo la voz, hasta que no es más que un susurro—. Vamos a robar una guitarra.

—¡Oh sí! —Su cuello se tensa mientras su cabeza se mueve de un lado a otro—. ¡Sí! ¿Podemos, por favor? Parker se reiría tanto. Se reiría. Echo de menos su risa.

Su sonrisa muere en el acto, sus ojos se nublan.

—Oye. —Le toco el brazo a pesar de que sé que no podía sentirlo—. ¿Por qué no te pongo a vigilar? Si alguien me ve robar la guitarra, o si están mirando. Quiero que grites, “Sí, capitán, estamos listos.”

Ella repite la tonta frase de esa caricatura, luego suelta una carcajada.

—Eres realmente graciosa.

—Me alegra que alguien piense así. —Le guiño un ojo. Dios, me recuerda tanto a Eric que hace que mi corazón se me encoja en el pecho. Extraño a mi hermanito.

—Está bien —susurra ella—. Tengo que gritar, “sí, capitán, estamos listos” si alguien mira para ese lado, pero tienes que ser rápida.

—De acuerdo. —Toco su brazo otra vez—. Ahora, ¿dónde guardan la guitarra?

—Shh —Sus labios se aprietan, sus ojos se mueven de un lado a otro y luego, con una pequeña sonrisa, dice—. La guardan junto a los juguetes. Está en una caja que dice Parker.

Sí, me voy a meter en un lío. ¡Pero la pobre chica merece poder tocar algo!

La saludo al estilo marinero y corro hasta la sección de juguetes. La guitarra no está realmente escondida. Está en un estuche muy bonito con una etiqueta que dice Parker. Así que es bastante fácil de encontrar.

Me agacho y abro el estuche, soltando un grito ahogado cuando mis dedos caen sobre una de las guitarras más caras que he visto en la vida real.

Una Fender Strat tiene hermosos grabados para una acústica, casi como si hubiera sido hecha específicamente para este tipo de Parker.

—Capitán, capitán. —Una fuerte voz me saca de mi trance.

—Pillada —Le sigue otra voz. Conozco esa voz. Con una maldición ahogada me doy la vuelta y lentamente levanto la vista.

Gabe.

Princesa está justo al lado de él en su silla riendo.

—¡Lo logré, lo logré, te avisé!

—Olvidaste la parte de “estamos listos”. —Le guiño un ojo, tratando de aligerar el estado de ánimo.

—Oh, lo siento. —Ella se aclara la garganta—. Sí, capitán, estamos listos.

Los ojos de Gabe se entrecierran.

—Esto... —Me pongo el pelo detrás de la oreja—. Soy una marinerita.

—Ya veo.

—Entonces... —Me pongo de pie, mis rodillas crujen mientras me levanto, tan larga como soy, sólo le llego a Gabe a la altura del pecho.

—¿Robando? —Se cruza de brazos, los músculos se hinchan bajo su camisa gris de manga larga.

—Compartiendo. —Me encojo de hombros—. Ella quería tocar, y no pensé que fuera justo que la dejaran fuera. ¿No es cierto, Princesa?

La Princesa me ignora por completo. En cambio, su atención se centra en Gabe y sólo en Gabe.

—Además —digo con falsa confianza—. No veo tu nombre en ningún lado por aquí, chico malo.

Él sonríe y se echa el pelo hacia atrás. Se ve más claro de lo normal.

¿Se lo pintó?

¿Por qué lo teñiría de un tono más oscuro?

¿Está en modo emo o qué?

—Princesa —dice Gabe, volviéndose—. ¿Quieres tocar guitarra?

—Oh sí, por favor. Igual que tú.

Mierda. Toca la guitarra, canta y toca el piano. Genial, así que básicamente es como el sexo en una bandeja para una chica como yo. Si fuera feo, todavía estaría jadeando tras él como un cachorro.

Sí, sí, soy rara. ¿Y qué?

La mirada de Gabe no se aparta de la mía.

—Ahora no, Princesa. Creo que tu maestra tiene razón, aunque desapruébo sus métodos. — Pongo los ojos en blanco—. Deberías aprender a tocar.

—¡Síiiiiiiiiii! —Su cabeza se mueve un poco hacia adelante y hacia atrás, haciendo que algo de saliva caiga de sus labios.

Gabe se inclina suavemente y usa parte de su sudadera para limpiar la humedad.

—¿Usando mi sudadera favorita, hermosa?

—¡Lo notaste! —Ella sonríe radiante.

—Siempre me doy cuenta de lo que llevas puesto —susurra, luego le da un beso en la frente. Ella tose, ganándose una mirada preocupada de Gabe—. ¿Qué tal si tomo la guitarra y la traigo para que puedas unirte al resto del grupo? Si tarareas la canción y yo la toco, ¿te parece?

—Como en equipo. —Su boca se abre mientras lo mira a los ojos.

—Siempre vamos a ser un equipo, Princesa. —Gabe le ayuda gentilmente a cerrar la boca y luego empuja su silla hasta que se une al resto del grupo, llevándose la guitarra con él.

Me he quedado pegada al suelo.

¿Ahora me está acosando?

¿Por qué está aquí?

¿Y cómo es que conoce a la chica?

—¿Vienes, maestra? —Gabe se burla, sus ojos desafiantes. Se da la vuelta y dice por encima del hombro, un poco más tranquilo—. ¿O tenemos que enseñarnos nosotros mismos?

—Cierto. —Me tropiezo con ellos, perdiendo un poco de confianza al darme cuenta de que, si alguien debiera enseñar, debería ser Gabe, no yo.

Cada grupo ya está tocando sus instrumentos. Los golpes mezclados con unas pocas personas que soplan en sus armónicas como si su vida dependiera de ello. A cualquier otra persona esto le provocaría dolor de cabeza, sin embargo, para mí es como un coro celestial, incluso los cencerros que suenan totalmente fuera de tiempo. Porque cada persona está sonriendo.

Incluso Gabe.

Maldita sea él, por tener una sonrisa tan cautivadora.

Odio estar celosa.

¡Sobre todo, porque no tengo ningún derecho a estarlo!

Ni siquiera me gusta, pero aun así, me pregunto cómo sería ser esa chica. La que lo hace sonreír. Quién merece hacerlo feliz. Porque no *me* está sonriendo, le está sonriendo *a ella*. Y lo

hace como si ella fuera la única chica en el mundo.

Capítulo 16

No sabía cuánto más podría soportar mi corazón, cada vez que sonreía, perdía un poco de mí porque su sonrisa no era la misma, su mirada estaba perdida, pero había hecho una promesa. Estaba atrapado en el purgatorio y cualquier cosa se veía bien desde donde estaba parado. Incluso el infierno.

Gabe H.

Gabe

Saylor está hecha un manojo de nervios. Aplaude dos veces. Los que pueden hacerlo siguen su ritmo. A otros, los que están paralizados como Princesa, les ha dicho que griten cuando ella aplauda.

Bastante brillante, porque de esa manera nadie se siente excluido. Y Princesa está emocionada y yo probablemente estaré sordo para cuando termine la clase.

Diez minutos.

Diez minutos más, luego llevaré a Princesa a nuestra caminata del viernes por la tarde, le leeré un cuento y besaré su frente.

Me despediré como siempre lo hago.

Y ella me hará prometer que volvería como siempre.

Y voy a vomitar en el baño antes de irme como siempre pasa.

—Eso es todo por hoy, han hecho un excelente trabajo —Saylor aplaude cuando todos vitorean y comienzan a entregar sus instrumentos.

—Gabe. —Martha me toca el hombro—. ¿Tienes un minuto?

—Seguro. —Miro a la Princesa—. Ya vuelvo. Sé buena, ¿de acuerdo? No más robar o hablar con piratas.

Miro a Saylor, quien sigue recogiendo instrumentos.

—O marineros.

—Sí, capitán.

Sí, esa probablemente será su nueva frase favorita por el próximo mes. Gracias, Saylor.

Sigo a Martha hasta su oficina.

Sé que las noticias son malas cuando ella se niega a hacer contacto visual.

—¿Qué es esta vez?

Martha abre su carpeta.

—La buena noticia es que detectamos la infección pulmonar a tiempo, pero lo más probable es que necesite oxígeno.

—Mierda. —Sostengo mi cabeza entre mis manos—. Su estado es frágil. Su cuerpo no puede manejar una infección tras otra—. La neumonía significa que lo que está atrapado en sus pulmones no puede salir. La gente normal lucha hasta que todo eso deja sus cuerpos. Princesa simplemente se ahogaría hasta que la matara. La parálisis hace que la neumonía sea aún más mortal de lo que ya es.

—Gabe —Martha se lame los labios y se inclina hacia delante—. Eres la única persona que se preocupa por ella, realmente la única familia que tiene. Quizás si hablas con ella, acceda a recibir el oxígeno sin que tengamos que sedarla.

—Sedarla podría matarla.

—Igual pasaría si no acepta el oxígeno.

El único sonido que puedo oír es el tictac del reloj en la pared. Pasan los segundos, minutos. Odio el tiempo. Odio ser responsable de ella y que nunca siento que es lo que estoy haciendo.

—La neumonía es tratable, Gabe. Ella estará bien. —Marta cierra la carpeta.

—¿Puedo pensarlo por unos minutos?

—Seguro. —Aleja su silla del escritorio y sale de la oficina, cerrando la puerta detrás de ella.

Estoy solo con el reloj.

Y más decisiones.

Decisiones que no estoy en la mente correcta para tomar.

—*¡No lo hagas!* —*La señora Unifelt gritó—. ¡No la dejes morir!*

La agarré de los brazos e intenté apartarla de la cama del hospital cuando el médico se apresuró al lado de Kimmy.

—*¡Sácala de aquí!* —*Me señaló a mí. La señora Unifelt era fuerte, y tras dieciocho años seguía teniendo la fuerza suficiente para abrazarse al cuerpo de su hija. Como una leona lista para proteger a sus cachorros.*

—*¡Tienes que hacer lo que puedas!* —*La señora Unifelt volvió a gritar—. ¡Por favor!*

Las lágrimas cayeron por su rostro y aterrizaron en mis brazos. Sus lágrimas eran cálidas mientras se deslizaban por mi piel, pero tenía frío, estaba temblando, muriendo junto con Kimmy.

Sabía que era lo mejor. Kimmy no querría vivir de esa manera, atrapada dentro de su propio cuerpo, un vegetal. Nunca habíamos hablado de eso, pero no podía imaginar que ella quisiera vivir, sin embargo, en realidad nunca sería libre. Nunca volvería a correr, nunca tendría hijos, nunca sería normal otra vez.

—*Lo intentaremos* —*dijo finalmente el médico—. Pero tienen que salir de la habitación.*

Horas después, nos dejaron verla.

No estaba preparado para que ella se viera tan normal.

Se parecía a mi Kimmy, aunque su cara todavía estaba magullada, su mandíbula cerrada.

—*Habla con ella* —*dijo la enfermera—. Ella puede escuchar tu voz.*

—*¿Kimmy?* —*Susurré—. Es Parker, te amo, Kimmy.*

Sus párpados se movieron y luego se abrieron. Parecía horrorizada, como si hubiera estado en el infierno y de regreso.

Su presión sanguínea se disparó cuando el monitor cardíaco emitió un pitido.

—*No.* —*ella articuló—. ¡No, no!*

Su cabeza se movía de un lado a otro.

Y luego la convulsión la atravesó de repente.

La siguiente vez que abrió los ojos, estaban vacíos.

La chica que amaba se había ido.

Lentamente vuelvo al salón, la mayoría de los pacientes están viendo una película.

Pero Princesa no estaba ahí.

Está acomodada justo al lado de la ventana y está abierta.

—*¡Mierda!* —*Corro por la habitación y cierro la ventana—. ¿Qué diablos estás pensando?—*

Saylor parpadea inocentemente.

—*Ella dijo que echaba de menos estar afuera.*

—*¿Eres estúpida?* —*Grito—. ¡Ella no puede salir, eso la mataría!*

—Pero si yo...

—Vete, ya has hecho suficiente.

—Gabe, yo...

—Que te vayas, dije —grito tan fuerte que me duele la garganta.
Saylor da un paso atrás, luego dos, luego se gira hacia la puerta y corre.

—No deberías gritar, Parker —dice Princesa en voz baja.

—Sí, bueno, ella no debería haberme provocado.
La cara de Princesa se ilumina.

—El aire fresco se siente bien.

—Escucha. —Aquí vamos—. Tendrán que poner un poco de aire. Sé que te va a gustar, porque quieres algo de aire fresco.

Frunce la cara.

—¿Dolerá?

—No, se sentirá como un beso.

—Extraño tus besos. —Su voz suena casi normal, como si cerrara los ojos, todo vuelve como una pesadilla, pensar en que ella sería la misma de antes. En mis brazos, besar sus labios, decirle que la amo, nos reiríamos, haríamos el amor, y todo estaría bien.

—Parker. —La voz aguda vuelve—. Abre los ojos, tonto. No te duermas.

—Cierto. —Mi respuesta es vacilante—. No estoy durmiendo.

¿Verdad? Han pasado cuatro años desde la última vez que pude dormir a gusto. Cuatro años desde que la última vez que me vi en el espejo sin sentir desprecio.

¿Ahora? Ni siquiera me molesto en mirar. No a menos que tenga que hacerlo. Sé cómo es mi reflejo. Dolor. Remordimiento. Culpa.

¿Pero lo peor de todo? Todo es falso. Mi reflejo es falso.

Llevo a Princesa de vuelta a su habitación y marco el número de Wes.

—¿Sí?

—Estoy listo.

—¿Para?

—Hablar contigo.

—Ah, hombre, ¿alguien más puede explicar cómo se hacen los bebés?

—Ternurita.

—Estás sonriendo.

—Cállate.

—Así que habla —Suspira.

—Nos vemos en el Starbucks del campus.

—¿Solo o con Kiersten?

—Mejor tráela. Voy a necesitarlos a ambos si tengo alguna esperanza de seguir con vida.
Kiersten me mataría, ambos lo sabemos.

—Te veo en diez.

Capítulo 17

*Todos usan máscaras. Vienen en diferentes formas y tamaños.
El único problema con medirte una, es que te acostumbras a ella.
Con qué facilidad caemos en la trampa de que no tenemos que ser quienes realmente somos.
Con qué facilidad nos convencemos de que necesitamos encubrir lo que nacimos para ser.
Es una tragedia, ese miedo nos aleja de nuestro destino.
Es un infierno, cuando la persona que estás destinada a ser, está escondida detrás de un
impostor.
Wes M.*

Gabe

Entro en la cafetería como si estuviera marchando hacia la horca. Sé que Wes lo sabe. Me pregunto que será peor.

Qué él ya lo sepa, porque sé que tiene sus modos de averiguar.

O que le suelte la sopa y saber que me va a ver de la manera en que no quiero que lo haga. Decepción épica en mi persona.

Odio esa maldita mirada. De la forma en que su madre me miró ese día en el hospital. La misma que me dio mi padre cuando dejé mi carrera de mierda y me mudé a Seattle.

¿Lástima? La odio.

¿Pero alguien juzgando mi personaje? Alguien finalmente descubriendo que ni siquiera estoy cerca de ser quien dije que soy. Pues diablos. No estoy seguro de estar listo para hablar de eso con Wes. Él es lo más cercano a la familia que tengo y ahora estoy tirando una bomba sobre nuestra amistad.

El timbre de la puerta suena un poco cuando la abro y entro. Wes está la esquina. Kiersten está sentada a su lado, abrazada a él. No me ven y tal vez es mejor así.

Hasta los envidio un poco, envidio lo que tienen.

Tener novia. Una vida normal. Ir a una cafetería y pasarle el brazo por los hombros cuando le de frío, ponerle una bufanda alrededor de su cuello y besar su mejilla.

A Kimmy le había encantado Seattle, en realidad estaba obsesionada con venir. Ella siempre había tenido esa extraña fascinación por la lluvia. Lo juro, la besé bajo la lluvia tantas veces que incluso me empezó a gustar. Ese es el efecto que las películas tienen en las chicas. Las vuelven locas, pero no me importaba, porque era ella. Y haría cualquier cosa, cualquier cosa por ella.

Aprieto el puño a mi lado y doy unos pasos temblorosos hacia la mesa de la esquina. Mierda, estoy casi hiperventilando cuando llego hasta donde mis amigos me esperan.

Cansado. Estoy tan cansado de todo.

—Ey. —La voz de Wes es amable, cariñosa, comprensiva. Mierda, quiero golpear su rostro—. Kiersten, creo que Gabe necesita un café, ¿por qué no se lo traes?

—Claro. —En sus ojos veo cariño y comprensión, se levanta y luego se va.

—No le digas a Kiersten —espeta Wes, sorprendiéndonos, bueno, probablemente a los dos si la expresión de sorpresa en su rostro es una indicación.

—¿Qué?

—No le digas. —Wes se inclina hacia delante—. Ella estaba conmigo, de lo contrario, no la habría hecho venir.

—Pero es que... —Mi mente está tambaleándose—. Ella es tu prometida. Ustedes se cuentan todo. Está bien, necesito sacar esto.

—No se trata de que ella lo sepa —interrumpe Wes y saca su teléfono—. Se trata de que afecte su seguridad. Ella ya ha sido bombardeada con reporteros y fanáticos treinta veces al día por mi culpa. ¿Qué crees que va a pasar cuando sepa sobre esto? Ella querrá estar allí para ti, a tu lado, tendré que protegerla de todo eso, y tu padre... —Wes suspira—. Hombre, hay cosas que debes saber.

—Espera. —Resoplo sin humor, odiando que él sepa más de lo que pensé que sabía—. ¿No era este el momento de soltar mis sentimientos y buscar tu sabiduría?

—Demasiado tarde. —Sus ojos se apartan de la mesa y luego se cierran—. Mira, sé que estás enojado y todo eso.

—¿Enojado? —Me río—. Me siento traicionado, pero oye, es genial siempre y cuando Kiersten esté a salvo, ¿verdad?

—Gabe.

—No me llames así.

—¿Prefieres que te llame Parker? —Lo fulminó con la mirada—. ¿O qué tal Ashton, es eso lo que quieres? ¿Todos lo saben? Si Kimmy.

—No te atrevas —Me abalanzo sobre su cuello y agarro su camisa, poniéndolo de pie—. a pronunciar su nombre.

Los ojos de Wes se entrecierran.

—Suéltame.

—Hemos terminado.

—No —dice, demasiado tranquilo para mi gusto—. No lo hemos hecho. Somos un equipo. Te ayudaré con esto. Lo resolveremos. Todo lo que te pido es que dejes a la chica que ambos amamos aun lado.

Con las manos temblorosas, le suelto la camisa y me dejo caer en mi asiento, frotándome la cara con las manos, mis manos tatuadas y largas.

—¿Estás seguro de que Gabe sólo necesita café? —Bromea Kiersten colocando una taza de líquido negro frente a mí—. Quizás necesite sexo.

Gimo entre mis manos.

—Gabe. —Una mano cálida toca la mía. Me asomo entre los dedos para ver la sonrisa de Kiersten—. ¿Está todo bien? Sabes que puedes hablar conmigo, ¿verdad? ¿Es por eso que querías que nos viéramos?

Maldita sea, Wes. Mentiras. Más mentiras. ¿Cuántos más antes de que mi alma sea negra como el infierno?

—Sí —gruño—. Yo, esto, quería hablar con ustedes sobre el cumpleaños de Lisa. Se acerca y pensé que podríamos hacer algo divertido.

—Santo Dios, se me había olvidado —Kiersten junta las manos y comienza a hablar alocadamente sobre ideas para la fiesta sorpresa, mientras la mirada de Wes se encuentra la mía y articula—: Gracias.

Asiento.

Una hora después, Kiersten finalmente se va a clase. He consumido al menos tres tazas de café y estoy exhausto. Por el lado bueno, el albergue no ha llamado, así que eso significa que Princesa está bien, al menos por ahora.

Wes se reclina en su silla y suspira.

—Vamos a dar una vuelta.

—Prefiero golpearte en la cara —le digo. —Pero claro, caminar es una buena alternativa—. Wes sonrío de lado.

—Eres un poco idiota, ¿lo sabes?

—Parte de mi encanto.

—Tal vez eso es todo. —Resopla—. No he estado usando mucho de ese encanto últimamente, ¿hmm?

—Cállate.

Salimos de la cafetería y lentamente volvemos a los dormitorios.

—Entonces, te gusta Saylor.

Si de esto es lo que quiere hablar, vamos comenzando mal.

—También me gustan los gatos. Eso no significa que quiera comprar diez y luego morir solo con la mano en mis pantalones.

—Amigo. —Wes sacude la cabeza—. Gracias por poner esa imagen en mi cabeza.

—¿Qué? —Pateo un piñón que ha caído en el suelo y meto las manos en los bolsillos—. Además, es fastidiosa y ni siquiera es tan bonita.

Ahí está, más mentiras. Debería hacer una carrera con eso. Genial, así que mi futuro es el de un estafador, para ser sincero, no está muy lejos de la realidad.

Wes lo deja pasar, sin decir nada mientras hacemos la caminata de regreso a los dormitorios de las chicas. Entonces finalmente dice—: ¿Estás seguro de que no te gusta?

Irritado, levanto la voz.

—Wes, Saylor es la chica más molesta, irritante e indeseable que he conocido en los últimos cuatro años desde que he estado aquí en la escuela y eso es mucho decir. Déjalo, hombre. Además, pensé que íbamos a hablar.

Alguien jadea a mi lado.

Me doy la vuelta y me encuentro cara a cara con Saylor. Sus ojos se nublan con una mezcla de lágrimas y hostilidad mientras pasa entre nosotros hacia la puerta del vestíbulo.

La puerta se cierra detrás de ella.

Wes hace una mueca.

—¿Crees que ella te escuchó?

—¿Qué demonios te pasa? —Quiero golpearlo, golpear algo.

Sus ojos brillan.

—¿Puedo ser honesto?

—Prefiero que te tragues un zapato y no me hables por unas cuantas horas —gruño, con los dedos ansiosos por reorganizar su cara engreída.

Él se encoge de hombros.

—Si ni siquiera puedes ser honesto acerca de quién te atrae con tu mejor amigo, entonces no tenemos por qué hablar de tu pasado. No estás listo. Quieres decirme por culpa. Quiero que me lo digas porque quieres. Porque quieres ayuda, porque la necesitas, no porque sea hora de que me lo digas. Demonios, sé mejor que toda esa mierda que te pasó.

Frunzo el ceño.

—No te estás haciendo entender.

—Cuéntame tu historia —dice Wes suavemente—. No cuando es tu última opción, sino cuando es tu primera. No vengas a mí cuando finalmente hayas usado cada onza de fuerza que tienes para alejarme y mentir. Ven a mí cuando sea tu primera opción. Porque en este momento, no estás listo y estoy a unos cinco segundos de golpearte en el trasero.

Se me corta la respiración como si acabara de golpearme en el estómago. ¿De dónde

demonios sale diciéndome esas cosas? Quiero gritar, gritar, pero cuando abro la boca solo escapa un graznido.

Wes me da una palmada en el hombro y camina hacia la puerta. Con su mano sobre la perilla, se gira y dice—: Por cierto, tu papá te ha estado buscando.

—Cómo lo...

—Me ocupé de eso. Estaba en la administración cuando se detuvo y me aseguré de que estuviera satisfecho con la mentira. Pero, Gabe, se acabó el tiempo. Debes comenzar a pensar en cómo vas a manejar esto, si es que lo haces. Correr no es la respuesta, pero tampoco exponer a esa pobre niña a esa vida otra vez. Toma una decisión y cuando lo decidas. Estaré listo para escucharte. —Con eso, se aleja, haciéndome sentir aún más idiota que cuando empezamos.

Mierda.

Odio que tenga razón casi tanto como odio que me equivocara. ¡Maldición! Pateo la pared de ladrillo con la punta de mi bota una y otra vez hasta que pienso que podría haberse roto.

—Cálmate, campeón —dice Lisa, viniendo detrás de mí—. Los muros no se defienden.

—Vete. —Mi voz tiembla.

—Wes envió un mensaje de texto.

Jadeo, ¿qué, le tomó dos segundos enviar mensajes de texto a Lisa y hablar? Increíble.

—Wes necesita dejar de meterse en mi vida.

—Ash—

—No. —Sacudo mi cabeza—. Ahora no, Lisa, por favor. No puedo. Ahora no.

—Somos familia.

Me rio en voz alta, como un loco, después la miro directamente a los ojos cuando digo—: Chistoso, la primera mentira que les dijimos.

Capítulo 18

¿Qué es lo que le he hecho que me odia tanto, digo, además de escuchar mientras le sacaba la mierda a un piano y abrir una estúpida ventana? Nada.

La presencia de Gabe sólo anunciaba malas noticias.

Era una tormenta eléctrica y me había agarrado sin paraguas.

Saylor

Saylor

Subo las escaleras de dos en dos, luchando contra las lágrimas todo el camino. No quiero que Lisa me vea mientras estoy así. Menos, porque me he puesto de este ánimo por un idiota que no se lo merece, Gabe.

Claro. Sé que no soy una supermodelo, pero ¿tenía que decirlo de esa manera, tenía que ser tan cruel? La vergüenza me invade de nuevo. Su cara, era completa y absoluta repulsión. Como si oliera y cargara algún tipo de enfermedad incurable.

Me duele el pecho.

Odio este sentimiento. He pasado demasiado tiempo lidiando con él cuando era más joven. Cuando Eric lloraba todo el tiempo, me hacía llorar porque estaba indefenso. No pude ayudarlo. Estaba perdido en su propia mente, incapaz de diferenciar entre alguien que quería ayudar y alguien que lo lastimaba. En ese momento, no lo sabíamos, pero había estado sufriendo un trastorno del procesamiento sensorial además de todo lo demás.

Había pasado un tiempo desde que había llorado.

Mis lágrimas incluso saben amargas.

¿Por qué diablos me importa lo que Gabe piense de mí?

¿Por qué me importa si le parezco fea?

Está bien, que me odie si quiere. No significa nada para mí. Nada.

Excepto que por alguna razón, me está afectando.

Bueno, en realidad no, pero cuando salí del albergue me dijeron que para Gabe es zona libre toda la propiedad, y que, si tenía un problema, debería preguntarle a él.

Como si fuera la cosa más fácil del universo.

Preguntarle cualquier cosa a Gabe es esperar una respuesta y luego tenerla grabada en la cabeza y repitiéndose como una de esas canciones fastidiosas que se repiten sin cesar.

Absolutamente imposible.

Cuando llego al piso de Lisa, mis lágrimas se han secado. Puedo con esto. Tengo algunas semanas hasta terminar la escuela. Todo lo que tengo que hacer es pasar esta clase. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

Él me odia y además, va con regularidad al mismo lugar en el que tengo que ir como voluntaria para ganarme una buena calificación en esa maldita materia.

Está bien. No importa.

Voy total y absolutamente bien.

Capítulo 19

Había una enfermedad en mi alma, comenzaba a afianzarse. Se filtró en cada parte de mi existencia. ¿El nombre de mi enfermedad? Bueno, esa es la parte divertida. Yo tuve tres. Gabe, Ashton y Parker. Y dicen que las personas con múltiples personalidades tienen problemas. Haría cualquier cosa para matar a todos los míos, ¿el único problema? Eso me deja sin nada. Y ella no hubiera querido eso. No, ese deseo era todo mío. Todo. Mío. Gabe H.

Gabe

Ha pasado una semana y mi padre no ha intentado contactarme. Por si acaso, volví a cambiar mi número de teléfono y llamé a todas las compañías de tarjetas de crédito para asegurarme de que de no había usado el poder notarial para obtener algo que no es legalmente suyo.

Estoy a salvo.

Se apagó otro incendio, por ahora. Demonios, se apagó mientras no me encontrara, mientras no conectara los puntos. Lo cual él haría. Un día. Algún día, los puntos podrían conectarse entre sí. Mierda, lo estaba perdiendo.

Ahora todo con lo que tengo que lidiar es con Saylor trabajando en el albergue.

Ya había decidido que no tendría sentido dejar de ir los días que trabaja ahí. En todo caso, me estresé más porque está tan cerca de exponer todo sobre mí. Un resbalón y una búsqueda rápida en Internet y todo terminaría.

Cuatro años de esconderme todo mundo. Tirados a la basura.

Con un suspiro de resignación, camino hacia el edificio y encuentro a Martha.

—Hola, gracias por reunirte conmigo.

—Claro. —Ella sonríe cálidamente—. Deberías tomarte un café, no te ves nada bien.

—Oh no —Presiono mi mano contra mi corazón y sonrío—. Me hieres. ¿Cómo crees que eso me hace sentir?

—Sobrevivirás —dice secamente, arqueando las cejas mientras coloca su propia taza de espuma blanca sobre la mesa y se inclina hacia adelante—. ¿Entonces, qué está pasando, jefe?

—¡Ah! —Pongo los ojos en blanco. —Buena esa.

—Al que le quede el guante...

Me aclaro la garganta y cambio de tema.

—Quiero aumentar la seguridad en el albergue.

—Ya veo. —Golpea las uñas contra el mostrador—. ¿Por alguna razón en particular?

—¿Necesitas una? —Le digo.

Se le cae la cara.

—¿Gabe, qué está pasando, cariño?

Me pongo de pie abruptamente.

—Nada de qué preocuparse.

—Si estás seguro...

—Lo estoy —digo suavemente—. Quiero que lo coordines con la empresa de seguridad. Estoy seguro de que pueden agregar dos hombres en la entrada principal. Asegúrense de que el perímetro esté asegurado a toda hora, para que no tengamos a nadie entrando o saliendo que no

esté aprobado. Oh, y voy a comenzar a ayudar con el programa de voluntariado.

Marta tose.

—¿Me estás despidiendo?

—De ningún modo. —Suspira de alivio—. Te necesito, Martha, lo sabes. La cosa es que no confío en esa chica Saylor. Quiero decir, realmente no sabemos mucho sobre ella y está demasiado cerca de...

—Princesa.

—Sí —gruño.

—Bueno —Martha se levanta—. Como dije, tú eres el jefe, así que lo que dices se hace. Pero Gabe...

Miro a los ojos gris azulado de Martha. La conozco desde hace mucho tiempo. Nunca me pide nada, ni siquiera cuando he pedido cambios de última hora o complicado las cosas por aquí.

—¿Sí?

—Sabes que siempre estoy aquí si quieres hablar.

Ja, si supiera cuántas ofertas tenía en ese frente. Hablar no era lo que necesitaba.

—Gracias. —Me lamo los labios—. Lo tendré en mente.

Con un triste asentimiento, sale de la oficina.

Suspirando, me paso los dedos por el pelo y miro el reloj en la pared. Son las diez menos diez. Saylor llegará en cualquier momento.

Tengo esto bajo control. De verdad que sí.

Cierro los ojos, recordando las palabras de Wes, mi amigo tiene toda la razón, pero he elegido mantenerme alejado de ella.

Me siento atraído por ella y no me he sentido así en mucho tiempo. La última vez que actué dejándome llevar por lo que sentía, las cosas habían salido terriblemente mal.

Además. Es un imposible.

Porque todavía ella está aquí.

Y ese es el problema. Odio querer algo que no puedo tener, Saylor se ha convertido en eso.

En mi sueño imposible.

Capítulo 20

Ver a alguien que amas pasar por momentos difíciles es como estar atrapado en tu propio cuerpo pero paralizado. Quieres gritarles, gritarles, ayudarlos, pero tu cuerpo no se mueve y sabes que no importa cuánto lo intentes, al final, el camino es de ellos para elegir. No puedes elegir por ellos. Qué concepto tan aterrador, especialmente teniendo en cuenta que casi no vemos todas las opciones cuando estamos atrapados en nuestra propia derrota. A veces, solo quiero gritar—: ¡Busca ayuda!

*Pero siempre parece que cuando digo eso,
es cuando Gabe cierra los ojos.*

Wes M.

Saylor

Finjo una sonrisa cuando saludo a los guardias de seguridad en la puerta y me dirijo a registrar mi entrada en la recepción.

Martha me mira brevemente antes de pedirme el celular y dejarme seguir mi camino.

Estoy planeando mostrarles a todos un musical para mi sesión de hoy para entusiasmarlos con el aprendizaje de algunas canciones nuevas, por lo que al menos no tendría que estar frente a todos y hablar, no es que me incomode, pero trabajar tras bambalinas es menos estresante. Y desde que escuché a Gabe decir todas esas cosas, bueno, digamos que me siento un poco cohibida.

Incluso he tirado esa estúpida sudadera.

Al menos ya no me veo como una indigente.

Abro las puertas de metal que conducen al salón de juegos.

Y casi me doy la vuelta y salgo corriendo.

Gabe está adelante, dueño y señor del televisor y el reproductor de DVD, mientras que algunos de los residentes se sientan y esperan.

Mis palmas comienzan a sudar mientras doy unos pasos cautelosos hacia ellos. De acuerdo, no te asustes, probablemente solo esté ayudando a preparar la película para mí.

Cuando llego al frente de la habitación, me obligo a ofrecerle una sonrisa amistosa mientras le toco el hombro.

—¿Qué? —No se da la vuelta.

Y la cortesía acaba de salir por la ventana.

—¿Qué estás haciendo?

—¡Oh!— Gabe aparta las manos del reproductor de DVD y se pone de pie en toda su altura, haciéndome sentir la necesidad de retroceder—. Preparo la película, te estoy ayudando.

El alivio me recorre entera.

—Ah y también, estoy a cargo del programa ahora, así que tendremos que trabajar juntos los días que estés aquí.

Me balanceo un poco sobre mis pies.

—Muy mala broma esa.

—Me temo que no. —Sus ojos se entrecierran—. ¿Tienes un problema con eso?

—¿Estoy haciendo un mal trabajo? —Mi pecho se agita—. ¿Se trata de eso o es que tan mal te caigo?

Gabe inclina la cabeza hacia un lado y cruza los brazos.

—Si me cayeras mal, ya no estarías trabajando aquí.

Contengo el aliento, para evitar gritar. Sé que técnicamente no puede despedirme, pero podría hacer que mi vida sea un infierno y también decirle a mi profesor que estoy haciendo un trabajo horrible, lo que haría que mi calificación bajara.

—¿Terminamos?

Las palabras no me salen de la boca.

—Bueno.— Se da la vuelta y enciende la televisión. Todavía estoy en shock cuando el menú principal del DVD aparece en la pantalla.

Gabe aplaude cuatro veces.

Los que pueden aplaudir lo siguen.

—Escuchen.— Su sonrisa regresa—. Saylor nos va a mostrar una película hoy para que podamos aprender todo sobre los musicales.

Un coro de vítores da la vuelta a la sala ante su anuncio.

—¿Saylor? —Su sonrisa se desvanece un poco cuando sus ojos se encuentran con los míos—. ¿Quieres explicar lo que van a ver?

—Seguro. —Mi voz es ronca por la emoción. ¿Por qué estoy dejando que me haga sentir tan mal conmigo misma? Tiro de mi camiseta blanca y me obligo a mantener las lágrimas.

Jamás había tenido que lidiar con alguien a quien le causara tanta repulsión.

O me humillara tantas veces.

Y luego encanta a cada cosa que respira en el planeta, incluidos los animales pequeños y los niños, justo frente a mí como para mostrarme que realmente soy una marginada para él. Alguien indeseable.

—Entonces, hoy, vamos a ver... —Mi voz vacila cuando mi mente se queda completamente en blanco. Todos los rostros de los residentes están ansiosos mientras me miran, pero no puedo encontrar mis palabras. Mi garganta está tan llena de lágrimas que me duele físicamente. Pongo mi mano sobre mi pecho y me digo que tengo que respirar, que, para concentrarme en inhalar y exhalar, me estoy poniendo ansiosa.

En cambio, mi labio inferior comienza a temblar. Se me llenan los ojos de lágrimas cuando miro alrededor de la habitación y digo—: Disculpen, lo siento.

Salgo corriendo de allí y entro al baño más cercano y cierro la puerta detrás de mí, cayendo en un sollozo sobre el lavabo de porcelana.

La puerta se abre de golpe.

Mierda. Me había olvidado de cerrarla con seguro. Me doy la vuelta y me encuentro cara a cara con la causa de mi colapso.

Gabe

Las lágrimas nublan mi visión cuando me apoyo contra el mostrador. Solo puedo discernir el contorno de su rostro, nada más. Me prometí a mí misma que nunca sería una de esas chicas que dejaban que un chico tuviera ese tipo de poder sobre mí. No podía ver mis lágrimas. Ni siquiera quería ver mis lágrimas. No quería sentir las. ¡Quería que se fueran, y fue su culpa que yo incluso me sintiera así!

—¿Estás bien?— pregunta con voz suave.

—¿Me veo bien? —Espeto, limpiándome los ojos—. Sólo déjame en paz. Por favor. Ya es bastante vergonzoso.

—¿Vergonzoso? —Suena como si no tuviera ni la más remota idea de qué hablo.

—Sí, completamente vergonzoso. Estar a tu lado es vergonzoso. Estoy tan preocupada por hacer algo mal que ni siquiera puedo respirar, mucho menos enseñar una clase. Lo que sea que

haya hecho, te pido perdón por ello. Lamento haberte espiado, pero la música era... —me atraganto—. Hermosa. Fue hermosa y lo siento por abrir la ventana. No lo sabía, lo único que quería era que ella sonriera más y...

Con manos temblorosas me cubro la cara y trato de nivelar mi respiración.

—Maldita sea —dice en voz baja—. Ahora estás llorando por mi culpa.

¿Por qué es tan denso?

¿En serio?

No tengo fuerzas para mentir, pero decir que sí solo profundiza la vergüenza.

—Saylor, yo —maldice.

Y luego Gabe hace algo increíble.

Me toma en sus brazos y me abraza.

Y lloro en su pecho.

Lloro en los brazos de mi torturador.

Lloro como si fuera mi salvador.

Cuando él es la causa de todo.

Después de unos minutos, me suelta y usa sus pulgares para limpiar las lágrimas debajo de mis ojos.

—Tómate tu tiempo, comenzaré la película.

Sin disculpas

No hay palabras de aliento.

Sólo se va.

Dejándome más confundida que antes, pero menos rota.

Capítulo 21

*¿Mencioné que me fastidia que la gente llore?
Es como si alguien me clavara una daga en el pecho y le diera vueltas y vueltas.
Gabe H.*

Gabe

¡Y el premio al gilipollas del año va para... ring, ring, ring! Tenemos un ganador.

Estoy atrapado entre querer consolarla y querer decirle que se ahogue en sus malditas lágrimas. Hay cosas más importantes en el mundo que sus propias inseguridades.

Pero una parte de mí, ya sabes la parte humana de mi corazón que todavía late—aunque apenas—se encoge ante la idea de que la he hecho llorar por mis acciones y palabras imprudentes.

No es que no me sintiera mal o que no quisiera disculparme.

Pero estoy tan harto de mentir que la única opción sería decirle la verdad, y decirle la verdad, aunque me quitaría mucho de encima, empeoraría las cosas.

Entonces la abracé.

Solo que esa había sido una idea aún peor, porque todo mi cuerpo se había sacudido con nuestro toque.

La niña es hermosa. Su cabello castaño oscuro realmente huele a miel, y sus brillantes ojos azules son aún más bonitos cuando están llorando.

Infierno.

Gimo en mis manos.

—¿Gabe? —Princesa trata de susurrar, pero su susurro es como un gritillo—. ¿Qué pasa?

Han comenzado a hacerle nebulizaciones y otros tratamientos para ayudarla a respirar mejor, por lo que tiene una de esas cosas de oxígeno en la nariz, para poder seguir hablando o, en su caso, gritar.

Con un profundo suspiro, bajo las manos y me encuentro con su mirada.

—Nada, estoy algo cansado.

—Yo también. —Suspira—. Siempre estoy cansada.

—¿De verdad?— Me pongo completamente alerta, usando mis ojos para examinar su rostro o cuerpo en busca de cualquier indicio de que su condición ha empeorado. Todavía está pálida, todavía tose, pero el oxígeno parece estar ayudando—. ¿Te sientes bien, Princesa?

—¡Mira! —Sus ojos se apartan de mí hacia la pantalla—. ¡Están cantando de nuevo!

—Sí. —Sigo sosteniendo su mano.

Las puertas de metal detrás de mí se cierran, y así sé que Saylor está de vuelta en la habitación. Puedo olerla ahora. Tengo su aroma grabado en el alma. Me lo sé de memoria.

Estoy en muchos problemas.

Una bocanada de aire lleno de miel me golpea cuando se sienta a mi lado y cruza los brazos sobre el pecho.

Así nos quedamos. En completo silencio, mientras se reproduce la película.

Cuando termina, se pone de pie, camina hacia el frente de la habitación y comienza a hablar como si no hubiera tenido un colapso emocional.

¿Las buenas noticias? A ninguno de los residentes le importa. La mitad ni siquiera se va a acordar mañana, demonios, la mitad no sabe ni cómo se llama, así que está a salvo.

—Las tres canciones que vamos a aprender de Vivir de ilusión son *Shipooopi*...

A mi lado, Princesa tiene un ataque de risitas. Sonríe ante su evidente interés en el nombre de la canción, y vuelvo a mirar al frente de la habitación.

Los ojos de Saylor se encuentran con los míos.

Pero ella no rehúye.

Me sigue mirando, aunque el miedo llena sus ojos.

Mi corazón comienza a golpear contra mi pecho. Me niego a mirar hacia otro lado; en cambio, mantengo mi sonrisa en su lugar y la dirijo hacia ella.

Porque ella merece más.

Ella está aquí por la misma razón que yo, para hacer reír a la Princesa, para provocar alegría en un mundo lleno de odio y oscuridad.

Y por esa razón, le debo mi respeto, incluso si eso significa que debo tener mucho cuidado con ella.

La mirada de Saylor finalmente se aparta de la mía cuando nombra las siguientes dos canciones y luego dejar ir a todos.

—¡Parker! —Grita Princesa. Es curioso porque no me había nombrado por completo en mucho tiempo. Por lo general, solo era Park o ese tipo divertido con la guitarra.

—¿Hmm? —Se me parten las rodillas cuando me inclino a la altura de los ojos.

—¿Parker? —La voz de Saylor dijo detrás de mí—. Pero pensé que te llamabas Gabe.

—¡No! —Princesa comenzó a sacudirse—. ¡Odio ese nombre! Ese es el nombre de un extraño. Se llama Parker. Parker.

Lágrimas caen por su rostro mientras su boca se abre. Un chillido sale entre sus labios mientras continúa golpeándose.

Murmurando una maldición, corro para agarrar la guitarra y rápidamente me siento a su lado y comienzo a tocar.

Una vez que toco los primeros acordes de nuestra canción, Princesa deja de gritar y cierra los ojos.

—Hermosa niña —canto—. Mi niña, hermosa niña. No dejes que me sienta solo sin ti en mi mundo.

Toco los últimos acordes.

Un completo silencio me saluda.

Los residentes están acostumbrados a sus arrebatos y memorizan las canciones tan bien como yo, pero fue mi voz la que lo hizo. Incluso intentamos una grabación una vez, no funcionó.

—Eso me hace feliz. —Princesa se ríe—. Park, ¿recuerdas cuando bailamos?

—Sí. —Las visiones de ella bailando frente a mí en dos piernas que funcionaban inundaron mi mente hasta que quise golpearme la cabeza contra la pared—. Siempre fuiste mucho mejor que yo.

—Ah, sí —Suspira.

Las puertas de la habitación se abren y entra Martha.

—Oye, Princesa, ¿por qué Martha y tú no van a tomar un refrigerio mientras hablo con Saylor?

—¡Esta bien! —Grita la Princesa—. Y Saylor, su nombre es Parker, no Gabe.

—No se me olvida —dice Saylor rápidamente—. Gracias por tu ayuda, Princesa.

—Está bien —dice sorprendiéndome—. No lo sabías. Pero ahora lo sabes, así que lo llamarás Park.

No quiero que ella me llame Park.

Eso es demasiado.

Demasiado cerca.

—Seguro —La voz de Saylor tiene un tono alegre—. Lo llamaré Park, aunque parece que es una marca de coches.

Princesa se echa a reír cuando Martha se la lleva.

Cuando estoy seguro de que Princesa no puede escuchar nada de lo que voy a decir, agarro el brazo de Saylor y la saco por las puertas en el extremo opuesto de la habitación, las que conducen afuera.

—Vamos a dar una vuelta.

Capítulo 22

Y volvemos a mi hipótesis original: personalidades múltiples, bueno, al menos él les puso nombre.

Eso tenía que ser una buena señal, ¿verdad?

Saylor

Saylor

Sigo a Gabe silenciosamente por las puertas hacia el aire fresco de la tarde. El albergue está ubicado justo frente a la bahía. Tiene que haber costado una fortuna. La ubicación es inmejorable. Dondequiera que miras, ves los altos edificios del centro de Seattle.

He crecido en la zona, pero la vista nunca dejaba de dejarme sin aliento ni de tranquilizarme. Había algo en el océano que te hace sentir pequeño.

Te hace darte cuenta de que la vida es más grande que solo tú.

Y comienzo a pensar que necesito ese recordatorio a diario.

—Entonces... —Gabe se mete las manos en los bolsillos y se pone a mi lado—. Vaya, es increíble. Ni siquiera puedo inventar una mentira que tenga sentido.

Me encojo de hombros.

—Así que prueba a decirme la verdad.

—No estoy acostumbrado a eso. —Deja de caminar y levanta la cabeza—. Esa es la verdad.

—Quizás deberías. —Trago saliva y me encojo de hombros—. Hazlo un hábito, quiero decir.

—Hmm —Me pasa el brazo por los hombros y en silencio me lleva más cerca del agua.

Cuando llegamos al borde, se inclina, recoge una piedra y la arroja.

Coge otra piedra y la examina en su mano.

—Yo solía ser así.

—¿Una piedra? —Alzo las cejas—. ¿Como solías ser realmente entusiasta y dejaste ir eso recientemente o...?

Gabe echa la cabeza hacia atrás y se echa a reír.

Dios bendito. Me encanta su risa. Quiero decir, en este momento lo odio un poco, pero su risa es algo más. Me hace querer caer presa de sus encantos, pero sé que no es lo mejor. No es del tipo de chicos que tiene relaciones serias. Sólo se acuesta con chicas, lo que aparentemente funciona bien para él.

—Tierno. —Se lame los labios, la sonrisa aún en su lugar—. No, pero es bueno saber que mi cuerpo deja de impresionarte.

Oh, me impresiona. Simplemente no quiero darle munición para avergonzarme de nuevo.

—Quiero decir —Él hace rebotar la roca en la palma de su mano—. Solía ser así de sólido. Era fuerte, inquebrantable, sabía exactamente lo que quería en la vida. Pero la cuestión es que no tenía idea de que estaba en una burbuja. Estaba en la orilla donde era seguro.

Di un paso hacia él.

—¿Qué pasó?

—La vida. —Vuelve a rebotar la roca, una, dos, una tercera vez—. Circunstancias fuera de mi control, que pensé que podría controlar.

Se encoge de hombros y luego lanza la piedra, haciéndola rebotar en el agua varias veces.

—¿Puedes contar las ondas?

—¿Diez? —Adivino—. ¿Quizás más?

—Más. —Asiente—. Porque incluso cuando ya no ves las ondas, todavía hay una vibración. Creo que muchos de nosotros pasamos por la vida sin darnos cuenta de que cuando nos arrojan así, ya no se trata de nosotros, sino de todos los que nos rodean. La condición humana es imperfecta. Egoístamente, tenemos la impresión de que nuestros cuerpos son nuestros, nuestros pensamientos, nuestras acciones; todo se trata de nuestras propias elecciones, nuestros propios derechos, de hacer lo que sea que queramos y maldita sean las consecuencias.

Se encoge de hombros.

—Hasta que...

Con una maldición, mira hacia abajo.

No estoy segura de qué diablos estoy haciendo, o por qué estoy ofreciendo la rama de olivo cuando preferiría golpearlo en la cabeza con ella. Pero agarro su mano libre y presiono mi palma contra la suya.

—Hasta que —continúa, pareciendo sacar fuerzas de mi piel—, algo horrible te sucede a ti, o a alguien que amas, y de repente ves el efecto dominó de cada acción y elección que hayas hecho. El cuerpo es mío para hacer lo que quiero, pero las decisiones que tomo con él aún afectan a los demás. Cómo paso mi tiempo es mi derecho, pero al final, todavía afecta a aquellos para quienes no dejo tiempo. Hay un yin y yang en la vida. Pero la gente en serio nunca se da cuenta hasta que es demasiado tarde.

—¿Y es demasiado tarde para ti?

—Sí. —Suspira—. Lo es.

Nos tomamos de las manos en silencio.

Respiro hondo y lo suelto—: No sé por lo que estás pasando o qué hay en tu pasado. Claramente, ni siquiera sé cómo te llamas.

Se ríe de nuevo.

—Pero sí sé cómo es que tus elecciones afecten a los demás. Mi hermano, mientras crecía, estaba confundido. No tenía idea de cuánto estábamos sufriendo por él y fue horrible. Y ahora, tengo toda la presión del mundo para obtener una buena educación, graduarme, ser perfecta en todas las áreas. Entiendo lo de las opciones, entiendo lo que dices, porque mi vida no ha sido la misma desde hace mucho tiempo.

—Hmm —susurra Gabe y mira nuestras manos—. Como anillo al dedo.

Sonrío.

—Sí, parece que sí.

—Ella me dice Parker. —Él desvía su mirada hacia el suelo y aprieta mi mano con más fuerza. Contengo el aliento, mi corazón late a toda velocidad—. Porque después de su accidente, esa es la única parte de mi nombre que recuerda. Es parte de mi nombre completo, pero no es mi nombre de pila.

—Porque tu primer nombre es Gabe —le digo—. ¿Cierto?

—¿Te gusta el pescado?

—¿Eh?

Gabe me suelta la mano y se echa a reír.

—Vamos, o te gusta el pescado o no. —Sus ojos están provocando mientras se muerde el labio y se cruza de brazos—. Te voy a llevar por pescado.

—¿Cómo cuándo vamos a pescar o vamos a comprarlo ya listo?

Gabe se encoge de hombros y me lanza la misma sonrisa que he estado esperando durante dos semanas.

—Ninguna. Nos vamos.

Capítulo 23

Creo que la estaba dejando acercarse a mí.

¿Eso es lo que se siente?

¿Hablar con alguien y que realmente lo entienda? Quiero decir que fui lo más honesto que pude y ella no se asustó, me llamó loco, trató de besarme gritando mi nombre, aunque no estaría en contra de esto último, ella me escuchó. Y me gustó.

Gabe H.

Gabe

—¿Dónde estamos? —Pregunta Saylor, saliendo del auto. Es uno de los pocos días en que conduzco mi auto.

Un auto en el que ni siquiera Wes se ha subido antes.

Por lo general, dejo que Lisa lo conduzca cuando lo necesita, pero por alguna razón, hoy fue uno de esos días y decidí usarlo en lugar de mi motocicleta.

Saylor no dijo mucho cuando le abrí la puerta para que se subiera.

Aunque tuve que admitir que sentí un poco de orgullo cuando sus ojos inocentes vieron mi BMW deportivo.

—Anthony —respondo—. Mi restaurante favorito. Dije pescado, ¿no es así?

Saylor se queda tiesa como una tabla.

—Pero, Gabe, mi ropa. No estoy exactamente vestida para eso.

—Te ves perfecta. —Me encojo de hombros—. Además, ¿a quién le importa?—

Me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Realmente necesitamos repetir esa conversación?

—Estaba enojado. —Aparto la vista, la vergüenza me invade—. Vamos a dejarlo así.

—¿Cómo consigues tantas chicas? —Saylor pregunta.

Me tropiezo un poco.

—Lo siento, ¿qué?

—No. —Ella sonríe—. Estoy hablando en serio. Eres en serio si de algo careces es de pico de oro, llegaste tarde a la repartición.

—Falso. —Me río por lo bajo—. Podría enamorar hasta a una monja de clausura, simplemente elijo no hacerlo cuando contigo.

Se le cae la cara.

—Mierda. —Me paso las manos por la cara—. Intentemos esto de nuevo, ¿de acuerdo?

Sí, o ella me iba a empalar en el lado afilado del pez espada que decoraba la pared.

—Contigo —reconozco en un suspiro, reconociendo mi derrota—. Puedo ser quien de verdad soy.

—¿Un idiota ojo alegre que no se queda callado nunca? —pregunta secamente.

Hago una mueca.

—Ouch. Tu bateas a todas tus citas más allá del reconocimiento, ¿o soy solo yo?—

—Solo tú.— Su sonrisa es amplia. Dios, me había olvidado de esa boca suya. Y oficialmente mirando cualquier cosa menos su boca.

Mis ojos bajan a su barbilla. Perfecto. No hay nada atractivo en las barbillas. Excepto que están unidas a la boca y, bueno, demonios, justo donde comencé.

—¿Puedo ayudarte? —La anfitriona pregunta.

—Mesa para dos. —No aparto mis ojos de Saylor. Debería hacerlo. Pero no quiero, hoy quiero hacer lo que se me pegue la gana.

Así que la sigo mirando.

Probablemente me dará una bofetada pronto, así que aprovecho mientras pueda.

La anfitriona nos entrega los menús y llena nuestros vasos de agua.

Saylor echa un vistazo a su menú, lo cierra de golpe y palidece.

—Gabe, no necesitamos comer aquí. El pescado es muy caro y eres un estudiante universitario y...

—Está bien. —Lucho contra el impulso de reír a carcajadas. No podría gastar todo mi dinero incluso si quisiera—. Créeme.

Sus ojos se entrecierran. Ella tuerce el dedo para que me incline.

—¿Vendes drogas?

—Claro que no —Me echo a reír—. ¿De dónde sacas eso? Por supuesto que no.

Ella hace una mueca.

—Cambios de humor, un auto de lujo, dinero, bueno, ahora voy a esperar que la tierra se abra y me trague.

—Me gustaría ver eso —Hago énfasis en ser testigo de eso, las ideas que se me vienen a la cabeza—. Para ver en qué problemas podrías meterte.

—¡Ya sabía yo! —Me apunta con el tenedor.

Lo empujo a un lado.

—¡Ahí vas de nuevo!

—¿A dónde? Si yo aquí sigo tan tranquilo como siempre.

—No. —Deja el tenedor y recoge su cuchillo. Me recuesto en la silla, enfatizando mi pose—. Haces eso todo el tiempo.

—¿Y por todo el tiempo te refieres a las últimas veces que me has visto?

—No te las des de listillo conmigo —murmura.

—¿Por qué te da pena insultarme? Si vas agarrando práctica en eso.

—Idiota. —Esta vez es ruidoso, relajado y confiado, más bueno que el pan caliente—. ¿Mejor?

—Sí —gruño, también lo sentí.

—Y no trates de sacarme del tema. Tú también haces eso.

—No tengo idea de lo que estás hablando—. Me llevo la servilleta a la frente y me doy unas palmaditas. Estoy sudando la gota gorda. Es como si estuviéramos en la Ley y el Orden y yo estoy en el lado malo de la inquisición. Sentado en una silla de metal. Haciendo una mueca.

—En un momento estás feliz de la vida persiguiendo hasta una escoba con falda, al siguiente te ves tan enojado que quieres prenderme fuego y de repente es como si hubieras reaccionado y me invitas a comer.

Me encojo de hombros.

—Tal vez soy mentalmente inestable.

Saylor me apunta con el cuchillo, con una mirada sin complejos en su rostro.

—Demonios, baja el cuchillo, estoy bromeando.

Nuestro camarero llega.

—¿Les gustaría escuchar los especiales del día?

—Pescado. —Observo la expresión de Saylor con interés. Tiene una expresión facial para todo. Es embrujador—. ¿Cuál es el pescado del día?

—Tenemos un salmón que está...

—Bien. —Le entrego los menús—. Dos de esos, ¿y puedes traer pan y agua mineral?

—Claro. ¿Ensaladas?

—César —decimos Saylor y yo al mismo tiempo.

El camarero me da una sonrisa firme y, afortunadamente, nos deja en paz.

—Él va a escupir en nuestra comida —gime Saylor.

—He venido a este restaurante durante cuatro años seguidos.

—Esto... —Saylor asiente lentamente. —Impresionante. Bien por ti. ¿Estás diciendo que este es tu lugar favorito o que te llevas muy bien con el personal?

—Nadie. Ni siquiera Wes, ordena una ensalada César.

—¿Entonces eso fue una prueba? —Ella frunce sus cejas en un gesto que me resulta encantador. ¿Por qué todo lo relacionado con ella me sabe a tentación?

Me río.

—No, pero después de la ensalada César estarás respirando fuego durante días. Es básicamente la única forma de asegurarte de que no te besen. Wes llama a esa ensalada el beso de la muerte.

—Eso no es gracioso —se queja.

—¡Gracias!— Golpeo la mesa con la mano—. Jamás me niego a un buen chiste, soy un idiota, como siempre me dices.

Ante eso sonrío.

—Creo que me preocupa más morir escuchando uno de tus chistes flojos que por la ensalada.

—¿Oh sí?

—Seguro. —Toma un largo sorbo de agua y se detiene para responder—: Porque no estoy en peligro de que me besen esta noche.

Ondeando una bandera delante de un toro. Eso era lo que ella está haciendo, y no tiene idea de que acaba de abrir la puerta.

—¿Ah sí, según quién?

—Yo. —Saylor se echa a reír—. También pediste la ensalada, amigo. De ninguna manera me voy a acercar a esa boca tuya.

Su risa es contagiosa. Me uno a ella, luego choco mi vaso de agua contra el de ella.

—Al beso de la muerte y pescado.

Sonrío.

—Por el pescado.

Capítulo 24

Sentirme cómoda con alguien como Gabe es arriesgado, especialmente teniendo en cuenta nuestro comienzo inestable.

Pero es imposible resistirse, especialmente cuando es él mismo, tan diferente al imbécil con el que he tenido que lidiar últimamente.

Saylor

Saylor

—Dime una cosa que te dé mucho miedo—pregunta Gabe una vez que estamos en el auto de regreso al campus. Llamó a Wes para decirle que habíamos salido a cenar, y Lisa y Kiersten estaban más que felices de ir a recoger mi carro al albergue, para que él pudiera darme un aventón a casa. No estoy segura de si esas son las chicas jugándola a ser cupido o simplemente son amables.

—Oh, ¿solo una? —Bromeo.

Hemos pasado tres horas en el restaurante, y en realidad se ha portado bien. Si hubiera sido Navidad, habría sido un milagro navideño, como algo que verías nada más en la televisión. No peleamos, el insulto se convirtió en burlas y honestamente se sintió bien.

Todo, excepto el hecho de que cuanto más Gabe me mostraba a sí mismo más me gustaba.

Me siento más cómoda odiándolo. O intentando hacerlo.

—Sólo una. —Se gira brevemente hacia mí y muestra una hermosa sonrisa. Una sonrisa de estrella de rock totalmente adormecedora. Me recuerda a alguien, pero no puedo identificarlo. Tal vez solo tiene una de esas caras, o tal vez es tan hermoso que mi mente me está jugando una mala pasada.

—Ansiedad al momento de tocar en público —respondo honestamente. —Siempre me equivoco cuando tengo que interpretar mis piezas. Se me congelan las manos y no lo sé. Siempre es lo mismo. Practico durante horas y nada. Siempre termino arruinándolo. Así que mi respuesta es ‘Odio a grandes multitudes o auditorios y pianos de cola.’

—Eso son como cinco cosas. —Gabe señala.

—¡Oye!

Me palmea la pierna.

—Estoy bromeando, Saylor.

Esa mano bien podría haber hecho un agujero a través de mis jeans. Podía sentirlo hasta los pies.

Como si notara el efecto que había tenido de repente sobre mí, se echa hacia atrás y se aclara la garganta.

—Entonces, ansiedad al momento de interpretar. Creo que puedo ayudar con eso.

—Ya me los he imaginado desnudos. No es que sirva de mucho —murmuro sin convicción.

—Claramente no estás imaginando a las personas desnudas correctas.

—Gabe, podría imaginarte desnudo y aun así estaría como loca.

La sonrisa tranquila que tenía en el rostro de repente se le congela. Ya he metido la pata. ¿Por qué tengo que ser tan idiota?

Y luego la máscara vuelve a caer y él se encoge de hombros.

—Cariño, si me vieras desnudo, no sería miedo la causa de que arruines las notas, confía en

mí.

—Engreído.

—Absolutamente —dice rápidamente—. Aunque según algunos, sólo me dejo llevar.

—Ya, hombre. ¿Alguna vez olvidarás eso?

—Probablemente no. —Él se ríe entre dientes cuando llegamos al estacionamiento de los dormitorios de primer año, se estaciona y apaga el coche—. Pero en serio. Déjame ayudarte.

Suspiro.

—Gabe, mira, esta noche fue divertida, ¿verdad?

—Sí. —Sus cejas se fruncen como confundidas—. Por supuesto que lo fue.

—Y realmente me divertí contigo. —Me muerdo el labio inferior—. Pero la última vez que estuvimos juntos en un salón de ensayo, las cosas se pusieron feas. Tú fuiste...

—No era yo mismo —acepta suavemente—. Y estaba enojado, no contigo, solo con la vida. Lugar equivocado, mal momento...

—¿Dos veces seguidas?

Él hace una mueca.

—Me temo que sí.

La lógica me dice que diga que no. Dejar que aquí muera todo esto. Dibujar una línea en la arena, para que ambos sepamos dónde estamos parados. Apenas si somos amigos, sólo tendría que verlo una vez a la semana debido a todo el voluntariado.

—Saylor —Sus ojos me suplican—. Déjame compensarte.

—No lo sé.

—Al menos déjame compensar por cinco.

—¿Cinco? —Sacudo mi cabeza—. ¿Cinco qué?

—Lágrimas. —Pasa saliva. Su manzana de Adán se balancea arriba y abajo mientras se inclina y pasa su pulgar por mis labios—. Déjame compensar por cinco lágrimas. Sé que hay muchísimos más. Todo lo que pido son cinco.

—¿Qué sentido tendría?

—Dame las cinco, cinco oportunidades —suspira. El calor irradia de él—. Y luego te dejaré en paz.

Miro sus labios y luego nuevamente sus ojos.

—Está bien. Cinco. —Alcanzo la manija para abrir la puerta y salir del auto, pero él agarra mi otra mano y me sostiene en mi lugar.

—Y por si acaso no estaba claro —susurra, sus ojos tomando ese tono oscuro que ansío—. Tú realmente eres.

—¿Soy qué?

—Franca. Hermosa. Y lo siento. —Me suelta la mano. Lentamente, salgo del auto y camino aturdida de regreso a mi dormitorio.

Estoy medio tentada de golpearme la cabeza contra la pared.

¿Fue esta noche un sueño?

Seguro que se siente así, porque lo imposible acaba de suceder.

Gabe ha volado a los círculos del infierno, regateó su alma, ganó y regresó para hacer las paces.

Al parecer, los milagros existen.

Capítulo 25

*Estaba silbando, Dios, sálvanos a todos de tal destino.
Cuando los hombres adultos silban sabes que pasa algo. Sin embargo, no puedo encontrar algo
en mi interior que me haga querer dejar de silbar o sonreír.
Y por primera vez en años cuando me miro en el espejo,
no hago una mueca. Sonríó.
Gabe H.*

Gabe

—O te caíste del carro o conseguiste algo. —La voz de Wes dice detrás de mí. Salto y casi me pongo cara a cara contra el espejo del baño. Ha pasado una semana desde mi cena con Saylor y las cosas se sienten normales. Por una vez en mucho tiempo, me miro en el espejo y no me encuentro con el ceño fruncido, sino con una sonrisa.

—¿No sabes tocar?

—No. —Se acomoda contra la pared y sonrío—. No desde que mi mejor amigo comenzó a actuar como un loco total. Me siento como una maldita niñera. No me hagas contratarte un guardaespaldas.

Pongo los ojos en blanco.

—Por otra parte, ya sabes todo sobre ese dolor de cabeza. —Silba y se examina las uñas.

—Wes —gruño y lo miro a través del reflejo en el espejo—. No estoy drogado, no me he acostado con nadie. Tranquilo, hombre, me siento mejor.

Su pecho se hincha cuando una sonrisa arrogante aparece en su rostro.

—¿Tendrá algo que ver con cierto persona cuyo nombre comienza con una S?

—Oh, mira la hora. Necesitas irte. Tengo que vestirme, y por última vez, no, no me puedes ver desnudo.

—Eso duele, amigo. —Golpea su propio pecho—. Aquí.

—Juega limpio. —Estrecho mis ojos.

—Dolor agudo. —Él hace una mueca.

—Hijo de puta. Eres como un grano en el culo.

—¿Entonces qué? —Sonríe.

—¿Qué, ya no te va a dar un infarto?

—Oohhh —Se inclina un poco, fingiendo que algo le está dando.

—Sí. Está bien, es por ella, ¿feliz?

—Como por arte de magia. —Se pone de pie de un salto—. Ah, y gracias por ser honesto conmigo después de rogarte por cinco minutos.

—Tres minutos.

—Te daré cuatro.

—¿Wes?

—¿Sí?

—No estoy listo. No ahora. Para decirte todo, pero mi padre, ¿dijo algo?

Wes suspira profundamente, todo rastro de diversión desaparece.

—No, te estaba buscando con tu nombre real. El de tu licencia.

Siento frío por todas partes. Con un escalofrío exhalo.

—¿Debería estar preocupado por nuestra seguridad?

—No. —Aprieto los dientes—. Está desesperado, pero se le pasará. Esta no es la primera vez que viene a buscarme, y cada vez que regresa a casa con la cola entre las patas. Tengo cuidado. No dejaré que me encuentre. Además, difícilmente me reconocería ahora.

Wes me mira por unos segundos antes de decir—: ¿Te reconoces tú mismo?

—No. —Mi risa es hueca—. Realmente no.

—Eso pensé.

—Voy a salir con ella, ya sabes. En un rato.

—¿La chica que dijiste que es fea, a la que realmente encuentras muy bonita y luego la tratas como una mierda delante de todos? ¿Esa chica?

—Síiiiiiiiiiiii.

—Buena suerte con eso. —Wes sonrío y se dirige hacia la puerta. Estoy empezando a lamentar el hecho de que dije que podía entrar a mi dormitorio en cualquier momento que quisiera, especialmente ahora, considerando que estaba metiendo en mis asuntos. Por otra parte, él está preocupado por mí y yo lo había hecho sentir así.

—¿Oye Wes?

—¿Sí? —Se detiene en la puerta.

—Gracias.

—¿Por? —Parece confundido.

—Por asegurarte de que estoy bien.

Su rostro se relaja.

—No tienes nada que agradecer, Gabe, por eso somos amigos.

—¿Estás lista para esto? —Me trueno el cuello y luego los nudillos.

Saylor bosteza.

—Sí y eso es realmente malo para ti.

—Gracias mamá.

Ella me fulmina con la mirada.

—Puedo tener múltiples personalidades, pero tú eres terriblemente mandona.

—Sabía que esto no funcionaría. —Ella se desploma un poco.

—Lo siento —me quejo y pongo mis manos sobre las teclas del piano—. Lo juro, podemos hacer esto. Tocar me pone nervioso.

—¿Por qué? —Es una pregunta inocente—. Quiero decir, eres increíble. Puedes tocar la guitarra, el piano, cantar, eres una triple amenaza. Yo apenas si puedo tararear.

—Pero —palmeo el asiento del piano a mi lado—. Puedes tocar. Simplemente no sabes cómo respirar.

—¿Eh? —Ella inhala y luego exhala como para mostrarme que sabe exactamente cómo seguir viviendo.

Bien, al menos he cambiado de tema.

—Observa. —Empiezo a tocar, confiando en que nadie nos interrumpirá, porque la que lo puede hacer ya está aquí en el salón de ensayo, además he cerrado todas las persianas y puertas. Lo bueno es que ella confía en mí, bueno un poco.

Gracias a Dios por el pescado.

Comienzo lentamente, mis manos moviéndose sin esfuerzo por el piano. Es perfecto, pero no me gusta. No podría importarme menos la canción. Trato de concentrarme en algo aburrido y

monótono.

Lo que realmente es algo aburrido y considerando que ya estoy comenzando a responder al aroma de miel y la forma en que su calor me envuelve.

—Ahora —digo, aumentando la velocidad—. Nota la diferencia.

La misma canción. Diferentes formas de tocarla. Dejo que cada nota fluya de mis dedos a través de mi cuerpo como si mi alma y la música fueran una misma.

Cuando termino, abro los ojos.

Veo a Saylor llorando.

—Mierda. —Sí, porque decir mierda de inmediato hace que las chicas dejen de llorar. Brillante frase—. ¿Estás bien?

—Eso fue hermoso. —Ella solloza, sus ojos azules brillando de emoción—. Nunca había escuchado algo así. Lamento llorar. Ugh.

Se limpia las mejillas con el dorso de la mano, la nariz le gotea y está hecha un lío. Pero mi corazón late diferente esta vez.

—Debes pensar que soy una tonta. He llorado dos veces.

Esta vez, verla llorar se siente distinto, ella sigue aquí, conmigo. Mirándome casi con admiración.

Carajo, me estoy volviendo de verdad loco.

—Al menos esta vez me gané las lágrimas.

Saylor sonrío.

—Sí, anotaste de nuevo.

—Bien. —Me pongo de pie y deslizo mis manos alrededor de su cintura empujándola suavemente hacia el centro del banco—. Ahora, toca una de tus canciones, cualquiera de ellas, y te ayudaré a sentirla.

—¿Sentir qué? Es nada más una canción.

—¿Nada más una canción? —Repito—. Eso es como decir que solo estás respirando, o simplemente estás existiendo. No es cierto. Cada canción es una historia. Y tú eres el autor.

Pongo sus manos sobre el piano y pongo las mías sobre las de ellas.

—Cada golpe de tus dedos es una palabra diferente que describe la historia. Por sí misma no tiene sentido, pero... —Empujo algunos dedos para ayudarla a tocar algunas notas—. Conéctalos y tendrás una melodía. Y estarás haciendo una historia. ¿Entonces, Saylor, qué historia quieres contar?

Todo su cuerpo se congela frente al mío. Su calor contra el mío me enloquece. Saylor comienza a temblar como si la cercanía fuera demasiado para ella. Si estoy siendo honesto, me está costando cada onza de moderación que tengo no tocarla más. Estar cerca de ella es lo más cercano que he experimentado a vivir en mucho tiempo. Y maldición, maldición, maldición, realmente quiero vivir, ¿no?

Por alguna razón, siento que hemos cruzado un límite invisible, pero quiero ayudarla. Es casi como si ayudarla a encontrar esa pasión redimiera mi propia condenación.

La música me hace sentir vivo.

¿Y los que hacen música hermosa? Son como una adicción por sí mismos.

—Tu historia. —Lo dice tan calladamente que casi no lo entiendo—. No usas palabras para explicar, una parte de mí piensa que nunca lo has hecho y nunca lo harás. Entonces, muéstrame a través de la música, muéstrame tu historia, Gabe.

El salón de repente se vuelve demasiado pequeño.

—Por favor —susurra.

—Saylor, mi historia. No es un cuento de hadas. —Presiono sus dedos de todos modos mientras la ayudo a tocar una melodía.

—No necesito un cuento de hadas.

—Y el final. —Sigo ayudándola con la melodía, mi abdomen presionado contra su espalda mientras me pego a ella—. Es uno de esos finales...

—¿De cuáles? —ella respira.

—Trágicos. —Mi voz tiembla.

Sus dedos se vuelven fuertes debajo de los míos, su cuerpo deja de temblar. En un instante, sus manos se deslizan por debajo de las mías y se mueven para presionar sobre la parte superior.

—Entonces cámbialo.

Capítulo 26

*La vida tiene dos etapas. Nacimiento y muerte. Eso es todo.
¿Qué haces entre las dos? Bueno, eso depende de ti, ¿no?
Wes M.*

Saylor

Detrás de mí, Gabe deja de moverse. La única forma en que sé que todavía está allí es por el calor que se filtra en mi espalda desde donde su cuerpo me toca. Más calor sale de sus manos donde parecen fusionadas con las mías. En cualquier momento, espero a que se aparte, que se ponga la máscara número uno o la máscara número dos. En cambio, me cambia la pichada, agarrando mis dedos, por lo cual exhalo largo y lento. Pasan los segundos, pero bien pueden ser años. Cada vez que deja escapar un suspiro, mi corazón da un vuelco de anhelo, necesitando más de sus caricias, más de algo. Mi espalda se estremece cuando los duros planos de su estómago presionan contra mí. Estoy en un capullo de Gabe.

Y me encanta.

Hasta que comienza a tocar.

Con una ligera presión, Gabe mueve mis manos al piano, lentamente, sin esfuerzo, colocándolas en cada tecla.

Está tocando a través de mí, usando mi cuerpo como instrumento para transmitir la historia de su vida. Cada vez que presiona una de mis yemas de los dedos o me guía a otra área del piano, siento la tristeza de la canción apretarse más profundamente. Las notas se convierten en notas flotantes de dolor, cada una de ellas invadiendo lentamente mi cuerpo y agarrándose hasta que me duele respirar.

Se mueve cada vez más rápido, mis manos no pueden seguir el ritmo. Me retiro mientras él continua la canción, con tanta prisa que es como si estuviera gritando, pero haciéndolo con música. Incapaz de transmitirlo de otra manera.

Con un último estallido de movimiento, levanta las manos del piano y las golpea contra las teclas, provocando un estallido de notas.

La respiración de Gabe es entrecortada, mientras se apoya pesadamente contra mí, su mentón descansa sobre mi cabeza, y susurra entrecortadamente—: No puedo.

—Lo estabas haciendo muy bien.

—Es como subirse a un automóvil con tendencias suicidas. Sigues avanzando cada vez más rápido, necesitando la adrenalina para mantenerte con vida hasta que de repente giras el volante y todo se vuelve negro. Las notas, suben más y más, y justo cuando siento como si pudiera cambiar el resultado, me asusto. Algunas cosas... —Suspira y se aleja—. Es mejor dejar algunas cosas en el caos.

—¿Estás seguro de eso, estás seguro de la perfección? —Cruzo las manos en mi regazo, pero no me doy la vuelta.

—Sí, lo estoy. —Se mueve detrás de mí y se sienta a mi lado en el banco—. Si la vida fuera perfecta, ¿cómo diablos aprenderíamos a depender de alguien que no sea nosotros mismos? En todo caso, eso es lo que la vida me enseñó. La necesidad de ser perfecto se deriva de la creencia de que en realidad es algo que podemos lograr. Descubrí por mí mismo que no existe.

Me lamo los labios y miro las teclas.

—¿Eso significa que no lo intentemos entonces?

—No. —Gabe le hace cosquillas a algunas de las teclas de marfil frente a él, los tatuajes de notas musicales en la punta de sus dedos se ven más oscuros contra el blanco del piano—. Simplemente significa que cuando llegas al final de la cuerda, no debes arrepentirte de nada, sino aplaudirte por tratar de hacer lo imposible.

Siento que está usando doble sentido. El Gabe filosófico es un poco aterrador porque me hace sentir más insegura que Gabe el imbécil.

¿Pero el chico sentado a mi lado ahora?

Estoy empezando a entender que no es solo una persona. Él es toda persona, todo, lo que sea que necesita ser, lo es.

Como un camaleón.

Y de repente el final de la historia tiene sentido.

Diez notas diferentes, todas clamando a la vez.

Caos.

Gabe es Caos.

—Así que. —Olfatea y se aclara la garganta—. Ahora que he arruinado totalmente el momento al hablar con mi voz seria y asustarte, ¿por qué no trabajamos en una de tus piezas de interpretación?

—De acuerdo. —Pongo mis manos nuevamente en el piano, con cuidado de inclinar mis muñecas al grado perfecto y mantener mis ojos en la música que tengo por delante. A veces me pregunto si mi postura es mejor que mi forma de tocar.

—¿Qué demonios estás haciendo? —pregunta con voz tranquila.

Me doy la vuelta y le doy un asentimiento resuelto.

—Me estoy preparando.

—¿Para ir a la batalla?

—¿Qué? —Relajo mis manos un poco y me endezco—. No. Esta es la postura correcta, es...

—Si dices perfecta, me voy a matar.

—Alguien debería haberse especializado en drama.

Se echa a reír.

—Oh, cariño, no tienes idea.

—¿Así qué? —Levanto mis muñecas nuevamente y miro hacia adelante.

—Está bien. —Sonríe de lado—. Toca así.

—Ok. —Comienzo una de mis piezas más difíciles, Sonata para piano número catorce. Se siente exactamente igual. El movimiento no es tan rápido como algunos de los otros, pero el momento para hacerlo tiene que ser perfecto.

—Cierra los ojos —instruye Gabe.

—Pero nada, cierra los ojos.

Me da un manotazo en las muñecas.

—No discutas con tu maestro de piano.

—Está bien.

—Di 'sí, maestro'.

Sonríe fuertemente, mis ojos enfocados en la partitura frente a mí. Empiezo a jugar lentamente.

—No en esta vida.

—Apuesto a que podría hacerte decirlo. —Su voz tiene un tono arrogante, lo que me irrita aún más. Todo en él hace que mi cuerpo quiera rendirse.

—Cierra tus ojos. —Gruñe de nuevo.

Con un suspiro de resignación, cierro los ojos.

—¿Mejor?

—Inmensamente —dice suavemente.

La oscuridad envuelve mi mundo. Todo lo que tengo son las notas a mi alcance. Todo lo que tengo es la música, eso y Gabe.

No está diciendo nada.

Lo que me mata.

También me hace querer abrir los ojos, pero sé que probablemente solo me diría que los volviera a cerrar, así que sigo tocando.

Y luego, con un toque burlón, sus dedos rozan mi barbilla, inclinándola lentamente hacia el piano mientras su otra mano iba a la parte superior de mi espalda y luego lentamente hacia abajo hasta que está en el medio, con un suave empujón, insta a mi cuerpo. Más cerca de las teclas.

Con los ojos cerrados, la postura completamente apagada, me inclino sobre el piano. Todo se siente mal mientras continúo tocando.

—Más lento—, dice en voz baja.

Con un suspiro, comienzo a tocar más lento. Sus manos se mueven hacia mis caderas. Y se quedan allí. Aun así, todavía puedo concentrarme.

—La música —susurra—, no es solo tu historia, es tu amante.

—Está bien —la voz me sale como un chillido. El calor se apodera de mí cuando la palabra amante rebota en mi cerebro. Lo sé, pero nunca lo he experimentado.

¿Cómo se supone que debo usar algo que no tengo la menor idea de cómo manejar?

¿Y qué vergonzoso es que estoy atrapada en esa pequeña habitación sin haber estado antes en la misma situación con algún chico?

Amante.

Sería él. Si la decisión es toda mía.

Sería él. Pero alguien como Gabe, gente que tiene música en su alma, que saben hablar sin palabras, no es para chicas como yo.

—Cada movimiento... —Sus manos presionan contra mis caderas haciéndome jadear—. Necesitas sentirlo no solo en la punta de tus dedos, sino en todas partes.

Dios bendito.

—Siéntelo aquí —aprieta y luego pasa sus manos ligeramente por mis costados, luego descansando justo debajo de mis senos, presiona nuevamente—. Y aquí.

Mi respiración se acelera, al igual que mis dedos sobre el piano.

—Reduce la velocidad — ordena en ese mismo tono paciente irritante—. ¿A dónde me lleva esta historia, a dónde llevas a tu amante?

—¿Eh? —Respiro

—Usa tus manos para contarme la historia. Usa tu cuerpo para impulsar la historia, lo que sucederá después. Cuenta la historia, Saylor. Hazme sentirla sin siquiera tocarte.

—Pero eso es imposible.

—Puedes sentir un beso sin tocar los labios de alguien.

—Estoy confundida.

—Concéntrate. —La voz de Gabe es firme—. Quiero besarte.

—¿Qué? —Tengo suerte de estar sentada y que mis brazos me sostengan, para no quedar aquí, desmayada sobre el piano.

—En la historia. —Se ríe entre dientes—. Quiero besarte en esta historia, así que bésame.

—¿Quieres que me levante y te bese? —Quiero decir, sigo tocando una pieza difícil, mientras me pregunta esto, lo que básicamente significa que debo tener algo de talento, porque mi cuerpo está en llamas.

—Sin que nuestros labios se toquen.

—A través de la música. —Aclaro con voz dudosa.

Puedo escuchar la sonrisa en su tono mientras responde.

—Sí, a través de la música, muéstrame cómo se sentiría el beso. Quiero probarlo.

—¿Pero cómo?

Se ríe suavemente.

—Los estoy tocando.

—¿Qué?

—Mis labios —responde—. Son suaves, están abiertos y húmedos.

Me retuerzo en el banco del piano, cerrando los ojos.

—¿Qué más?

—Cuando separo mis labios. Me pregunto a qué sabe tu lengua, cuánta fuerza usarías al presionar tu suave boca aterciopelada contra la mía. Me imagino explorando tu boca no solo porque quiero, sino porque puedo. Estoy perdido. Y tú beso es mi salvación, así que, Saylor, ¿me salvarás?

Mis dedos se deslizan sin esfuerzo sobre el piano mientras imagino su boca, la forma en que sonrío, la forma en que toma como rehén su labio inferior cuando está sumido en sus pensamientos. La mirada oscura que tiene en sus ojos cuando hay algo que quiere. Nuestro beso sería épico.

La música se acelera cuando me inclino sobre el piano, golpeando cada nota con el ritmo de mis pasos mientras me acerco a él.

Sus manos alcanzarían mis caderas mientras me acerca. Mis manos se cernían sobre las teclas haciendo que mi vacilación se esfumara.

Y luego presiono suavemente contra el marfil, inclinándome hacia adelante como si me inclinara hacia Gabe con mi cuerpo presionado contra el suyo. Mis pechos rozando las teclas. Me acerco al piano y luego disminuyo la velocidad de la música.

Sus ojos se cerrarían.

Sus labios se separarían.

Y nos encontraríamos en el medio, porque los dos queríamos lo mismo. Ambos queríamos probar, explorar, sentir.

Disminuyo la velocidad de mi mano izquierda mientras mi mano derecha se mueve más rápido a través de las teclas, para mostrar la anticipación.

Y luego, nuestras bocas se tocarían.

Golpeo las teclas con la mano izquierda, convirtiéndola en la parte más intensa de la pieza, que normalmente no es como se hace.

Nuestras lenguas se enredarían.

Golpeo el piano con más fuerza.

Sus dedos cavarían en mis brazos mientras me levantaba en el aire.

Me aparto del piano, deteniendo la música, y luego comienzo suavemente la cadencia rítmica de nuevo.

Nuestro beso es la unión perfecta de la música.

Él es la mano izquierda, yo soy la derecha.

Separadas suenan como notas tontas.

Juntas, son hermosas.

Cuando detengo la pieza, estoy sudando.

—Abre los ojos —susurra Gabe.

Está respirando tan fuerte que parece que acaba de correr un maratón. Con una sonrisa, coloca mi cabello suelto detrás de mi oreja e inclina mi barbilla hacia él.

—Eso... —Se inclina—. Se llama interpretación. Como si cada beso fuera a la vez el primero y el último, como si dijeras hola y adiós, como si acabaras de nacer, como si acabaras de morir.

Capítulo 27

*En todos mis años nunca había experimentado un beso tan poderoso.
La fuerza con la que nuestras bocas se encontraron,
nuestros cuerpos fusionados, fue electrizante y ni siquiera nos habíamos tocado.
Gabe H.*

Gabe

Voy a besarla.

No sé qué demonios he estado pensando en dar consejos como ese, especialmente teniendo en cuenta que sé que me siento atraído por ella y que estamos encerrados en un pequeño espacio confinado. Lo suficientemente malo como para que la música añada su aroma embriagador.

Peor aún: para poder vivir tengo que respirar.

Así que aspiro con avidez cada centímetro de aire, rezando para que esté impregnado de su aroma, quiero probarla con urgencia.

Pero cada inhalación me deja reseco.

Mi mirada baja a sus labios y se queda allí.

El banco hace un ruido cuando ella lo mueve. Si nuestros labios se acercan un centímetro más, se tocarían.

En cuatro años no he besado a una chica por pura y salvaje necesidad.

Un pequeño suspiro escapa de su boca cuando muevo mis manos a un lado de su rostro y presiono un tierno beso justo en la esquina donde sus labios se encuentran.

Otro suspiro.

Otro beso en la esquina opuesta.

Ella aprieta mis muñecas con sus manos.

Luego, nuestras bocas chocan.

Notas fusionadas.

Aprieto mis manos contra las suyas, luego entrelazo nuestros dedos, lentamente la levanto del banco del piano y la llevo hacia la pared.

Su suave lengua empuja contra mis labios. Cuando abro la boca, todo sobre Saylor se convierte en mi identidad, ya que su aroma y calidez me tragan por completo.

Ella mueve sus manos hasta mis hombros y luego tira de los mechones de mi cabello.

Por supuesto, no tiene idea de que tirar del cabello era mi talón de Aquiles, pero es casi peor que eso.

Porque apaga mi necesidad de estar a salvo con ella.

Y me hace querer darle todo.

Mi teléfono comienza a zumbear en mi bolsillo.

Ahora no. En cualquier momento, pero ahora.

Su cuerpo está demasiado apretado contra mí, el beso es más urgente que antes. Mi teléfono sigue sonando como si me recordara que mi tiempo no es mío, que ya no me pertenecía.

Rompo el beso. —Lo siento—. Jugueteo con mi teléfono y miro sus labios húmedos.

Maldita sea lo siento.

Sacudo mi cabeza y maldigo todos los teléfonos del mundo.

—Tengo que contestar esta llamada.

Sin ofrecer ninguna otra explicación, contesto.

—Oh Gabe, qué bueno que contestaste. —Martha deja escapar un suspiro tembloroso—. Esperaba que respondieras. Escucha. Ha habido una situación. Vino un hombre.

—¿Cómo era? —Y así, la realidad me golpea en la cara. Todavía no puedo tener una vida normal.

¿Una chica inocente como Saylor?

No es mi realidad. No importa cuánto lo quiera.

—Tenía cabello castaño muy claro y ojos azules. —Martha se aclara la garganta—. Preguntó usando tu nombre real.

—¿Parker? —pregunto.

Ella guarda silencio y luego dice en voz baja—: No, tu otro nombre.

—Mierda.

Escucho a Martha hurgar un poco con el teléfono.

—No te preocupes. Le dije las cosas en claro, pero él no solo te estaba buscando a ti. Él también preguntó por ella.

—¿Por su nombre? —Dios, espero en la línea, temblando.

—Su nombre legal completo.

La culpa me asalta. Mientras estuve aquí tocando un apasionado amante de la música con Saylor, alguien podría haberme quitado mi mundo y al mismo tiempo exponer hasta el último detalle privado a los medios.

—¿Necesitas que vaya?

—No. —Martha deja escapar a la madre de todos los suspiros—. Lo mejor es que sigas tu horario habitual, te avisaré si lo vemos de nuevo. Él todavía puede estar dando vueltas, así que ten cuidado. ¿Y, Gabe?

—¿Sí? —Mi voz es hueca.

—¿Sabes quién es?

—Mi padre. —Me lamo los labios. —Y finalmente me ha encontrado.

Termino la llamada y me dirijo hacia la puerta.

Ella ha escuchado mientras mencionaba a mi padre, pero estaba a la suficiente distancia como para no escuchar lo que Martha me ha dicho. Mis secretos permanecen a salvo.

Por ahora.

—¿Está todo bien? —Saylor pregunta.

Ni siquiera puedo mirarla, no quiero ver la decepción en su rostro cuando la rechace.

—Claro, um, mira, tengo que ir a ocuparme de algo. ¿Por qué no sigues practicando y te veo más tarde, está bien?

—Gabe.

—¿Sí? —Tengo la puerta a medio abrir. Tan cerca.

—¿Por qué no me miras?

Reforzando mi resolución, finjo una sonrisa feliz y afortunada y me doy vuelta, giñando el ojo.

—Lo siento, solo estoy perdido en pensamientos, probablemente deberías practicar una hora más o algo así. No te preocupes, todo está bien.

Su mirada escanea mi rostro.

—¿Es tan difícil decir la verdad, Gabe?

Mi sonrisa se esfuma.

—No tienes idea.

Cierro la puerta detrás de mí y camino por el pasillo. Es hora de pedir la ayuda de Wes, porque alguien de mi familia finalmente le ha contado a mi papá sobre Princesa.

Eso significa que mi tiempo se ha acabado.

Me tomo el tiempo para memorizar la forma en que huele el edificio, lo extrañaré.

La construcción en la que se asienta la escuela es vieja, pero de alguna manera logra sentirse nueva y emocionante.

El olor salado del océano.

La niebla flotando en el aire.

Mi pasado me ha atrapado y tengo que correr.

Por el bien de ambos.

Capítulo 28

Me pregunto si alguna vez llegaría un día en que Gabe finalmente fuera lo suficientemente libre como para ser él mismo: la persona para la que nació, no la máscara número uno o la sonrisa número dos.

Me gustaría saber si sabe lo perdido que está en realidad, o si era feliz haciendo del laberinto su hogar. La máscara, su identidad, su vida como una mentira.

Saylor

Saylor

—Entonces, ¿cómo van las cosas para ti en el albergue? —Pregunta Lisa, tomando un gran bocado de su pizza y chasqueando los labios.

Hemos estado trabajando en el albergue durante más de tres semanas.

—He estado haciendo algunos proyectos de arte realmente geniales con todos, pero aparte de eso, ha sido bastante tranquilo. —Lisa suspira profundamente y toma otro gran bocado.

Solo con su mención del albergue, mi cuerpo se calienta por completo, porque lo asocio con Gabe. Y cuando pienso en Gabe, pienso en cuando me beso.

Han pasado cuarenta y siete horas desde nuestro beso.

Y sí, las he estado contando. Porque ha sido el mismo tiempo desde que salió de la sala de ensayo y desde entonces no he sabido nada de él. No es como si pudiera ir al albergue y ver si está allí. Eso es algo llamado acoso y es ilegal. Incluso pensé en mentir y decir que dejé mi teléfono, pero con mi suerte él lo vería y sabría cuán patética soy realmente.

Y cuánto quiero que me bese de nuevo.

Espero que no sea siempre así. Porque terminamos discutiendo o besándonos. De todos modos, reconozco algo. Estar con Gabe es como ir a un zoológico y ver a los leones acechar frente a las rejas de su jaula. Dales su libertad y te devorarán, pero mientras se mantengan contenidos, mantengan todo bajo control, estarás a salvo.

Gabe es tan inofensivo como se le permita ser.

Y eso es a la vez alarmante y tentador a la vez.

En parte las cosas que dan miedo siempre son así, tentadoras. Miedo y belleza siempre son intercambiables en mi mente. Tal vez por eso me gusta tanto la música.

—Chica, en dónde tienes la cabeza —bromea Lisa—. Dime cómo va todo en el albergue, ¿te estás aburriendo o es a causa de mi encantadora personalidad?

—Lo siento. —Siento que me arde la cara, tomo un trozo de pizza. Sabe a arena en mi boca, pero lo que sea—. Ha sido genial. Quiero decir, al principio fue un poco incómodo, pero ahora me encanta.

Lisa sonríe alegremente. Siempre me he preguntado por qué ella no tiene novio. Ella es una de esas chicas que, si no las conoces realmente bien, asumirías que es una persona sangrona y grosera. Pero ella es exactamente lo contrario.

—Bien, también me estoy divirtiendo. Por otra parte, les leo historias, no les enseño a tocar música, pero no todos podemos ser tan talentosos.

Me rio y dejo mi pizza.

—Bueno, ¿solo tenemos qué, seis semanas más?

Ella gime.

—Ni me lo recuerdes. El Sr. Miller sigue coqueteando conmigo. Finalmente le quité su andadora y le dije que solo lo besaría si podía caminar con los dos pies para alcanzarme.

—Oh no —Me río a carcajadas—. No me digas que hizo el intento.

—Sí —se queja—. El viejito travieso caminó hasta donde estaba, luego me besó en la mejilla y me quitó su andadora.

Me río más fuerte.

Me arroja un trozo de pepperoni a la cara.

—De todos modos, los residentes son geniales. —Se encoge de hombros.

Esta es mi oportunidad. Para preguntar sobre Gabe o al menos conocer más detalles sobre Princesa. Me aclaro la garganta y comienzo.

—Esa chica, ya sabes, ¿la que está en la silla de ruedas?

—¿Cuál? —De repente encuentra gran interés en recoger los ingredientes de su pedazo de pizza.

—La que llaman Princesa.

Su mano se cierra sobre la pizza.

—Sí.

—Ella y Gabe parecen muy unidos.

Ella suspira y se encoge de hombros.

—Gabe es así con todos.

El corazón se me va a los pies.

¿Es eso lo que está haciendo conmigo?

¿Era como con Princesa?

¿Me estaba ayudando porque quería que me sintiera bien conmigo misma?

¿Sobre mi música?

Tal vez por eso no me ha llamado. Yo soy como Princesa un caso de caridad. Alguien a quien le tiene lástima.

—Claro que no —Lisa deja la pizza y extiende las manos—. No es así, quiero decir. No, no, no, eres diferente.

Sí, lo último que necesito es parecer lo suficientemente desesperada como para tratar de sacarle detalles de su primo.

—Está bien. No hablemos de él.

—¿De quién? —La puerta se abre y Wes asoma la cabeza—. ¿De quién no estamos hablando?

—De Gabe —responde Lisa honestamente mientras la golpeo en el brazo.

—Es un cocinero de mierda. De todos modos, no sé qué vería alguien en él. —Nos guiña un ojo a los dos y luego entra completamente en la habitación.

—Oye, Lisa, Kiersten necesita ayuda con la comida.

Las cajas de Lisa se fruncen.

—¿Necesita ayuda con la comida?

Wes nos mira a los dos sin poder hacer nada.

—¿Con el pan?

—¿Estás preguntando?

—¿Puedes ayudarla? —Junta las manos casi rogando—. ¿Por favor?

—Hombres. —Lisa se levanta del piso y sale de la habitación.

Wes se sienta en su lugar y toma un pedazo de pizza, dándole un buen mordisco.

—Eres el peor mentiroso que he visto.

—Cuéntamelo todo. De todos modos, vamos a celebrar una fiesta sorpresa de cumpleaños para Lisa mañana por la noche. Quiero que vengas. —Levanta la mano—. Corrección. Queremos que vengas.

—Pero...

—No, la única forma de librarte de esto es si estás ardiendo en fiebre, si te atropella un auto o si estás vomitando en el baño. E incluso entonces tendré que ver el termómetro, la factura del médico o el vómito.

Dudo un suspiro, observando sus penetrantes ojos azules y rasgos cincelados.

—Eres raro.

Deja la pizza y se inclina hacia delante. Santo cielo.

¿Cómo puede Kiersten mirarlo a la cara sin caerse y desmayarse? No es que me atrajera él, ni nada, pero hombre, el chico está muy bueno.

—Sí, bueno —Se encoge de hombros—. Digamos que no quiero que te lo pierdas, ¿de acuerdo?

—¿A qué hora?

—A las cinco.

—¿Necesito vestirme de alguna manera especial o algo? Mañana volveré a ser voluntaria en Albergue del Pacífico.

—Nada especial —Hace un movimiento con la mano—. Solo usa ropa.

—Buen consejo.

—Soy el rey de los consejos, ¿qué puedo decir? —Se ríe.

—Ternurita, ¿se están conociendo? —Dice Lisa entrando de nuevo en la habitación—. Oh y Wes, Kiersten necesita ayuda para encontrar el aceite en aerosol para la sartén.

Chasquea los dedos.

—Eso es todo.

Los ojos de Lisa se entrecierran. —A veces me pregunto qué pasa contigo.

Tomo un sorbo de refresco.

—Son las drogas —dice con voz grave, lo que me hace ahogarme con las sobras de Pepsi en mi boca.

—Se refiere a las buenas —agrega Lisa.

Miro entre ellos.

—Drogas legales —explica Wes—. Para mantenerme saludable. Por si acaso el cáncer trata de regresar y hacer de las tuyas otra vez.

—De acuerdo. —Mi voz es ronca por la falta de aire.

Wes sonríe con la misma sonrisa cegadora que aparece en cada maldita valla publicitaria en Estados Unidos y se pone de pie.

—Muy bien, señoritas, diviértanse con su fiesta de pizza. Voy a ayudar a mi prometida en la cocina.

—Besarla y tratar de hacerla usar el delantal sexy no es ayuda —Lisa grita detrás de él.

—¡Un chico puede intentarlo! —le grita él en respuesta.

En el momento en que la puerta se cierra detrás de él, la mirada de Lisa se entrecierra sobre mí.

—¿Qué quería Wes?

—Uh, darme un consejo.

—Debería haberse especializado en psicología. —Ella sacude su cabeza.

—Sí, eso o modelar.

Resoplando, Lisa arroja un trozo de salchicha en su boca.

—Tienes toda la razón. Muy bien, terminemos de escribir nuestros estúpidos informes de las últimas cuatro semanas para que podamos ver televisión a gusto.

—De acuerdo. —Saco mi computadora y comienzo a escribir.

Tres horas después y estamos a la mitad de la primera temporada de La chica nueva. Cada vez que se abre la puerta, mi corazón se acelera un poco, esperando ver a Gabe. Lisa dice que salen todo el tiempo.

Justo cuando comenzamos la segunda temporada, la puerta se abre de golpe y Gabe entra, con los ojos enfocados en una caja en sus manos.

—Lisa, es hora de que vuelvas a teñirme el cabello. Ya se está aclarando y estoy recibiendo miradas extrañas de...

Lisa se aclara la garganta.

Gabe levanta la vista.

—Hola. —Saludo desde el sofá. Tontamente. Al menos debería haber sonreído con más confianza, pero estoy demasiado ocupada como para estar completamente afectada por su proximidad y un poco confundida sobre por qué necesita teñirse el cabello, como si lo estuviera manteniendo oscuro por alguna razón.

Un músculo se aprieta en su mandíbula.

—Hola.

—Tiene el pelo canoso —explica Lisa.

—¿Qué? —grita Gabe.

—Y las mujeres lo golpean. —Se examina las uñas—. Lo enoja, así que me hace teñirlo. ¿No es así, Gabe?

Ella sonrío brillantemente mientras él la fulmina con la mirada como si acabara de patearlo y le dijera de nada.

—Correcto. Soy un imán para las mujeres mayores.

—Seguramente. —Lucho contra una sonrisa—. Entonces, ¿por qué lo tiñes más oscuro, por qué no te vuelves rubio o algo así?

La sonrisa se congela en la cara de Lisa.

Gabe sonrío de lado.

—Negro, como mi alma.

—Vaya, debería haberlo visto venir —respondo, carcajeándome con ambos.

—¿Por qué no lo haces tú? —Dice Lisa, presionando pausa en el control de la televisión.

—¿Qué cosa? —Tanto Gabe como yo preguntamos al unísono.

Lisa resopla y se levanta del sofá.

—Teñir el cabello de Gabe. Además, me acabo de arreglar las uñas. —Ella le arrebató la caja de las manos y me la arroja.

Lo atrapo en el aire y veo como Gabe mira a su prima con los ojos entrecerrados, esa misma mandíbula flexionándose aún más esta vez como si acabara de morder algo duro.

—Pero Lisa, en realidad tienes experiencia en teñir el cabello.

—Oye —Actúo ofendida. No tengo idea de lo que estoy haciendo.

Lisa lo golpea.

—Es una chica. Teñirse el pelo es tan natural como respirar.

—Permíteme ponerlo en duda. —Se miran en silencio mientras yo los observo en silencio.

Gabe aparta su mirada de ella y maldice.

—Bien, pero si me despierto con la cabeza medio calva y me gano el apodo del parche por

el resto del semestre, la culpa será tuya.

—Por mucho que esa idea pueda gustarme... —Me levanto del sofá y me dirijo hacia el baño—. Haré todo lo posible para asegurarme de que todo el cabello permanezca en tu cabeza y no en mis garras. ¿Trato hecho?

—Pensándolo bien. —Gabe rodea el sofá con una sonrisa lobuna en los labios—. Si me estás tirando del pelo, maldición, puede que me guste.

—Sumerge tus bolas en un poco de agua fría antes de entrar al baño y cerrar la puerta, ¿quieres? —Lisa pregunta—. No quiero que se aprovechen de mi amiga en propiedad escolar.

—Relájate. —Gabe le guiña un ojo a Lisa y se lame los labios—. Si quisiera aprovecharme, seguro que no empezaría en el piso de tu baño.

—Y las imágenes visuales siguen llegando —canta Lisa—. Recuerda, Gabe. Ella entra con su virtud. Espero que se salga tal cual.

—Sí, señora. —Gabe llama, luego me sigue al baño, cerrando la puerta detrás de él.

El baño de repente se siente cincuenta veces más pequeño mientras maniobra a mi alrededor, baja el asiento del inodoro y se sienta.

Con las manos temblorosas, saco las instrucciones y comienzo a leer.

Todo el tiempo notando que Gabe no ha dicho una palabra una vez que estamos solos.

—Te tiemblan las manos. —Finalmente señala.

—Bueno. Me estás poniendo nerviosa porque sigues moviendo el pie —contesto.

—Oh. —Deja de hacerlo—. Lo siento.

Suelto el aliento que he estado conteniendo y me concentro más en las instrucciones.

—Está bien.

Pasan unos segundos.

—Si miras más fijamente ese papel, vas a quemar agujeros a través de él.

—Estoy siendo cuidadosa —espeto—. ¿O eres fanático de quedarte calvo a los veintiún años?

—Veintidós —corrige—. Y lo siento.

Leo las últimas instrucciones y me pongo manos a la obra, todo el tiempo esperando que realmente no termine quemando todo su cabello. Aunque tengo que admitirlo, no me importaría porque por alguna razón, el cabello oscuro realmente no le queda bien.

Capítulo 29

La caricia más erótica que puede experimentar un hombre es la de una mujer que le clava las uñas en el cuero cabelludo y le da un pequeño tirón.

Gabe H., Wes M. y todos los hombres del mundo.

Gabe

Mi plan de ignorar a Saylor por unos días y tratar de sacarla de mi cabeza no ha salido según lo planeado.

Soñé con ella.

Soñé con su música.

Su beso.

Su estúpida risa.

Fue irritante por decir lo menos, especialmente cuando se suponía que debía concentrarme en asegurarme de que mi padre no volviera a aparecer en el albergue.

Las cosas han estado tranquilas. Todo en silencio. Incluso Wes está un poco preocupado. Me ayudó a contratar al mejor investigador privado que pudimos encontrar. Y con todo y eso, nada.

No tenemos ni una pista. Fue como si, a mi padre se lo hubiera tragado la tierra. Lo que me puso casi tan nervioso como si estuviera husmeando.

Cuando llamé a mi madre, ella dijo que simplemente se fue y dijo que tenía algo que hacer. Por supuesto, ella está acostumbrada a sus escapadas. Es bastante inestable la mayor parte del tiempo, pero ella todavía lo ama, haría cualquier cosa por él. No estoy seguro de qué me causa más repulsión, el hecho de que el deseo número uno de mi padre en la vida es joder la mía o que mi madre aún era capaz de amar a alguien que quería destruir a su propio hijo.

Saylor comienza a peinarme, y literalmente tengo que agarrarme de la encimera para no golpearla contra la pared más cercana, hundir mi lengua en su garganta y rogarle que me devuelva el beso.

Y le suplicaría.

Suplicaría.

Maldición, ha pasado una eternidad desde que me he sentido tan atraído por una chica; la sensación que todo lo consume está comenzando a ponerme nervioso.

—He estado practicando todos los días —dice Saylor en voz baja, sus dedos separan mi cabello mientras el líquido frío se abre paso hasta mis raíces.

—¿Oh sí?

—Ah sí —Ella comienza a frotar el tinte, luego lo hace a otro lugar en la parte posterior de mi cabeza—. Creo que estarías orgulloso de mí.

—Estoy seguro.

—Quiero que me veas.

Mierda, casi me ahogo antes de responder.

—Sí, me encantaría. —Sí, en serio, nada me gustaría más.

Quizás pueda.

Quizás mi papá realmente se ha ido.

Quizás estar con Saylor es posible.

Sí. Estoy empezando a tirar pequeñas migajas de la mesa con la esperanza de que algún día pueda tener la comida completa. Sin embargo, sé tanto como cualquiera que para cuando llegara al buffet, la comida ya no estará ahí, como si fuera un espejismo.

Saylor se aparta de mi lado y se para frente a mí, sus piernas casi ahorcajadas sobre las mías, mientras se inclina y comienza a teñirme el cabello en el frente.

Miro al frente, a sus caderas.

Y gimo.

—¿Te lastimé? —Sus manos abandonan brevemente mi cabeza.

—No. —Toso—. Lo siento.

Sus manos regresan. Lucho contra el impulso de cerrar los ojos.

Sus manos se detienen.

—¿Algo está mal?

—No. —Parece que está pensando en algo—. Es solo que tu cabello es muy claro aquí.

Maldición. Me hago el tonto.

—¿Ah sí? Qué extraño.

—Gabe.

—¿Qué?

—Tu cabello es casi rubio.

—Tal vez se ve así porque el tinte es muy oscuro.

—Pero es que...

—Saylor.

—¿Qué?

—Te he extrañado.

Me siento como un idiota por distraerla así, pero al menos lo que digo es cierto. No es como si estuviera mintiendo.

Comienza a frotar el tinte de nuevo y suspira.

—Yo también te he extrañado.

Una sonrisa se extiende por mis rasgos antes de que pueda detenerla.

—Y eres un imbécil por usar algo así para distraerme del hecho de que eres rubio natural y por alguna razón no quieres hablar de eso.

—Rubio cenizo —me quejo—. Y es la verdad. Te he echado de menos.

—¿Suficiente para ayudarme más con mi música?

Una mancha fría de tinte gotea por el costado de mi cabeza y cae sobre la toalla sobre mis hombros.

—Después de todo, dijiste cinco lágrimas.

Mis hombros se relajan.

—Solo te he compensado por una.

—Lo sé.

—Mañana. —Me lamo los labios y trato de mantener la sonrisa, pero es imposible—.

Lágrima número dos.

—Mañana tengo clase todo el día, luego tengo que ir al albergue.

—Extraño, yo también.

Ella se ríe y agarra mi cabeza.

—Deja de inclinarte hacia adelante o terminaremos tiñendo tus cejas también.

—Está bien.

Ella trabaja en silencio y, mientras tanto, yo estoy muy contento mirando sus piernas.

—Bueno. —Pone todo sobre el mostrador y luego se sienta en el suelo frente a mí—. Dime una cosa que sea verdad.

Levanto las cejas, sorprendido. Trago saliva y respondo.

—Odio teñirme el pelo.

Es su turno de parecer sorprendida.

—Entonces, ¿por qué tomarte tantas molestias? Y no me digas tonterías sobre las canas. No veo canas y no eres el tipo de hombre que rechaza a cualquier mujer, mayor que él o lo que sea.

—Eso dolió. —Me rio.

Sus ojos se entrecierran. Oh, me encantan esos ojos. Cambian de color cuando está enojada. Tan sensual. Y las cosas que me hace.

—Es un mal necesario.

—¿Por qué?

—Dijiste una cosa que sea verdad.

—Esto es parte de la verdad.

—No, te dije una cosa verdadera. Odio teñirme el pelo.

Suspira, cruzando los brazos sobre su pecho.

Miro hacia otro lado, enfocándome en la barra de jabón en la esquina de la bañera y el lento goteo de agua que sale del grifo que gotea.

—El pelo claro es el viejo yo, demasiado reconocible. Y eso es lo más parecido a la verdad que le he dicho a alguien.

Los labios de Saylor se aprietan, causando que sus mejillas hagan lo mismo, lo que también hace que los músculos de su cuello se tensen. Hombre, cada centímetro de ella es perfecto. Quiero tocar cada centímetro de su piel. Nunca he visto a una chica tan sexy sin siquiera intentarlo.

Lleva unos jeans ajustados y una camiseta negra, por el amor de Dios, y es un empate entre querer desnudarla primero y lamerla después o lamerla primero y luego desnudarla.

—Gracias —dice finalmente, levantándose del piso y revisando mi cabello con sus dedos.

—No tan rápido —murmuro, agarrándola por la cintura—. Ahora es tu turno. Dime una cosa que sea verdad.

Mis dedos se clavan en su piel, se queda sin aliento.

—Creo que te verías mejor con el cabello rubio.

La suelto y me echo a reír. El sonido hace eco en las paredes del baño como una maldita pelota de ping-pong.

—Cariño, no tienes idea de cuán cierto es eso. No. Tienes. Ni. Idea.

Me da un manotazo con una toalla, y sí.

Vuelvo a estar obsesionado.

Vuelvo a tratar de descubrir posibles escenarios en los que el final del juego no es que yo empacar e irme.

Sino tenerla toda para mí.

Excepto: tengo una sospecha persistente de que si alguna vez descubría quién era realmente, la normalidad de nuestra relación se esfumaría y nuestra relación se dirigiría directamente al infierno.

Capítulo 30

Lo más difícil que he hecho es ver a mi familia sufrir por mi enfermedad, sabiendo que no había nada que pudiera hacer para consolarlos hasta que vi la expresión de Gabe cuando entró en la habitación.

Y entonces fue, como ver la parte más triste de una película, vi cómo se desarrollaba su historia.

¿Y el final? Cerré mis ojos. No pude mirar. Porque odiaba ese tipo de historias, aquellas que no te daban esperanza pero que te dejaban vacío y queriendo otra oportunidad.

Wes M.

Saylor

Me estaciono en el mismo lugar de siempre y salgo rápidamente de mi auto. Un accidente en la autopista ocasionó un trancón, el tráfico estaba de locos. Apretando las llaves en la mano y algunas partituras en la otra, corro hacia las puertas. Dos hombres, lo suficientemente grandes como para causar graves daños a cualquier karateka, bloquean mi camino. Mis ojos se posan en dos enormes pistolas. ¿Había habido un robo o algo así?

Uno de ellos levanta su mano, deteniéndome en seco.

—¿Tienes una cita?

—Esto... —Miro a su alrededor—. Soy uno de los voluntarios de la universidad.

Recoge un portapapeles y pregunta—: Nombre.

—Saylor.

—¿Apellido?

Me congelo, literalmente olvidando mi apellido, luego uno de ellos señala algo en el portapapeles y asiente.

—Entra. —Se mueven a un lado y me dejan pasar. Saco mi teléfono celular de mi bolsillo trasero para que lo guarden en la recepción, y completo mi entrada habitual.

Una vez que todo está dicho y hecho, llego quince minutos tarde.

Corro por las puertas y casi choco con Gabe.

Me agarra por los hombros y me ayuda a enderezarme.

—Llegas tarde.

—Lo sé —resoplo—. El tráfico estaba horrible y luego dos tipos enormes me detuvieron afuera del edificio. ¿Pasó algo, por qué hay más seguridad de lo normal? —Recuerdo vagamente la conversación que Gabe tuvo por teléfono después de que nos besáramos. Quiero decir, me di cuenta de que se había agregado más seguridad en las últimas cuatro semanas, pero ¿dos matones en el frente?

¿Es en serio?

¿Había dicho algo sobre más seguridad frente al edificio? Para ser honesta, me había sorprendido tanto el beso que toda su conversación cayó en oídos sordos. Ahora deseo poder recordarlo.

Gabe retira las manos y se encoge de hombros.

—¿Quién sabe? Quizás algunos de los residentes están tratando de escapar.

—No es que no lo intentemos —se queja el viejo Peterson, arrastrándose a nuestro lado.

Gabe choca manos con el viejo Peterson y señala su figura en retirada mientras usa su

andadera para cruzar al otro lado.

—Exactamente mi punto.

Pone los ojos en blanco y camino junto a Gabe al frente de la habitación.

— Siento haber llegado tarde.

Se callan y toman asiento.

—Pensé que hoy sería divertido dividirnos en grupos y escribir nuestras propias canciones.

Cuando terminen, pueden tararearme la canción o pueden usar su instrumento para tocarla. Simplemente vamos a trabajar con la escala mayor hoy, así que usen las cuatro notas que deseen, pero solo cuatro. No queremos que sea demasiado difícil. Tengo ejemplos en las hojas de trabajo - ah, y por favor hagan sus notas coloridas. Si usa un F o una G asegúrese de que siempre sea del mismo color que las F y G. anteriores ¿Alguna pregunta?

Nunca tienen preguntas.

Probablemente porque nunca siguen las instrucciones, pero bueno, eso está bien, al menos se están divirtiendo.

Durante la siguiente hora, me doy la vuelta por las mesas grupales y ofrezco mi ayuda, pero me mantengo alejada de Princesa.

Gabe está con ella, se cierne sobre el papel mientras ella le instruye sobre qué hacer.

Ja, y él dijo que yo soy una mandona.

No tengo nada contra esa chica. Ella sabe exactamente lo que quiere y por qué.

—No, Park. Quiero que vuelvas a usar la misma nota. ¡Tiene que ser rosa!

Los veo interactuar, veo cómo él le acaricia su mano de vez en cuando, o cómo ajusta su silla para que esté más cerca o incluso limpia un poco de la saliva de su boca.

Ya sospechaba yo que había algo más.

Quería preguntarle, porque comenzaba a preguntarme si ella era su hermana o algún otro miembro de la familia. Es la única explicación lógica de por qué no sólo es voluntario, sino que sería la única persona que está es con Princesa. Luego, por otro lado, Lisa de alguna manera tiene que encajar en la imagen. Simplemente no sé cómo. Ugh, me está dando dolor de cabeza.

—Lo siento. —Él se ríe y le toca la nariz con el crayón rosa—. Entonces, ¿qué notas quieres?

—Quiero. —Ella comienza a toser salvajemente.

Gabe se pone de pie.

—Sácalo, Princesa, sigue tosiendo.

Le pone una servilleta sobre la boca y luego se la limpia.

—Esa es mi chica.

—Parker. — Ella tose de nuevo, y él repite el proceso, frotando sus tubos nasales—. Odio la tos.

—Lo sé. Es porque tienes el resfriado, pero estás mejorando, ¿Ya viste que es más fácil respirar porque ponen aire adentro? —Le guiña un ojo y golpea la pequeña máquina unida a su silla de ruedas.

—Un poco. —Su cara parece más pálida que antes—. Aunque estoy tan cansada.

—Tal vez sea por todo esto que has estado haciendo, pidiendo rosa y...

—¡Parker! —grita, su voz casi perforando mis oídos—. Dije que estoy cansada. Estoy cansada, tan cansada. Y sigo soñando con el árbol de Navidad. Pero no tiene luces. ¿Por qué no tiene luces, Parker?

Gabe se congela. Nunca lo había visto tan pálido antes.

—¡El árbol! —grita de nuevo, y luego parece casi aferrarse a su silla cuando su boca se

abre.

Corro hacia ella, cuando comienza a toser, le quito la servilleta de la mano a Gabe y la llevo a la boca de Princesa.

Ella tose más. Le limpio la boca y le ofrezco una pequeña sonrisa.

—¿Todo mejor? —Pregunto.

—N-no. —Unas gruesas lágrimas comienzan a caer por su rostro.

—¿Por qué no cantamos una canción, te gustaría eso?— Estaba agarrándome a lo que fuera. Siempre parecía calmarse cuando Gabe cantaba.

Ella no responde, y sé que estoy jugando con algo frágil. Sin pensarlo, vuelvo a meter la servilleta en las manos de Gabe, me acerco al piano y comienzo a tocar una de las canciones que había aprendido de La Sirenita cuando era pequeña.

—¡Parte de tu mundo! —Chilla Princesa.

Gabe sigue inmóvil.

Princesa trata de cantar, y aunque las palabras no salen bien, su sonrisa regresa. Lo mejor de todo, no vuelve a toser.

Cuando termino la canción, es hora de que la clase termine. Martha entra y lleva a Princesa a la esquina, mientras yo me acerco a Gabe y juego con la idea de aplaudir frente a su cara.

—¿Qué pasa? —Tiro de su mano.

Parpadea y mira la servilleta en sus manos. Está manchado de rojo. Cubierta en sangre.

Princesa ha estado tosiendo sangre.

Capítulo 31

*Rojo: increíble cómo un color puede transportarme a ese momento.
Había tanta sangre y estaba toda en mis manos, todavía estaba en mis manos.
Gabe H.*

Gabe

La pesadilla ha regresado.

El mal sueño generalmente llega cuando me da fiebre, Princesa no podía recordar mucho sobre su accidente, solo que había árboles. En su mente, parecían árboles de Navidad, lo que significaba que pasamos un mal rato durante las vacaciones, considerando que le dan pánico.

Debo que estar de acuerdo con ella.

Los árboles también me lo recuerdan.

Al igual que su maldita sudadera de los patos de Oregón y la bufanda atada a su silla de ruedas.

—Gabe —Saylor repite mi nombre varias veces. Bajo la mirada a mi mano e intento encontrar palabras, pero nada viene. Me agarra del brazo y me lleva por las puertas traseras hacia el exterior—. ¿Gabe, ella está enferma?

—Neumonía. —Mi voz se quiebra.

La mano de Saylor no deja mi brazo.

—Lo siento, Gabe. Eso es horrible, lo sé.

—No sabes nada. —Me burlo, arremetiéndolo porque necesito lastimarla como yo estoy sufriendo lastimada, porque estoy perdiendo la cabeza, porque estoy perdiendo a la chica que solía amar y es mi culpa, de nuevo.

—No me grites. —Saylor me aprieta el brazo y me aparta, soltando mi brazo en el proceso—. Sólo estoy tratando de ayudar. Sé que ella es importante para ti. ¿Es familia, tu hermana o algo así?

Suelto una risa áspera y levanto las manos en el aire.

—¿Mi hermana, eso es lo que crees?

Con los ojos muy abiertos, Saylor asiente rápidamente.

—Incorrecto. —Me burlo y camino hacia ella hasta que me alzo sobre su cuerpo—. Ella era mi prometida.

Maldiciendo, vuelvo al edificio y cierro la puerta detrás de mí. Voy a vomitar.

Apenas llego al baño a tiempo antes de que todo el contenido de mi estómago salga.

Vomito hasta más no poder, luego me lavo la boca con agua y me dirijo a la oficina de Martha.

Está sentada recatada en su escritorio, bebiendo café y mirando el papeleo.

—Está tosiendo sangre, Martha.

La taza de café se detiene en el aire camino a sus labios.

—Sí, no queríamos preocuparte.

—¿Preocuparme? —No puedo evitar levantar la voz—. ¿Preocuparme?

—Gabe, siéntate.

—No. —Maldigo y cierro la puerta de golpe para que nadie nos escuche—. Si está enferma, necesitamos que la revise otro especialista.

La sonrisa de Martha es amable.

—Gracias a ti tenemos el mejor médico que el dinero puede comprar. El médico que la ve tiene mucha experiencia.

El temor llena mi cuerpo cuando el reloj marca en la pared, como si esperara el momento perfecto para soñar.

—Me temo que la infección ha empeorado. Ha dejado de responder a los antibióticos.

—Pero tu dijiste que...

—Gabe. —Martha suspira—. Te ves exhausto. Vete a casa, descansa un poco. Te mantendré informado cuando sepa más. A partir de ahora, el médico sigue siendo extremadamente optimista de que ella pueda salir adelante.

—Pero si ella ha dejado de...

—Gabe. —La voz de Martha es más severa esta vez—. Ella es una chica fuerte. Vete a casa.

Con un movimiento de cabeza, abro la puerta y salgo, luego la cierro de golpe detrás de mí, notando las miradas nerviosas que recibo de los miembros del personal mientras mis pies golpean el piso de baldosas.

Cuando llego al estacionamiento, Saylor está esperando junto a su auto.

Demonios, eso es justo lo que necesitaba. Más lágrimas para compensar.

Cuando me acerco a ella, abre la puerta del lado del pasajero.

—Súbete.

—Vine en mi moto.

—Sube al maldito auto, Gabe.

Así que no hay lágrimas, solo una estudiante de primer año realmente enojada. Excelente. Maravilloso. Qué terrible dilema, Me hizo el día ¡maldita sea!

Gruñendo, me subo al auto y me abrocho el cinturón de seguridad. Conducimos en silencio, luego comienza a llover.

Sí, lentamente se está convirtiendo en el peor día de la historia.

Saylor no me dice una palabra durante todo el viaje. Y no es un viaje corto al campus, con el tráfico tarda al menos veinte minutos. Cuando llegamos al campus, estoy listo para salir del auto y así poder liberarme de la ansiedad.

Saylor pasa su dormitorio. Pasa el mío y se estaciona frente al edificio de música.

Apaga el auto.

—Venga.

Suspirando, la sigo al interior del edificio y subo las escaleras, por el pasillo, a nuestra habitación privada. Entro en la habitación y espero a que ella se sentara en el banco, pero en lugar de sentarse, ella se va detrás de mí, me empuja hacia el piano, luego tira de mis brazos y me obliga a sentarme frente a él.

—Hoy vamos a intercambiar papeles —susurra en mi oído.

—¿Oh sí? —Me quedo mirando las teclas—. ¿Cómo es eso?

—Dijiste que compensarías la segunda lágrima hoy, pero en cambio, voy a compensar la tuya.

—Pero no he llorado.

—El hecho de que no estemos llorando por fuera no significa que no estemos completamente destrozados por dentro. —Las manos de Saylor descansan sobre mis hombros—. Me imagino que tienes más de una lágrima que puedo compensar y aunque no soy la causa de ellas, sé exactamente lo que necesitas para sentirte mejor.

—¿Qué? —Mi voz es un susurro vacío mientras trago el nudo en mi garganta.

—Toca. —Ella levanta mis manos sobre el piano—. Sácalo todo, Gabe.

Y así como así, empiezo a tocar.

Por dos horas seguidas.

Mientras Saylor se sienta en silencio en la esquina y espera.

Y tiene razón, maldita sea, pero tiene razón, porque yo tengo lágrimas. Tengo heridas y cicatrices que son tan horribles que a veces me siento como el monstruo que seguramente los padres de Princesa piensan que soy.

Cuando toco la última nota, se levanta un peso.

—¿Cómo lo supiste?

—Músicos. — Saylor se levanta del suelo y se acerca a mí, poniendo su mano sobre mi hombro—. Compartimos la misma alma.

Lentamente, levanto la cabeza para mirarla.

—Cuando miro te veo. Más allá de la música, más allá de tu sonrisa, tus caricias, tu risa. — Se me corta la voz—. Te veo.

—Yo también te veo.

Capítulo 32

Revelar tu alma a alguien es como apuñalarte intencionalmente en el corazón y esperar a que la persona que amas pare el sangrado

Wes M.

Saylor

Mis manos tiemblan mientras lo abrazo. Como si me estuviera dejando, porque esa es exactamente la expresión que tiene en su rostro. Como si quisiera correr, como si fuera a correr.

No sé cómo ayudarlo. Todo lo que sé es que, en el fondo de su alma, la música es su terapia, su todo.

Por eso pensé que lo mejor era traerlo de nuevo a casa.

A su verdadero hogar, al piano.

—Éramos súper jóvenes. —Gabe se lame los labios y mira el piano, su voz baja y grave—. Le propuse matrimonio cuando yo tenía diecisiete años. Era un niño, pero estaba enamorado, ¿sabes? No es el tipo de amor que siente la mayoría de las personas a esa edad. Era enorme, épico, como si finalmente hubiera encontrado a la persona que se supone que sería mi socio, mi pareja. Y entonces ella simplemente se fue.

—El accidente — pregunto, sentándome a su lado en el banco del piano—. ¿Qué pasó?

—Un árbol. —Maldice y comienza a tocar una y otra vez una de las teclas negras—. Habíamos salido de fiesta, nada loco, pero habíamos tomado un par de tragos.

¿Beber a los diecisiete?

Quiero decir, no soy perfecta. Había hecho mi parte justa de fiestas salvajes en el bachillerato. Pero simplemente no lo imaginaba así, él parece tan controlado.

Su ritmo vacila durante un par de latidos antes de continuar—: Quería ir a correr una vez más por la montaña. Ambos estábamos esquiando. Pensé que sería divertido antes de reunirnos con nuestros amigos. Ella dijo que no. —Sus dedos se mueven hacia el piano, toca suavemente mientras habla—. Finalmente la convencí de que fuera conmigo, ella se estaba quejando porque había olvidado su casco y de que estaba un poco tomada y no pensaba en las consecuencias de que un humano golpeará un árbol a una velocidad vertiginosa y saliera volando, le dije que no se preocupara, desconté sus temores cuando ella tenía una razón real para tener miedo.

La voz de Gabe tiembla.

—Bajamos la colina. La escuché gritar. —Su voz se quiebra de nuevo cuando su mano izquierda se une a la derecha, tocando el piano con los ojos cerrados. —Y luego silencio. A veces me pregunto qué es peor, escucharla gritar o el silencio que vino después de eso.

Suspira, sus hombros se encorvan como si alguien hubiera puesto físicamente pesas sobre su cuerpo.

Su mano izquierda deja de moverse.

Y cuando voy a agarrarlo, para ofrecer algo de consuelo, noto el tatuaje en su dedo anular.

Es la letra K, transformada en un arco, con una pequeña nota musical en la parte superior.

¿Y me doy cuenta de lo que sea que Gabe y yo tenemos? Es solo la música, porque nunca sería capaz de reemplazar lo que ha perdido, sería imposible, porque él se sigue aferrando a su vida.

—Lo siento —susurro.

—Yo también. —Gabe hace una pausa—. ¿Ya me odias?

—No.

—Deberías. —Se hunde más pesado contra el piano—. Yo lo hago.

El zumbido de mi teléfono interrumpe el silencio. No voy a responder, pero el zumbido es persistente.

—¿Hola?

—Apúrate —Kiersten grita en mi oído—. Lisa estará aquí en cualquier momento, y tenemos que sorprenderla.

—Oh, mierda. Está bien, estamos en camino.

—¿Estamos, está Gabe contigo?

—Oh sí.

—Gracias a Dios —suspira—. Está bien, apúrense. ¿Necesitas instrucciones o así está bien?

Observo la forma encorvada de Gabe y me pregunto cómo va a estar listo para la fiesta cuando parece un zombi.

—Sí, ahí estamos bien.

Si bien, es descubrir que Gabe está comprometido con una chica parapléjica que ha estado tosiendo sangre y él oculta su identidad sin otra razón más que parece ser que odia al tipo que solía ser y quiere ser diferente.

Todo bien. No podría estar mejor.

Los ojos de Gabe buscan los míos una vez que termino la llamada.

—¿La fiesta?

—Sí, lo olvidé por completo.

—Nunca lo olvidaría. —Se levanta del banco, sus ojos se oscurecen mientras mira a través de mí, a. Apaga la luz de la salón de ensayo y le ofrezco una pequeña sonrisa —Tal vez ese es mi maldito problema, que no puedo olvidar nada. Vámonos.

Y así, lo veo volver a ponerse la máscara y fingir que el sol aún brilla, como si no estuviera cuidando a su prometida paralizada y culpándose por la razón por la que está en una silla de ruedas.

Dios. Ahora mis problemas y mi ansiedad por tocar frente a otras personas me parecen insignificantes. Sí. Él debería haberme mandado a la mierda.

¿Mis problemas? Son nada comparado con la carga que él lleva.

Lo sigo fuera del edificio y abro las puertas de mi auto. Es extraño, ver el otro lado de él y saber que está eligiendo usar su máscara.

Me imagino que es como descubrir quién es realmente Superman un día solo para verlo intentar taparte los ojos al día siguiente.

¿Pero mi memoria? Es perfecta. Y no estoy segura de si alguna vez superaré la mirada en la cara de Gabe cuando estaba tocando, derramando su alma sobre el piano. Es muy posible que se haya abierto las muñecas y dejado que la sangre gotee de su cuerpo mientras tocaba cada nota.

Ver a Gabe realizar una tarea tan normal como abrocharse el cinturón de seguridad es casi desconcertante. Es admirable la manera en que sigue adelante con su vida, llevando toda esa culpa sobre sus hombros.

—¿Qué? —Sus ojos brillan.

Atrapada. Me ha pillado mirándolo fijamente.

Empujo la llave en el encendido.

—Nada, lo siento. Solo estoy cansada, creo.

—No tienes que ir a la fiesta.

Tú. No, nosotros. Tú. Como si él no quisiera que yo fuera o si estuviera bien saltarme el evento, durmiendo siesta como una persona mayor.

—No. —Salgo del estacionamiento—. Creo que debería. Después de todo, Wes realmente no me dio la opción.

Gabe sonrío con tristeza y mira al frente.

—Sí, él así de intenso.

—¿Cómo se conocieron Wes y tú?

La mano de Gabe se congela en el aire antes de retirarla y cruzar los brazos.

—Kiersten era la compañera de cuarto de Lisa. Soy el primo de Lisa. ¿Recuerdas? —Él rueda los ojos—. Así que lo conocí a través de Kiersten y el resto es historia.

—A través de Kiersten —repito, haciendo nudos en los hilos de la historia en mi cabeza.

—Detente. —Gabe gruñe—. No fue así con ella, no ha sido así con nadie.

Mi corazón cae a mis rodillas mientras mi labio inferior amenaza con temblar fuera de control.

—Hasta que tú llegaste —lo dice tan suavemente que casi no lo escucho.

Elijo no hablar el resto del camino hasta el restaurante, porque no confío en mí misma y, afortunadamente, Gabe no hace ninguna pregunta.

Tal vez es uno de esos momentos en que las cartas están sobre la mesa, abiertas. Se han hecho demasiadas preguntas y las respuestas se han ofrecido. Una persona tiene un límite y yo he alcanzado el mío.

Capítulo 33

A veces me pregunto si alguna vez dejamos entrar a alguien por completo. El deseo de que otro ser humano nos conozca por completo, todas las piezas, incluso las que nos dan vergüenza, es enorme. Pero con demasiada frecuencia, nos sentamos y clasificamos las piezas solo para elegir las bonitas, dejando atrás las feas, sin darnos cuenta de que elegir no compartir con alguien más es como cometer un crimen contra nuestra alma, ¿cómo podemos alguna vez ser libres cuando a propósito colocamos con lo que más luchamos en la oscuridad?

Wes M.

Gabe

Ella lo sabe.

Ella lo sabe.

Ella lo sabe.

¿No se supone que debería sentirme aliviado ahora que Saylor ha asomado la cabeza en la mierda que es mi realidad?

En cambio, la urgencia de contarle todo, de abrir mi propio corazón y ponerlo sobre la mesa para que ella lo arregle, para que lo haga latir otra vez, es tan intenso que me sorprende.

Al encontrar difícil el respirar, apenas he logrado llegar al restaurante sin desmoronarme en el auto.

¿Cómo puedo continuar y hacer como si nada hubiera cambiado?

¿Cómo puedo actuar como si lo que acabo de compartir con ella no es nada fuera de lo común?

Una persona normal se estaría volviendo loca.

Entonces tampoco soy normal.

O ella es una santa.

¿Estaba mal desear la segunda opción? Soy lo suficientemente anormal por los dos.

—Viniste —Kiersten se lanza a mis brazos. La hago girar, como de costumbre, y la pongo de pie, besando su frente mientras se inclina hacia adelante y me agarra de los hombros—. Estaba preocupada.

—¿Te he decepcionado alguna vez? —Le guiño un ojo. Aunque por dentro sé la respuesta. La he decepcionado y mucho. Lo peor es que ella no es la única.

—Aún no. —Su brillante cabello rojo se enrosca alrededor de su cabeza como una corona. Parece una Princesa de hadas con su vestido blanco corto y sus sandalias café. Inmediatamente me duele el pecho. A Princesa le hubiera encantado vestirse así.

—Gabe. —Wes viene detrás de mí.

Me doy la vuelta para saludarlo.

Lleva jeans y una camiseta con una banda nueva de esas que le gustan. Sus ojos están centrados en mí, como si fuera un vampiro tratando de leer mis pensamientos.

—Entonces —dice Saylor detrás de mí—. ¿A qué hora llega Lisa?

—En quince minutos. Pudimos detenerla un ratito. —Kiersten agarra la mano de Saylor—. Y gracias por venir, sé que las cosas han estado muy ocupadas últimamente con la práctica y tratando de organizar todo en el albergue.

—No hay problema. —La voz de Saylor se quiebra. Maldita sea. Yo soy la razón por la que

va a tener la noche más estresante de su vida. No hay modo de que ella ya haya procesado todo lo que pasó hace un rato y todavía funcionar como un ser humano normal.

Han pasado cuatro años y todavía quiero golpear mi cara contra una pared.

El restaurante, Marlin, es un pequeño bar y asador a la orilla de la bahía. Sé que Kiersten ha alquilado el comedor privado de la parte de atrás, que tiene salida al muelle. Le dije que pagaría por todo. Cuando discutió, Wes le dijo que no era gran cosa y que debería dejarme hacer algo.

Pero Wes lo sabía.

Sabía que no era el único que podía comprar no solo el maldito restaurante sino la mitad de las propiedades disponibles por aquí sin pestañear siquiera.

—Música —Grita Kiersten, asustándome mucho—. Casi se me olvida.

En el fondo del salón, sobre una mesilla, están unas bocinas que no pierde el tiempo de conectar con el bluetooth de su celular.

Me río. La habitación es demasiado grande para nosotros. Quiero decir, es enorme y vamos a ser cinco personas, pero aun así es agradable estar aquí. No tengo que preocuparme de que nadie reconozca el milagro andante y el famoso dúo que son Wes y Kiersten, o peor aún, *reconocerme*.

No es que haya sucedido en los últimos cuatro años.

Pero nunca puedo ser demasiado cuidadoso.

Tímidamente me froto el cabello, mi cabello oscuro recién pintado y me odio nuevamente mientras las palabras de Saylor se repiten en mi mente.

Dijo que me vería más sexy de rubio.

Bueno, maldita sea, si eso no me hace querer cortar la cosa del Capitán Jack Sparrow que estoy pasando y volver a mi tono natural.

Kiersten y Saylor están ocupadas hablando de algo mientras Wes me mira.

—Eso da miedo, amigo. —Sacudo mi cabeza.

Él se encoge de hombros.

Luego la música cambia.

Todo mi cuerpo se congela. Como si alguien me hubiera dicho que dejara de respirar de inmediato y me convirtiera en un zombi.

—¡Oh, Dios mío, me encanta esta canción! —Kiersten casi grita mientras ella y Saylor comienzan a cantar.

—Cuando tomas mi corazón, te doy mi alma, pero cariño, ¡la cagaste y me dejaste ir! —Kiersten canta más fuerte—. Me dejaste ir, ir, ir, chico, no, no. Debería haber sabido que las cosas se pondrían difíciles cuando quisiera que estuvieras conmigo y solo conmigo, pero no, no, no.

Las cejas de Wes se arquean y me mira con complicidad.

Sí, sí, imbécil. Gracias, he captado el mensaje.

Saylor se deja caer contra Kiersten muerta de la risa, juntas comienzan a dar uno a uno los pasos de la coreografía del video musical. Estoy casi tentado a bailar con ellas. Pero estoy bastante seguro de que eso me delataría.

Eso y el hecho de que ningún hombre debería saber esa coreografía.

Además, Wes se cagaría en los calzones. Esa no es la manera de decirle a la gente la verdad. Así que hago lo que tengo que hacer, bailo como cualquier chico de mi edad lo haría.

Cabello oscuro o claro. No importa. Verían a través de mi disfraz. Siempre me sorprende la cantidad de personas que sólo ven lo que quieren. Ven tatuajes y piensan chico malo. Ven músculos y cabello largo y oscuro y piensan que no tengo ni una neurona viva en la cabeza.

No tienen la menor idea de que he tenido puras calificaciones sobresalientes toda mi vida. Eso fue hasta que una actriz me sedujo y nos prometimos matrimonio. No tienen idea de que por

las noches solía llorar cuando mis padres no me dejaban levantarme tarde y componer mi música.

Cerveza. Demonios, necesito una cerveza o algo más fuerte que el agua embotellada. Y es como una mala broma, porque tendría que mostrar mi identificación y este no es el lugar para eso, mucho menos el momento.

¿Bares en zonas ocultas y con camareros que ni siquiera saben sus propios nombres? Ahí me vale si tengo que hacerlo.

¿Buenos restaurantes con una alegre estudiante universitaria como camarera? Ni soñarlo.

—Ahí viene —Kiersten hace callar a todos y apaga las luces.

La puerta se abre de golpe. Los tacones altos claman contra el suelo mientras una figura se ve en la puerta.

En el momento perfecto, todos saltamos y gritamos al mismo tiempo—: ¡Sorpresa!

Las luces se encienden.

Y sé, en ese momento, que mi vida ha terminado oficialmente.

—Hola, hijo. —Mi papá tiene su brazo alrededor de Lisa. Sus mejillas están manchadas con una mezcla de lágrimas y rímel negro—. No sé por qué nunca pensé en localizar a tu ex–novia primero y seguirla hasta dar contigo.

Se vuelve hacia Lisa y la besa en la mejilla.

Trata de apartarse, haciendo una cara de asco, pero él la mantiene firmemente agarrada a su lado.

—Feliz cumpleaños, Mel.

Capítulo 34

Se puede decir mucho solo leyendo la expresión en los ojos de una persona, y la de Gabe es la misma expresión que tiene un animal atrapado antes de que le disparen en la cabeza.

Su padre es el cazador y Gabe es el venado. Su tiempo se acabó. Y no estoy segura de si deba sentir lástima por él o sentirme horrorizada por la revelación. Él es un extraño para mí. Un completo y total desconocido.

Saylor

Gabe

—Suéltala. —Mis fosas nasales se dilatan mientras camino hacia dónde está mi padre, un hombre que, si fuera por mí, estaría a punto de ser arrojado a la bahía con unos buenos zapatos de cemento —. Ahora mismo.

—¿Qué? —La cara de papá es indiferente. Siempre lo ha sido. Es parte de la razón por la que lo odio. Porque he heredado mi talento para actuar, directamente de él. En un momento es el hombre más feliz del mundo, al siguiente, uno pensaría que está trabajando para la mafia o está drogado—. ¿No me das un abrazo?

—Por supuesto que no. —Casi escupo—. Déjala ir.

Con una sonrisa cruel, empuja a Lisa a los brazos de Kiersten que la esperan. Wes se acerca y se para frente a las chicas. Al menos sé que si hay una pelea nosotros ganaríamos. Mi papá no podría superarnos.

Por otra parte, nos demandaría si sobreviviera y yo no iba a dejar que mi mejor amigo fuera a prisión por asesinato, así que sí. Estamos jodidos.

—¿Nuevo tatuaje? —Mi padre señala mi cuello.

Maldición, pero siento cada tensión muscular en mi cuerpo. Rogando por una pelea.

—Tu mamá te extraña.

Me río y me cruzo de brazos.

—Estoy seguro de que ella está bien. Después de todo, tiene todo el dinero que necesita para ser feliz, ¿verdad?

Sus fríos ojos azules se entrecierran. Parece desaliñado, como si no hubiera dormido en días. Huele como si no hubiera tomado una ducha en semanas.

—¿Has estado acampando en tu auto? —Me burlo de él—. ¿O tuviste que venderlo para pagar tus deudas?

—Crees que —Él sonríe y mete las manos en los bolsillos—. ¿Qué estás en posición de insultarme, hijo?

—No me llames hijo —grito.

—Oh, pero ¿por qué negarlo? Especialmente porque vamos a pasar tanto tiempo juntos. Tengo todo resuelto, el hijo pródigo finalmente regresa a casa con su familia después de cuatro años de vagar por el mundo —Sus ojos se llenan de lágrimas.

¡Hijo de puta!

—Oh, sí, señora Walters, fue un encuentro muy emotivo, nuestro Ashton por fin está de regreso en casa.

Retrocedo y lo golpeo en la cara.

Cae al suelo, maldiciendo.

Wes viene detrás de mí y me agarra por los brazos. Trato de zafarme de él, para arremeter contra mi padre.

Papá me mira con ojos llorosos, mientras la sangre gotea de su nariz.

—Eres más fuerte de lo que solías ser.

—Te voy a matar.

—Hazlo. —Él sonrío de lado—. Seguiré sonriendo desde mi sillón en el infierno.

Me lanzo de nuevo, pero Wes me agarra con más fuerza.

—Después de todo —mi padre se levanta dando unos pasos alrededor del comedor, como si tuviera todo el derecho de estar aquí.

Maldita sea. No.

—Todo lo que siempre he querido es la verdad ¿No es eso lo que dicen, que te hace libre? —Él olisquea—. ¿No es eso lo que quieres, ser libre, finalmente libre?

—Estás loco —digo, inyectando tanto odio como puedo en esas dos palabras.

—Mañana. —Mi padre me entrega un trozo de papel con su número de teléfono—. Hablaremos sobre tu regreso.

—Prefiero morir.

Poco le han importado mis palabras, mi padre se dirige hacia la puerta, luego se detiene y voltea.

—Oh, lo sé. Nunca lo harías por mí, hijo. Pero piensa en Mel —Sus ojos se posan en Lisa—. Y en Kimmy.

Con todo en mí, lucho con los brazos que me rodean con toda la fuerza que poseen.

—Te voy a matar —repito otra vez mi amenaza.

—Mañana —repite y se va.

Me peleo contra Wes, hasta que Lisa se acerca y se para frente a mí.

—Solo tú y yo, ¿de acuerdo? Todo va a estar bien. Lo prometo. —Sus ojos se llenan de lágrimas—. A la jodida con tu papá, déjalos que se enteren de mí, no me importa.

Wes me suelta, así que me dejo envolver en el abrazo que la chica me ofrece.

—Lo siento mucho.

—Yo también, Mel —suspiro—. Yo también.

Nos abrazamos por unos breves minutos antes de que Wes se aclara la garganta detrás de nosotros.

—¿Gabe? —Saylor habla tan suavemente que quiero llorar—. ¿Qué está pasando?

Sin mirarla, respondo—: No me llamo Gabe. Mi nombre es Ashton Parker Hyde.

Y finalmente entiendo la expresión de escuchar un alfiler caer en una habitación. Podría haber dicho que soy el hombre araña.

Capítulo 35

Dicen que la verdad te hace libre, pero mientras llega el momento de la gran revelación sientes como si te arrancaran el alma.

Wes M.

Saylor

Siento que mi boca se abre cuando la máscara cae completamente, o más bien, de Ashton.

Sus ojos, esos ojos azules y su cabello oscuro. Mortificada, quiero cubrirme la cara con las manos. Le dije que se veía mejor rubio, ¿por su color natural? Un rubio tan claro, que, durante años, la gente juraba que ni siquiera podía ser imitado. Era la versión perfecta que mi generación se forjó del muñeco Ken. Todo sobre él era adorado, venerado como si fuera una especie de dios. Había sido devastador cuando abandonó la industria y desapareció de la faz de la tierra.

Las chicas lloraron durante meses.

Hubo informes de que había muerto de una sobredosis de drogas, o peor aún, se suicidó después de que su famosa novia muriera en un trágico accidente de esquí.

Todas fueron mentiras.

Excepto lo último.

Princesa.

Mis rodillas se doblan debajo de mí mientras las mentiras pululan por la habitación, robando el oxígeno que mi cuerpo necesita desesperadamente.

—Oye. —Kiersten se arrodilla a mi lado y me abraza. ¿La vi, qué, tres veces? Y me aferro a ella como si fuera mi madre. Como si ella me protegiera.

—¿N-no son primos? —Señalo entre él y Lisa, mi estómago se revuelve. Es curioso porque mi primera impresión fue que él y Kiersten tenían algo. Pero no, fue Lisa.

No solo estaba comprometido con una novia que, sorpresa. No murió. Pero la chica que había estado presentando como su prima era... ni siquiera puedo pensar en eso.

—Santo cielo —Kiersten grita en mi oído izquierdo—. Lisa, podrías haberme dicho. Hubiera entendido, bien lo sabes.

—Lo sé. —Lisa se encoge de hombros—. Lo hice por Ashton, no por mí.

¿Quién es ella?

Lucho por recordar mi yo de catorce años, por visualizar mi habitación llena de revistas para adolescentes.

—Melanie Faye. —Me atraganto con el nombre.

La cara de Lisa pasa de blanco pálido a ceniza en menos de tres segundos. Ella asiente con firmeza mientras nuevas lágrimas corren por su rostro.

—No quería que nadie saliera lastimado. Y yo, solo quería ayudar a Ashton. Lo amaba. Estaba tan celosa al principio, y luego cuando todo sucedió. No pude abandonarlo.

—Dio conmigo —dice Gabe en voz baja—. Después de que intenté suicidarme con una sobredosis.

—Fue idea mía. —Lisa mira hacia el suelo—. Huir. Dejar nuestras vidas atrás y comenzar de nuevo, especialmente cuando descubrimos que Kimmy iba a vivir. El mundo que solía ser tan divertido y brillante se había convertido en nuestro purgatorio particular.

Melanie Faye había sido mencionada en revistas porque había sido la mejor amiga de

Ashton. La gente siempre decía que estaban saliendo, pero nadie lo había confirmado como verdad. Habían crecido uno al lado del otro. Ella era modelo; él era el galán de Hollywood. La pareja perfecta, el ideal que todos tienen en la cabeza.

Yo solía querer ser ella.

Porque a los catorce años me había obsesionado con todas las cosas de Ashton Hyde.

Fantástico.

—Yo, esto... —Me aparto del piso—. Tengo que irme.

Sin mirar atrás, salgo corriendo del restaurante, con el pecho agitado por el esfuerzo mientras mis pies golpean el pavimento.

—Espera —Gabe grita detrás de mí.

Levanto mi mano izquierda en el aire, agitándola, empujándolo lejos mientras alcanzo la puerta del auto con mi derecha, mi respiración es irregular. No puedo mirarlo. Yo no puedo. Me siento traicionada. Engañada. Todo lo que había pedido era la verdad y él me había mentido.

Una parte de mí entiende la necesidad de protegerse.

Pero yo no soy uno de esos amigos. A los que les das una pequeña parte de ti, mientras los explotas al máximo.

Eso no es amistad.

—¿Qué? —Mi voz se quiebra—. ¿Qué más hace falta por decir?

—Lo prometiste.

—Perdóname —Me giro en un instante, lista para darle una bofetada cuando él se acerca.

Retrocedo, en modo de auto-preservación total. No confío en mis emociones cuando estoy a su alrededor, ahora no puedo refugiarme en la barrera de sus múltiples personalidades.

¿Es Ashton, el famoso actor y estrella del pop?

¿Es Gabe, el pájaro con las alas rotas que necesitaba alguien con quien hablar?

¿O es Parker, el *prometido* destrozado?

La mirada de Gabe es cruda y destrozada.

—No puedo perderte. No puedo.

—Chistoso. —Me trago el nudo en la garganta—. Porque ya te he perdido. Perdí a Gabe. Nunca conocí a Parker. Y ahora estoy perdiendo a Ashton de nuevo. Me pregunto cuánto más puedo perder, antes de estar vacía.

—Saylor.

—Pedí que me dijeras la verdad. Me contaste puras mentiras.

—¿Cuándo? —Me aprieta contra su pecho—. ¿Cuándo te mentí?

Mi mente busca situaciones en las que me ha mentido y no se me ocurre nada. Absolutamente nada, excepto por una cosa.

—Tu nombre.

—Te lo dije —murmura, sus labios casi tocando los míos—, te dije que había cosas que mantuve ocultas, ¿Esto es todo, por eso me estás dejando?

—¿Yo? —Trato de liberarme—. No te estoy dejando, Gabe. Eso es como decir que estoy liberando a un pájaro enjaulado sin que me lo entreguen primero. Lo que teníamos no era real. No puedes basar lo que teníamos en la verdad cuando nada en realidad era real. Dios —Empiezo a temblar—. Me estaba enamorando de ti. Enamorando de ti, Gabe. ¿Cómo crees que me siento ahora sabiendo que no sé ni quién eres?

—No. —Suspira—. Creo que ese es el problema cuando pasas cuatro años tratando de olvidar.

Nos quedamos en silencio. Tantas palabras pasan por mi cabeza, cosas que podría decir que

en realidad no mejorarían nada porque al final del día, nuestros mundos nunca deberían de haberse cruzado en primer lugar.

—Saylor —suplica—. Déjame compensarte. Déjame decirte la verdad. Dame otra oportunidad, dame la oportunidad de contarte todo desde el principio.

—¿Por qué debería de darte esa oportunidad? —Poco a poco me libero—. ¿Cuándo ni siquiera has compensado las lágrimas que causaste la primera vez, por qué demonios te daría la oportunidad de romperme el corazón otra vez?

Gabe me mira por unos minutos, sus hombros caídos. Hasta que asiente lentamente.

Y luego se aleja.

Se va. Así como así, se va

Una parte de mí lo odia por eso. Porque por una vez en mi vida entendí lo que significa estar en una encrucijada donde alguien te elige a ti o a ellos.

Él no me eligió a mí.

Estoy sola.

Justo como empecé.

Solo que, hasta ahora, me doy cuenta de lo sola que realmente estoy.

Limpio algunas lágrimas perdidas y me meto en mi auto. La lluvia comienza a golpear contra el parabrisas mientras conduzco hacia el campus.

Mi vida no ha terminado.

¿Por qué se siente así fuera?

Capítulo 36

A veces, al aferrarse a lo que más amas, terminas ahogando la vida misma de lo que quieres seguir viviendo. Es posible esforzarse demasiado, amar algo tan profundamente que te pierdas a ti mismo. El peligro nunca está en amar a alguien, sino en perder tu identidad en el proceso.

¿Porque qué sucede cuando ocurre la tragedia? Te queda una cáscara vacía. Te quedas sin nada. Es por eso por lo que intenté terminar con las cosas. Por qué no quería seguir viviendo, porque había estado viviendo a través de ella, no con ella, y había olvidado cómo ser yo mismo.

Cómo ser normal. El único problema era que estaba de acuerdo con ello.

Gabe H.

Saylor

Tomo la interestatal cinco y sigo conduciendo.

Cuando llego al pequeño conjunto residencial al norte de la ciudad. Apago mi auto y miro el apartamento de mi madre.

Una vez habíamos vivido en un vecindario más bonito y seguro, pero debido a que el alquiler siempre aumentó con los años, nos mudamos muchas veces.

Afortunadamente, ella es enfermera, por lo que tiene un buen trabajo, pero aun así, nunca tuvimos mucho dinero de sobra, así que no teníamos una casa grande, solo un departamento diferente cada cierto tiempo.

Agarro mi bolso y subo lentamente las escaleras hasta el tercer piso, de dos en dos, y luego entro en el apartamento. Todo está impecable. Limpio. Bien decorado. No he vuelto desde navidad, e incluso entonces sólo había dormido ahí. Había pasado la mayor parte del tiempo practicando en el campus.

—¿Say? —Eric camina por el pasillo, con una amplia sonrisa—. ¿Eres tú?

—Sí. —Mi labio inferior tiembla—. Soy yo.

Tiene quince años ahora, es lo suficientemente alto como para estar casi a la altura de mis cejas. Sus grandes ojos azules me miran de arriba abajo. Están ligeramente inclinados, lo que hace que su sonrisa sea aún más cálida.

Y luego abre los brazos. Y así como así, corro hacia ellos y comienzo a llorar.

—Shhh, Say, todo estará bien. Lo prometo. Lo prometo, Say. —Me frota la espalda y me mece de un lado a otro—. Lamento que estés triste.

No confío en mis palabras, así que solo asiento y me aferro a mi hermano como si fuera mi salvavidas. Lleva una sudadera de los Halcones Marinos de Seattle y huele como si acabara de ducharse.

—Mamá estará en casa pronto. —Me suelta y me da una de esas sonrisas tontas—. He estado cocinando más seguido.

—¿De verdad? —Me seco los ojos.

Mi hermanito asiente.

—La comida hace mejor las cosas.

—Sí, eso es cierto —Riéndome, le doy la razón.

—Siéntate —ordena, con su voz suave—. Te vas a comer todo, Saylor.

—¿Eric?

—¿Qué? —Se da la vuelta, sus ojos sonríen tanto como su boca.

—Me alegro de estar aquí.

Se encoge de hombros y comienza a sacar la comida del refrigerador.

Capítulo 37

Si solo el alcohol realmente te hiciera olvidar. En cambio, pienso que no hará nada más que recordarme todo lo que quería enterrar lejos, muy lejos,
Gabe H.

Gabe

—Lo siento —murmuro mientras todos nos amontonamos en el Porsche de Wes y regresamos al campus—. Por arruinarlo todo.

Kiersten se aclara la garganta.

—Bueno, al menos es un cumpleaños que Lisa no olvidará.

—Vaya declaración más optimista —Wes se ríe entre dientes.

—Ella me odia. —Golpeo mi cabeza contra la ventana—. No tengo idea de qué voy a hacer, ni cómo voy a lograr que Saylor sepa que...

Dejo de hablar.

—Que... —Wes se aclara la garganta.

Lisa me aprieta la mano alentadoramente.

—Que... —Mi garganta se contrae al querer admitirlo—. Mierda, ni siquiera puedo decirlo en voz alta. No es de extrañar que me odie.

—Tú... —Lisa dice lentamente.

—La amas. —Wes termina.

—Sí —Kiersten me sonríe por el espejo retrovisor.

—No tengo dos años. —Presiono mis dedos contra mi sien—. ¿Alguien tiene alguna idea de cómo se hace esto, Wes, te acuerdas cómo suelo decirte que dejes de ser tan astuto?

—Sip.

—Necesito que olvides que dije eso.

—No.

Gruño de nuevo.

Wes se detiene en su lugar habitual frente al complejo de dormitorios.

—Mira, Gabe, no puedo arreglar esto por ti. Ninguno de nosotros puede hacerlo. Y tratar de resolverlo todo esta noche no hará nada más que estresarte más. Lo único que diré es que se te acabó el tiempo.

—No me digas —escupo con sarcasmo, queriendo golpear algo con el puño.

—Gabe. —Wes se desabrocha el cinturón de seguridad y se da la vuelta para mirarme fijamente—. Es hora. Has dejado de ser Gabe. Nunca fuiste él para empezar. Siempre has sido Ashton, un nombre no cambia a alguien, no importa cuánto lo desees. Tu identidad se encuentra en tu corazón. No en tu trabajo, ni estado civil, nombre, cuál es tu especialidad, cuánto dinero tienes. Tu corazón ha sido el mismo todo el tiempo. Entonces, sea quien siempre has sido.

—¿Así que elijo ser uno de ellos? —Sacudo mi cabeza confundido.

—No. —Wes me ofrece una sonrisa triste—. Los vas a fundir en uno solo, en uno más fuerte.

Capítulo 38

A veces hay que simplificar para poder procesar.

¿Comerme un plato de huevos revueltos mientras escucho a mi hermano hablar de fútbol?

Terapia gratis.

Saylor

Saylor

Eric me prepara el mejor *omelette* que he probado en toda mi vida, luego me da unas palmaditas en la mano y comienza a parlotear sobre el fútbol y las diferentes jugadas. A partir de ahí, la conversación cae rápidamente en los halcones marinos.

—Russell Wilson. —Eric suspira soñador y luego señala un tenedor en mi dirección—. Es mejor que Tom Brady.

Mi mamá elige ese momento para abrir la puerta. Está en su uniforme rosa de y parece que ha tenido un día un poco difícil.

—Eric, ¿cómo te atreves a decir algo en contra de mis adorados Patriotas? —Ella sonrío y se lleva las manos a las caderas—. ¿Y qué haces despierto tan tarde, jovencito?

Eric me señala.

—Hola, mamá.

—¡Saylor!— Ella me envuelve en un abrazo bien apretado y me da un beso en la frente. Y así de fácil, me siento como una niña pequeña, queriendo que mi madre arregle las cosas. Queriendo un abrazo y una galleta de chispas de chocolate con leche—. ¿Está todo bien?

Grita Eric.

—Estaba llorando, mamá, pero le di de comer.

—Gracias Eric. —Mamá sonrío con aprobación—. Ahora, alístate para acostarte, está bien, sé que puedes hacer eso por mí.

Eric comienza a fruncir el ceño, su labio inferior sobresale cuando su frente se arruga.

—Cepíllate los dientes primero. Recuerda poner el retenedor y luego meterte en la cama. — Aprendimos desde el principio que, con sólo darte una orden, es capaz de lograr básicamente cualquier cosa, pero si le dijera a mi hermano que limpie su habitación, le daría un ataque. Ya que para él esa sería una tarea demasiado grande y abrumadora. Así que tuve que aprender a decir cosas como, primero recoge tus libros, luego ponlos en tu mochila y luego encuentra tus lápices de colores.

—Está bien, mamá. —Eric me da un último abrazo y se va por el pasillo hasta el baño.

Mamá me mira, me ofrece la mano y me lleva al sofá.

—¿Qué está pasando, cariño? Apenas te veo y de repente apareces con las mejillas manchadas de lágrimas.

—Es una larga historia —gruño.

—Bueno. —Mira su reloj—. Tenemos toda la noche.

Me lleva tres horas explicarle todo. Una parte de mí siente que estoy traicionando el secreto de Gabe, mientras que la otra parte necesita a alguien con quien hablar, y esa necesidad es tan grande, que hace que lo demás pierda importancia. Además, mi madre es como una tumba.

Cuando termino, estoy muy deshidratada, pero me siento mejor. Mamá no dice mucho, solo asiente y escucha.

Finalmente, cuando mi voz suena ronca por tanto hablar, espero a que me de algún consejo.

—¿Así qué?— Pregunto—. ¿Qué hago ahora?

La sonrisa de mamá borra algo de mi angustia, pero sus palabras la traen nuevamente con toda su fuerza.

—Creo que está bastante claro, ¿no te parece?

—Si estuviera claro, no me sentiría como si mi vida hubiera terminado, sollozando en el sofá y lidiando con que me arrancaran el corazón del pecho.

—El amor. —Mamá suspira y se acerca—. Eso te hace sentir.

—Mamá, solo lo conozco desde hace unas cuantas semanas.

—El amor no tiene horario, no hay reglas. Es lo que es, Saylor. —Ella agarra mi mano entre las suyas—. No digo que lo que hizo Gabe estuvo bien, Saylor. No estoy condonando nada de eso. Lo que digo es que todos merecen una segunda oportunidad. De eso se trata la vida.

—Pero es que...

—Lo que pasa con las segundas oportunidades —interrumpe mamá, poniendo una mano sobre mi brazo—, es que siempre nos topamos con ellas suponiendo que nos sentiremos mejor, cuando nueve de cada diez cosas empeoran antes de que mejoren. Si tú le das a otra oportunidad, es como que todo se arregla mágicamente. Va a ser doloroso. Va a ser difícil, pero al final, si las cosas funcionan

Mi madre se encoge de hombros. Sus ojos parecen brillar con su sonrisa, llenos de ilusión.

—Si todo funciona, entonces ha valido la pena. ¿No preferirías sufrir por unos días, para ganar el amor de tu vida? Dada la oportunidad, las personas dicen que sufrirían por dos días si solo pudieran vivir el resto de sus vidas feliz. ¿La realidad? La mayoría de las personas renuncian después de una hora porque las cosas resultan demasiado difíciles. —Lágrimas inundan sus ojos—. No te des por vencida, Saylor. Parece que toda la vida de Gabe se ha resumido en esa frase tan terrible. La gente se da por vencida con él, él se da por vencido consigo mismo. No hagas mismo que han hecho los demás.

—Pero duele —discuto con voz temblorosa—. Mucho.

Mamá ahueca mi cara con sus manos.

—Usa el dolor, no te dejes arrastrar por él.

Es exactamente lo mismo que Gabe me había dicho cuando nos metimos en nuestra segunda discusión. ¿Qué significa eso de usar el dolor?

—No entiendo —murmuro.

—No permitas que el dolor te impida avanzar. No dejes que detenga tu progreso, úsalo para impulsarte.

Suspiro y comienzo a jugar con la manta.

—¿Cuándo te volviste tan sabia?

Ella sonrío con cariño.

—Tuve un paciente una vez. —Sus ojos se ponen vidriosos un poco—. Las probabilidades estaban en su contra en todas las formas posibles. Estaba en la habitación después de su resonancia magnética. Me rompió el corazón ver que a un joven tan prometedor que le roben su futuro. Y luego sucedió lo más extraño. Cuando fui a la puerta para salir, estaba cerrada. Giré la perilla y escuché pasos, y después de los pasos lo escuché hablar con alguien. Era una mujer. Tenía una voz hermosa, pero no fue su voz lo que me llamó la atención. Fueron sus palabras.

«Ella dijo—: A veces, cuando creemos que Dios ha escrito el final, lo que realmente quiere decir es que es el comienzo. —Mamá se seca una lágrima perdida de los ojos—. Me ha perseguido esa frase. A veces me despierto en medio de la noche y todavía escucho la voz de esa

mujer.

Mamá se lame los labios y agarra mis manos.

—¿Con qué frecuencia crees que escribimos nuestro propio final antes de que la historia esté terminada, con qué frecuencia nos damos por vencidos cuando nuestras vidas apenas comienzan? Las cosas se ponen difíciles e inmediatamente retrocedemos y asumimos que eso significa que estamos entrando en la dirección equivocada, haciendo lo incorrecto. En todo caso, cuando las aguas se espesan, esa es nuestra señal para seguir adelante.

—Entonces estás diciendo que no es el final —susurro.

—Rara vez lo es —responde mamá.

Nos sentamos en silencio un momento hasta que suena el reloj. Es la una de la madrugada

—¿Mamá?

—¿Hmm?

—¿Cuánto tiempo estuviste atrapada en esa habitación?

No puedo leer su rostro. Se mueve en su asiento y responde—: No lo estaba. Una vez que escuché esa conversación, intenté con la perilla de nuevo y la puerta ya no estaba cerrada. Cuando le dije al conserje, me dijo que debía haber estado confundida, porque la puerta no funcionaba, no tenía cerradura. Nunca la tuvo.

Capítulo 39

Miro las tres máscaras que llevo y me doy cuenta de algo: todas eran monstruos de mi propia creación.

Hice esto. Nadie más que yo. Fue mi elección. Y me había equivocado.
Gabe H.

Gabe

—¿Estás listo? —Wes pregunta por décima vez.

—Hazlo ya —me quejo, inclinando la cabeza hacia la ducha mientras él comienza a enjuagarme el cabello.

—Así que esta es una experiencia divertida para conocernos mejor. —Wes se echa a reír y comienza a silbar.

—Por favor, no cantes —me quejo otra vez—. Haz cualquier cosa menos cantar.

Wes comienza a tararear una de las canciones de mis primeros álbumes.

—Divertidísimo.

—Ya me lo imaginaba. —Él continúa tarareando.

—Sólo... —Tenso mis manos contra mis rodillas mientras me inclino más hacia adentro. El negro se arremolina en el desagüe como si mis pecados fueran lavados junto con mi cabello—. Mejor quédate callado, por favor.

—Gabe —Wes sumerge mi cabeza bajo el agua tibia—. Estás haciendo lo correcto.

—Sí, eso es lo que me has dicho mil veces ya, hombre.

—Es verdad.

—¿Cómo sabemos que esto no es contraproducente y me saldrá el tiro por la culata?

—No lo sabemos.

—Imagínate, hubo alguna vez que pensé que deberías ser terapeuta. ¿Quieres que me mate?

Wes se echa a reír, enojándose más.

—Lo siento, hombre, pero piénsalo de esta manera. Lo peor ha sucedido y todavía estás vivo.

—Vivo...

Diablos, tiene razón. Lo peor había sucedido. Mi padre sabe dónde estábamos Lisa y yo. Él nos iba a llevar a la luz pública. Él sabía sobre Kimmy y, aparte de todo, Saylor me odia. Mi vida es un lío, pero sigo vivo.

—Literalmente puedo escuchar tu cerebro friéndose en este momento.

—Cállate.

Wes cierra el agua y tira una toalla sobre mi cabeza, usando un poco de agresión mientras lo hace. El idiota.

Cuando me doy la vuelta, lo veo moviendo unas tijeras en su mano y una sonrisa que solo puedo describir como demasiado ansiosa.

—No. —Sacudo mi cabeza—. Diablos, no.

—Oh vamos. —Levanta las tijeras en el aire y las sigue moviendo—. Hazlo todo de una vez, a lo grande.

—No.

—¿Tienes miedo? —Él inclina la cabeza hacia un lado, retándome a decirle mentiras.

—Mierda. —Me seco la cara con la toalla—. Tal vez un poco.

—Imagina lo que es tener cáncer. —Sus ojos se entrecierran. —Ahora deja de ser un miedoso y siéntate.

Sacudo mi cabeza.

—Estar sano te ha cambiado.

—No. —Wes me sonrío con tristeza—. Casi pierdo a mi mejor amigo, eso me cambió.

—Wes.

—Sé que lo sientes. —Se aclara la garganta—. Pero si alguna vez vuelves a ir a ese lugar oscuro, te voy a seguir y ya sabes lo enfadoso que puedo llegar a ser. Creo que ambos lo sabemos. Entonces, siéntate mientras te corto el pelo. Estamos juntos en esto.

Cediendo, asiento.

—Gracias, Wes. Por todo. —Porque se ha quedado despierto durante doce horas, falta de sueño, falta de comida, falta de todo, todo por ayudarme a elaborar un plan.

Dijo que me lo debía.

Pero al final, creo que siempre se lo debo por todo lo que hizo, por todo lo que había hecho, por todo lo que todavía estaba haciendo, más que eso, sólo por ser Wes Michaels. El mejor amigo del mundo

Mierda. No voy a llorar.

Cuando me caen mechones de pelo y el sonido de los golpes clama en mis oídos, siento que el peso se levantaba. Dejé de caer. En lugar de inclinarme hacia adelante, me siento. En lugar de sentirme más vacío y horrorizado me siento diferente.

Me siento vigorizado.

Puedo sonreír, porque los mechones de pelo en el suelo no son negros. Son dorados.

Cuando Wes termina, me entrega un espejo y me da una palmada en la espalda.

—Bienvenido de nuevo a la tierra de los vivos, Ashton Hyde, encantado de conocerte.

Capítulo 40

*Él era solo un hombre. Un hombre muy, muy, muy atractivo y popular.
Y lo había besado. Muchas veces. Es curioso, cuando tenía dieciséis años imaginé cómo sería
besar a Ashton Hyde. Nunca en mi vida pensé que realmente sucedería, o que me sentiría tan
bien hacerlo.*

Saylor

Saylor

El dulce olor de los panqueques de mi madre me despierta de mi sueño. Cuando abro los ojos, el reloj de la mesita de noche confirma que he dormido más de lo normal. Gruñendo, me doy la vuelta y me pongo un pantalón de mezclilla y una camiseta blanca. Después de comer mi peso corporal en panqueques, salgo del departamento y manejo, lo más despacio que puedo hasta el albergue.

Es una de mis tardes de viernes y, aunque no quiero enfrentar a Gabe, sé que mi madre tiene razón. Además, de ninguna manera podría abandonar a todos.

Por suerte, no hay tráfico.

Por supuesto.

No sé qué esperaba cuándo llegará al Hogar, pero todo parece normal. Como si una estrella de cine y del pop no hubiera salido de su escondite anoche, como si Gabe y yo siguiéramos siendo amigos.

Cuando salgo de mi auto, me estremezco. El aire está lleno de niebla. Los dos guardias de seguridad asienten con sus cabezas y me dejan pasar.

Martha está en la recepción, con una sonrisa en su rostro.

—Ah Saylor, ¿cómo estás?

—Bien. —Estaría mintiendo si dijera que mis ojos no se mueven por todo el lugar, buscando rastros de Gabe.

—Ya está adentro —responde Martha, tomando el teléfono de mi mano apretada—. Y te está esperando.

Me aclaro la garganta y de repente encuentro un gran interés en mirar el escritorio de la recepción.

—¿Quién?

Ella se ríe.

¿Soy tan transparente?

Suspirando, camino, de nuevo, tan lento como mis piernas me permiten mientras sigo en movimiento, y abro las puertas de la sala de juegos.

Con avidez, busco a Gabe.

Pero Gabe no es a quien encuentro.

Porque Gabe ya no existe.

Se me corta la respiración en el pecho cuando al sexy Ashton Hyde se levanta de su silla y se acerca a mí.

¿Lo único que es igual? Los tatuajes. Lo demás es diferente, las argollas de metal colgando por todas partes. Su cabello oscuro.

Lleva jeans ajustados azules, botas marrones y una camiseta de esas que tienen botones en el

cuello, los mismos que se abren revelando algunos tatuajes en el pecho.

Su cabello es rubio dorado. El tipo que ves en la televisión y juras que no es real. Del tipo que parece oro oscuro hilado a la perfección.

—Viniste. —Suenan aliviado.

—Sí. —No puedo mirarlo a los ojos. Ahora no. Sabiendo lo que él me hizo, cómo él me afecta. Mi corazón podría haber sido expuesto para que todos lo vean, sin duda él lo escuchó.

Gabe o Ashton, o quienquiera que fuera, supongo que en mi opinión todavía es Gabe, mete la mano en el bolsillo y saca una pequeña botella. Es del tamaño de un llavero y está hecho de vidrio.

—¿Qué es esto?

Gabe sonrío. Eso emparejado con su piel oscura y ojos brillantes, tengo que parpadear para evitar que mi boca se abra.

—Cinco lágrimas. Tienes razón. ¿Cómo me atrevo a causar más, cuando ni siquiera reparo las primeras que cayeron?

Me quedo sin palabras.

—Una lágrima por una lágrima —susurra y luego sacude la pequeña botella.

—Tú...

—Es lo justo. —Sus ojos se posan en mi boca—. Según mi recuento, eso significa que tengo tres más para compensar. Así que mejor prepárate.

—¿Prepararme? —Repito, aún asombrada ante la vehemencia de sus palabras.

—Sí. —Él sonrío de nuevo y comienza a alejarse hacia donde está Princesa. Luego, como si olvidara algo, se gira y dice simplemente—. Me estoy enamorando.

—¿Eh?

—Yo también me estoy enamorando de ti. No me he enamorado por completo nunca antes. Estoy enamorándome de ti, tratando de acostumbrarme a la idea de que acabo de caer de un precipicio con toda la intención de que el aterrizaje no rompa mis huesos.

—¿Y si es así?

—Entonces, al menos, todavía puedo saltar.

Me quedo sin aliento en la garganta, mi cuerpo responde a sus palabras como si él me hubiera levantado físicamente y me hubiera dado vueltas alrededor de la habitación y me besara sin sentido.

—Muy bien, todos, tomen asiento. —Suenan las palmas cuatro veces.

Ellos me siguen. Princesa grita. Lo normal. Todo se siente normal.

—Hemos estado en esto durante más de cuatro semanas. —Miro alrededor del salón—. La última vez que nos reunimos, trabajamos en nuestras propias canciones. ¿Alguien quiere compartir la suya?

Algunas personas se ofrecen como voluntarios. Cada uno de ellos tratando de cantar las notas que han coloreado en sus papeles. Incluso Princesa grita las notas que Gabe había coloreado para ella.

—¿Alguien más? —Miro alrededor de la habitación, casi todos están distraídos con su propia hoja de trabajo, mirándose unos a otros, susurrando.

—Yo lo intentaré —la voz de Gabe atraviesa el aire.

—¡Oh sí, Park! —Grita Princesa—. ¡Toca una canción, toca tu canción!

Gabe le sonrío a ella y sólo a ella mientras él se inclina y besa su frente. Nunca la habría reconocido. Pero es Kimmy. Kimmy Paige, la estrella de dieciocho años. Honestamente pensé que había muerto. Según lo que decían había estado en coma durante tanto tiempo que los medios

habían perdido el interés.

—¡Parker! —Grita Princesa, la emoción brilla en sus ojos mientras su mirada lo sigue hasta el banco del piano.

Las canciones que canta. Son para ella. Ashton había sido famoso por eso. Él escribía canciones de amor para ella y luego las subía a canal de YouTube. Una vez, incluso se filmó cantándole a ella a la hora de dormir.

¿Era de extrañar que las mujeres de todas partes se suicidaran cuando él desapareció?

Gabe se sienta al piano como si hubiera nacido allí. Sus manos se ciernen sobre las teclas.

—Una nueva canción. Por los nuevos comienzos. —Levanta los ojos un poco y se encuentra con mi mirada. Luego comienza a tocar.

Paralizada, lo miro mientras toca, sus ojos nunca dejan de mirarme.

—¿Cómo puedo dejar ir un amor, uno que he estado sosteniendo por tanto tiempo, uno que se siente como estar en casa? No es fácil soltar las piezas, a pesar de que son la razón de mi dolor. Las agarro tan fuerte que mi sangre cae como la lluvia. Pero nada, nada podría haberme preparado para una nueva vida contigo, una que no merecía, una que quiero seguir. —Se inclina sobre el piano y cierra los ojos cuando la música se hace más lenta. La canción es hermosa e inquietante, su cuerpo es uno con el piano y, a su vez, siento que *yo* soy el piano. Como si él estuviera tocándome, como si cada vez que uno de sus dedos tocara una tecla, posara un beso sobre mi piel.

—Si la belleza es dolor, déjame perderme en ella. Si eres mi salvación, quiero ganármela. Si el amor es todo lo que tengo para dar, déjame dártelo. Tú, eres todo para mí.

Los ojos de Gabe se abren y su mirada se clava en la mía.

—¿Cómo puedo probar que lo que siento es real? Me pides la verdad, te digo mentiras. Me pides alegría, te hago llorar. Pero no quiero perderte. No así. No cuando he dejado tu corazón hecho un lío. Dame una oportunidad, estoy dejando ir el pasado, pero te necesito aquí para saberlo.

«Si la belleza es dolor, déjame perderme en ella. Si eres mi salvación, quiero ganármela. Si el amor es todo lo que tengo para dar, entonces déjame dártelo. Tú, eres todo para mí. —Hace una pausa, tocando las últimas notas, y la canción termina.

La sonrisa de Gabe ilumina la habitación.

Pero yo estoy congelada en mi lugar.

A mí. Me la ha cantado a mí.

Me limpio una lágrima perdida de mi ojo cuando Gabe se acerca a mí una vez más. ¿Está el hombre tratando de matarme? Quiero decir, hay un límite para lo que una chica puede soportar.

Sus cejas se juntan cuando extiende su mano y toca mi mejilla húmeda.

—Está bien. —Susurro—. Te lo has ganado.

—¡Quiero más canciones! —Grita Princesa rompiendo nuestro momento.

Había olvidado que hay gente a nuestro alrededor. Sintiendo el calor de mi cara, suspiro y vuelvo al frente del salón.

—Muy bien, hoy vamos a trabajar en agregarle a las canciones que creamos la última vez. Usen cuatro notas diferentes y quiero que agreguen un coro.

Camino de mesa en mesa ayudando.

Cuando llego con Princesa y Gabe, ella está durmiendo, lo cual es extraño por decir lo menos. Ella nunca se duerme en clase. Estoy empezando a pensar que cansada ni siquiera era una palabra en su vocabulario. Por otra parte, recientemente, la había estado mencionando cada vez más.

—¿Se encuentra ella bien? —Pregunto, mis cejas se juntan en preocupación.

Gabe levantó la vista de su silla y suspira, con los hombros encorvados y dice en voz baja—:
La infección está empeorando.

Acerco una silla a su lado y me siento, sin darme cuenta de que lo he hecho. Agarro su mano y la aprieto.

—Ella es fuerte. Estará bien.

—Sí. —Él me devuelve el apretón y sonrío—. Así va a ser.

Capítulo 41

¿Ver a tu mejor amigo sonreír cuando se mira en el espejo? Sin palabras. Ninguna. Ni una sola.
Wes M.

Gabe

—Ponte los pantalones de mezclilla oscuros.

—¿Te importa? —le digo.

Wes levanta las manos. —Todo lo que digo es que te abrazan el trasero y si todavía estás caminando de puntillas por Saylor, no estaría de más.

—Recuérdame de nuevo por qué estás aquí.

—Mejor amigo. —Wes se señala a sí mismo y sonríe—. Además, era Lisa o yo, y ambos sabemos cómo es cuando la gente sale en citas.

—Buen punto —me quejo.

Lisa y Kiersten pasarán la noche juntas. Kiersten quiere respuestas, y Lisa le debe algunas. Además, no es mi verdad para contarla, ni por asomo me meto ahí, tengo que enfrentar a mis propios demonios; no hay ninguna posibilidad que trate de abordar todas las cosas de Lisa también.

Suspiro. Parece que todos necesitamos nuestra propia noche de verdad. *Qué emoción.* Abrázame mientras levanto mi puño en el aire y bailo la macarena.

Me he reunido con mi padre esta mañana antes de ir al albergue. Su demanda fue simple.

Ir con él a los medios.

O me expondría a mí, así como a Lisa y Princesa.

Le dije que se fuera a la mierda.

Hacerlo a su manera significa que yo no tendría el control, mi manera significa que al menos al final podría controlar cómo se enterarían todos. El único problema es que Princesa no tiene idea e iba a tener que confiar ciegamente en mí. ¿Y Lisa? Bueno, su familia siempre había sabido dónde está.

Porque a diferencia de mí, ella no se estaba escondiendo de su familia o de los medios, en realidad no.

Ella se estaba escondiendo de él.

Con el apoyo de Wes, llamo a todas las estaciones de noticias del área para ofrecerles la historia. Dejarlos pelearse por la exclusiva, al final sería mi elección.

¿La única trampa?

No quiero ser entrevistado, todavía no y de ninguna manera quiero involucrar a Princesa. Esperaba que fuera un poco como llamar la atención de mi padre, le mostraría que no tengo miedo de ir a los medios yo mismo y tendría que desaparecer.

Todavía no me ha devuelto la llamada.

Entonces ahora estamos jugando al gato y al ratón.

De cualquier manera, la verdad va a salir a la luz. Wes tiene razón en eso. Pero al menos esta vez, cuando pienso en esa bomba de tiempo, la estoy desactivando yo mismo. No sólo estoy mirándolo, esperando que me asuste. Es curioso, todo lo que se necesita es una perspectiva diferente para que salgas de una situación temerosa y te fortalezcas.

Increíble.

Ahora sueno como Wes.

La tarjeta de Hallmark ambulante.

Sí, sí, mátame ya mismo.

—Amigo, los pantalones no se ven tan mal —se burla Wes—. Deja de ser tan dramático. Malditos actores.

Aprieto el gatillo y articulo el puf directamente en la cara de Wes y él se ríe. Su respuesta es inclinar su cabeza hacia la derecha, sentir mi frente y luego golpearme en la mejilla al estilo del Padrino.

—Creo que es más divertido irritarte cuando tienes el pelo claro.

—Divertidísimo. —Me pongo una camiseta negra y agarro mis llaves.

—Gabe.

—¿Qué? —Decidimos que sería extraño que me llame de otra manera. Me sentí tan aliviado que no quisiera llamarme Ashton porque sabía que era solo cuestión de tiempo antes de que todo el maldito universo gritara ese nombre. Y no es porque la gente no quiera seguirme, no, lo que quiero decir que sólo porque una vez que los reporteros tienen un hueso lo masticarían hasta que quedaran pequeños fragmentos, una vez que el hueso desapareciera, simplemente lo tirarían y comenzaría el proceso de nuevo.

—Gracias por confiar en mí.

No puedo mirarlo.

Así que miro al piso.

—No la asustes. A ella le gusta jugar juegos de mesa, pero tienes que mover las piezas por ella. Y la única razón por la que confío en ti es porque bueno, eres tú. Además, ella tiene algo por los hombres con cabello claro y hoyuelos.

Wes echa la cabeza hacia atrás y se echa a reír.

—Tiene buen gusto, eso es lo que quieres decir.

Me uno.

—Sí, hombre, el mejor.

—¿Entonces te veré más tarde en el albergue?

—Sí. —Me rasco la parte de atrás de mi cabeza.

¿Por qué demonios estoy tan nervioso? Me siento como un padre dejando a mi hijo por primera vez.

¿En eso se había convertido Princesa para mí? Wes es la primera persona además de Saylor que va a conocerla y yo ni siquiera iba a estar allí para ver lo que pasaría. Pero es la única forma en que puedo salir esta noche y estar con Saylor, ser el hombre que ella necesita que sea, era como si tuviera a alguien en quien confiar para que cuidara de Princesa.

Y Wes va con dos de sus mejores guardias de seguridad.

Añádalos a la seguridad que ya tenemos en el Hogar, y tenemos seis tipos que no dejen pasar un alma por las puertas si tan solo estornudan en la dirección equivocada.

—Vete. —Wes señala la puerta—. Nada más asegúrate de que tus pantalones todavía estén puestos al final de la noche.

—¿A diferencia de qué, arrugados en mis tobillos?

—A diferencia de qué, él pregunta. —Wes pone los ojos en blanco—. ¿Necesito recordarte cuántas posiciones comprometedoras he visto al entrar en esta sala?

—Oh eso. —Agito mi mano en el aire—. Cosa del pasado. Enterré esa máscara.

—¿Eh?

—Dijiste que las fusionara. —Le lanzo una sonrisa triunfante y le digo adiós—. Así que he

fundido lo mejor de lo mejor. Las favoritas de Princesa, las favoritas de Saylor, las tuyas, las de Lisa, el resto de esa mierda es mejor dejarla atrás.

—Bien, bien, bien. —Wes aplaude—. El alumno se convirtió en el maestro.

—Adiós, *Sensei*. —La puerta hace clic detrás de mí, dejando atrás la risa de Wes.

Tengo problemas conteniendo mi propia sonrisa mientras me pongo mi gorra de béisbol y camino por el pasillo.

Hasta ahora, nadie me ha dicho mucho. Además, ¿quién sospecha que ha estado viviendo al lado de una celebridad perdida durante cuatro años?

Por increíble que parezca, cuando vives en el mundo real, fuera de California o Nueva York, a la gente no le importa una mierda. En Los Ángeles, la gente busca constantemente personas famosas, con la esperanza de atrapar a uno como si fuéramos animales para exhibir en un circo o algo así.

¿Pero ponme en Boise, Idaho? ¿Seattle, Washington? No lo esperan, así que nada más ven a un chico tatuado.

Sin embargo, sólo han pasado cuatro años, así que la gorra se queda en mi cabeza, no quiero que nada arruine esta noche con Saylor.

Nunca antes había intentado conquistar a una chica.

Con Princesa simplemente sucedió.

Y en cuanto al resto de las chicas con las que me he acostado, era la única forma de prometerme que Ashton Hyde se fue. Nunca hubiera hecho eso. Después de todo, Princesa era la segunda chica con la que me había acostado y creía que me iba a casar con ella. Pensé que ella era la definitiva.

¿Recreatearte convirtiéndote en un monstruo?

No fue la idea más inteligente que he tenido, especialmente considerando poner en riesgo todo mi cuerpo.

Mierda. Incluso había arruinado mi propio suicidio.

Era demasiado ingenuo como para saber qué demonios estaba haciendo.

Me había cortado las muñecas de manera equivocada y no me había desangrado.

Mis primeros tatuajes cubrieron mis cicatrices lo mejor que pudieron.

Tímidamente me froto la cicatriz en la muñeca derecha cuando las puertas del ascensor se cierran frente a mí.

Cinco minutos.

Alrededor de setenta y dos pasos después estoy frente a la puerta de Saylor.

Es sólo una puerta.

¿Pero más allá de esa puerta?

Quien espera por mí no es cualquier chica.

Inhalando, para no olvidar respirar y desmayarme, toco dos veces y espero.

La puerta se abre.

Saylor lleva un vestido negro corto con tacones dorados. Lleva el pelo recogido en un moño bajo y desordenado y su lápiz labial es rojo.

Rojo.

Rojo.

Rojo.

Por alguna razón, repetirlo en mi cabeza me excita aún más por el hecho de que esos labios perfectos, su boca perfecta, es de color rojo, y que iban a presionarse contra los míos.

Es decir, si ella no me asesina con algo primero, tenemos una tendencia a pelear un poco.

—Te ves... —Lamo mis labios y dejo que mis ojos recorran su cuerpo por segunda vez—.
Maravillosa.

Su boca se ensancha en una sonrisa.

Mierda.

Toso y miro hacia otro lado. Maravillosamente hermosa, es lo correcto.

—Gracias. —Da un paso hacia mí, haciéndome retroceder naturalmente y casi choco con alguien más caminando por el pasillo.

La chica casi queda estampada en la pared, así que me doy la vuelta para disculparme.

—Lo siento —gruño.

Saylor sonrío y cierra la puerta de su habitación.

—¿Entonces adónde vamos?

—Ah —Agarro su mano—. Así que la señorita quiere saber.

—La señorita está intrigada.

—¿Intrigada? —Dejo de caminar—. ¿No emocionada?

Su gesto no me dice nada.

Trazo mi dedo a lo largo de su suave línea de mandíbula y luego alcanzo la parte posterior de su cabeza, tirando de ella hacia mi espacio mientras soplo un beso en sus labios.

—¿Y ahora, ahora estás emocionada?

—Tibio —susurra.

Chupo su labio inferior y luego dejo que mi boca se cierna sobre la de ella mientras respondo—: Quiero que estés ardiendo. No solo caliente, sino ardiente. No intrigada, sino impresionada. No sólo emocionada. Quiero cautivarte. Y al final de la noche, lo que realmente quiero... —Cierro los ojos para no besarla de nuevo—. Es que esas lágrimas se borren de tu memoria para siempre.

—¿Por qué? —Su cuerpo se arquea hacia mí.

—Quiero que los viejos recuerdos se hayan ido, los malos. Para poder crear nuevos. Unos tan poderosos que los viejos ni siquiera te importen.

—¿Entonces que estamos esperando?

Sonriendo, retrocedo y tomo su mano.

—Buen punto.

Capítulo 42

Parece normal, pero yo tengo tantas preguntas sin ninguna idea de cómo obtener las respuestas.

Estoy dividida entre querer tener una cita normal y el deseo de sacudirlo hasta que todas las respuestas salgan de sus labios. Incluso si me dolía escucharlas, tengo que saberlo.

Saylor

Saylor

Lo dejo besarme.

¿A quién quiero engañar? No besarlo habría sido un crimen contra mi propio cuerpo. Me gusta. Me gusta mucho y no besarlo solo porque todavía estoy un poco herida, ¿molesta? Esa es una idea completamente de chicas. Y odio a las chicas que piensan así. Aquellas lloronas que retienen todo lo físico hasta que se salen con la suya. Sí, también significa que al final del día podría necesitar un bote de helado de chocolate por todo el daño emocional que he tenido, pero bueno, al menos tuve un beso.

No estoy segura de cuándo comencé a mirarlo así.

Tal vez fue cuando cantó su canción ayer por la tarde.

O tal vez fue cuando mi madre comenzó a hablar sobre finales y comienzos.

Estoy a cargo del mío: mi final o mi comienzo. Podría terminar las cosas con él ahora y odiarme por el resto de mi vida. O podría elegir hacer lo que me da miedo y saltar de ese acantilado junto con él.

Elijo saltar por el acantilado.

Y en cuanto di el salto, supe que fue la decisión correcta.

Así es como funciona el riesgo. No sabes que es la opción correcta hasta que estás cayendo e incluso entonces todavía sientes las proverbiales mariposas, pero al menos fuiste tú quien dio ese paso sobre la cornisa.

Nadie te ha empujado. Estoy orgullosa de mí misma, por poder llegar a esa conclusión, estoy bastante segura de que tengo que agradecer a mi madre por eso.

Esta soy yo. Yendo a una cita con él.

En mi cabeza, está sentado al piano, escribiendo mi propia historia, la historia que Gabe me anima a tocar. Y la música, maldición, pero es buenísima.

—Pareces ocupada en tus pensamientos —dice Gabe una vez que estamos en camino a nuestra cita. Intento desesperadamente no mirarlo. Sé que sigue siendo el mismo chico, pero me pone nerviosa. Este chico es diferente al de antes, hay una sensación de vulnerabilidad en él. No quedan capas. Han sido levantadas y destruidas.

—Peligroso. Lo sé.

—Me alegra que hayas dicho que sí. —Gabe se aclara la garganta y conduce el auto hacia la autopista—. Y voy a comenzar ahora mismo.

—¿Comenzar, qué quieres decir con comenzar?

—Cuando tenía cinco años, tenía una rata de mascota. Se llamaba Thomas. Yo quería un juego de trenes. Mis padres me dieron una rata, imagínate. Como el juego de trenes que quería se llamaba Thomas, decidí nombrar la rata así. —Se encoge de hombros—. Tuvo un tumor cuando yo tenía seis años. Lo llevamos al veterinario. Murió en mis brazos.

—Gabe, yo lo...

—Thomas número dos era un chihuahua, que solo puedo imaginar que nació directamente en el infierno y luego fue enviado a la tierra para destruir cada mueble y cada zapato en mi habitación.

Me cubro la cara con las manos para no reírme.

—¿Murió?

—Por supuesto no. —La voz de Gabe está irritada—. Es como un gato, tiene nueve vidas, tal vez más. Se ha roto casi todos los huesos de su pequeño cuerpo poseído y está totalmente ciego de un ojo. Camina cojeando y duerme en mi antiguo dormitorio. Se niega a ir a otro lado.

¿Por qué de repente tengo ganas de comprarle un lindo perro grande como un labrador o un pastor alemán?

—Comencé haciendo comerciales de productos para el cabello. Mi padre siempre quiso ser actor, pero nunca pudo consolidar su carrera, así que me empujó a eso a temprana edad. Cuando tenía doce años y estaba filmando mi primera película, me encerró en mi tráiler después de que una de las actrices mayores se me acercó y me ofreció hacerme una mamada.

—Qué horror.

—Tenía doce años, maldita sea —gruñe—. Y ella tenía el doble de mi edad, literalmente. Odié a mi padre un poco después de eso. Dijo que en el negocio del entretenimiento nunca sobreviviría si era un pobre inocente.

—Gabe...

—Me introdujo a las drogas. A los dieciséis años ya había hecho siete películas. Estaba en camino al agotamiento cuando conocí a Princesa. Estaba lanzando mi segundo álbum y empecé a odiar seriamente mi vida. Ayudó que Mel-Lisa. Se había enamorado de mí cuando éramos pequeños. Éramos vecinos y todo eso, pero nunca la besé. Sabía a quién quería. Y ella también me quería a mí.

Se aclara la garganta.

La lluvia cae sobre la ventana.

—Creía en el amor verdadero, todavía lo hago. Las puestas de sol todavía me quitan el aliento, la pizza me cae mal, pero me la como. Me encanta bailar casi tanto como me encanta tocar instrumentos. Puedo tocar casi todos los instrumentos en caso de que te lo estés preguntando. Fue así como pasé mi tiempo cuando mi papá me encerraba en la habitación por ir en contra de sus deseos.

—¿Y tú mamá? —Pregunto, mirando por la ventana. ¿A dónde diablos me lleva? Estamos alejándonos cada vez más de Seattle.

—Ella ama el dinero. —Él se encoge de hombros—. Cualquier cosa relacionada con el dinero. Entonces lo dejó hacer lo que él quisiera porque consiguió un esposo feliz y una mansión en la que vivir.

Maneja por el puente flotante hacia Bellevue.

—Tenía una hermana gemela —susurra—. Murió de muerte de cuna. Mi madre dice que estaba en la cuna con ella cuando sucedió. Aparentemente había estado muerta unas tres horas antes de que mi madre viniera a ver cómo estábamos.

Me quedo sin aliento.

—Ella había estado bebiendo. —Gabe maldice y golpea el volante—. Odio a los patos de Oregón.

—Bueno...

—No. En serio. Los. Odio. —Sus músculos se aprietan—. Es la única sudadera que Princesa

usa.

A través de la consola, tomo la mano derecha de Gabe, apretándola dentro de la mía.

—¿Por qué es la única sudadera que usa?

—Porque... —Sus ojos son como el cristal, parpadea un par de veces—. Era mía. La llevaba puesta la noche que se golpeó con el árbol.

—Oh.

—Es lo mismo con su bufanda rosa. Por alguna razón, lo único que recuerda es que olvidó su bufanda rosa, no su casco. No sé por qué se aferra a ciertas cosas. Pero debe de tener su bufanda rosa atada a su silla de ruedas en todo momento o ella tendrá una crisis.

—¿Y las canciones? —Me aclaro la garganta—. ¿Es lo mismo con las canciones que le gustan?

Gabe toma la segunda salida de Bellevue que conduce al lado oeste. Curioso, miro por la ventana e intento controlar mi corazón. Se está abriendo, sangrando hasta secarse, esperando que lo acepte o lo rechace.

Él es valiente.

Más valiente que yo.

—En el momento en que escucha mi voz, se transporta a un lugar seguro, diferente. Estúpido, ¿verdad?

Me volteo y lo miro, concentrada en sus labios carnosos, boca preciosa, mandíbula fuerte.

—No. —Aprieto su mano—. No es estúpido. Si las posiciones se cambiaran, me imagino que escuchar tu voz sería lo más relajante del mundo. Como el silencio después de una tormenta, la paz que anhelas en una vida llena de ruido. Eres su paz.

Gabe asiente con la cabeza.

—Supongo que es algo, ¿verdad? ¿Destruyo y traigo la paz?

—No causaste la destrucción, Gabe. Eres una víctima desafortunada, y a veces eso es peor que ser la causa.

Asiente con la cabeza, pero no dice nada más mientras conduce el automóvil por una carretera con curvas y luego se detiene en una casa immaculada.

—¿Dónde estamos?

Gabe apaga el auto y mira al frente.

—Seattle está lo suficientemente lejos como para que fuera sensato desaparecer aquí, pero...

— Sus fosas nasales se dilatan—. Ella había visto esto en la televisión, en ese canal de decoración, en un programa sobre las casas en Bellevue y se enamoró.

Vuelvo a mirar la casa. Mi corazón late con fuerza.

—Gabe...

—La compré. —Aprieta las llaves en su mano—. Para ella. La compré para ella.

No quería saber, pero tengo que hacerlo.

—¿Alcanzó a venir?

—No. —La voz de Gabe está llena de dolor—. Nunca conoció la casa. Iba a traerla aquí de sorpresa.

Nos sentamos en silencio. Él se queda mirando la casa, mientras yo no puedo apartar mis ojos de él.

—Así que. —Gabe asiente con la cabeza—. Esto es todo. ¿Sabes cómo la gente siempre viene con equipaje? No tengo equipaje. Tengo una maldita casa. No tengo un armario lleno de esqueletos. Tengo siete habitaciones llenas de ellos. Y puedo literalmente subir esas escaleras y abrir la puerta y dejar que las veas todas, pero no me quedará nada. Esto es lo último que tengo

para protegerme. No tengo más máscaras, no más fachadas, ni bromas, ni personalidades, nada. Absolutamente nada. Esta casa, esto es todo.

Suelto su mano y alcanzo la puerta.

—Bueno, ¿Qué estás esperando?

Gira la cabeza hacia un lado y entrecierra los ojos con incredulidad.

—¿Perdón?

—No condujimos hasta aquí para mirar una casa. —Sigo el camino—. Vamos a entrar.

—¿Estás segura de que quieres hacer eso? —Gabe pregunta, dudando en cada una de sus palabras—. Esto es algo pesado, Saylor. No te culpo por correr, por volver al auto y decidir que no vale la pena.

—Me estoy enamorando. —Me encojo de hombros—. No como si empezara a estarlo, como que ya estoy completamente enamorada de ti. ¿No crees que es hora de que dejes que alguien comparta la carga contigo?

Sonrío y sigo caminando, esperando que él haga lo mismo.

Que se decida a abrir la puerta.

—Además, nadie quiere saltar de un avión solo, estamos juntos hasta el final.

—Un día —susurra Gabe—. Cuando mi corazón vuelva a ser mío. Cuando no lo comparta con una niña moribunda, te lo daré todo.

—Gabe —digo, suspirando—. En este momento estoy perfectamente feliz con las piezas. No importa cuán rotas puedan estar.

—Maldición, lo dices en serio, ¿no?

—Así es. —Lo tomo de la mano, alentándolo a caminar.

A dar el paso juntos.

A vencer el último de sus demonios.

Me toma la mano sin dudarle. Subimos las escaleras, acercándonos lentamente a una casa que se hace cada vez más grande.

Desde el exterior, es una obra maestra de dos pisos. Pone la llave en la cerradura y la puerta se abre.

Enciende las luces.

Y jadeo.

No solo es hermosa, está fuera de este mundo. Como algo que solo he visto en la televisión o en las películas.

Vigas de madera expuestas se alinean en el techo, creando un rastro desde la sala de estar a una cocina abierta. Los colores son una combinación de blanco y madera. Una chimenea de piedra y cobre domina el centro de la habitación con un lujoso sofá blanco en la mitad, de frente a la chimenea. Detalles en rojo, como cojines y mantas, decoran la sala de estar. Salgo al pasillo y veo otra habitación abierta, esta con techos abovedados.

Y un piano de cola gobierna el espacio.

—¿Temerosa? —La voz de Gabe me susurra al oído mientras me rodea con los brazos por detrás.

—Ah. —Exhalo y miro, un poco celosa de que él tenga su propia sala de ensayo, un espacio en el que me podía imaginar sentada durante horas mientras la chimenea ruge en el fondo.

No es hasta que quito los ojos del piano que noto lo que hay en las paredes. Es como ver una película sin sonido. Las imágenes en blanco y negro van de izquierda a derecha, cruzando la habitación.

Lentamente, me acerco a la primera. Gabe y Kimmy se abrazan y se besan.

Toco su cara, la misma cara de la que limpiaba saliva todos los días, haciéndome perder el control por completo.

Las lágrimas no paran de salir. Lloro y lloro, y luego lloro un poco más.

Lloro hasta que mi cuerpo tiembla. Lloro hasta que no me queda nada.

Y Gabe me abraza.

¿El problema sobre las personas que te revelan su dolor?

Más a menudo que nada, se convierte en tu dolor.

Y yo estoy destrozada.

Capítulo 43

La música sin pasión es simplemente ruido. ¿Una vida sin pasión?

Es como si estuvieras muerto.

Gabe H.

Gabe

—Tranquila —La abrazo y la llevo al sofá, luego enciendo la chimenea frente a nosotros. Estoy agradeciendo a mi buena suerte por el hecho que un equipo de limpieza pasara por la casa y ventilara todo para no estar enterrados en el polvo—. Sabes, me vas a causar un complejo. Se supone que debo hacer todo lo posible para que no llores.

Saylor gimotea contra mi pecho, sin levantar la cabeza.

—Lo siento mucho. Es que...

—¿Qué?

—Encontraste a la indicada. En el momento adecuado. La chica que amabas. La chica con la que querías todo. Eras tan valiente, tan natural. Le diste todo y —Saylor se contiene la respiración—. Mirar fotos de ustedes juntos me destruye, Gabe. No es justo.

Cierro los ojos y la abrazo más fuerte.

—Lo sé.

—No es justo —repite ella—. No es justo que yo esté aquí y ella no. No es justo que tengas que mostrarme tu casa y que ella no pueda ser la que te haga galletas todas las navidades. Nunca pasará por esas puertas y entrará de tu abrazo. Eso nunca va a suceder.

Lucho contra las lágrimas que de golpe me llenan la garganta.

—Lo sé.

—Me siento indigna —susurra Saylor—. Ver esto. Estar contigo. Debería ser ella.

—No eres indigna. —Le acaricio el brazo—. Estoy compartiendo esto contigo. Solo tú, Saylor.

La aparto de mi pecho para poder mirarla directamente a esos bonitos ojos azules.

—¿Lo que pasa con la vida? Nunca sale según lo planeado. Pero, en este momento, en este momento, contigo en mis brazos. No lo querría de otra manera. Por favor, créeme cuando digo eso. Este momento es un regalo. Solo por estar aquí, estás haciendo que ese dolor sea un poco menos agudo.

Una lágrima se desliza por su mejilla.

—Número cuatro —susurra Saylor.

—¿Qué? —Observo sus labios mientras habla.

—Lágrima número cuatro. Simplemente lo compensaste.

—¿Haciéndote llorar más? —Toco mi frente con la de ella.

—No. —Saylor ahueca la parte de atrás de mi cabeza—. Al comprender las lágrimas antes que nada.

Con voz temblorosa respondo—: No fueron por mi culpa.

—No.

—Son por mí.

—Sí. Una lágrima por una lágrima —dice en voz baja—. ¿No es eso lo que dijiste?

No confío en mí mismo para hablar. Solo puedo asentir mientras veo las llamas lamer

salvajemente en la chimenea.

Después de unos minutos de silencio, miro a Saylor. Todavía lleva puestos su vestidito negro y tacones altos.

Estamos solos en una casa increíble que no había visitado en cuatro años.

Y estamos sentados en un sofá.

Deprimente.

—¿Soy la peor cita? —Digo.

La cabeza de Saylor se alza bruscamente, una sonrisa acuosa aparece.

—Qué te puedo decir...

—No más lágrimas. —Me levanto y me dirijo hacia la cocina—. Has visto la casa. Conoces la historia. Ahora vamos a divertirnos.

—¿Oh? —Sus cejas se arquean cuando su mirada me sigue a la cocina.

Realmente no sabía bien la disposición de la casa, pero sí sabía que el personal había almacenado comida en la despensa y que había algunos menús para pedir comida por si acaso teníamos hambre.

—La siguiente persona que llore tiene que salir corriendo desnuda —le digo, levantando los menús en el aire.

Saylor ladea la cabeza.

—Te das cuenta de que eso solo me hace querer que llores, ¿verdad?

Sonrío.

—Hay maneras más fáciles de desnudarme, cariño.

Se sonroja y se mira las manos.

—Aw, el poni rosado está regresando —bromeo.

Saylor se cruza de brazos y levanta la cabeza con los ojos brillantes de indignación.

—Era morado.

—Un poni es un poni, todavía lo montas.

La cara de Saylor se enrojece.

—Te pillé. —Le guiño un ojo.

—Estás demasiado seguro para tu propio bien. —Ella frunce el ceño.

—¿El hecho de que me acosté con mi rata al lado de mi cama hasta que murió me hace sentir menos confiado?

—No.

—¿Odio las arañas? —Le ofrezco una ramita de laurel—. Que de verdad me causen pánico.

Saylor da unos pasos hacia donde me encuentro al otro lado de la cocina.

—¿Qué tanto miedo? Imagínate que una pequeña araña se deslizara por el piso, ¿qué pasaría?

—Gritaría y aplastaría su trasero peludo.

—Veamos —Se toca la barbilla y da unos pasos más—. ¿Y si pongo una araña en tu cama?

—Lloraría —respondo honestamente—. Lloraría mucho y luego gritaría y aplastaría su peludo trasero.

Ella sonrío y se apoya contra el mostrador, lo que significa que todo su cuerpo esta delineado por el resplandor de la chimenea. Paso saliva, mi garganta de repente se siente completamente seca.

—¿Y si estuviera vestida de araña?

Mis ojos no se apartan de los suyos cuando respondo—: Te sujetaría contra el suelo, te quitaría el disfraz y luego trataría de no aplastar tu muy bonito trasero, aunque me gustaría hacer otras cosas con él.

No estoy seguro de quién llegó a quién primero.

Pero, de repente, nuestros cuerpos chocan, nuestras bocas se encuentran en un frenesí. La levanto sobre la encimera mientras envuelvo sus piernas alrededor de mi cintura. Con un gemido, su cuerpo tiembla bajo mi toque. Ahueco su rostro con una mano mientras estabilizo su cuerpo con la otra. Quiero besarla hasta que me duelan los labios, hasta que mi boca se hinche, hasta que mi cuerpo se agote, así que básicamente quiero besarla para siempre.

Este beso es diferente.

Toda una vida de besos, y nada se compara con su boca, la forma en que se siente, su sabor.

Es impactante darse cuenta de lo increíble que un ser humano puede tener a alguien con solo tocarlo.

Pero Saylor no sólo me toca, sino que me envuelve con su cuerpo. No solo me besa, comparte su alma conmigo. Saylor me está mostrando lo que las palabras no pueden expresar.

Su lengua me enloquece mientras gira alrededor de la mía. Meto mi mano en su cabello agarrándola mientras intento apretarla más contra mi cuerpo.

Los brazos de Saylor se aprietan alrededor de mi cuello cuando la sensación de nuestros cuerpos chocando, frotándose uno contra el otro, casi me hace desmayar.

Cada caricia es como un tatuaje.

Retrocede, sus ojos vidriosos por el deseo.

La miro fijamente.

Ella me mira fijamente.

Extraño cómo la gente puede comunicarse sin decir una maldita palabra. Saylor, lentamente, se aparta de mi cuerpo y salta del mostrador, luego me agarra de la mano y me arrastra hasta el sofá.

La sigo. No hay otra opción.

Cuando llegamos al sofá. No dudo en tomarla en mis brazos y caer de espaldas sobre ella para que este encima de mí.

Comenzamos a besarnos de nuevo.

Esta vez más lento. Me tomo mi tiempo probándola, explorando cada centímetro de su boca hasta que pienso que me va a volver loco. Ella responde a todas mis caricias, con pequeños suspiros.

Me está matando.

—Say... —Muerdo su labio superior.

—No pares —susurra ella—. Nuevos recuerdos, Gabe. En esta casa, solo tuyos y míos.

Aparto a los fantasmas de Kimmy de mi mente y me concentro en el presente. Enfocado en Saylor, y sólo en Saylor, mientras seguimos besándonos. Empujo mi mano contra su estómago, rozando mis nudillos contra sus costillas. Saylor jadea. Aparto mi boca de la de ella, haciendo contacto visual con ella brevemente antes de que ella enrede sus manos en mi cabello y tire de mí con fuerza contra su boca nuevamente. Otro beso, este más fuerte, más hambriento, más profundo. Sus labios se mueven de mi boca a mi oreja, su aliento caliente me da escalofríos por toda la columna vertebral. Estoy siendo consumido por ella, cada toque y cada beso me hace más difícil mantener la ropa entre nosotros, porque todo lo que quiero es hacerla mía.

Mis manos presionan contra su piel desnuda, avanzando cada vez más alto, un suave gemido escapa. Mi cuerpo grita y lentamente retiro la presión de mi beso, porque tan fuerte como es, cada beso también me recuerda que no le estoy dando a Saylor todo lo que tengo, porque no estoy en posesión de todo en este momento.

¿Cómo podría realmente tomar de Saylor?

¿Cómo podría realmente entregarme a ella cuándo parte de mi corazón no me pertenece?

Y ese es el problema.

Mi corazón nunca ha estado en la cuerda floja con otras chicas y acostones de una noche. ¿Pero con Saylor? Estoy bastante seguro de que, si hubiera tenido mi corazón en la palma de mi mano, se lo habría entregado y luego me habría postrado en el suelo. Esperando, rogándole, que lo aceptara, aunque no se pareciera a otros corazones. A pesar de que estaba dañado.

Las manos de Saylor se clavan en los costados de mi cuerpo mientras ella se mueve sobre mí. Mi-er-da. Esto no va a terminar bien.

—Saylor... —Soy interrumpido por otro beso—. Saylor, no podemos. No puedo dormir contigo.

Ella se echa hacia atrás, una sonrisa formándose en su boca hinchada.

—¿Quién dijo algo sobre dormir?

—No. —¿Por qué demonios se está calentando mi cara? — Quiero decir que no podemos tener sexo.

Su sonrisa regresa.

—¿Te dije que iba a tener sexo contigo?

—Bueno no. —Maldición.

—¿Así que? —Se inclina hasta que sus senos rozan mi pecho.

Diablos.

Enciendan el aire acondicionado ya.

Bien pensado, Gabe. ¿Una chimenea? ¿Qué estaba pensando?

—Así que. —Me lamo los labios—. Estoy confundido.

—¿Alguna vez te has enrollado con alguien? —Ella me besa suavemente—. ¿Alguna vez has besado sólo por besar?

—No.

—Deberías hacerlo. —Ella roza otro beso en mi cuello. Gruño, agarrando su cuerpo y tirando de ella con fuerza contra mí—. A veces, los aperitivos son mejores que el plato principal.

Ante eso, me río.

—¿Ah sí? Pruébalo. —Pongo mis manos detrás de mi cabeza y guiño un ojo.

—Regla número uno. —Traza el contorno de mi mandíbula con su dedo—. Nunca bajes la guardia.

—¿Por qué?

—Porque puedo aceptar tu oferta. —Con una sonrisa, levanta mi camisa y comienza a lamer.

A lamerme.

Ella me está lamiendo.

Y me está gustando.

De.Ma.Sia.Do.

—Saylor...

Y luego me muerde, justo donde me ha lamido. Y luego me chupa, algo que solo podía describir como un torbellino a pesar de que sabía que suena irracional. Y más besos.

Lucho para evitar que mis caderas se dirijan hacia ella, haciendo que esto sea más que sólo besarme.

Sus dientes muerden mi estómago donde mis pantalones se unen con la piel, luego esa lengua tentadora se pone a torturarme de nuevo.

No puedo concentrarme en nada porque mi visión sigue borrosa, así que cierro los ojos.

Sus manos se hunden detrás de mí, agarrando mi trasero y luego apretando más fuerte

mientras sus dedos se clavan en la carne y luego comienzan a masajear lentamente.

Erótico sí. Relajante, aún más.

Y antes de darme cuenta. Me está dando sueño. No porque nunca en mi vida he estado tan excitado, sino porque ella está en todas partes. La siento en todas partes. Soy como una vaca gorda y feliz antes de ser sacrificada. Sin duda, probablemente iba a explotar de deseo.

Pero en este momento saboreo cada maldita caricia.

Y me permito sucumbir ante ella.

Capítulo 44

Es curioso: nunca me había dado cuenta de lo estresado que estaba Gabe hasta que finalmente lo vi descansando. Tenía la cara relajada, la mandíbula abierta.

Es la belleza masculina personificada y toda mía. Por ahora al menos. Por ahora, él es mío.
Saylor

Saylor

El imbécil se durmió.

Me rio suavemente mientras acomodo mi cuerpo junto al suyo en el sofá. Mi estómago está gruñendo, pero decido tomar una siesta con él antes de pedir comida. En el momento en que mi cabeza cae contra su pecho, me rodea con sus brazos.

La boca de Gabe encuentra la mía otra vez.

Nos besamos, nos besamos perezosamente, ninguno de los dos busca por el otro, simplemente nos quedamos allí y dejamos que nuestros labios se rasquen y muerdan el uno al otro.

Se siente hermoso.

Si nuestro primer beso fue una sinfonía caótica que explotó con todas las notas equivocadas en los lugares equivocados, ¿nuestro tercer beso? ¿Nuestro cuarto? Eran una canción. Una canción muy bonita, perfectamente reproducida.

—La extraño —susurra contra mi cabello—. La extraño tanto. ¿Cómo puedo estar tan feliz de estar contigo, de estar en tus brazos? ¿Cómo puedo desearte tanto? ¿Y aun así extrañarla?

Los ojos de Gabe no se abren, si acaso los aprieta más fuerte y me atrae hacia él. Está dividido entre el amor del pasado y lo que viene en el futuro.

—Porque. —Juego con su cabello dorado, a la luz del fuego parece un halo—. Ella fue tu primer amor, y cada día que ves su cara te recuerda que, aunque todavía está aquí, no lo está.

Gabe suspira.

—Siento que mi corazón se está rompiendo en dos. Siento que un día vas a despertarte y darte cuenta de que este drama no vale la pena. Que no valgo la pena. Saylor, dime que mañana las cosas no serán diferentes.

—Pero lo serán. —Suspiro mientras acaricio su cabello, sí, definitivamente se ve mejor de rubio—. Debido a que los esqueletos finalmente se han ido, las vendas de los ojos de las personas eventualmente se levantarán y tendrás que tomar una decisión.

Él se estremece.

—Nunca la elegiría sobre ti.

—Pero Gabe, la cosa es que... —Siento las lágrimas en mis ojos—. Ya lo has hecho. Incluso si no fue a propósito, ya lo has hecho.

Sus ojos se abren de golpe. Me doy cuenta de que quiere discutir conmigo sólo por la forma en que sus ojos se clavan en los míos como si suplicara que retirara lo dicho. Pero eso es lo que pasa con la verdad: una vez que lo dices en voz alta no hay marcha atrás.

Está afuera.

Besa mi frente.

—Podría amarte.

—Eso es lo que sigues diciendo. —Le ofrezco una sonrisa triste—. Pero por lo que vale. Yo también podría amarte.

No comimos.

Pasamos el resto de la noche besándonos, durmiendo, solo para despertar besándonos nuevamente. No tengo idea de qué hora es. La casa se siente como un cuento de hadas. Me imagino que si nos quedamos allí para siempre seríamos felices, todavía estaríamos besándonos, y seríamos felices, pero esa no es la vida real.

El universo debe haber escuchado mis pensamientos porque el celular de Gabe comienza a zumbear en su bolsillo.

Con una maldición lo saca.

—Hola, Wes, lo siento. Me quedé dormido.

Gabe cierra ojos y deja escapar un largo suspiro.

—¿Que canal?

El temor explota por todo mi cuerpo cuando Gabe se levanta lentamente del sofá, se acerca a la gran pantalla plana y agarra el control remoto.

El color invade la sala de estar.

La imagen en la pantalla me deja sin aliento. Es una de Kimmy antes del accidente, tan llena de vida, tan hermosa que duele mirarla. Y luego una foto de Ashton Hyde.

Y finalmente una foto de la familia de Gabe con la leyenda—: El padre devastado finalmente se acerca al hijo perdido desde hace mucho tiempo.

—Finalmente ha vuelto a casa —Dice el padre de Gabe en la pantalla del televisor. —. El hijo pródigo ha regresado después de nuestra insistencia en que nos permita volver a ser parte de su vida. Estamos tan tristes de que sintió la necesidad de ir a tales extremos para alejarnos, a nosotros y al resto de sus queridos amigos y admiradores de su vida. Pero escucha esto, Ashton Hyde.

Su padre mira a través de la pantalla del televisor.

—Nada volverá a ser igual. Ahora que has regresado, nunca te dejaremos ir.

Gabe se deja caer de rodillas en el suelo.

Corro hacia él, envolviéndolo con mis brazos mientras nos mecemos de un lado a otro.

—Va a estar bien —susurro. Aunque sé que es una mentira.

¿Lo de las mentiras?

Sólo funcionan si la otra persona no sabe la verdad. Y los dos lo sabemos.

Nada. Volverá. A. Ser. Lo. Mismo.

Capítulo 45

La vida me está pasando de largo.

Estoy vivo, pero no despierto. No he estado despierto en mucho tiempo. Es curioso, pensé que se suponía que el príncipe debía despertar a la Bella Durmiente.

Nunca, ni en mis sueños más locos podría haber imaginado que yo no era el dragón o el príncipe.

Sino él que necesitaba un rescate tan épico, que mi mundo se hizo añicos. ¿Lo aterrador de despertar? Recuerdas cuánto de tu vida fue una pesadilla, y recuerdas de nuevo por qué te dormiste.

Gabe H.

Gabe

Las luces nunca me habían molestado. Me brillan en la cara, me hacen sentir que voy a tener una convulsión, pero es un mal necesario. La gente tiene una fascinación por las imágenes, porque entonces pueden fantasear acerca de cómo sería estar conmigo, verme en persona.

Juré destruir hasta la última imagen que existía de la persona que fui. Pero cuando eso no funcionó. Destruí la imagen perfecta que tenían de mí. Era la única manera.

Y ahora me estoy arrepintiendo.

Porque el Ashton Hyde del que querían tomar fotos ya no existe.

Pero por primera vez en cuatro años, estoy de acuerdo con eso. Estoy bien conmigo mismo, con quien soy.

Agarro la mano de Saylor con la mía mientras nos dirigimos al albergue. Después de ver el noticiero de la mañana. Sé que las cosas se van a poner intensas con los medios. Necesito asegurarme de que todo estaría bien organizado para proteger a Princesa de los reporteros.

Wes, siendo Wes, dijo que ya está al tanto de las cosas, lo cual sólo puedo suponer que significa que ha llamado a su padre y traído a la guardia nacional, o algo igualmente enorme. Él no hace nada a medias. Demonios, no me sorprendería si el equipo de esos especializados en rescate estuviera parado afuera del albergue listo para la acción.

Saylor no dice mucho, pero sigo apretando su mano. No estoy seguro de si es porque necesito consuelo o porque estoy tratando de consolarla. En sus labios se dibuja una sonrisa, pero me doy cuenta de que la está fingiendo por mí.

Lo que es una mierda, porque ¿cuántas veces he estado ofreciendo la misma sonrisa? ¿Ofrecer una sonrisa falsa para que la gente se tranquilice? Eso me hace sentir como un imbécil.

—Aquí estamos. —Estaciono el BMW enfrente del edificio principal. Ambos seguimos usando la ropa con la que salimos anoche. Cuando Wes llamó, eran las cinco de la mañana, no dudé ni un segundo en salir pitando para el albergue.

—Así es. —Saylor mira a su alrededor.

El sol apenas comienza a reflejarse sobre la bahía. Solo hay dos o tres reporteros frente a la puerta. Sin duda, cientos estarán aquí más tarde.

—Quisiera quedarme en el auto —admito—. Quisiera dar la vuelta y volver a la casa y encerrarme allí contigo.

Saylor se gira y me mira, su sonrisa falsa se vuelve real, revelando su perfecta boca rosa.

—Finjamos.

—De acuerdo. —No estoy seguro de a qué se refiere.

—Nos conocimos en la universidad —comienza Saylor, lamiéndose los labios—. Chocamos en el pasillo e inmediatamente nos caímos mal.

—Porque tú fuiste sarcástica —le digo sonriendo.

Ella se ríe.

—Porque fuiste arrogante y te burlaste de mí.

—Cierto. —El sol se asoma sobre las montañas—. Y no podía sacarte de mi cabeza.

—Así que días después, cuando nos volvimos a encontrar, fue caótico porque los dos nos caíamos mal, pero estábamos intrigados el uno con respecto al otro —continúo.

—Y no se detuvo ahí.

—¿Qué? —Sus cejas se arquean.

—Eso. —Asiento—. Nada se detuvo, seguí deseándote, necesitándote. Hice todo mal, como la mayoría de los chicos, pensando que si pudiera hacerte odiarme me dejarías solo para seguir revolcándome en mi miseria.

—Chicos tontos, eso nunca funciona —susurra Saylor, con los ojos llenos de lágrimas.

—Nunca. —Sacudo mi cabeza y aprieto su mano—. Porque olvidamos que el odio y el amor son a veces imposibles de distinguir.

Mi voz se vuelve ronca, lo que siento se arremolina en mi pecho como un torbellino.

Tengo que decirle, recordarle lo que ella significa para mí, porque el infierno va a desatarse y tiene que estar segura.

—Y luego me enamoré.

—Yo también.

—Salimos, ¿qué, unas diez veces?

—Vaya —Saylor se echa a reír. Podía escucharla reír toda la vida sin cansarme. Es profunda y suena real, no falsa o aguda—. Alguien es optimista.

—Y salimos cada segundo de cada día.

—Hemos tocado juntos. —Saylor sonríe—. Por horas.

—Nos besamos. —Suspiro—. Por horas.

Los ojos de Saylor se llenan de lágrimas cuando mira la luz del amanecer iluminando el interior del coche.

—Y lo que comenzó porque nos caímos mal. —Me encojo de hombros—. Floreció en un amor total. Y ninguno de nosotros quiere estar sin el otro.

—Así que nos quedamos. Nos quedamos así para siempre.

—En nuestra casa. —Enfoco mi atención en la bahía y aprieto su mano tan fuerte como puedo.

—Y vivimos — susurra Saylor—. Felices para siempre.

—Sí. —Asiento—. Felices para siempre.

—Hubiera sido una gran historia. —Saylor solloza, las lágrimas corren por su rostro.

—Con un final increíble. —Ahueco su cara en mis manos.

—Lástima que sea sólo un cuento de hadas. —Se muerde el labio inferior y se encoge de hombros mientras más lágrimas caen sobre sus labios.

—Sí. —Algo atraviesa mi corazón, hace que me duela tanto que pienso que voy a morir en el acto.

—Gabe. —Saylor besa mi boca—. Por lo que vale, todavía quiero estar en la historia, incluso si eso significa que me voy con las manos vacías. Incluso si eso significa que me voy a quedar sin mi corazón. Has hecho tu elección. Y he tomado la mía.

—¿Incluso si eso significa que te quedas sin nada? —pregunto.

—El hecho de que la chica no termine con el chico al final, no significa que termine sin nada. La vida es un regalo, quiero compartir el tuyo, no importa cuán pequeñas sean las piezas que se comparten.

—Dios — voy a maldecir, pero su boca cubre la mía.

—Dios. — Saylor me toca la barbilla—. Escribió el final antes del principio.

Se encoge de hombros.

—Escribamos nuestra historia de la misma manera.

Asiento y alcanzo la puerta. Porque realmente, ¿qué más podría decir para mejorar esta situación?

Sabe tan bien como yo que en el momento en que ambos saliéramos del auto, Gabe oficialmente no sería más que un recuerdo. La vida universitaria normal, caminar por la casa y ayudar.

Todo cambiaría.

Y el mayor cambio será que la gente finalmente sabrá la verdad sobre Kimmy. Finalmente sabrán que está viva, y pronto sabrán que estamos comprometidos.

Lo que deja a Saylor fuera de escena.

Estoy destrozado, porque, aunque mi corazón pertenece a otra, realmente desearía pertenecerle a ella.

Porque lo que tengo con Saylor es algo vivo y lo que tengo con Kimmy es como tratar de revivir algo que se ha desvanecido hace mucho tiempo.

La amo, pero no estoy enamorada de ella. Sin embargo, mi corazón no me permite soltarla por completo. Duele demasiado pensar en eso. No importa en qué dirección me dirija, me duele.

—¿Ashton! —Un periodista se dirige hacia mí. Saylor me agarra la mano todo el tiempo que camino lentamente hacia el edificio—. Ashton, cuéntanos. ¿Es verdad, te has estado escondiendo en Seattle? ¿Vas a la escuela y te has pasado viviendo como estudiante todos estos años? ¿Y tú prometida? Se rumoreaba que falleció en un accidente. ¿Qué pasó realmente hace años?

Suspiro cuando el peso del mundo se cae sobre mis hombros.

—Contestaré todas tus preguntas. —Le ofrezco un educado asentimiento—. Pero en este momento, realmente necesito ver a mi prometida: ha estado enferma y eso es más importante que contarles una historia. Por favor, respeten mi privacidad un poco más.

Los ojos del periodista se entrecierran.

—¿Quién es ella? —Señala a Saylor, que todavía está a mi lado.

Abro la boca para decir algo. No sé qué demonios contestar. ¿Mi novia? Porque eso sonaría horrible, teniendo en cuenta que mi prometida está en una silla de ruedas dentro del edificio, a menos de cien metros de nosotros.

—Su mejor amiga. —Saylor sonrío cálidamente.

—Se rumorea que tu mejor amigo es Wes Michels. —Insiste el reportero.

—¿Qué es esto, primer grado? —otro reportero arremete—. Puede tener dos mejores amigos.

—Mike —Doy un suspiro de alivio. Lo conozco desde que comencé. Fue reportero de un importante periódico en Los Ángeles y luego se retiró—. Pensé que tú...

—He vivido aquí durante años, Ashton. Me pareció buena idea volver a mi oficio y ver qué pasa con la vida de mi chico favorito.

Los otros reporteros guardan silencio mientras Mike y yo hablamos.

Le doy una palmada en el hombro.

—Tú. —Asiento cuando el alivio comienza a alterar la adrenalina que está surgiendo a

través de mí. —Te hablaré después.

—Está bien. —Sus ojos se arrugan—. A Kimmy le hubiera gustado eso.

—Sí. —Me muerdo el labio para no desmoronarme—. A ella le hubiera gustado.

—Entra, hijo. —Mike asiente con la cabeza—. Me ocuparé del enjambre aquí afuera.

Me pone una tarjeta en la mano y sonrío. Sé lo que está tratando de hacer y se lo agradezco.

—Cuando estés listo, lo haremos cómo quieras. Tus términos, Ashton. No dejes que te conviertan en algo que no eres.

Aprieto la tarjeta como un salvavidas mientras miro el nombre de Mike y la información de contacto estampada en el frente. Luego lo meto en el bolsillo de mis pantalones.

Saylor guarda silencio mientras la seguridad nos deja pasar. Todo se ve igual, pero las expresiones en la cara de todos los demás... Esas son diferentes.

Martha se acerca y suspira.

—Lo siento. A menos que rompiera todos los televisores y robara las computadoras de todos por el día, no puedo evitar que se enteraren.

—Está bien —suspiro—. Todo tiene una fecha de vencimiento, ¿verdad?

—Correcto. —Los ojos de Martha se mueven hacia Saylor, que está a mi lado y luego ella se relaja—. Me alegro de verte de vuelta, señorita.

—Gabe. —Wes camina por el pasillo como si marchara a la guerra—. Ella ha estado preguntando por ti, no sé si Martha dijo algo, pero, la infección está empeorando.

Sin decir ni media palabra, Saylor y yo caminamos por el pasillo con Martha y Gabe. Princesa está acostada en su cama con una máscara de oxígeno sobre su nariz y boca.

El aliento de Saylor se detiene.

—Le ayuda a respirar —explica Wes—. Pero la tos hace que sea complicado. Juro que no dormí en toda la noche. Cada vez que ella tosía sonaba como si...

La voz de mi mejor amigo se apaga mientras extiende las manos impotentemente.

—Como si fuera el último. —Suspiro.

—Sí. —Wes se frota la cara con las manos—. Su cuerpo no responde. Es como si ella...

—¿Princesa? —Suelto la mano de Saylor y camino hacia la cama. Sus ojos se abren de golpe.

Ella sonrío y dice mi nombre empañando la máscara de oxígeno.

—Parece que has visto mejores días. —Sonrío y me siento en la cama.

Ella asiente.

—¿Te sientes mejor?

Nada. No asiente. Nada. La luz en sus ojos disminuye un poco, y luego comienza a toser sin control. Sostengo la máscara en su lugar y la ayudo lo mejor que puedo. Cuando termina de toser, un silbido reemplaza su respiración, haciendo que parezca que se está ahogando.

Me doy la vuelta para ver que Saylor y Wes se han ido.

Los ojos de Marta están tristes.

—Creo que... —Pone su mano sobre su pecho—. Gabe, creo que es hora de llamar una ambulancia.

—¿Qué? —Me paro—. ¿Crees que es tan grave?

—La infección está empeorando. —Martha suspira profundamente—. He visto a personas sanas morir por este tipo de infección, sin mencionar que su cuerpo está bastante débil. Creo que sería prudente llamarles. Al final, es tú decisión. Llevarla al hospital no significa que este sea el final, mucha gente sale del hospital.

¿Por qué siento que la estoy condenando a muerte?

—Tengo que pensarlo —respondo honestamente.

—Lo supuse. —Marta sonríe—. Av same una vez que decidas.

Me deja solo con Princesa.

Su forma es tan frágil. Es curioso, en mi cabeza ella ya no es Kimmy. Para mí ella es simplemente Princesa. Kimmy, la chica que conocí y a la que le propuse matrimonio, se ha ido. Pero ella me ha dejado un regalo en forma de Princesa.

Una Princesa enviada del cielo.

Tomo su mano en la mía, luego la beso.

—Eres hermosa,  lo sabes?

Sus ojos se llenan de lágrimas.

—Para mí —susurro, mis labios rozan su mano—, siempre serás la cosa más hermosa que he tenido el placer de mirar.

Una sola lágrima se derrama y rueda por la cara de Princesa.

—Realmente eres una Princesa,  lo sabes? Como las de las historias que te leo. Entonces, tengo una pregunta, mi pequeña Princesa.  Dejar s que el príncipe te rescate?  Puedo llevarte en mi caballo a mi castillo? —

 Puedo luchar por ti, incluso cuando t  no luchar s por ti misma?

 Me dejarás amarte, incluso cuando est s enferma y rota?

 Me dejarás mantener el voto que te hice hace tantos años?

Sus ojos se cierran.

— Gabe? —La voz de Wes suena desde el pasillo—. Llegaron más periodistas. S  que esto es mucho para asimilar en un día, pero cuanto antes rompas tu silencio, será lo mejor. Confía en mí.

—Tienes razón. —Me trago las lágrimas que se espesan alrededor de mi garganta y busco en mi bolsillo—. Hazme un favor.

—Cualquier cosa. —Wes entra en la habitación.

Le entrego la tarjeta.

—Ll malo y prepara la entrevista. Podemos hacerlo aquí en el albergue. Yo necesito terminar con esto.

—Dalo por hecho —afirma mientras toma la tarjeta.

— D nde est  Saylor?

Los ojos de Wes est n tristes cuando responde.

—Ella quiere darles algo de privacidad. Martha dijo que el café era la mejor manera de comenzar una mañana, así que s , se fue. Sin embargo, volver .

Mis ojos nunca dejan los suyos.

—De eso tengo miedo.

—Déjala —ordena Wes, su voz firme—. Déjala ser esa persona para ti. Ella sabe en lo que se est  metiendo y aquí sigue. Eso dice algo.

—No tengo nada que darle. —Apretando los puños, trato de no encogerme al reconocer el inconfundible sonido de desesperación en mi voz.

— Qui n dijo que tenías que darle algo? —Wes responde y sale de la habitación.

Capítulo 46

*Sabes que estás enamorada de alguien cuando la idea de que está enamorado de otra persona
no sólo te destruye,
sino que envenena el alma.
Sin embargo, ¿cómo podría estar molesta porque Gabe la ama cuándo su amor por ella es una
de las razones
por las que lo amo tanto?
Saylor*

Saylor

El café me sabe amargo.

No sirve de nada.

Me siento en la fría silla de metal y golpeo mis uñas contra la taza de café. Pasa una hora y finalmente alguien entra en la pequeña sala.

—Te encontré. —Lisa guiña un ojo y luego se deja caer a mi lado—. Entonces, ¿estamos revolcándonos o solo estamos pensando?

Sonrío.

—Un poco de ambas.

—Él te ama. —Los ojos de Lisa no se encuentran con los míos—. Si de algo sirve, conozco a Ashton de toda mi vida, y él te ama, te ama con fuerza.

Su mano cubre la mía, tratando de darme ánimos.

—Puede que lo estés compartiendo por ahora, pero considerando las circunstancias, no puedo imaginar una persona mejor con quien compartirlo. Y esa es la verdad. Kimmy, la verdad es que ella te hubiera adorado.

Por alguna razón eso me hace querer llorar.

—¿Cómo era ella?

—Talentosa. —Lisa retira su mano—. Ruidosa.

Lisa suelta una pequeña carcajada, se levanta y agarra su taza de café.

—La admiraba mucho. Es gracioso, a pesar de que ella y Ashton tenían algo especial, nunca me dejaron de lado, a pesar de que yo era dos años más joven y ridículamente ingenua.

—¿Estudiante de primer año? —Todo empieza a encajar—. Acabas de empezar la escuela.

La cara de Lisa se oscurece.

—Sí, bueno, no fui a la escuela al graduarme. Quiero decir, fue mi idea ayudar a Ashton a escapar de todo, pero no lo seguí de inmediato. Eh, me quedé en Los Ángeles por un tiempo.

—¿Y dejaste de modelar? —pregunto—. ¿Qué pasó?

—Creo —dice, tomando asiento, ofreciéndome una pequeña sonrisa—, que hemos tenido suficientes historias tristes por un día. Sólo quería hacerte saber, en caso de que tengas dudas, él te necesita.

—Gracias. —La sala queda en silencio.

—Los escuché hablar sobre llevarla a un hospital —murmura Lisa—. Espero que eso no signifique lo que creo que significa.

—Creo que eso significa. —Otra voz interviene. Kiersten entra en la habitación, luciendo tan miserable como yo, se sienta a la mesa—. Acabo de hablar con Wes. La infección está

empeorando, no mejorando. No sé. Ojalá hubiera algo que pudiéramos hacer.

Sus ojos se encuentran con los míos, ella se ve llena de tristeza, esta situación es abrumadora. Nos está afectando a todos los que queremos a Gabe.

—Cuando Wes pasó por su cirugía y todo, al menos él sabía que estábamos presentes, ¿sabes? Pudo hablar con nosotros, llorar con nosotros. —Su voz vacila—. ¿Pero Kimmy o Princesa? Ella está sufriendo y no sabe por qué. Todo lo que sabe es que Gabe está triste y no puede entender por qué. Desearía que pudiéramos darle felicidad.

Escucho atentamente, mi mente tambaleándose. ¿Qué podíamos hacer, cómo podríamos hacerlo más llevadero para ambos?

La situación es demasiado complicada para llamarla de otra manera. Sólo podemos ayudar a sobrellevar la carga.

—Creo que —grüño. Luego me aclaro la garganta e intento nuevamente—. Creo que tengo una idea.

Las cabezas de Kiersten y Lisa se levantan.

—Pero, necesito su ayuda, y Kiersten, vamos a necesitar a Wes.

Kiersten sonríe.

—Siempre necesitamos a Wes. Es como un superhéroe.

Tengo que estar de acuerdo con ella. El hombre probablemente fue Batman en otra vida o algo así.

—Bueno. —Me inclino hacia delante—. Esto es lo que vamos a hacer.

Después de que las chicas y yo hablamos, decidimos ir a almorzar a la cafetería y buscar a Gabe.

Está en la sala de juegos con ese hombre que había visto antes, Mike. Wes también está allí. Los tres parecen tensos.

Se está preparando un equipo de cámaras, uno de los asistentes le está poniendo un micrófono.

—Quince minutos. —Gabe habla despacio—. Puedo hacerlo quince minutos antes de romperme. Mi fuerza se agota rápidamente.

—Bien. —Mike se aclara la garganta—. Solo habla, Ashton, y me aseguraré de que la historia se cuente como quieres que se cuente.

—¿Ha tenido noticias de su padre? —Lisa me susurra al oído.

—No. —Suspiro—. Al menos no que yo sepa. Después de esta mañana, estoy bastante segura de que la última persona que quiere ver es su padre.

Lisa bufá.

—Ni quien quisiera verlo. Probablemente yo lo atropellaría con mi auto, así que es bueno que el imbécil ese se esté escondiendo.

—¿Listo? —Mike pregunta.

Los ojos de Gabe parpadean hacia los míos, su boca se relaja.

Me lamo los labios y articulo—: Te veo.

Sus hombros se relajan instantáneamente mientras hace lo mismo—: Te veo.

—Entonces, Ashton Hyde —comienza Mike—. Ha pasado un tiempo. ¿Por qué no empiezas diciéndonos a dónde fuiste?

—Creo que la parte importante —dice Gabe, asintiendo con la cabeza e inclinándose hacia adelante, — No es a dónde fui sino por qué me fui. —Mira hacia el suelo y luego directamente a la cámara. —El chico se vuelve famoso, el chico se encuentra con la chica. El mundo del chico se

da vuelta al revés, él toma una mala decisión, y la chica se lastima. El corazón de la chica se rompe dentro de su pecho, pero no deja de latir. Simplemente continúa latiendo a través de la ruptura, incluso aunque cada bomba duele y no sabes qué hacer. Desaparecí porque de repente mi vida ya no importaba. Se trataba de la de ella. Conseguirle la mejor atención, alejarla de los ojos vigilantes de los medios.

—¿Y sus padres?

Gabe suspira, su rostro se oscurece.

—En el momento en que se convirtió en lo que es ahora, sus padres la abandonaron. No pudieron manejarlo. Fue demasiado difícil y me firmaron la tutela. Tengo poder notarial y todo. Perteneceemos juntos. Como si en realidad nos hubiéramos casado.

Mike asiente con la cabeza.

—¿Pero nunca se casaron?

—No. —Gabe se lame los labios—. Nunca lo hicimos, pero la cuidé, cuidé de ella, como si hubiera hecho esos votos, a pesar de que intenté realmente ser algo que no soy.

—¿Qué quieres decir?

—Mi fuga fue crear una nueva identidad. Pensé que sería más fácil. Cuando llegué al albergue era solo Ashton. Cuando fui a la universidad, era Gabe, una versión completamente diferente de mí mismo. Pensé, yo creí que separar las dos identidades lo haría menos doloroso.

—¿Lo hizo? —Mike se inclina hacia delante—. ¿Fue menos doloroso?

—No. —Gabe exhala y su mirada busca la mía—. En todo caso, lo hizo peor, porque Gabe también se enamoró de una chica. Pero él comparte un corazón con Ashton, y el corazón de Ashton siempre estará en el limbo, esperando que su Princesa se despierte o se vaya a dormir.

Se puede escuchar caer un alfiler en la habitación.

Lisa agarra mi mano mientras Kiersten me envuelve con su brazo. Gabe ya está empezando a hundirse en su silla. Emocionalmente, está agotado.

—Hablemos de tu padre. —Mike comienza—. ¿De qué se trata el hecho de que tus padres te quieren en casa? Cuéntanos la verdad.

—Mi padre quiere lo que solía ser su mina de oro. — Gabe se encoge de hombros—. Si me hubiera ofrecido amor, aceptación, comprensión, nunca me hubieran puesto en la posición en la que estoy ahora. Le rogué que me dejara en paz. En cambio, amenazó el bienestar de las personas que más amo. Así que eso es la razón por la que estoy aquí, dando esta entrevista. Él puede decir lo que quiera, pero quiero que mis fans, mi familia, mis amigos, sepan la verdad. Nunca los dejé porque los odiaba, no menté porque yo quería hacerlo. Lo hice porque en ese momento no veía otra opción. Y cada una de mis elecciones fueron hechas pensando en ella.

—Amor verdadero. —Mike asiente con aprobación y sonrío cálidamente—. Suena como el verdadero amor.

—Sí.

—¿Ashton, algo más que quieras decir a tus fans?

—Gracias. —La voz de Gabe baja, convirtiéndose en un susurro—. Por entender.

—Muy bien, eso es todo. —Mike saluda al equipo de cámara mientras alguien se levanta y toma el micrófono de Gabe.

Todos comienzan a empacar mientras Wes se acerca a Gabe y lo abraza con fuerza, después le entrega un teléfono.

Gabe marca un número, luego se lleva el teléfono a la oreja, con la cara apretada. Parece listo para desatar a alguien.

—Sí me querías desfilando frente a los medios. Así que lo conseguiste. Sugiero que veas el

programa de Mike esta noche. Debe ser alrededor de las seis —dice entre dientes—. Y cuando lo hagas, solo quiero que sepas que lo hice todo por ti, hijo de puta enfermo.

Corta el aire con la mano y comienza a caminar de un lado a otro.

Su padre, está hablando con ese hombre.

—Cállate y escucha, viejo, porque estoy diciendo esto solo una vez. Tú y yo hemos terminado. Ya no puedes lastimarnos a ninguno de nosotros, y tú y tu lamentable trasero se desvanecerán en el pozo del infierno donde pertenecen o te perseguiré y te mataré.

Él escucha, pero no puedo escuchar lo que dice su padre porque la expresión de Gabe nunca cambia. Y luego esboza una sonrisa.

—¿Terminaste? —Espera un breve momento y luego asiente—. Bien. Porque esas son las últimas palabras que me dirás alguna vez, bastardo hambriento de dinero.

Pone su dedo en la pantalla del teléfono con tanta fuerza que parece que lo apuñala, parece que está a punto de tirarlo cuando Wes interviene y se lo quita de las manos.

El silencio es roto por la carcajada que suelta Wes.

—Si alguna vez hay un momento en que una persona necesita un trago, ahora es ese momento.

—Sí, sí. —La sonrisa de Gabe no llega a sus ojos, pero cuando me mira, me doy cuenta de que algo de ese peso comienza a desaparecer.

Solo espero que para cuando ocurra mi sorpresa, él sea receptivo y no se enoje por haber sobrepasado mis límites.

—Whisky. —Wes señala hacia la puerta—. Es la hora del whisky.

Capítulo 47

Si Dios quisiera que transportáramos equipaje, habría hecho que nuestra piel tuviera pequeñas bolsas como los canguros.

O tal vez lo habría hecho para que todos y cada uno de nosotros nacióéramos con enormes hombros para llevar la carga. Claramente, no fuimos hechos para soportar el peso del mundo, de alguna manera te hace preguntarte por qué lo hacemos de todos modos, ¿no es cierto?

Wes M.

Gabe

Por primera vez desde que Wes me golpeó, estoy bebiendo alcohol. No es que me esté empujando la botella, porque no soy tan optimista. Mi cuerpo, y mi mente, siguen recordando todo lo que pasó ese día.

Rato después, cuando Wes conduce el automóvil hacia los dormitorios, le pido que se dé la vuelta y me lleve a mi casa.

Saylor se ofrece a quedarse conmigo.

Le contesto que no.

No porque no quisiera compañía, sino porque sé que estoy vuelto mierda. Estoy un poco tomado, emocionalmente angustiado, y ella se ve tan bonita que sé que actuaría como un grandísimo idiota y trataría de seducirla para sentirme mejor, o terminaría llorando sobre su hombro. Tal vez, ambas.

En este punto, era un volado.

Todavía me siento enfurecido. Todavía me siento enojado, pero eso es lo que pasa con los sentimientos. No tienen que obligarte a tomar decisiones que sabes que pueden sonar bien por la noche, pero te arruinan al llegar la mañana.

Así que me voy a la cama, solo.

Golpeo mi almohada varias veces, dejando que el alcohol me alivie los nervios mientras cierro los ojos.

Dormir. Dormir lo cura todo.

Con un suspiro, me dejo caer de la cornisa en un sueño profundo.

La habría seguido a todas partes.

Es gracioso, ¿no? Las personas afirman saber qué es el amor, pero en el momento en que se les da la oportunidad de demostrarlo, se van.

Ojalá pudiera haber salido. Desearía haberme alejado hace cuatro años, entonces tal vez tendría la fuerza para alejarme ahora. Para mirarla a los ojos y decir—: Lo siento, pero no puedo hacer esto otra vez.

La gente rara vez quiere decir lo que dice. Para mí, lo siento era solo otra palabra que la gente usaba mal, al igual que el amor.

Amo el helado, amo los panqueques, amo el color azul—todo eso es basura, porque cuando hablo de amor de verdad—quiero decir que daría hasta la última gota de mi sangre por ti. Cuando la palabra amor realmente sale de mis labios, la digo en existencia. Estoy fortaleciendo mi alma, me estoy uniendo a la tuya.

Siempre había escuchado acerca de la encrucijada, cómo se les da a las personas opciones en sus vidas, elecciones que las toman o las rompen. Nunca me di cuenta de que me darían esa

segunda oportunidad. Nunca me di cuenta de que no la tomaría.

Sus ojos suplican, mirando a los míos. Mi corazón se rompe en mi pecho, mis labios se mueven para hablar, para decir cualquier cosa para que ella entienda la profundidad de lo que estoy sintiendo, pero sé en el momento en que le diga cómo me siento, que todo habrá terminado.

Mi corazón, mi alma, no puede sobrevivir si algo le pasa. Si ella no está en mi mundo, mi corazón se detendría. Sé que la estoy matando, porque me está destruyendo.

Pero volver a esa vida.

Incluso por ella

Está fuera de la ecuación.

Enamorarse, saltar, incluso sabiendo muy bien que ella me atraparía. No es una opción. Porque todos saben, que cuando se trata de amor, no es la caída lo que duele es el aterrizaje. Y sé que es sólo cuestión de tiempo antes de que ella también se rinda conmigo y me permita romperme.

Porque al final eso es todo lo que soy, una persona rota. El caparazón de un humano.

—¡No entiendo! —Ella golpea mi pecho con sus puños—. Me lo prometiste. Me prometiste que nunca te irías —Lágrimas corren por su rostro, el rostro que solía amar. Cierro los ojos y luego miro detrás de mí mientras Saylor aprieta las llaves en su mano, esperando mi decisión.

Estoy en una encrucijada, de acuerdo. Un camino conduce a mi futuro, el otro a mi pasado y a la autodestrucción.

No puedo mirarla. Ignoro cada resquicio del sentimiento y disfruto el dolor de mi corazón rompiéndose en un millón de pedazos mientras extiendo mi mano frente a mí, —Tienes razón, lo prometí.

—¡Gabe! —Grita Saylor detrás de mí—. No tiene por qué terminar así.

—¿No lo ves? —Digo en voz baja sin darme la vuelta. —Siempre supe que terminaría así. Siempre. Te lo advertí.

—Pero si...

—Suficiente. —Grito, las lágrimas amenazan con correr por mi cara—. Dije lo suficiente. Deberías irte.

Escucho la puerta cerrarse detrás de mí.

—¡Está bien! —dice ella, ahuecando mi cara—. ¡Va a estar bien!

—Muy bien, Princesa. —Me atraganto con las palabras—. Muy bien.

Aprieto la bufanda rosa alrededor de su cuello y la rodeo con el brazo.

—Gracias. —Ella suspira alegremente—. Siempre prometiste que me cuidarías. No puedes irte. No puedes.

—No lo haré —le prometo, porque es mi culpa. Como todo lo demás.

—¿Podemos ir a jugar ahora, Gabe?

—Sí, cariño, vamos a jugar. —Doblo la cobija alrededor de sus piernas y empujo su silla de ruedas fuera de la habitación, sabiendo muy bien que estoy eligiendo el camino equivocado, con cada paso que doy.

Me despierto con un sudor frío y húmedo. No es real. Era solo un sueño, pero ¿por qué se sintió tan real? Realmente creía todas esas cosas.

Enfermo del estómago, apenas llego al baño antes de volver la cena y esos cuatro tragos que Wes me había dado.

Mientras el agua baja por el inodoro, llevándome los restos de la buena idea de Wes, agarro una toalla y me limpio la cara, luego me dejo caer sobre el azulejo frío.

Extraño a Saylor.

También extraño a Princesa.

No quiero que mi elección por Princesa haga que Saylor me deje.

¿Qué tan egoísta puedo ser? Quiero a las dos.

¿Me merezco a ambas? Sé que no, pero eso no me hace quererla menos.

No hace que los antojos por sus besos y por sus caricias desaparezcan.

—Maldita sea. —Me limpio la cara otra vez, me quito la ropa empapada y salto a la ducha.

Solo he dormido seis horas, pero al menos algo es algo.

Hoy es el día en que tengo que decidir si llamar o no al hospital, todavía no estoy seguro de lo que voy a hacer.

Después de la ducha, camino aturdido por los suelos fríos que conducen a la cocina.

El sol apenas comienza a asomarse por la ciudad.

Es hermoso, quisiera que Saylor pudiera estar aquí para ver el amanecer conmigo. Deseo tanto ser un hombre entero para ella.

Justo cuando me estoy preparando para encender la cafetera, suena el timbre. Curioso, me acerco y me preparo para encontrarme con uno de esos periodistas sin escrúpulos que de alguna manera se enteró de dónde vivo.

Abro la puerta.

No es un periodista.

Saylor está sonriéndome. Y Princesa está con ella, toda acurrucada en su silla con las mantas extendidas sobre ella y una máscara de oxígeno en la cara.

Una mujer con ropa de enfermera está parada detrás de Princesa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Pregunto, después de finalmente descubrir mi voz nuevamente.

—Vine aquí para traer a Princesa a casa. —Saylor sonríe.

—Casa —Princesa grita y luego comienza a toser—. Ashton, está es mi casa. La de la foto.

Un ataque de tos sacude el cuerpo de Princesa, quisiera poder hacer algo para aliviar su dolor.

Me arrodillo para encontrarme con ella cara a cara.

—¿Te gusta?

Ella asiente

—¿Sabes por qué?

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque es un castillo —susurra.

—Perfecto para una Princesa. —Saylor termina.

No puedo hablar, aunque quiera. Sin decir nada más, abro la puerta y les ayudo a tirar de la silla hacia la sala de estar.

—¿El doctor está de acuerdo con esto? —Pregunto.

—Bueno —Saylor se muerde el labio inferior—. Digamos que Wes tuvo que hacer su magia para intentar que la dejaran salir, pero aun así ellos dijeron que la única forma de aprobarlo sería si tu firma estaba en el papeleo.

—¿Así que? —Me cruzo de brazos—. ¿Cómo lo lograste?

—Martha firmó. —Saylor esboza una sonrisa—. Por cierto, es muy buena para hacer tu firma. Ah, y dijo que, si la despides, se convertirá en tu acosadora número uno.

—Ah. —Me limpio la cara con las manos—. Es la mejor jefe de enfermeras que tenemos. Nunca la despediría.

—Bueno. —La sonrisa de Saylor es amplia y feliz.

—Todavía no puedo creer que estés aquí.

Se aclara la garganta. Miro a la derecha. La enfermera está cruzando los brazos sobre su pecho, mirándonos a los dos con interés.

—Oh, casi se me olvida. Esta es la enfermera que se hará cargo de Princesa, e incluso si llamas a la ambulancia para ir al hospital, ella seguirá cuidándola.

La enfermera inclina la cabeza y me tiende la mano.

—Soy Tara.

Saylor va y se para al lado de la dama y luego le rodea el hombro con el brazo.

—Gabe, te presento a mi madre.

Aturdido, solo puedo mirar y luego extender mi mano.

—Encantado de conocerla, señora.

Ella asiente y cortésmente toma mi mano.

—¿Dónde quieres que ponga a Princesa?

—Ahh —suspiro y miro alrededor de la casa, momentáneamente confundido en cuanto a qué dirección tomar—. La sala está aquí mismo y tengo prendida la chimenea.

No es hasta que estoy a mitad de camino por el pasillo que me doy cuenta de que Princesa no me ha llamado Parker sino Ashton. Ella me llamó Ashton.

¿Cómo es posible que un corazón este tan lleno de temor y emoción al mismo tiempo?

Me detengo en el pasillo.

—¿Gabe? —Saylor se voltea—. ¿Vienes?

—Sí —gruño—. Lo siento.

Capítulo 48

No hay palabras para describir el dolor que causa ver morir a alguien a quien amas profundamente.

Es como despertar de un mal sueño para descubrir que es tu realidad, es como ver que la luz del sol se desvanece del cielo, como ver que la muerte chupa a la persona que amas en seco y ser incapaz de detenerla. También puede tratar de evitar que las olas entren o que salga el sol. Al final, las olas llegan a la costa, el sol siempre se pone y la muerte es algo seguro. ¿Lo único en lo que tienes opción? Cómo te enfrentas a ello.

Wes M.

Saylor

Dos días después, estoy sentada al lado de Gabe mientras él le lee a Princesa. Ella se está deteriorando, así que él llamó al hospital y la internaron en una habitación para atención al paciente terminal. Una de las enfermeras del equipo principal venía varias veces al día para checar las cosas, pero como mi madre estaba constantemente cerca, no se quedan mucho rato. No es normal que el hospital aprobara algo como esto, pero al final, se trata del paciente. Y Gabe es de alto perfil, así que no le han dado mucha importancia. Además, mi madre no es una enfermera cualquiera. Ella es increíble, la mejor en lo que hace.

Eric llama al menos treinta veces al día: se queda con su mejor amigo y piensa que es la cosa más genial del mundo que puede pasar la noche en las noches durante toda la semana escolar.

Y yo estoy estresada.

No por la situación.

Pero porque no puedo concentrarme en nada, ni siquiera en mi música. Es como si la pasión que una vez había estado allí, la pasión que Gabe me había presentado se hubiera evaporado. Literalmente no tengo nada que ofrecer, nada que dar.

Esa noche, entro en la sala del piano, la que está llena de imágenes de Gabe y Kimmy, y me siento a tocar.

Las yemas de mis dedos rozan algunas de las notas, pero nada. No siento nada.

—A veces —dice la voz de Gabe detrás de mí—. No es la pasión lo que produce la música, sino la desesperación.

—Me siento desesperada —gimo—. También me siento un poco perdida.

—Eso es. —Sus manos se mueven a mis hombros—. Déjalo ir.

—Ni siquiera puedo encontrar el comienzo y mucho menos el final, Gabe.

—¿Y? —Me empuja los hombros, moviéndome con cuidado—. Debe haber algo central allí en alguna parte. Encuentra eso.

Golpeo mis manos contra el piano.

—Bien —él me alienta.

Los cierro de nuevo.

—Mejor.

Levanto mis manos para golpearlas por tercera vez, luego crujo cuando mis manos caen con gracia sobre las teclas, tocando una canción que ni siquiera recuerdo haber practicado.

Mis manos vuelan sobre el piano mientras toco.

Con el cuerpo sobrecalentado, el sudor comienza a acumularse en mis sienes, amenazando

con gotear por mi cara.

Cuando termino, mi pecho está agitado, como si hubiera corrido durante horas sin parar.

—Hermoso. —Gabe se sienta en el banco y me mira—. Gracias por lo que hiciste, por lo que sigues haciendo.

Miro hacia otro lado.

—Me siento impotente.

—¿Quién no? —suspira—. A veces, realmente no hay nada que hacer más que sentarse, mirar la pared y esperar lo inevitable.

—Estúpida pared —me quejo.

Gabe esboza una sonrisa.

—Te extraño.

—Estoy aquí.

—Sabes a lo que me refiero.

Lo sé. No lo estoy evitando, pero le estoy dando espacio. Dándole tiempo para llorar, dándole momentos con ella.

—Te necesito —susurra—. Incluso cuando estoy con ella, mis pensamientos están contigo, mi corazón nunca me fue devuelto por completo, pero las piezas que aún tenía fueron robadas en el momento en que te besé. En el momento en que nuestros labios se encontraron. Así que ni por un segundo pienses que no te necesito. No pienses que no te quiero. Porque lo hago. Yo te necesito.

Su boca se encuentra con la mía, suavemente al principio, y luego con más urgencia cuando sus manos se clavan en mi cabello y tiran.

—Tan hermosa.

—Creo que te amo —espeto—. Lo siento mucho.

Este no es el mejor momento para soltarle algo como eso, pero no puedo evitarlo.

No puedo más.

Me desplomo contra su pecho.

—Lo siento mucho, te amo. Lo siento. —Mi cuerpo entero tiembla—. No puedo evitarlo.

—Eso es romántico. —Se ríe contra mi cabello.

Lo golpeo, mientras las lágrimas amenazan con derramarse.

—Estoy tratando de disculparme.

—¿Por amarme? —Gabe pregunta, justo antes de que su boca se encuentre con mi mejilla. Sus ojos recorren mi cuerpo y luego mi cara—. ¿Por qué diablos te disculparías por darme uno de los regalos más preciados que tienes en tu poder?

—Porque... —Mis labios tiemblan—. Te lo pongo más difícil.

—Creo que esa es mi decisión —Él inclina la cabeza—. Y para que lo sepas, Saylor, eres mía. Ese amor que sientes por mí me da fuerza. Tu cara es todo lo que veo cuando cierro los ojos, Saylor. Así que por favor no te disculpes por amarme no digas que lo sientes, no cuando es la fuerza que me sustenta.

Suspiro y lo abrazo.

Suavemente, me empuja, y sus manos caen sobre el piano.

—*Dividido en dos* —canta—. *Amada por una y luego por otra. Tirado en una dirección y luego en la otra. Si pudiera respirar, todo de ti, todos los días de mi vida, no sería suficiente. Mi corazón estaba cautivo hace mucho tiempo, luego me lo robaste, me ayudaste a crecer. Ahora estoy mirando mi encrucijada con una elección que hacer, preguntándome cómo en el mundo incluso pensé que había una forma de tomarla.*

Sus manos vuelan sobre el piano, los músculos apretados en sus antebrazos mientras se

inclina hacia adelante y continúa cantando.

—*Mi mayor temor no es el final de esta vida, sino vivirla sin ti a mi lado.* —Repite el coro y cierra los ojos, tarareando la melodía inquietante de tal manera que me siento hipnotizada.

—*Dejarla ir será lo más difícil que he tenido que hacer, pero lo estoy haciendo para poder despedirme de ella y darte los buenos días a ti. Dime que no es demasiado tarde para pedir un segundo.* —

Él sonríe, pero continúa cantando, soltando todo lo que lleva dentro frente al piano.

—*Tercera, cuarta, décima cita.* —Sus manos se disminuyen la velocidad—. *Amarte siempre será fácil porque cuando te miro a los ojos sé que ves al verdadero yo, así que sé mi amor, sé mi lluvia, sé mis nubes, sé mi dolor.*

—*Mi mayor temor no es el final de esta vida, sino vivirla sin ti a mi lado.* —Él deja de tocar.

La sala queda en silencio.

—Eso fue hermoso.

Gabe se voltea.

—Es tu canción.

—¿Mi canción? —repito.

—La canción de Saylor. —Vuelve a sonreír—. Sé que no es muy original, pero es tuya.

—No. —Pongo mi mano sobre la suya—. Es nuestra.

La sonrisa de Gabe ilumina mi mundo cuando se inclina y me besa en la boca.

—Queda una más —susurro contra sus labios.

—¿Una más? —Se echa hacia atrás.

—Lágrima. —Suelto un profundo suspiro—. Tienes que compensarme por una más.

—Pensé que para eso eran todos estos besos —bromea.

Riendo, lo beso más fuerte mientras sus brazos me envuelven. Me levanta en el aire y me empuja contra la pared, asaltando mis labios con tanta fuerza que dejo escapar un gemido lamentable. Y luego otro mientras su lengua gira alrededor de la mía, retrocede y luego empuja hacia adelante nuevamente. El chico sabe besar. Seriamente. Sabe. Besar.

Mis rodillas se debilitan cuando él presiona sus manos contra mi estómago, manteniéndome en pie.

—¿Gabe, Saylor? —La voz de mi madre resuena por el pasillo.

Suspiro con frustración cuando Gabe se aparta y me da un beso más en la boca.

—Estamos aquí —la llamo.

Mamá entra en la habitación, me mira y tropieza un poco. Una vez que recupera su postura, se aclara la garganta.

—La máscara de oxígeno la está ayudando a respirar durante el día, el respirador por la noche, pero, Gabe, tengo un mal presentimiento. Su coloración es muy pálida y su rostro —Mamá suspira—. Lo que intento decir es que está en transición. Puedo verlo. Puedo sentirlo. Está comenzando a irse.

—¿Irse? —Gabe gruñe.

—Gabe. —Mamá extiende la mano y agarra su mano firmemente entre las suyas—. Kimmy se está muriendo, pero debes dejarla ir. ¿Entiendes? La gente incluso en el caso de Kimmy, intentan aguantar. Aguantan y es muy doloroso cuando lo hacen. Lo mejor que puedes hacer por ella es dejarla descansar en paz. Dale permiso de no ser fuerte.

Gabe se balancea sobre sus pies.

—He estado diciendo adiós por años.

—Esta vez deberá ser diferente —Mi mamá dice sabiamente—. Deberás decirlo en serio.

Capítulo 49

Fue como el accidente de nuevo. Me sentí impotente, hasta que Saylor me agarró la mano y no me soltó.

Usé su fuerza, lo usé todo.

Y por una vez no me sentí culpable por necesitar a alguien más. Ella fue mi salvación.

Gabe H.

Gabe

Saylor me agarra la mano cuando entramos en la habitación. Se acerca la medianoche, por lo que la habitación está cubierta de negro.

El único sonido es el de la máquina que respira por Princesa, y los ruidos de su pecho que siguen.

El ventilador se conecta mediante una traqueotomía para que ella aún pueda hablar, pero Princesa ha dejado de hablar hace dos días.

Ahora, ella solo miraba el techo, como si esperara que alguien la llamara a casa.

—¿Princesa? —Mantengo mi voz tranquila, arrodillado frente a su cama. Agarrando su mano, le susurro—. ¿Kimmy, cariño?

Gira la cabeza, lo suficiente para que pueda ver el blanco de sus ojos. Con una sonrisa, ella asiente.

—Cansada, Ashton.

—Lo sé, cariño —murmuro, sintiendo que el alma se me va con ella—. Sé que lo estás.

—Tos —Ella suspira, su pecho se sacude—. Odio esto.

—Lo sé.

¿Es esa la única frase que se me ocurre?

Aprieto su mano con más fuerza, aunque sé que ella no puede sentirlo.

Su cuerpo está tan roto que ni siquiera puede sentir mi consuelo mientras me aferro a lo que queda de su vida. La hora de que su cuerpo siga el alma que ya se ha ido al cielo se acerca.

—Te amo —mi voz se quiebra mientras las lágrimas corren por mi rostro—. Pero cariño, a veces, está bien dejar de luchar.

—Tan cansada —repite ella.

—¿Qué te parece si te duermes un ratito? —Digo con dulzura, ella lo necesita—. ¿No se sentiría bien, cariño, tomar una siesta larga para que ya no sientas dolor?

Mi voz se quiebra cuando Saylor aparece detrás de mí, colocando sus manos sobre mis hombros.

—Sí —Princesa dice lentamente—. Ashton, me cantarías para dormir, una vez más.

Sus ojos se llenan de lágrimas. De alguna manera ella lo sabe. Esta es nuestra despedida,

—Sí —susurro a través de mi garganta apretada—. Claro que sí, lo que tú me pidas.

—¿Y Ashton? —suplica, su voz tan débil que me revuelve el estómago.

—¿Sí, mi amor?

—Gracias por ser mi mejor amigo. —Su voz es tan débil que es difícil discernir lo que está diciendo.

Asiento. No puedo hablar. Las palabras que se forman en mi cabeza no tienen sentido. Sonarían como un sollozo.

Sin soltar su mano, me inclino y comienzo a cantar, mientras Tara se mueve y lentamente comienza a sacar el equipo de la garganta y del cuerpo de Kimmy.

—*Amo a mi Princesa, mi chica favorita. Cada vez que la escucho reír, quiero salvar al mundo, porque ella es mí, mi, mi chica.* —Mi voz se quiebra y vacila mientras mi mente reproduce imágenes de nuestros tiempos juntos.

Nuestra primera película, sus carcajadas, su sonrisa, nuestro primer beso, el amor que me dio. El regalo de su vida fue más de lo que yo merecía.

Sigo cantando.

—*Mi chica, mi chica, ella siempre será mi chica, y cuando las lágrimas caigan de sus ojos, juraré que nunca la dejaré llorar, nunca sola, nunca sin mí, nunca sin nosotros juntos. Mi chica, ella y yo por siempre juntos. Mi chica. Ella siempre será mi chica.*

Princesa sonrío y cierra los ojos.

Su pecho deja de moverse.

Sé que ella se ha ido, y sé en ese momento que Dios ha recibido a otra Princesa en sus brazos. Sucede con tanta rapidez y belleza que, si no hubiera estado observando su rostro, nunca hubiera sabido que se había ido.

Una visión de Kimmy corriendo por el cielo dibuja una sonrisa triste en mis labios, se ha ido. Y finalmente está completa.

Finalmente es libre.

Capítulo 50

Si pudiera quitarle su dolor...

Si hubiera una manera de transferirlo de su alma a la mía. Lo tomaría sin dudar, lo tomaría todo. Tal vez así es como sabes que amas a alguien. Cuando realmente sientes cada lágrima, lloras como si fueran tuyas. Cuando sientes cada corte, cada hematoma, cada golpe como si fuera tú quien sufre. Me desangré por él. Y a su vez, él por ella. Es curioso cómo la vida completa su ciclo.

Saylor

Saylor

—Se ha ido. —Mi madre lo dice en voz baja, pero bien pudo haber sido un grito durante todo el tiempo que el anuncio penetra en la habitación—. Voy a avisarle al médico.

Lentamente, Gabe suelta la mano de Kimmy y se levanta.

—Necesito llamar a su familia, hacer un anuncio, hacer los arreglos para el funeral. —Se tambalea, casi colapsando en el suelo.

Sin pensarlo, agarro su mano y lo llevo por el pasillo hasta que estamos en la sala de música.

Cierro las puertas.

Las cierro con seguro.

Y llevo a Gabe al banco del piano.

—Nos quedaremos aquí... —Aprieto su mano—. El tiempo que sea necesario.

—¿Qué? —Sus ojos están vidriosos por las lágrimas.

—El tiempo que haga falta para que la tristeza y el dolor se transfieran a la aceptación. Me quedaré aquí. Contigo. A tu lado. No me iré.

—¿Lo prometes?

—Lo juro. —Pongo sus manos suavemente sobre el piano—. Lo juro.

—No puedo. —La mano de Gabe está sin vida contra las teclas.

Con una fuerza que ni siquiera sé que tengo dentro de mí, pongo mis manos sobre las suyas y comienzo a tocar.

—Entonces déjame tocar contigo. Déjame ayudarte a superar ese dolor hasta que no quede nada.

Gabe baja la cabeza y me deja ayudarlo.

Pronto, sus manos se deslizan sobre el piano con tanta perfección que tengo que quitar las mías.

Las lágrimas chocan con sus manos. Las gotas ocasionan que sus dedos se resbalen a medida que cambia de una canción a otra.

Nos quedamos ahí en la sala de música por tres horas.

El único ruido es la música que toca Gabe. Algunas canciones tristes, algunas felices, pero al final, a veces las palabras no pueden expresar lo que hay en tu alma. Hablar con Gabe sobre lo que acaba de pasar parece tonto en comparación con dejar que me lo describa con su música.

Cuando termina la última nota, Gabe se levanta.

Yo estoy sentada en el piso con la espalda apoyada contra la pared.

Se acerca a mí y se arrodilla mirándome a los ojos por lo que parece una eternidad. Luego toma mis manos entre las suyas y me atrae hacia su pecho.

—Te amo. Si no recuerdas nada más por el resto de tu vida, si te caes y te golpeas la cabeza y no puedes recordar mi nombre, si te enfermas tanto que eres irreconocible, si me odias, si tú estás en tu lecho de muerte y ni siquiera puedes mover un dedo. Recuerda esto. Yo. Te. Amo.

Siempre. Y. Para siempre. Eternamente. Puedes vivir con esa clase de amor, Saylor?

—Sí, ya vivo con ese amor. —Me ahogo con mis propias lágrimas—. Yo también te amo.

La sala queda en silencio, solo nuestra respiración irregular me mantiene consciente de que el tiempo pasa. Que no fue un sueño.

—Venga. —Gabe se levanta y le tiende la mano—. Es un nuevo día.

Sonríó y agarro su mano con la mía.

—Es un nuevo comienzo.

—Justamente —Gabe sonrío y besa mi cabeza—, eso es.

Capítulo 51

La muerte y el amor son las dos únicas cosas que existen en este mundo que son lo suficientemente fuertes como para alterar el curso de tu vida, de tu destino.

Te impulsan o te paralizan. Al final, la elección es siempre tuya.

Wes M.

Gabe

El funeral ha terminado antes de que me diera cuenta de que había comenzado. Me levanto para decir algunas palabras y casi me quiebro. Entonces una sonrisa apareció en los labios de Saylor.

Y pude terminar con mi discurso.

Canté su canción

Fue agri dulce. Cuando le escribí esa canción había sido en un momento de mi vida en que las cosas todavía eran tan inocentes. Cuando todavía era Kimmy para mí, cuando pensaba que pasaría el resto de mi existencia en sus brazos.

Si hubo algo que aprendí de esta situación es que no se nos prometió nada. Todo lo que tuvimos fueron momentos juntos. Cada uno ha terminado en un abrir y cerrar de ojos. Entendí eso hasta cierto punto cuando Wes pasó por su cirugía. Había estado tan amargado por eso. Tan enojado porque la tormenta golpeó cerca de casa. Porque sabía que estaba haciendo un trabajo horrible al intentar alejar mis demonios.

¿Pero ahora? Ahora solo quería hacer lo correcto.

Y hacer lo correcto empieza con Saylor.

—Hola —Saylor se acerca y me da un abrazo. Salimos de la iglesia de la mano. Curiosamente, los periodistas respetaron mis deseos y nos dejaron en paz. Todavía hay cámaras, pero el ambiente se siente diferente, como si estuvieran llorando conmigo.

—Ven conmigo, quiero llevarte a un lugar —le pido.

Saylor se encoge de hombros.

—¿Estás seguro de que estás listo para eso?

—Sí. —Asiento, sintiendo las comisuras de mi boca aparecer en una sonrisa—. Realmente lo estoy.

—De acuerdo. —Ella me aprieta la mano.

Nos despedimos de Lisa, Wes y Kiersten, y nos dirigimos en silencio por la interestatal quince.

—¿A dónde vamos? —ella pregunta.

—Es una sorpresa. —Me río. De hecho, me río.

Maldita sea, se siente bien.

Tengo las manos sudorosas mientras agarro el volante y conduzco hacia el centro.

Hay bastante tráfico para ser miércoles por la tarde.

Saylor guarda silencio mientras me estaciono tan cerca del mercado de Pike Place como puedo.

—Vamos. —Me río de nuevo y cierro la puerta. Una sonrisa se forma en sus labios, agarra mi mano y se ríe suavemente.

Mi corazón late con fuerza en mi pecho mientras corremos por las calles. Lo que comienza como una caminata rápida se convierte en una carrera completa. No tengo idea de por qué.

Simplemente me parece necesario.

Una vez que llegamos al pie de la colina justo en frente del mercado de Pike. Levanto la mano y me acerco al lugar.

—Pescado. —Señalo el letrero—. En nuestra primera cita vinimos a comer pescado.

Saylor se echa a reír.

—Entonces, ¿estás diciendo que en todas las citas de ahora en adelante vamos a comer pescado?

—Solo las importantes. —Le guiño un ojo y me acerco a los muchachos que preparan los mariscos por la mañana—. Necesito un salmón, uno grande.

El chico asiente.

—Muy bien, ¿estás listo para eso?

—La cosa es que... —Levanto mis manos y señalo a Saylor—. Yo no lo voy a atrapar. Ella lo hará.

Ella se queda boquiabierta.

—¿Qué pasa si se me cae la cena? —Es su turno de levantar las manos.

—Relájate, Nemo no está vivo. —Le guiño un ojo—. Mejor prepárate, Saylor, porque tiran duro.

Los muchachos comienzan a contar.

—Uno...

—Ahhh —Saylor aplaude, pero me lanza una mirada de pánico.

—Dos —Me uno a ellos.

—¡Ay, Dios mío!

—¡Tres! —El hombre arroja el pescado.

Gritando, Saylor cierra los ojos, pero aun así logra atrapar el pescado.

Los vítores estallan de la multitud cuando Saylor lo levanta triunfante.

—¡Lo hice!

—Sabía que podrías. —Beso su sien.

—¿De verdad nos vamos a comer todo esto?

—Quizás no todo. —Me encojo de hombros y le guiño un ojo—. A menos que hayas desarrollado repentinamente el apetito de un jugador de fútbol.

—¡Oye! —Saylor me empuja con su cuerpo—. Dijiste que me amarías a pesar de todo.

—Cierto. —Asiento y la señalo—. Esa es la verdad.

—¿Entonces el pescado? —Ella lo levanta en el aire, lo han envuelto en papel café, así que no es nada asqueroso.

—Oh no, puedes quedártelo. —Le acaricio la cabeza en broma—. Vamos a cocinarlo esta noche, y voy a cumplir mi promesa de compensarte por la última lágrima.

—¿Cómo vas a hacer eso? —Los hombros de Saylor se alzan—. ¿Dándome de comer hasta que explote?

—Ya lo verás. —Me froto mis manos, al mejor estilo del villano de los Simpson—. Ahora, déjame pagar por Nemo antes de volver a casa.

—¡Tu coche se va a apestar! —me grita.

—Y tus manos también —respondo.

Sus ojos se entrecierran.

Cuando pago por el pescado y la ayudo a subirlo y colocarlo en el auto, mi estómago ya está gruñendo por comida.

—Oye, sabes cómo cocinar salmón, ¿verdad? —Saylor pregunta una vez que entramos en la

casa que espero y rezo, que ella todavía me quiera después de lo que le voy a decir.

—¿Qué? —Dejo caer las llaves sobre el mostrador—. ¿Quieres decir que no puedes cocinar?—

Alzo las manos en el aire. Haciendo todo un espectáculo, el próximo año seguramente me van a nominar a un premio de la academia.

—¿Cómo puedes llamarte mujer? En qué me he metido, me voy a morir de hambre.

Saylor cruza los brazos sobre su pecho.

—¿Ya terminaste?

—Hazme de comer, moza.

—Así que aquí está la línea. —Saylor hace un movimiento con las manos—. Simplemente saltaste sobre ella y luego quemaste el pueblo del otro lado.

—Me hieres —le guiño un ojo—. Puedo cocinar, pero estoy un poco triste de no poder verte en un delantal, sudando sobre la estufa, toda caliente e incómoda.

—Porque cocinar les hace eso a las mujeres. —Saylor asiente con la cabeza—. También tenemos peleas de almohadas en tanga y esperamos con ansias lavar la ropa.

La risa sale de mí antes de que pueda detenerla.

Ella me golpea de nuevo.

—Deja de pegarme. —Me alejo—. Y sé útil.

—¿Útil? —repite, sus ojos se entrecierran de nuevo.

—Estoy cocinando, hace calor aquí. —Me encojo de hombros—. Entonces necesito que me traigas un delantal, en caso de que Nemo decida volver a la vida y trate de mordisquear a Gabe Jr.

Saylor cierra los ojos y luego los abre.

—Te faltan muchos, muchos... —Abre cinco cajones antes de encontrar el delantal—. Tornillos en esa cabeza tuya.

Manteniendo mis ojos fijos en los de ella y sin sentir vergüenza alguna, me desabrocho el botón y me quito los pantalones.

La boca de Saylor se abre un poco.

—¿Estabas diciendo?

—Deja de flexionar.

—No lo estoy haciendo.

—¡Maldición! —patatea.

—¿Delantal? —Extiendo mi mano, con la palma hacia arriba y espero.

Saylor me come con los ojos.

—No. —Ella esconde el delantal a la espalda—. Creo que deberías arriesgarte con Nemo. Demuestra que eres un hombre y todo eso.

—Vaya. —Bromeo—. No sabía que eso era cuestionable.

—¿Qué? —su cabeza se alza bruscamente.

—Mi virilidad. —Sonrío, haciendo que Saylor se ponga roja como un tomate—. Sabes que puedo cocinar desnudo.

Ella pasa saliva lentamente.

—¿Oh?

—Quédate con los pantalones puestos. —Le guiño un ojo—. Quiero saborear el momento en que esté contigo por primera vez, no quiero que huelas a pescado.

Ella exhala un largo suspiro cuando sus ojos una vez más me comen con avidez de pies a cabeza.

—Ahora, cariño, podría poner un poco de miel goteando por todo tu cuerpo. —Me acerco a

ella, inclinándome, casi tocándola. Luego le muerdo el labio inferior—. O tal vez incluso un poco de chocolate. Aquí.

Trazo la línea de su rostro y luego muevo mi dedo por su cuello hasta su pecho.

—O un poco de crema batida, aquí mismo. —Lamo el valle hueco entre sus senos y suspiro alegremente.

—Lo había olvidado—Su pecho se agita.

—¿Qué?

—Lo peligroso que eres —suspira.

—¿Y ahora? —Mi boca chupa la piel justo debajo de su oreja izquierda. Me muevo hacia arriba hasta que mis labios tiran de su oreja—. ¿Ahora qué?

—¿Qué? —Se arquea hacia mí—. Olvidé qué me preguntaste.

—Pescado —le susurro al oído—. Tenemos que cocinar el pescado y luego, tal vez, te deje probar lo que quieres.

Me alejo de su cuerpo, sintiendo frío, deseando poder presionarla y quedarme allí para siempre. Pero pescado. Tenía pescado para cocinar.

—Gabe... —Gime—. Vuelve aquí.

—No, tengo que alimentarme. —Me alejo un poco más y comienzo a ocuparme de la comida.

—¿Te molesta? —Ella me entrega el delantal. Me lo pone sobre la cabeza y me detengo.

—¿Estar sin camisa? Para nada.

Saylor suspira y se apoya contra la encimera.

—No es eso. Que todavía te diga Gabe.

Lo pienso por un minuto y respondo.

—Dime, me conociste como Gabe. Es lo que has visto desde el principio, tiene lógica que para ti sea Gabe. Para el resto del mundo sigo siendo Ashton, pero no importa, somos la misma persona. Tanto Gabe como Ashton están enamorados de ti.

—Parece que tienes múltiples personalidades. —Bromea, tirando de las cuerdas sin atar del delantal para que yo este pegado a ella.

—Tengo que admitirlo, me gusta la idea de que tengas una variedad de nombres para elegir cuando te haga gritar.

La cara de Saylor se enrojece.

—No te preocupes. —Beso su boca—. Comeremos primero.

—¿Y entonces? —Su voz vacila.

—Y entonces... —me encojo de hombros—. Para siempre. Tenemos nuestro para siempre.

Capítulo 52

La recuperación no llega de inmediato, y aunque todavía tengo dolor, esta vez lo abracé, porque el dolor es un recordatorio de que ella había existido. El dolor me recordó que ella había vivido. Es curioso, cómo solía pensar que adormecer mi dolor lo haría desaparecer. Pero la única forma de deshacerse por completo del dolor es ir en contra de la naturaleza y abrazarla.

Gabe H.

Gabe

Mis ojos vagan ávidamente sobre sus labios. No puedo apartar mi mirada de su boca mientras toma un sorbo de agua y se recuesta en su silla.

—¿Terminaste? —Me pongo de pie y me acerco a su lado de la mesa.

—Sí. —Saylor suspira—. No me cabe nada más.

—Entonces... —Extiendo mi mano y la pongo de pie, luego la rodeo con mis brazos—. Hablando de esa última lágrima.

Sus cejas se fruncen en confusión.

—Pensé que todo el asunto del pescado y cocinar desnudo era por la última lágrima. Además, se han derramado suficientes lágrimas en ambos lados, Gabe.

—Cierto. —Presiono un beso en su boca y sonrío contra sus labios—. Pero quiero estar realmente seguro.

—¿Realmente seguro?

—Sí. —Me río—. No quiero dejar lugar a dudas.

—¿Dudas sobre qué?

—Lo que siento por ti. Lo que siento por nosotros. Lo que siento por todo. —Suspiro y suelto mis manos, retrocediendo un paso para poder ordenar mejor mis pensamientos—. Hoy fue el funeral de Princesa. La cosa es que Kimmy se fue hace cuatro años. Honestamente, pensé que sería un hombre roto para siempre.

Saylor no mueve un músculo.

—Pero... —me paseo delante de ella—. No lo hago. Por alguna razón, en su muerte, finalmente me siento completo. Como si hubiera cerrado un círculo. Pero todavía falta algo.

—¿Más pescado? —pregunta.

—Caliente, caliente. —Sonrío, caminando hasta donde se encuentra.

—¿Agua?

—Incluso más caliente. —Sonrío, inclinando su barbilla hacia mi cara.

—¿Un yate?

—Mejor un velero —suspiro—. Y una de esas personas que van a bordo.

—Me perdiste.

—Saylor. —Beso su boca—. Te extraño. Eres la pieza final del rompecabezas, la estrella en la parte superior del árbol de navidad.

—Siempre he querido ser una estrella. —Sonríe.

—Ponte seria.

—Llámame estrella de nuevo.

—Saylor —gimo su nombre—. Te amo.

—Yo también te amo. —Los brazos de Saylor se deslizan alrededor de mi cuello mientras presiona sus labios contra los míos, una, dos, tres veces. Y luego se aleja.

—Sé que eres joven. —Maldición, mi garganta está seca. Estúpidos nervios—. Pero quiero comenzar una vida contigo, quiero estar contigo. Para siempre.

La cara de Saylor se ilumina.

—¿Qué estás preguntando exactamente?

—Vás a hacer que lo diga, ¿verdad?

Asiente.

Hinco una rodilla en el piso.

Y es entonces cuando ella comienza a sollozar.

—Juro que cuanto más trato de arreglar tus lágrimas, más lloras. Voy a ser un desastre nervioso a tu alrededor por el resto de mi vida.

Ella asiente nuevamente, secándose las lágrimas de los ojos.

—Saylor—. Me aclaro la garganta—. Sé que eres joven. Sé que necesitas terminar la escuela. Eso está bien, porque no voy a ir a ninguna parte. Quiero construir mi vida aquí, contigo. Quiero tener un comienzo, un medio y un final para nuestra historia. Quiero crear música contigo. Quiero cuidarte. Lo último que merezco en este mundo es el regalo de tu amor, el regalo de tu compromiso conmigo. Me doy cuenta de que...

Me encojo de hombros, usando el movimiento para relajarme, este es un momento importante, trascendental para nuestra vida, para nuestro futuro.

Es curioso, toda mi vida girado alrededor de Princesa, pero ahora que tengo la libertad de tener un futuro. Todo lo que veo es Saylor. Vivir no es vivir sin compartir esos días con ella.

—Pero te quiero de todos modos, a mi lado. Quiero que te cases conmigo.

Mis manos tiemblan mientras agarro las suyas y las aprieto. Nervioso, rompo brevemente el contacto visual y luego miro su rostro perfecto.

—Maldición, creo que estoy haciendo esto mal. Te amo. Te amo más que a la vida misma. Nunca quiero despedirme. Y no quiero fingir nunca más. Por favor, ¿sé mi esposa? Por favor di que sí, por favor di que sí. Por favor no me des una patada en el culo.

Saylor asiente y luego me pongo de pie. Nuestras bocas se encuentran cuando estoy a medio camino del suelo.

—Estoy emocionada —solloza Saylor—, por comenzar nuestra historia.

—Cariño. —Beso su suave boca—. Nuestra historia comenzó la primera vez que te vi y te caíste de espaldas.

—Gracias por el recordatorio.

—Acosadora.

—Tortuga.

—Tal vez se nos ocurran mejores apodos. —La beso más fuerte en la boca y retrocedo.

—Después. —Saylor pasa la lengua por mis labios.

Gimiendo, la levanto en el aire y ataco su boca.

—Está bien. Tenemos toda la vida por delante, después de todo.

Epílogo

Gabe

6 meses después

—Esposa —Mi voz resuena por la casa. Una sonrisa se forma en mis labios cuando Saylor da la vuelta a la esquina con las manos en las caderas y la miro.

—Cuando dije nuevos apodos quise decir algo sexy.

—Lo siento. —Me encojo de hombros sin poder hacer nada—. Esposa.

Lo digo con una voz profunda y sensual y luego comienzo a quitarme la ropa. Primero mi camisa, segundo mis pantalones, tercero mis bóxer.

El aliento de Saylor sisea fuera de su boca cuando me paro frente a ella desnudo.

—¿Decías, esposa?

Saylor se concentra en mis abdominales, piernas, brazos, realmente cada parte de mi cuerpo, excepto mi cara.

Chasqueo los dedos.

—Hola, aquí arriba. Estamos a punto de tener una conversación seria.

—¿Así? —Me señala y chilla.

—Sip. —Me cruzo de brazos.

—Está bien. —Se quita la blusa.

—Espera. —Levanto mis manos—. ¿Qué estás haciendo?

—Dos pueden jugar este juego. —Sus manos se mueven hacia sus pantalones.

Hemos estado casados por dos días. Dos días, cuarenta y ocho horas.

En lugar de esperar, Saylor y yo decidimos que queríamos casarnos rápido, sin estar comprometidos mucho tiempo y planear la gran boda. Ninguno de los dos estaba interesado en eso, además, prácticamente estábamos viviendo juntos.

Además, si algo aprendimos fue que la vida es corta y nosotros queríamos comenzar con nuestros planes pronto.

—Saylor —gimo una vez que sus pantalones caen al suelo.

Se deshace de ellos, quedando sólo en sostén y ropa interior y luego mueve sus manos.

—Espera —Grito, mis ojos luchan por averiguar dónde mirar primero—. Nuestra discusión es muy seria, ¿cómo quieres que hile un pensamiento coherente si estás medio desnuda?

—¿Qué dices?

—Sí. —Me acerco a ella, lentamente—. Va en contra de las reglas.

—¿Y quién te puso a cargo de las reglas?

—Cariño, por si no lo sabías soy tu esposo, el cabeza del hogar. Si eso no es suficiente.

—Vaya. —Saylor asiente con la cabeza, con un brillo concedor brillando en sus ojos—.

Jugando sucio, ¿verdad?

Inclino mi cabeza hacia un lado y levanto mis manos impotentes en el aire.

—En la guerra y en el amor todo se vale.

—Y estoy a punto de dispararle a tu soldado y ambos sabemos que quieres que esa parte siga funcionando.

Resoplando, ruedo los ojos.

—Por favor, no te escuché quejarte anoche o esta mañana.

—Sinvergüenza.

—Soy tu sinvergüenza. —Señalo—. Firmaste un contrato para toda la vida, preciosa.

—¿De qué se trata esta discusión? —Cruza los brazos haciendo que sus senos se levanten en su sostén, distrayéndome considerablemente de mi objetivo de ganar la batalla que he comenzado.

—Aquí arriba. —Saylor chasquea los dedos delante de mí—. Tienes tres segundos.

—Lavavajillas. —La jalo contra mi pecho. Maldición, su piel se siente tan bien—. Olvidaste poner los platos.

—Falso. —Resopla, arqueando su cuerpo contra el mío—. Esa es tu tarea de la semana, mira la pizarra.

—Yo hice la pizarra.

—Oh, mi esposo, el señor feudal ya está haciendo pucheros.

—No. —Sí.

—La pizarra —señala Saylor—. ¿Se estableció por qué motivo?

La fulmino con la mirada.

—Lo siento, no entendí eso. —Saylor ahueca su oreja.

Gruñendo, miro hacia abajo y respondo—: Porque tengo el mal hábito de hornear demasiadas galletas, dártelas y luego no limpiar mi desorden.

—Correcto. —Saylor asiente con la cabeza—. Entonces, técnicamente, esta discusión es irrelevante.

—Realmente no. —Sonrío, alcanzando su espalda y quitándole el sujetador—. Estoy bastante seguro de que acabo de comenzar con un asunto importante aquí.

—¿Oh sí? —Ella pone sus manos en sus caderas, dejándome abiertamente boquiabierto—. ¿Por qué lo dices?

—Ahora podemos hablar de lo hermosa que eres. —La beso con fuerza en la boca y retrocedo—. De lo mucho que me gustas.

Le chupo el labio inferior.

—Y de qué tan emocionado estoy de que algún día tendré princesitas corriendo que se parecerán mucho a su mamá.

—Eres encantador. —Saylor suspira cuando mis manos alcanzan el último fragmento de ropa que separa nuestros cuerpos el uno del otro.

Riendo, la tomo en mis brazos y la llevo al sofá, con cuidado de besar sus labios, saquear las profundidades de su boca y provocar hasta que esté lista para gritarme o golpearme.

La tiro al sofá.

—¡Gabe!

—Te amo. —Me cierno sobre ella, besando cada centímetro de piel, saboreando la sensación de su calor contra mi boca.

—Te necesito —gime ella.

Mi cuerpo ya está en llamas, estar con ella me hace eso, me hace querer pasar mis días teniendo en la cama y nunca hacer nada más con mi vida. Hacerlo para siempre. Pero cuando le mencioné ese tema a Saylor, ella dijo que las únicas personas que hacen del sexo su forma de vida son las prostitutas.

Yo, por supuesto, señalé que dado que estamos casados, eso no importa.

Dijo que, si el dinero cambiaba de manos, sí.

Con una sonrisa beso su cuello y finalmente entro en ella con una lentitud insoportable. Nunca me cansaría de ese sentimiento, de ser uno con la persona que amo.

Saylor gime cuando llevo su cuerpo al borde de la liberación, solo para reducir la velocidad

nuevamente.

Bromeando con ella, incluso en momentos íntimos, es mi cosa favorita en el mundo.

—¡Gabe! —Grita Saylor.

Me río.

—¿Más fuerte?

—Quiero...

Mi boca aplasta la de ella cuando su mientras se tensa y luego se relaja contra el mío.

Con cuidado de no aplastarla, logro acostarme a su lado.

—Dime —susurra—. Algo que sea verdad.

—Te amo. —La beso en la mejilla—. Y quiero pasar todos los días de mi vida haciéndote feliz.

—Me gusta esa verdad.

—Sí. —La atraigo hacia mi pecho, envolviéndola en mi abrazo—. A mí también. Ahora es tu turno, dime una cosa que sea verdad.

Saylor se mueve para mirarme a los ojos.

—Algún día, cuando tengamos hijos y traigamos una pequeña princesa al mundo, quiero que se llame Kimmy.

No puedo encontrar mi voz. Solo puedo asentir mientras siento mis ojos llenos de lágrimas.

—Creo que eso la haría muy feliz.

—Sí. —Saylor suspira—. Yo también lo creo.

El timbre suena.

En pánico, me sobresalto y casi tiro a Saylor del sofá.

—¿Quién es? —Saylor llama con una voz totalmente tranquila mientras estoy ocupado tratando de localizar mi ropa.

¿Por qué nada más encuentro mis calcetines?

¿Qué me voy a tapar con los calcetines?

Es enserio.

—Dense prisa, muchachos, está helando —Lisa grita.

—Mierda —Encuentro mis pantalones, y me resbalo, cayendo hacia atrás. Porque mis pies se deslizan sobre mi camisa. miro a Saylor cuando la bombilla se enciende en su cerebro también.

—¡Martes de tacos! —Gritamos al mismo tiempo.

—Chicos, apúrense —Lisa vuelve a golpear la puerta.

—Deja el estrés —le respondo.

Saylor suspira y rápidamente se abrocha los pantalones.

No soy tan rápido.

Yo soy como una tortuga. Ja, no me voy a poder librar de ese maldito apodo.

Finalmente, abrimos la puerta para ver a Wes, Kiersten y Lisa esperando.

Wes me mira y se echa a reír.

—Llevas la camiseta al revés, hombre. Bienvenido la vida de casado.

—Asqueroso. —Lisa me hace a un lado.

Mientras todos hablan a la vez y entran en la casa, me quedo mirando el atardecer, el mismo atardecer que he visto al final de cada día. El año pasado me había recordado la pérdida, y ahora me recuerda a la vida.

—Oye, ¿vienes? —Kiersten llama.

—Sí. —Sonriendo, cierro la puerta—. Ahí voy.

Fin

Muy pronto

Vidas en vergüenza

El tercer libro de la serie y la historia de Lisa, espérala pronto.

Sinopsis

Todo lo que se haga en la oscuridad eventualmente saldrá a la luz.

Corrí, pero todo lo que hizo fue mantenerme un paso por delante de mí pasado.

Traté de empezar de nuevo; nuevo nombre, nueva identidad. Pero no puedes cambiar tu alma. Un nuevo comienzo en la universidad era justo lo que necesitaba. Por un tiempo funcionó. Yo era el alma de la fiesta, la que parecía confiada, pero era una mentira. Pero cuando los chicos me besan, solo siento dolor. Cuando me tocan, nada más que miedo. En el fondo, cada chica quiere ser la princesa de su cuento de hadas, encontrar a alguien que te vea como su mundo entero.

¿Pero la verdad? Yo soy la bestia.

Y por mucho que quisiera la redención, no soy tan tonta como para pensar que alguna vez llegaría.

Hasta que él apareció en mi vida. No estaba preparada para enamorarme de nadie. Mis cicatrices son demasiado profundas, las heridas siguen sangrando. Pero él me ofrece paz, me ofrece seguridad. Debería haber sabido que era un espejismo, debería haber sabido que enamorarme de mi profesor es una mala idea. Pero no puedo evitarlo. Y él es incapaz de protegerme. Debido a que la oscuridad finalmente me atrapa, y como el destino siempre lo hace, un giro cruel casi me desangra.

Soy más fuerte de lo que pensaba.

Soy más fuerte de lo que piensas.

Crees que conoces mi historia, pero no lo sabes, después de todo, todos tienen **vergüenza** en sus vidas, y yo ya no tengo miedo de mostrarte la mía.

Agradecimientos

Realmente, tengo que agradecer a Dios por todas sus bendiciones y permitirme vivir mis sueños día a día.

Cuando comencé esta serie, tenía toda la intención de solo escribir la historia de Wes. Muchos de ustedes saben que me inspiró la batalla de mi tío contra el cáncer y para lidiar con todas las emociones por las que estaba pasando decidí no solo escribir un libro al respecto, con él como uno de los personajes, sino donar algunos de los ingresos para ayudar a pagar sus gastos médicos.

El tío Jobob ahora no siente dolor, falleció y, aunque fue horrible verlo sufrir, estoy tan aliviada de que ahora no tiene cáncer. Algunas de nuestras historias no terminan como las de Wes, pero eso no significa que hayamos perdido la lucha contra el cáncer. Independientemente del final, aún ganas, porque luchaste.

Con la historia de Gabe quería mantener el tema cerca de casa. ¡Mi tío tiene dos hijas, una de ellas, Kimmy, tiene una discapacidad mental y es la chica más dulce que jamás hayas conocido! Basé el personaje de Kimmy en ella y usé parte de su historia como inspiración para escribir el resto del libro. Agradezco a mi familia por permitirme usar personajes reales para dar vida a la historia que tenía en mi cabeza.

Cuando comencé a escribir este libro, no estaba segura de qué dirección iba a tomar. Quiero decir, sabía quién era Gabe, pero no estaba segura de cómo iba a poder contar su historia y realmente hacerle justicia. Tenía esta visión en mi cabeza, y por alguna razón, simplemente no se estaba transfiriendo a las páginas. Terminé tomándome unas semanas de descanso y rezando. Realmente lo hice. Me senté en mi computadora, lloré un poco y pensé ¡POR QUÉ NO FUNCIONA ESTO!

Finalmente, me di por vencida. Sacudí la cabeza y dije—: Está bien, está bien. Esto no está funcionando.

Terminé llamando a mi madre llorando: estaba tan preocupada por la gente que lo comparaba con Vidas en ruinas que estaba pensando demasiado. Pero finalmente se me ocurrió. Esto no se trata de Wes. Esto es sobre Gabe. Incluso hacerlo sobre Wes sería injusto para todos los personajes, por eso escribí la novela, Vivir sin miedo. Sabía que algunos de ustedes querían ver más detalles de la vida de Wes y Kiersten, así que escribí Vivir sin miedo para ustedes. ;) Bueno, y para mí, ¡porque soy egoísta y quiero saber qué pasa con su historia también!

Muchas gracias por leer y por escribir tu reseña. Realmente leo cada una que publican, así como cada comentario, tuit, mensaje privado de Facebook. ¡Solo sepan que son muy apreciados, y me encantan sus comentarios!

Si odiaste el libro, escribe una reseña. Si te encantó, escribe una reseña. Así es como los autores mejoran y también sé que les gusta o no a ustedes.

Como siempre, bloggers, lectores, ustedes estremecen mi mundo. No puedo decir lo suficiente sobre las incansables horas que se dedican a los blogs. Muchas gracias por recibirme y por reseñar mi libro, así como por mejorarlo. ¡Se los agradezco mucho!

Lectores, Dios, ¡ustedes son increíbles! ¡Me encanta conectarme con ustedes y, sinceramente, me encanta hablar de libros! ¡Muchas gracias por su continuo apoyo y amor!

Si quieres conectarte conmigo, encuéntrame en Facebook www.facebook.com/rachelvandyken o en Twitter [@RachVD](https://twitter.com/RachVD).

Table of Contents

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Epílogo](#)

[Muy pronto](#)

[Agradecimientos](#)